

LA RELIQUIA

**José María de Queiros
(1845 - 1900)**



LA RELIQUIA

JOSE MARIA EÇA DE QUEIROZ, *literato y diplomático portugués, nació en 1845. Escribió numerosas novelas que dieron a su nombre una gran reputación en toda Europa, fama que rápidamente trascendió a otros continentes. Entre sus escritos más conocidos sobresalen: EL MANDARÍN; LA RELIQUIA; EPISTOLADO DE FRADIQUE MENDES; LA CIUDAD Y LAS SIERRAS; EL CRIMEN DEL PADRE AMARO; EL PRIMO BASILIO; LOS MAIAS, y LA ILUSTRE CASA DE RAMIRES.*

En cuanto a LA RELIQUIA, que ocupa el presente volumen, es una muestra magnífica de su gran talento. Eça de Queiroz murió a los 55 años de edad, es decir, en 1900.

JOSE MARIA EÇA DE QUEIROZ

LA RELIQUIA

(A RELIQUIA)

NOVELA

TRADUCCION DIRECTA DE LA ULTIMA EDICION PORTUGUESA
POR
FRANCISCO LANZA

TEXTO INTEGRO, DE ACUERDO
CON EL ORIGINAL

PROLOGO

Sobre la desnudez fuerte de la verdad, el manto diáfano de la fantasía.

Decidí escribir, en los ocios de este verano, en mi quinta del Mosteiro (antiguo solar de los condes de Lindoso), las memorias de mi vida, que en este siglo, tan consumido por las incertidumbres de la inteligencia y tan angustiado por los tormentos del dinero, encierra – pienso yo y piensa mi cuñado Crispín – una lección brillante y fuerte.

En 1875, por las vísperas de San Antonio, una desilusión de incomparable amargura agitó mi ser; por ese tiempo, mi tía doña Patrocínio de las Nieves me mandó, del Campo de Santa Ana, donde vivíamos, en romería a Jerusalén: dentro de esas santas murallas, un día abrasador del mes de Nizam, siendo Poncius Pilatus procurador de Judea, Elius Lamma legado imperial de Siria, y J.- Kaipha sumo pontífice, presencié, milagrosamente, escandalosos sucesos; después regresé, y un gran cambio se hizo en mis bienes y en mi moral.

Son estos hechos – espaciados y altos, en una existencia de bachiller, como fuertes y copudos alcornoques llenos de sol y de murmullos en campos de hierba segada –, lo que quiero trazar con sobriedad y con sinceridad, mientras sobre mi tejado vuelan las golondrinas, y las matas de claveles rojos perfuman mi huerto.

Esta jornada a tierra de Egipto y a Palestina perdurará siempre como la gloria superior de mi vida; y bien desearía que con ella quedase en las letras, para la posteridad, un monumento esbelto y consistente. Pero hoy, escribiendo por causas peculiarmente espirituales, pretendo que las páginas íntimas en que recuerdo mi peregrinación, no se asemejen a una «Guía pintoresca del Oriente». Por eso (a pesar de las solicitudes de la vanidad) suprimí en este manuscrito suculentas, resplandecientes narraciones de ruinas y de costumbres...

Además, ese país del Evangelio, que tanto fascina a la humanidad sensible, es bastante menos interesante que mi seco y natal Alemtejo; hasta me parece que las tierras favorecidas por una presencia mesiánica jamás ganan en gracia y esplendor. Nunca me fue dado recorrer los lugares santos de la India en que el Buda vivió: arboledos de Migadaia, oteros de Veluvana, o ese dulce valle de Rajagria por donde se extendían las miradas adorables del Maestro perfecto cuando un fuego estalló en los juncales, y El enseñó, en sencilla parábola, cómo la ignorancia es una hoguera que devora al hombre, alimentada por las engañosas sensaciones de vida que los sentidos reciben de las engañosas apariencias del mundo. Tampoco he visitado la caverna de Hira, ni los devotos arenales entre la Meca y Medina, que tantas veces atravesó Mahoma, el profeta excelente, lento y pensativo sobre su dromedario. Pero, desde las higueras de Betania hasta las aguas calladas de Galilea, conozco bien los lugares donde habitó ese otro intermediario divino, lleno de ternura y de sueños, a quien llamamos Jesús Nuestro Señor; y en ellos sólo hallé brutalidad, segura, sordidez, soledad y escombros.

Jerusalén es una villa turca, con callejuelas miserables, agazapada entre murallas color de barro, y hediendo al sol bajo el tañir de campanas tristes.

El Jordán, hilo de agua barroso y retorcido que se arrastra entre arenales, ni comparar se puede con ese claro y suave Lima, que allá abajo, al fondo del Mosteiro, baña las raíces de mis abedules; y sin embargo, estas encantadoras aguas portuguesas jamás corrieron por entre las rodillas de un mesías, ni jamás las rozaron las alas de los ángeles, armadas y rutilantes, que traían del cielo a la tierra las amenazas del Altísimo.

Por lo demás, como hay espíritus insaciables que leyendo un viaje por las tierras de la Escritura, anhelan conocer desde el tamaño de las piedras hasta el precio de la cerveza, yo recomiendo la obra copiosa y luminosa de mi compañero de romería, el alemán Topsisius, doctor por la Universidad de Bonn y miembro del Instituto Imperial de Excavaciones Históricas. Son siete volúmenes in quarto, macizos, impresos en Leipzig, con este título fino y profundo: Jerusalén paseada y comentada.

En cada página de ese sólido itinerario, el docto Topsisius habla de mí con admiración y con melancolía. Me llama siempre «el ilustre hidalgo lusitano»; y la hidalguía de su camarada, que él hace remontar a los Barcas, llena manifiestamente al erudito plebeyo de delicioso orgullo. Aparte de eso, el esclarecido Topsisius me utiliza, a través de sus repletos volúmenes, para colocar ficticiamente en mis labios, y en mi cerebro dichos y juicios empapados de beata y babosa credulidad, que él, luego, rebate y pulveriza con sagacidad y facundia. Dice, por ejemplo: «Delante de tal ruina del tiempo de la cruzada de Godofredo, el ilustre hidalgo lusitano pretendía que Nuestro Señor, yendo un día con la Santa Verónica...» Y luego extiende la tremenda, abultada argumentación con que me aniquiló. Sin embargo, como las arengas que me atribuye no son inferiores en sabias esencias y en arrogancia teológica a las de Bossuet, yo no denuncié en una nota a la Gaceta de Colonia por qué tortuoso artificio la aguda razón de Germania se adorna así con triunfos sobre la obtusa fe del Mediodía.

Hay, eso sí, un punto de Jerusalén paseada que no puedo dejar sin enérgica contestación. Es donde el doctísimo Topsisius alude a dos envoltorios de papel que me acompañaron y me preocuparon en mi peregrinación, desde las callejas de Alejandría hasta las quebradas del Carmelo. Con aquella forma rotunda que caracteriza su elocuencia universitaria, el doctor Topsisius dice: «El ilustre hidalgo lusitano transportaba allí los restos de sus antepasados, recogidos por él, antes de dejar el suelo sagrado de la patria, en el viejo solar torreado...» ¡Manera de decir singularmente falaz y censurable! Porque hace creer a la Alemania erudita que yo viajaba por las tierras del Evangelio llevando envueltos en un papel de estraza los huesos de mis abuelos.

Ninguna otra imputación podría desagradarme y perjudicarme tanto. No porque me denuncie a la Iglesia como un despreocupado profanador de sepulturas domésticas, pues menos me pesan a mí, comendador y propietario, las fulminaciones de la Iglesia que las hojas secas que a veces caen sobre mi quitasol desde lo alto de una rama muerta; y, realmente, a la Iglesia, después de haber embolsado sus emolumentos por enterrar un montón de huesos, le importa poco que ellos descansen para siempre resguardados bajo la rígida paz de un mármol eterno, o que anden sacudidos entre los dobleces blandos de un papel. Pero la afirmación de Topsisius me desacredita ante la burguesía liberal; y sólo de la burguesía liberal, omnipresente y omnipotente, se alcanzan, en estos tiempos de semitismo y de ca-

pitalismo, las cosas buenas de la vida, desde los empleos en los bancos hasta las encomiendas de la Concepción. Yo tengo hijos, tengo ambiciones. Ahora bien: la burguesía liberal aprecia, recoge, asimila con satisfacción a un caballero ornado de pergaminos y solares: es el vino precioso y añejo que va a mejorar el vino nuevo y áspero; pero con razón detesta al bachiller, hijo d'algo, que pasea por delante de ella, orgulloso y tieso, llevando en las manos los huesos de sus antepasados, como un sarcasmo mudo a los antepasados y a los huesos que a ella le faltan.

Por eso intimo a mi docto Topsisius (que con sus penetrantes anteojos vio formar mis envoltorios, ya en la tierra del Egipto, ya en la tierra de Canaán) a que en la segunda edición de Jerusalén paseada, desdeñando púdicos escrúpulos de académico y estrechos prejuicios de filósofo, divulgue por la Alemania científica y por la Alemania sentimental cuál era el contenido de aquellos papeles pardos, tan francamente como yo lo revelo a mis conciudadanos en estas páginas de reposo y de vacaciones, donde la realidad siempre vive, ora torpe y tropezando en los pesados ropajes de la Historia, ora libre y saltando bajo el antifaz vistoso de la farsa.

LA RELIQUIA

CAPITULO I

Mi abuelo fue el padre Rufino de la Concepción, licenciado en teología, autor de una devota *Vida de Santa Filomena*, y prior de la Amendoeirinha. Mi padre, ahijado de Nuestra Señora de la Asunción, llamábase Rufino de la Asunción Raposo, y vivía en Evora con mi abuela, Filomena Raposo, por mote la Repoluda, dulcera en la calle del Lagar de los Diezmos. Mi padre tenía un empleo en el correo y escribía por gusto en *El Farol del Alemtejo*.

En 1853, un eclesiástico ilustre, don Gaspar de Lorena, obispo de Corozáin (que es en Galilea), vino a pasar el San Juan en Evora, a casa del canónigo Pitta, adonde mi padre iba muchas noches a tocar la guitarra. Por cortesía con los sacerdotes, papá publicó en *El Farol* una crónica, laboriosamente espigada en el *Tesoro de Predicadores*, felicitando a Evora «por la dicha de abrigar entre sus muros al insigne prelado don Gaspar, figura resplandeciente de la Iglesia y preclarísima torre de santidad.» El obispo de Corozáin recortó este artículo de *El Farol* para meterlo entre las hojas de su breviario; y todo comenzó a agrardarle en mi padre, así el aseo de su ropa blanca, como la gracia llorosa con que él cantaba, acompañándose en la guitarra, la jácara del conde Ordoño. Mas cuando supo que aquel Rufino de la Asunción, tan moreno y simpático, era hijo de su viejo amigo Rufino de la Concepción, camarada de estudios en el buen seminario de San José y en las aulas teológicas de la Universidad, su afecto hacia mi padre se hizo extremoso. Antes de partir de Evora le dio un reloj de plata, y, por influencia suya, papá, después de arrastrar algunos meses su haraganería por la aduana de Porto, como aspirante, fue nombrado, escandalosamente, director de la de Vianna.

Los manzanos se cubrían de flor cuando mi padre llegó a las vegas suaves de Entre-Miño-y-Lima, y luego, en aquel mes de julio, conoció a un caballero de Lisboa, el comendador G. Godinho, que estaba pasando el verano con dos sobrinas, junto al río, en una quinta llamada el Mosteiro, antiguo solar de los condes de Lindoso. La más vieja de estas señoras, doña María del Patrocinio, usaba anteojos oscuros e iba todas las mañanas, de la quinta a la ciudad, en un burrito, con su criado de librea, a oír misa en Santa Ana. La otra, doña Rosa, gordita y morena, tocaba el arpa, sabía de memoria los versos de *Amor y melancolía*, y se pasaba las horas, a orillas del agua, bajo la sombra de los abedules, arrastrando el vestido blanco por el césped para hacer ramilletes silvestres.

Papá comenzó a frecuentar el Mosteiro. Un guarda de la aduana le llevaba la guitarra; y en cuanto el comendador y otro amigo de la casa, Margaride, médico delegado, se enfrascaban en una partida de chaquete, y doña María del Patrocinio rezaba arriba el rosario, papá, en el balcón, al lado de doña Rosa, bajo la luna, redonda y blanca sobre el río, hacía gemir las cuerdas y decía las tristezas del conde Ordoño. Otras veces jugaba él la partida de chaquete; doña Rosa se sentaba entonces a los pies del tío, con una flor en los cabellos y un libro caído en su regazo; y papá, moviendo los dedos, sentía la caricia prometedor de sus ojos pestañosos.

Se casaron. Yo nació la tarde de un Viernes Santo, y mi madre murió cuando estallaban en la mañana alegre los cohetes de la Resurrección. Yace, cubierta de alhelíes, en el cementerio de Vianna, en una senda junto al muro, húmeda bajo la sombra de los sauces, por donde ella gustaba de ir a pasear en las tardes de verano, vestida de blanco, con su perrita de lanas, llamada *Traviata*.

El comendador y doña María no volvieron al Mosteiro. Yo crecí; tuve el sarrafiado. Papá engordaba, y su guitarra dormía olvidada en un rincón de la sala, dentro de una funda de bayeta verde. Un día muy caluroso de julio, mi criada Gervasia me vistió el pesado traje de veludillo negro y papá se puso una gasa negra en el sombrero de paja: era el luto por el comendador G. Godinho, a quien papá muchas veces llamaba, entre dientes, «malandrín».

Después, una noche de carnaval, mi padre murió de repente, a causa de una apoplejía, al bajar la escalera de piedra de nuestra casa, disfrazado de oso, para ir al baile de las señoras Macedos.

Yo tenía entonces siete años; y me acuerdo de haber visto, al otro día, en nuestro patio, a una señora alta y gruesa, con una rica mantilla de encaje negro, sollozando delante de las manchas de sangre de papá, que nadie lavara y ya se habían secado sobre las losas. En la puerta, una vieja esperaba, rezando, encogida en su manto de bayeta.

Se cerraron las ventanas del frente de la casa; en el corredor oscuro, sobre un banco, un candelero de latón quedó dando su lucecita de capilla, humeante y mortuoria. Hacía viento y llovía. Por la ventana de la cocina, mientras la Gervasia, lloriqueando, soplabla en el fogaril, yo vi llegar por la calle de la Virgen de la Agonía al hombre que traía a costas el ataúd de papá. En la fría cima del monte, la capillita de la Virgen, con su cruz negra, parecía aún más triste, blanca y desnuda entre los pinos, casi esfumada por la niebla; y más allá, entre las peñas, gemía y se agitaba sin interrupción la gran marejada invernal.

Por la noche, en el cuarto de planchar, mi criada Gervasia me sentó en el suelo, envuelto en un sayo. De cuando en cuando, sonaban en el corredor las botas de Juan, guarda de la aduana, que andaba sahumando con espliego. La cocinera me trajo una rebanada de mazapán. Me quedé dormido; y luego me encontré caminando a orillas de un río claro, donde los chopos, ya muy viejos, parecían tener un alma y suspirar; y a mi lado iba caminando un hombre desnudo, con dos llagas en los pies y otras dos en las manos, que era Jesús, Nuestro Señor.

Pasados algunos días, me despertaron temprano, cuando la ventana de mi cuarto, bañada por el sol, resplandecía prodigiosamente como un prenuncio de cosa santa. Al lado de la cama, un sujeto risueño y gordo me hacía cosquillas en los pies, con ternura, y me llamaba «tunante». La Gervasia me dijo que era el señor Matías, que iba a llevarme muy lejos, a casa de la tía Patrocínio; y el señor Matías, con la pulgarada de rapé en suspenso, miraba espantado las medias rotas que me ponía la Gervasia. Me arrebujaaron en el chal ceniciento de papá; y Juan, el guarda de la aduana, me llevó en brazos hasta la puerta de calle, donde estaba una litera con cortinas de hule.

Empezamos entonces a caminar por largas carreteras. Aun adormecido, yo sentía las lentas campanillas de los machos; y el señor Matías, delante de mí, me acariciaba de vez en cuando la cara, y me decía: «Ya vamos llegando». Una tarde, al oscurecer, paramos de repente en un sitio solitario donde había un lodazal; el li-

terero, furioso, blasfemaba, agitando un hacha encendida. Alrededor, doliente y negro, rumoreaba un pinar. El señor Matías, asustado, sacó el reloj del bolsillo y lo escondió en la caña de la bota.

Una noche, atravesamos una ciudad donde los faroles de la calle tenían una luz jovial, rara y brillante, como yo nunca la había visto, en forma de tulipa abierta. En la fonda en que nos apeamos, el criado, llamado Gonçalves, conocía al señor Matías; después de traernos la cena, se quedó familiarmente arrimado a la mesa, con la servilleta al hombro, contando las cosas del señor barón y de la inglesa del señor barón. Cuando nos retirábamos al dormitorio, alumbrados por Gonçalves, se cruzó con nosotros, bruscamente, en el pasillo, una señora alta y blanca, con un rumor fuerte de sedas claras, esparciendo un aroma de almizcle. Era la inglesa del señor barón. En mi lecho de hierro, desvelado por el ruido de los coches, yo pensaba en ella, rezando avemarías. Nunca había rozado cuerpo tan bello, de un perfume tan penetrante: era llena de gracia, el Señor estaba con ella, y pasaba, bendita entre las mujeres, con un rumor de sedas claras...

Después partimos en un gran coche que tenía pintadas las armas del rey y corría seguido, por una carretera llana, al trote fuerte y pesado de cuatro caballos gordos. El señor Matías, calzado de chinelas, y tomando su rapé, me decía, aquí y allá, el nombre de una población anidada en torno a una vieja iglesia, en la frescura de un valle. Al atardecer, por veces, en una cuesta, las ventanas de una tranquila vivienda brillaban con un fulgor de oro nuevo. El coche pasaba; la casa quedaba dormitando entre los árboles; a través de los cristales empañados, yo veía lucir la estrella, Venus. En la alta noche sonaba una corneta, y entrábamos, atronando las calles, en una villa adormecida. Ante el portón de la posada se movían silenciosamente linternas mortecinas. Arriba, en una sala cómoda, con la mesa llena de platos, humeaban las soperas; los pasajeros, ateridos, bostezaban quitándose los gruesos guantes de lana; y yo tomaba mi caldo de gallina, adormilado y sin voluntad, al lado del señor Matías, que conocía siempre a algún mozo, preguntaba por el médico delegado, o quería saber cómo iban los asuntos del ayuntamiento.

Al fin, un domingo por la mañana, empezando a lloviznar, llegamos a un caserón, en una calle llena de fango. El señor Matías me dijo que era Lisboa; y arrebuñándome en el chal, me sentó en un banco, al fondo de una sala húmeda, donde había equipajes y grandes básculas de hierro. Una campana lenta tocaba a misa; por delante de la puerta pasó una compañía de soldados, con las armas bajo las capas de hule. Un hombre cargó con nuestros baúles, subimos a un coche, yo me adormecí sobre el hombro del señor Matías. Cuando me puso en el suelo, estábamos en un patio triste, cubierto de piedra menuda, con asientos pintados de negro; en la escalera una moza gruesa cuchicheaba con un hombre de capa escarlata, que traía colgada al cuello una alcancía de las Animas.

Era Vicencia, la criada de la tía Patrocínio. El señor Matías subió los escalones conversando con ella y llevándome cariñosamente de la mano. En una sala forrada de papel oscuro encontramos a una señora muy alta, muy delgada, vestida de negro, con una cadena de oro en el pecho; un pañuelo encarnado, sujeto a la barba, le caía en un pliegue lúgubre sobre la frente, y en el fondo de esa sombra negreaban dos anteojos ahumados. Por detrás de ella, en la pared, una imagen de Nuestra Señora de los Dolores me miraba, con el pecho traspasado de espadas.

– Esta es la señora tía – me dijo el señor Matías –. Es necesario dar siempre gusto a la señora tía... Es necesario decir siempre que sí a la señora tía.

Lentamente, de mala gana, ella bajó la cara chupada y verdosa. Sentí un beso vago, de una frialdad de piedra, y luego la tía retrocedió enojada:

– ¡Dios mío, Vicencia! ¡Qué horror! Veo que le han puesto aceite en el cabello.

Asustado, con la boquita temblando, levanté los ojos hacia ella, y murmuré:

– Sí, señora tía.

Entonces el señor Matías elogió mi carácter, mi comportamiento en la litera, la pulcritud con que comía mi sopa en la mesa de las fondas.

– Está bien – murmuró la tía secamente –. Sería el colmo portarse mal, sabiendo lo que yo hago por él... Ande, Vicencia; llévelo allá dentro, lávele esa porquería, y vea si sabe hacer la señal de la cruz...

El señor Matías me dio dos besos ruidosos. La Vicencia me llevó para la cocina.

Por la noche me pusieron mi traje de veludillo; la Vicencia, muy seria, con delantal blanco, me condujo por la mano a una sala en que pendían cortinas de damasco escarlata, y donde había mesas con los pies dorados como las columnas de un altar. La tía estaba sentada en el centro de un canapé, vestida de seda negra, con una toca de encajes también negros, y los dedos resplandecientes de anillos. Al lado, en sillas doradas, conversaban dos eclesiásticos. Uno, risueño y rollizo, de cabello rizado y ya blanco, abrió los brazos y me estrechó paternalmente. El otro, moreno y triste, sólo murmuró «buenas noches». Y desde la mesa, donde hojeaba un gran libro de estampas, un hombrecito de cara rasurada y enorme cuello planchado, me cumplimentó, aturdido, dejando deslizar los lentes por la nariz.

Cada uno de ellos, lentamente, me dio un beso. El sacerdote triste me preguntó mi nombre, que yo pronunciaba *Tedrico*. El otro, amable, mostrando los dientes blancos, me aconsejó que separase las sílabas y dijese: Te-o-do-ri-co. Después me hallaron en los ojos parecido con mamá. La tía suspiró. Dio gracias a Dios porque yo no tenía nada de Raposo. Y el sujeto del cuello alto cerró el libro, cerró los lentes, y tímidamente quiso saber si me acordaba mucho de Vianna. Y yo murmuré, aturdido:

– Sí, señora tía.

Entonces el padre más anciano y grueso me acercó a sus rodillas, recomendándome que fuese temeroso de Dios, que no me moviese de casa, que obedeciese siempre a la señora tía...

– Teodorico no tiene a nadie más que a la señora tía... Es necesario decir siempre que sí a la señora tía...

Yo repetí, encogido:

– Sí, señora tía...

La tía, severamente, me mandó que quitase el dedo de la boca. Después me dijo que volviese a la cocina, al lado de Vicencia, siempre seguido por el pasillo.

– Y cuando pase por el oratorio donde están la luz y la cortina verde, arrodíllese y haga la señal de la cruz...

No hice la señal de la cruz, pero entreabrí la cortina; y el oratorio de la tía me deslumbró prodigiosamente. Estaba todo revestido de seda roja, con pinturas enternecedoras en marcos floridos, contando los trabajos del Señor; los encajes de la

sabanilla del altar rozaban el piso alfombrado; los santos de marfil y de madera, con aureolas brillantes, vivían en un bosque de violetas y de camelias encarnadas. La luz de las velas hacía brillar dos bandejas nobles, de plata, apoyadas en la pared, reposando como broqueles de santidad; y clavado en la cruz de madera negra, bajo un dosel, Nuestro Señor Jesucristo era todo de oro reluciente.

Me acerqué despacio hasta el almohadón de velludo verde, puesto delante del altar, y en el que habían dejado su huella las piadosas rodillas de la tía. Levanté hacia Jesús crucificado mis bellos ojos negros. Y pensé que en el cielo los ángeles, los santos, Nuestra Señora y el Padre de todos, debían de ser así, de oro, tal vez con incrustaciones de piedras preciosas; que su brillo formaba la luz del día, y que las estrellas eran los puntos más vivos del precioso metal, transparentándose a través de los velos negros en que los envolvía por la noche, para dormir, el cariño devoto de los hombres.

Después del té, la Vicencia me llevó a una alcobita contigua a su cuarto. Me hizo arrodillar en camisa, juntó mis manos y levantó mi cara hacia el cielo. Y me dictó los padrenuestros que yo debía rezar por la salud de la tía, por el eterno descanso de mamá y por el alma de un comendador que había sido muy bueno, muy santo, muy rico y que se llamaba Godinho.

*

Apenas cumplí nueve años, la tía mandó que me hiciesen camisas y un vestido de paño negro, y me puso como interno en el colegio de los Isidoros, que entonces estaba en Santa Isabel.

Desde las primeras semanas amisté tiernamente con un muchacho llamado Crispín, mayor que yo, hijo de la firma Telles, Crispín y Cía., dueños de la fábrica de hilados *La Pampulha*. Crispín ayudaba a misa los domingos, y, de rodillas, con sus cabellos largos y rubios, hacía pensar en la suavidad de un ángel. A veces me sorprendía en el pasillo y me marcaba el rostro, que yo tenía femenino y suave, con besos devoradores; de noche, en la sala de estudio, por debajo de la mesa donde hojeábamos los soñolientos diccionarios, me pasaba billetes escritos con lápiz, llamándome su idolatrado y prometiéndome cajitas de plumas de acero.

El jueves era el desagradable día en que teníamos que lavarnos los pies. Y tres veces por semana el sebooso padre Soares venía, con el escarbadietes en la boca, a preguntarnos la doctrina y contarnos la vida del Señor.

—Y luego le pegaron y lo llevaron a rastras a casa de Caifas... ¡Eh! Ese del extremo del banco..., ¿quién era Caifas? A ver ese otro... ¡Tampoco! ¡Diantre de asnos!... Pues era un judío, y de los peores... Se dice que allá en un sitio muy feo de la Judea hay un árbol todo cubierto de espinos, que causa pavor...

La campanilla del recreo sonaba, y todos a un tiempo y de golpe cerrábamos la cartilla.

El tétrico patio de recreo, cubierto de arena gruesa, olía mal a causa de la proximidad de las letrinas; y el placer para los más crecidos era dar unas chupadas a un cigarrillo, a escondidas, en una sala baja donde los domingos el maestro de danza, el viejo Cavinetti, rizado y de zapatitos escotados, nos enseñaba mazurcas.

Un domingo cada mes, la Vicencia, de capa y pañuelo a la cabeza, venía a buscarme después de la misa, para ir a pasar el día con la tía. Isidoro Júnior, antes

de salir yo, me examinaba las orejas y las uñas; muchas veces, en su misma palan-gana, me daba una jabonadura furiosa, llamándome por lo bajo «seboso». Después me llevaba hasta la puerta, me hacía una caricia, llamándome su querido amigui-to, y mandaba por la Vicencia sus respetos a la señora doña Patrocínio de las Nie-ves.

Nosotros vivíamos en el campo de Santa Ana. Al bajar el Chiado, yo me dete-nía frente a una tienda de estampas, delante del lánguido cuadro de una mujer ru-bia, con el pecho desnudo, recostada en una piel de tigre y sosteniendo en la punta de los dedos, más finos que los de Crispín, un pesado collar de perlas. La claridad de aquella desnudez me hacía pensar en la inglesa del señor barón; y aquel aroma que tanto me perturbaba en el pasillo de la posada, lo respiraba de nuevo, delica-damente esparcido, en la calle llena de sol, por las sedas de las señoras que subían para la misa del Loreto, encorsetadas y graves.

La tía, en casa, me daba a besar la mano; luego yo quedaba toda la mañana hojeando volúmenes del *Panorama Universal*, en la salita donde había un sofá de género listado, un rico armario de madera oscura, y litografías coloreadas, con tiernas escenas de la vida purísima del santo favorito de la tía, el patriarca San José. Ella, de pañuelo rojo caído sobre la frente, sentada a la ventana, por detrás de los vidrios, con los pies envueltos en una manta, examinaba solícitamente un gran cuaderno de cuentas.

A las tres cerraba el cuaderno, y de dentro de la sombra de su pañuelo empe-zaba a preguntarme doctrina. Diciendo el *Credo*, murmurando los *Mandamien-tos*, con los ojos bajos, yo sentía su olor acre y dulzón a rapé y a hormiga.

Los domingos venían también a almorzar con la tía los dos eclesiásticos. El de los cabellos rizados era el padre Casimiro, procurador de doña Patrocínio; me daba abrazos cariñosos, me invitaba a declinar arbor áboris, currus curri; y me proclamaba con afecto «talentazo». El otro eclesiástico elogiaba el colegio de los Isidoros, hermosísimo establecimiento de enseñanza, como no lo había ni en Bélgi-ca. Ese llamábase el padre Pinheiro. Cada vez me parecía más moreno, más triste. Siempre que pasaba por delante de un espejo, sacaba la lengua y allí se demoraba examinándola, estudiándola, desconfiado y asustado.

Almorzando, al padre Casimiro le gustaba ver mi apetito.

—¿Un pedacito más de ternera guisada? Los jóvenes deben estar alegres y bien comidos...

Y el padre Pinheiro, palpándose el estómago comentaba:

—¡Feliz edad! ¡Feliz edad en que se repite de la ternera!

El y la tía hablaban entonces de enfermedades. El padre Casimiro, coloradito, con la servilleta amarrada al cuello, el plato lleno, la copa llena, sonreía beatífica-mente.

Cuando, en la plaza, entre los árboles, empezaban a lucir los faroles de gas, la Vicencia se ponía su viejo chal a cuadros e iba a llevarme al colegio. A esa hora lle-gaba el hombrecito de la cara afeitada y los grandes cuellos, que era el señor José Justino, secretario de la cofradía de San José y notario de la tía, con escritorio en San Paulo. En el patio, quitándose ya el paletó, me hacía una caricia en las mejillas y le preguntaba a Vicencia por la salud de la señora doña Patrocínio. Subía; noso-tros cerrábamos el pesado portón. Y yo respiraba gozosamente, porque me entris-

tecía aquel caserón con sus damascos rojos, sus innumerables santos y su olorcillo a capilla.

Por el camino, la Vicencia me hablaba de la tía, que la trajera, hacía años, de la Misericordia. Así fui sabiendo que la tía padecía del hígado, que tenía siempre mucho dinero en oro, en una bolsa de seda verde; y que el comendador Godinho, tío de ella y de mí madre, había dejado doscientos contos en predios, en escrituras, y la quinta del Mosteiro cerca de Vianna, y vajillas de plata y lozas de la India... ¡Qué rica era la tía ¡Era necesario ser bueno, agradecer siempre a la tía!

A la puerta del colegio, la Vicencia me decía: «Adiós, amorcito» y me daba un gran beso. Muchas veces, de noche, abrazado a la almohada, yo pensaba en la Vicencia y en los brazos que le había visto arremangados, gruesos y blancos como la leche. Y así fue naciendo en mi corazón, púdicamente, una pasión por la Vicencia.

Un día, un muchacho ya con bozo en los labios, me llamó en el recreo «lameplatos». Lo desafié para las letrinas, y le ensangrenté toda la cara con un puñetazo bestial. Fui temido. Fumé cigarrillos. Crispín había dejado los Isidoros. Yo ambicionaba saber manejar la espada. Y mi alto amor por Vicencia desapareció un día, insensiblemente, como una flor que se pierde en la calle.

Los años fueron pasando así; en las vísperas de Navidad encendíase un brasero en el refectorio, yo me ponía mi sobretodo forrado de bayeta y ornado con un ribete de astracán; después llegaban las golondrinas a los aleros de nuestro tejado, y en el oratorio de la tía, en lugar de camelias, aparecían los primeros claveles perfumando los pies de oro de Jesús; luego era el tiempo de los baños de mar, y el padre Casimiro mandaba a la tía un cesto de uvas de su quinta de Torres... Entonces, empecé a estudiar retórica.

Un día nuestro buen procurador me dijo que yo no volvería más a los Isidoros y que acabaría mi preparatorio en Coimbra, en casa del doctor Rojo, profesor de teología. Me hicieron ropa blanca. La tía me dio en un papel la oración que yo diariamente debía rezar a San Luis Gonzaga, abogado de la juventud estudiosa, para que él conservase en mi cuerpo la frescura de la castidad y en mi alma el miedo del Señor. El padre Casimiro fue a llevarme a la ciudad graciosa donde dormita Minerva.

Pronto detesté al doctor Rojo. En su casa sufrí vida dura y claustral; y tuve un innegable placer cuando, en mi primer año de Derecho, el desagradable eclesiástico murió miserablemente de un ántrax. Entonces me fui a vivir al divertido hospedaje de las Pimentas, y pronto conocí, sin moderación, todas las independencias y las fuertes delicias de la vida. Nunca más mascullé la mojigata oración a San Luis Gonzaga, ni doblé mi rodilla viril ante una imagen bendita con aureola en la nuca; me emborraché ruidosamente en las Camelias; demostré mi robustez golpeando brutalmente a un marcador del Trony; satisfice mi pasión con sabrosos amores en el Terreiro da Herva; vagué a la luz de la luna, berreando fados; usaba cayado; y como la barba me aparecía fuerte y negra, acepté con orgullo el mote de Raposón. Cada quince días, sin embargo le escribía a la tía, con mi mejor letra, una carta humilde y piadosa, donde le contaba la severidad de mis estudios, el recato de mis hábitos, los copiosos rezos, los rígidos ayunos, los sermones de que me nutría, los dulces desagravios al Corazón de Jesús, por la tarde, en la catedral, y las novenas con que consolaba mi alma en Santa Cruz, en el remanso de los días feriados...

Los meses de verano en Lisboa eran, después, dolorosos. No podía salir ni para cortarme el cabello, sin implorar de la tía un permiso servil. No me atrevía a fumar después del café. Debía recogerme virginalmente al anochecer; y antes de acostarme tenía que rezar con la vieja un largo rosario en el oratorio. ¡Yo mismo me había condenado a esta detestable devoción!

— ¿Tu, allá en tus estudios, acostumbras rezar el rosario? — me preguntó de sopetón la tía.

Y yo, sonriendo abyectamente:

— ¡Vaya! Como que no puedo dormirme sin haber rezado mi rico rosario...

Los domingos continuaban las partidas. El padre Pinheiro, más triste, se quejaba ahora del corazón y un poco también de la vejiga. Y había otro comensal, viejo amigo del comendador Godinho, fiel visita de las Nieves: Margaride, el que había sido delegado en Vianna y después juez en Mangualde. Rico por muerte de su hermano Abel, secretario de cámara del obispo, el doctor se jubilara, harto de procesos, y vivía ociosamente, leyendo los periódicos, en una casa suya de la plaza de la Figueira. Como había conocido a papá, y muchas veces lo acompañara al Mosteiro, me trató pronto con autoridad y de *usted*.

Era un hombre corpulento y solemne, ya calvo, con una caraza lívida, en la que se destacaban las cejas cerradas, espesas y negras como el carbón. Pocas veces entraba en la sala de la tía sin lanzar desde la puerta una noticia pavorosa. «¿Pero no saben?... ¡Un incendio horrible en los barrios bajos!» Apenas era una humareda en una chimenea. Pero el buen Margaride, de joven, en un sombrío acceso de imaginación, había compuesto dos tragedias; y de entonces le quedara ese gusto morboso de exagerar y de impresionar. «Nadie como yo — decía él — saborea lo grandioso»...

Y siempre que aterrorizaba a la tía y a los sacerdotes, sorbía gravemente un polvo de rapé.

A mí me agradaba el doctor Margaride. Camarada de mi padre en Vianna, muchas veces le había oído cantar, acompañándose con la guitarra, la jácara del conde Ordoño. Tardes enteras había vagado con él poéticamente, a orillas del río, en el Mosteiro, cuando mamá hacía ramilletes silvestres a la sombra de los abedules. Y me mandó regalos apenas yo nací, al anochecer de un Viernes Santo. Además de esto, y hasta en mi presencia, él elogiaba francamente a la tía mi inteligencia, mi circunspección y mis maneras.

— Nuestro Teodorico, doña Patrocinio, es un joven que puede enorgullecer a una tía. Tiene usted aquí, querida señora, un Telémaco.

Yo me ruborizaba, modesto.

Y fue justamente paseando con él por el Rocío, un día de agosto, cuando conocí a un pariente lejano nuestro, primo del comendador Godinho. El doctor Margaride me lo presentó diciendo apenas: «Javier, primo tuyo, joven de grandes dotes». Era un hombre vestido pobremente, de bigote rubio, que había sido un don Juan y despilfarrara en poco tiempo treinta contos, heredados de su padre, dueño de una cordelería en Alcántara. El comendador G. Godinho, meses antes de morir de su neumonía, lo había recogido por caridad en la secretaría de Justicia, con veinte mil réis por mes. Javier vivía ahora con una española llamada Carmen, y tres hijos de ella, en una bohardilla de la calle de la Fe.

Fui allá un domingo. Casi no había muebles; la palangana estaba hundida en el fondo roto de una silla de paja. Javier había estado toda la mañana echando esputos de sangre. La Carmen, despeinada, en chinelas, arrastrando una bata de fustán manchada de vino, arrullaba melancólicamente a un niño envuelto en un trapo y con la cabecita cubierta de postillas.

Inmediatamente, Javier, tratándome de *tú*, me habló de la tía Patrocinio. ¡Era su esperanza, en aquella sombría miseria! Sierva de Jesús, propietaria de tantas fincas, no podía ella dejar a un pariente, a un Godinho, agotarse allí, en aquella bohardilla, sin sábanas, sin tabaco, con los hijos alrededor, desharrapados, llorando por pan. ¿Qué le costaba a la tía Patrocinio fijarle, como ya lo había hecho el Estado, una mensualidad de veinte mil reis?

– Tú debías hablarle, Teodorico. Tú debías decirle... ¡Mira estas criaturas! Ni medias tienen... Ven acá, Rodrigo; dile al tío Teodorico qué comiste hoy a mediodía... ¡Un pedazo de pan de ayer! Y sin manteca, sin nada. Esta es nuestra vida, Teodorico. ¡Mira que es duro, muchacho!

Enternecido, prometí hablarle a la tía.

¡Hablarle a la tía! No osaría ni contarle que conocía a Javier y que entraba en aquel tugurio impuro, donde había una española consumida en el pecado.

Y para que ellos no se diesen cuenta de mi innoble terror hacia la tía, no volví a la calle de la Fe.

A mediados de septiembre, el día de la Natividad de Nuestra Señora, supe por el doctor Barroso que mi primo Javier, casi a la muerte, quería hablarme en secreto.

Fui allá, por la tarde, contrariado. En la escalera olía a fiebre. La Carmen, en la cocina, hablaba entre sollozos con otra española, delgadita, de mantilla negra y de corpiño de raso color cereza. Los niños, en el suelo, comían una cazuela de sopas de pan. Y en la alcoba, Javier, envuelto en un cobertor, con la palangana al lado, llena de esputos de sangre, tosía desesperadamente.

– ¿Eres tú, muchacho?

– ¿Qué te pasa, Javier?

Me dijo, con un término obsceno, que estaba perdido. E incorporándose, con un brillo seco en los ojos, me habló de la tía. El le había escrito una carta que partía el corazón; pero la fiera no contestara. Y ahora iba a mandar al *Jornal de Noticias* un anuncio pidiendo una limosna y firmado «Javier Godinho, primo del rico comendador G. Godinho». Quería ver si doña Patrocinio de las Nieves dejaría que un pariente, un Godinho, mendigase así, públicamente, desde las páginas de un diario.

– Pero es necesario que tú me ayudes, muchacho; que la enternezcas. Cuando ella lea el anuncio, cuéntale esta miseria. Despiértale la generosidad. Dile que es una vergüenza ver morir en el abandono a un pariente, a un Godinho. Dile que ya se murmura... Mira, si hoy pude tomar un caldo, es porque esa joven, la Lolita, que está en casa de Benita la *Vejigosa*, nos trajo unas monedas. ¡Ya ves a lo que he llegado!

Me levanté conmovido.

– Cuenta conmigo, Javier.

– Oye, si tienes ahí cinco tostones que no te hagan falta, dáselos a Carmen.

Se los di a él; y salí jurando solemnemente, en nombre de los Godinhos y en nombre de Jesús, que iba a hablar con la tía.

Al otro día, después del almuerzo, la tía, con el escarbadientes en la boca, desdobló lentamente el Jornal de *Noticias*. Y debió encontrar pronto el anuncio de Javier, porque quedó largo tiempo mirando el final de la tercera página, donde aquél negreaba, angustioso, terrible, trágico.

Me pareció ver entonces, vueltos hacia mí, allá desde el fondo desnudo de la bohardilla los ojos afligidos de Javier, la faz amarilla de Carmen, húmeda de lágrimas, y las pobres manitas de los niños, huesudas, en espera de una corteza de pan... Y todos aquellos desgraciados esperaban ansiosos las palabras que yo iba a decirle a la tía, fuertes, enternecedoras, que los debían salvar, que les darían el primer pedazo de carne en aquel verano de miseria. Abrí los labios. Pero ya la tía, recostándose en la silla, murmuraba con una sonrisa feroz:

— ¡Que se aguante!... Es lo que le ocurre a quien no tiene temor de Dios y se mete con desvergonzadas... ¡Que no lo hubiera gastado todo en depravaciones! Para mí, hombre perdido con faldas, hombre que anda detrás de faldas, acabó... No tiene el perdón de Dios, ni tiene el mío. ¡Que padezca, que padezca, que también Nuestro Señor Jesucristo padeció!

Bajé la cabeza y murmuré:

— Y aun no padecemos bastante... Tiene razón la tía. ¡Que no se liara con faldas!

Ella se levantó dando gracias al Señor. Yo me retiré a mi cuarto y me encerré en él temblando, sintiendo aún, heladas y amenazadoras, las palabras de la tía, para quien los hombres «acababan en cuanto se metían con faldas». ¡También yo me había metido con faldas, en Coimbra, en el Terreiro da Herva! Allí, en mi baúl, tenía documentos de mi pecado, la fotografía de Teresa de los Quince, una cinta de seda y una carta suya, la más dulce, donde me llamaba «único afecto de su alma» y me pedía dieciocho tostones. Yo había cosido esas reliquias dentro del forro del chaleco, recelando de las incesantes rebuscas de la tía en mi ropa blanca. Pero estaban allí, en el baúl del que ella guardaba la llave, dentro del chaleco, haciendo una dureza de cartón que cualquier día podrían palpar sus dedos desconfiados... ¡Y yo acabaría entonces para la tía!

Abrí despacito el baúl, descosí el forro, saqué la deliciosa carta de la Teresa, la cinta que conservaba el aroma de su piel, y un retrato donde aparecía con mantilla. En el antepecho del balcón, sin piedad, lo quemé todo, amabilidades y cariños; y arrojé desesperadamente al patio las cenizas de mi ternura.

Aquella semana no me arriesgué a volver a la calle de la Fe. Después, un día que lloviznaba, fui allá, al anochecer, encogido bajo mi paraguas. Un vecino, viéndome observar de lejos las ventanas negras y muertas del tugurio, me dijo que el señor Godinho, ¡pobrecito!, había sido llevado en una camilla al hospital.

Descendí, triste, a lo largo de las escaleras del Paseo. Y en el crepúsculo húmedo, habiendo rozado bruscamente mi paraguas con otro, oí de repente mi nombre de Coimbra, lanzado con alegría.

— ¡Oh, Raposón!

Era Silverio, el *Relinchón*, condiscípulo mío y compañero en la casa de las Pimentas. Había estado pasando aquel mes en el Alemtejo, con su tío el barón de Al-

conchel, ilustre ricacho. Y ahora, de vuelta, iba a ver a Ernestina, una muchachita rubia que vivía en el Salitre, en una casa color de rosa, con rosales en el balcón.

– ¿Por qué no vienes un momento, Raposón? Allí vive otra muchacha linda, la Adela... ¿No conoces a la Adela? Entonces, ¡qué diablo!, ven a ver a la Adela...
– ¡Es una mujer estupenda!

Era domingo, noche de partida en casa de la tía; yo debía recogerme religiosamente a las ocho, Me rasqué la barba, indeciso. El *Relinchón* habló de la blancura de los brazos de la Adela; y yo empecé a caminar al lado del *Relinchón*, poniéndome los guantes negros.

Provistos de un cartucho de pasteles y de una botella de Madeira, encontramos a Ernestina cosiendo, un elástico de sus botinas de raso. Y Adela, tumbada en un sofá, de chambra y saya blancas, con las, chinelas caídas en la alfombra, fumaba lánguidamente un cigarrillo. Yo me senté a su lado, conmovido y silencioso, con mi paraguas entre las rodillas. Sólo cuando Silverio y la Ernestina corrieron hacia la cocina, abrazados, a buscar copas para el Madeira, me atreví a preguntarle a la Adela, ruborizado:

– Y... ¿de dónde es usted?

Era de Lamego. Y yo, nuevamente acobardado, sólo pude tartamudear que era muy triste aquel tiempo de lluvia. Ella me pidió otro cigarrillo cortésmente, llamándome *caballero*. Agradecí estos modos. Las anchas mangas de su chambra, al encogerse, descubrían unos brazos tan blancos y suaves, que entre ellos la muerte debía de ser deleitosa.

Le ofrecí el plato en que Ernestina había puesto los pasteles. Ella quiso saber mi nombre. Tenía un sobrino que también se llamaba Teodorico, y esto fue como un hilo sutil y fuerte que desde su corazón vino a enredarse en el mío.

– ¿Por qué el caballero no deja el paraguas en un rincón? – me dijo ella, riendo.

El brillo picaresco de sus dientes menudos hizo florecer dentro de mí la rosa de un madrigal.

– Es para no separarme del lado de usted ni siquiera un instante.

Ella me hizo una caricia lenta en el pescuezo. Yo, deshaciéndome de gozo, bebí el resto del Madeira que ella había dejado en la copa.

La Ernestina, poética, cantando un fado, se acurrucó en las rodillas del *Relinchón*. Entonces la Adela, volviéndose lentamente, me acercó la cara, y mis labios encontraron los suyos en el beso más serio, más sentido, más profundo que hasta allí había agitado mi espíritu.

En ese dulce instante, un reloj pavoroso, con la esfera imitando la cara de la luna, y que parecía espiarme desde el mármol de una mesa de caoba, por entre dos jarrones sin flores, empezó a dar las diez, gangoso, irónico, pachorrudo.

¡Jesús! ¡Era la hora del té en casa de mi tía! ¡Con qué terror atravesé, sofocado, sin abrir el paraguas, las calles oscuras e interminables que conducen al Campo de Santa Ana! En casa, ni me quité las botas embarradas. Me dirigí a la sala; y vi en seguida, allá al fondo, en el sofá de damasco, los anteojos de la tía, más negros que de costumbre, enfurecidos, esperando para fulminarme. Balbuceé:

– Tía...

Pero ya ella gritaba, verde de cólera, sacudiendo los puños:

— ¡En mi casa no admito depravaciones! ¡Quien quiera vivir aquí, ha de estar a las horas que yo señalo! ¡Libertinajes e indecencias, no, mientras yo viva! Y quien no esté conforme, ¡a la calle!

Ante el estallido de indignación de la señora doña Patrocínio, el padre Pinheiro y el notario Justino habían doblado la cabeza, confusos. El doctor Margaride, para apreciar debidamente mi culpa, miró su pesado reloj de oro. Y fue el buen Casimiro quien intervino, como sacerdote, como procurador, influyente y suave.

— Doña Patrocínio tiene razón, tiene mucha razón al querer orden en su casa... Pero tal vez nuestro Teodorico se haya demorado un poco más en el Martinho, oyendo hablar de estudios, de libros...

Exclamé amargamente:

— No es eso, padre Casimiro... Ni estuve en el Martinho. ¿Sabe dónde estuve? En el convento de la Encarnación. Allá me encontré con un condiscípulo que iba a buscar a una hermana suya. Hoy, como era fiesta, la hermana había ido a pasar el día con una tía, una comendadora... Estuvimos paseando en el patio mientras esperábamos. La hermana se va a casar; él me estuvo hablando del novio, del ajuar, de lo enamorada que ella está... Yo, muerto por zafarme, aunque con prudencia, del muchacho, que es sobrino del barón de Alconchel... Y él, venga a hablar de la hermana, del noviazgo, de las cartas...

La tía Patrocínio aulló de furor:

— ¡Miren qué conversación! ¡Qué porquería de conversación! ¡Qué conversación indecente para el patio de una casa de religión! ¡Cállate, alma perdida, que hasta vergüenza debiera darte!... Y conste que otra vez que llegue a estas horas, no entra en mi casa. Se quedará en la calle como un perro...

Entonces el doctor Margaride extendió la mano pacificadora y solemne:

— ¡Todo está explicado! Nuestro Teodorico fue imprudente; pero el sitio donde estuvo es respetable... Y yo conozco al barón de Alconchel. Es un caballero dignísimo y uno de los más ricos del Alemtejo. Acaso uno de los más ricos de Portugal... El más rico, diré. Incluso en el exterior no habrá fortuna territorial que exceda a la suya. Ni que se le compare. Sólo en cerdos... Sólo en corcho, centenares de contos, ¡millones!...

Se había puesto de pie; y su vozarrón levantaba montañas de oro. Mientras, el buen Casimiro murmuraba a mi lado, con blandura:

— Tome su té, Teodorico; vaya tomando su té. Y crea que su tía no desea más que su bien...

Agarré mi tacilla, con la mano temblorosa; y revolviendo desfallecido el azúcar, pensaba en abandonar para siempre la casa de aquella vieja horrible que así me ultrajaba delante de la magistratura y de la iglesia, sin consideración a la barba que comenzaba a nacerme, fuerte, respetable y negra.

Pero, los domingos, el té era servido en la vajilla de plata del comendador G. Godinho. Yo la veía, maciza y resplandeciente, delante de mí: la gran tetera terminando en pico de pato; el azucarero, cuya asa tenía la forma de una víbora irritada; y el palillero gentil en figura de macho trotando bajo sus alforjas. Y todo pertenecía a la tía... ¡Qué rica era la tía! ¡Era necesario ser bueno, agradar siempre a la tía!...

Por eso, más tarde, cuando ella penetró en el oratorio para rezar el rosario, ya estaba yo allí, de rodillas, gimiendo, golpeándome el pecho y suplicando al Cristo de oro que me perdonase el haber ofendido a la tía.

*

Un día, al fin, llegué a Lisboa con mi título de doctor metido en un canuto de lata. La tía lo examinó reverente, encontrándoles un sabor eclesiástico a las líneas en latín, a las paramentosas cintas rojas y al sello guardado en su relicario.

– Está bien – me dijo –; ya eres doctor. A Dios Nuestro Señor se lo debes; cuida de no faltarle.

Corrí al oratorio con el canuto en la mano, para agradecer al Cristo de oro mi glorioso grado universitario.

A la mañana siguiente, estando ante el espejo despuntándome la barba, que ahora era cerrada y negra, el padre Casimiro entró en mi cuarto, risueño y frotándose las manos.

– Buena noticia le traigo, señor doctor Teodorico...

Y después de darme, como era su afectuosa costumbre, unas palmaditas en la espalda, el santo procurador me reveló que la tía, satisfecha de mi comportamiento, había decidido comprarme un caballo para que pudiese dar honestos paseos y distraerme por Lisboa.

– ¿Un caballo? ¡Oh padre Casimiro!

Un caballo. Y no queriendo que el sobrino, ya de barba, ya doctor, sufriese una vergüenza por faltarle a veces algunas monedas para echar en la bandeja de Nuestra Señora del Rosario, la tía le fijaba una pequeña mensualidad.

Abracé con efusión al padre Casimiro. Y deseé saber si la cariñosa intención de mi tía era que yo no tuviese otra ocupación más que la de cabalgar por Lisboa y echar moneditas en la bandeja de Nuestra Señora.

– Vea, Teodoro; a mí me parece que la tía no quiere que usted tenga otro menester que alabar a Dios... Lo que le digo es que va a pasar una vida excelente. Y ahora, ande, vaya a darle las gracias y dígale alguna cosa que la satisfaga.

En la salita, donde lucían por las paredes los hechos piadosos de San José, la tía, sentada en una punta del sofá de reps, hacía calceta con un chal de Tonquín por los hombros.

– Tía – murmuré cohibido –, vengo a darle las gracias...

– Está bien; anda con Dios...

Le besé devotamente el borde del chal. La tía se mostró complacida. Yo me fui con Dios.

Comenzó entonces, harta y regalona, mi existencia de sobrino de la señora doña Patrocínio de las Nieves. A las ocho, puntualmente, vestido de negro, iba con ella a la iglesia de Santa Ana, a la misa del padre Pinheiro. Después de comer, y luego de obtener la licencia de la tía y de rezar en el oratorio tres Gloria *Patri* contra las tentaciones, salía a caballo, de pantalón claro. Casi siempre me daba la tía algún encargo piadoso: acercarme a Santo Domingo y decir la oración por los tres santos mártires del Japón; entrar en la Concepción Vieja, a hacer acto de desagravio al Sagrado Corazón de Jesús...

Y yo temía tanto desagradarle, que nunca dejé de cumplir estos tiernos recados que ella mandaba a la casa del Señor.

Pero era ése el momento desagradable de mis días; a veces, al salir, furtivamente, de la iglesia, tropezaba con algún condiscípulo republicano, de los que me acompañaban en Coimbra, en las tardes de procesión, haciendo burla del Señor de la Caña Verde.

—¡Oh Raposón! Pero tú, ahora...

Yo negaba, todo avergonzado:

—¡Ca! ¡Era lo que faltaba! A mí con santurronerías... Entré aquí por causa de una joven... Adiós; tengo la yegua esperando.

Montaba, y de guantes negros, la pierna bien pegada a la silla, un botón de camelia en el ojal, iba caracoleando, ocioso y elegante, hasta el Loreto. Otras veces dejaba la yegua en el Arca da Bandeira, y disfrutaba de una mañana espléndida en el billar de Montaña.

Antes de almorzar, en chinelas, acompañaba a la tía al oratorio y hacía la jaculatoria a San José, ayo de Jesús, custodio de María y amorosísimo patriarca. En la mesa, adornada apenas con algún plato de almíbar después de una fuente de fideos, yo le contaba a la tía mi paseo, las iglesias en que me había deleitado y los altares que estaban iluminados. La Vicencia escuchaba con devoción, de pie en su lugar de costumbre, entre las dos ventanas, donde un retrato de nuestro Santo Padre Pío IX llenaba el lienzo de pared verde, teniendo colgado debajo, por medio de un cordón, un viejo catalejo, reliquia del comendador G. Godinho. Después del café, la tía cruzaba lentamente los brazos, y su rostro, pesado de sueño, se sumía en la sombra del pañuelo encarnado.

Yo iba a ponerme las botas; y autorizado ahora por ella para distraerme fuera de casa hasta las nueve y media, corría al final de la calle de la Magdalena, cerca del paseo de Caldas. Con cautela, levantando el cuello del sobretodo, y arrimado al muro, como si el farol de gas que allí alumbraba fuese el ojo inexorable de la tía, yo subía ávidamente la escalera de la Adela...

Sí, de la Adela. Porque nunca me había olvidado, desde la noche en que el *Relinchón* me llevara al Salitre, de aquel beso que ella me diera, lánguida y blanca, sobre el sofá. En Coimbra le había escrito versos; y ese amor fue, dentro de mi pecho, en el último año de la Universidad, en el curso de Derecho eclesiástico, como un maravilloso lirio que nadie veía y que perfumaba mi vida... Apenas la tía me señaló la mensualidad de tres monedas, corrí triunfal al Salitre; estaban allí los rosales del balcón, pero la Adela ya no estaba. Y fue el excelente *Relinchón* quien me enseñó ese primer piso, junto al paseo de Caldas, donde ella vivía ahora, protegida por Eleuterio Serra, de la firma Serra, Brito y Cía., con tienda de paños y modas en la Concepción Vieja. Le escribí una carta ardiente y seria, poniéndole reverentemente al comienzo: «Señora mía». Ella me respondió con dignidad: «El caballero puede venir aquí a mediodía». Le llevé una cajita de pastillas de chocolate, atada con una cinta de seda azul; pisando conmovido la estera nueva de la sala, yo adivinaba, por la almidonada blancura de las cortinas, la frescura de su falda; y la esmerada limpieza de los muebles me revelaba la rectitud de sus sentimientos. Ella entró, un poco constipada, con un chal encarnado por los hombros. Me reconoció en seguida como el amigo del *Relinchón*; habló de Ernestina con severidad, llamándola «indecente». Y su voz enronquecida y su fluxión me inspiraban el deseo

de curarla en mis brazos, en un largo día de cuidados y somnolencia, bajo el peso de los cobertores, en la penumbra suave de su alcoba. Luego, ella quiso saber si yo era empleado o pertenecía al comercio... Le conté con orgullo la riqueza de la tía, sus propiedades, sus platas. Le dije, teniendo sus manos gordezuelas sujetas entre las mías:

– Si la tía reventase ahora, yo le pondría a usted una casa chic.

Ella murmuró, bañándose todo con la negra dulzura de su mirada:

– ¡Bah! Si el caballero pescase la herencia, no se acordaría más de mí.

Me arrodillé en la estera, trémulo, apretando el pecho en sus rodillas, ofreciéndome como una res; ella abrió su chal, aceptándome misericordiosamente.

Ahora, al anoecer (mientras Eleuterio, en el club de la calle Nueva del Carmen, jugaba a la malilla), yo tenía en el piso de la Adela la radiante fiesta de mi vida. Había llevado allí un par de chinelas; era el elegido de su corazón. A las nueve y media, despeinada, envuelta aprisa en una bata de franela, con los pies desnudos, me acompañaba por la escalerilla trasera, recogiendo de mis labios, en cada escalón, un beso lento y cariñoso.

– ¡Adiós, Adelita!

– Consérvate, tesoro.

Y yo regresaba lentamente al Campo de Santa Ana, rumiando mi gozo.

El verano pasó con languidez. Los primeros vientos del otoño llevaron las golondrinas y las hojas del Campo de Santa Ana. Y en ese otoño, de repente, mi vida se hizo más fácil, más libre. La tía mandó que me hiciesen una levita, y la estrené, con su permiso, yendo a ver en el San Carlos el *Poliuto*, ópera que el doctor Margaride nos recomendara como «impregnada de sentimientos religiosos y llena de elevadas lecciones.» Fui con él, de guantes blancos, rizado. Al otro día, en el almuerzo, le conté a la tía el devoto enredo, los ídolos derribados, las canciones, las damas que había en los palcos, y de qué hermoso terciopelo vestía la reina.

– ¿Y sabe quién vino a hablarme, tía? El barón de Alconchel, el millonario, tío de aquel muchacho que fue condiscípulo mío. Vino a estrecharme la mano, estuvo un momento conmigo en la sala... Me trató con mucha consideración.

A la tía le agradó esta consideración.

Después, tristemente, como un moralista ofendido, me lamenté del provocador escote de una señora atrevida, desnuda de brazos, desnuda de pecho, mostrando toda esa carne, espléndida e irreligiosa, que es la desolación del justo y la angustia de la Iglesia.

– ¡Jesús, qué escándalo! Créame, tía, que estaba indignado.

A la tía le gustó esa indignación.

Y pasados algunos días, después del café, cuando yo me dirigía, aun de chinelas, al oratorio, para hacer una breve petición a las llagas de nuestro Cristo de oro, la tía, ya soñolienta y con los brazos cruzados, me dijo desde la sombra de su pañuelo:

– Si quieres, vuelve hoy al San Carlos... Y siempre que lo desees, tienes licencia para ir a escuchar un poco de música. Ahora que eres un hombre y que parece que tienes juicio, no me importa que estés fuera hasta las once o las once y media... En todo caso, a esa hora quiero que la puerta esté cerrada y todo listo para que recemos el trisagio.

Ella no vio el triunfante relampaguear de mis ojos. Murmuré, adulator, bábándome de gusto devoto:

—¡Ah, el trisagio, el querido trisagio no lo pierdo yo ni por la mejor diversión!... Ni aunque el rey me invitase a un té en su palacio.

Corrí, delirante, a ponerme la levita. Y este fue el comienzo de esa anhelada libertad que yo conquistara laboriosamente, doblando el espinazo delante de la tía, golpeando el pecho delante de Jesús. ¡Libertad bien venida, ahora que Eleuterio Serra había salido para París, a hacer compras, y dejara a Adela libre, bella, más jovial, más fogosa!

¡Sí, desde luego, yo había ganado la confianza de mi tía con mis maneras puntuales, sesudas, serviles y devotas! Pero lo que la animara a ampliar así, con generosidad, mis horas de honesto recreo, había sido (como ella dijo confidencialmente al padre Casimiro) la certeza de que yo «me portaba con religiosidad y no andaba detrás de faldas».

Porque para la tía Patrocínio, todas las acciones humanas ocurridas fuera de las puertas de las iglesias, consistían en *andar detrás de pantalones o andar detrás de faldas*; y estos dos dulces impulsos naturales le eran igualmente odiosos.

Doncella, y vieja, y reseca como un sarmiento; no habiendo sentido jamás rozar en la piel otros bigotes que los del comendador Godinho, paternales y grises; murmurando incesantemente, ante el Cristo desnudo, esas jaculatorias de las *Horas de piedad*, sollozantes de amor divino, la tía se llenaba poco a poco de un rencor envidioso y amargo hacia todas las formas y todas las gracias del amor humano.

Y no le bastaba reprobar el amor como una cosa profana: la señora doña Patrocínio de las Nieves hacía una mueca y lo barría como una cosa sucia. Un joven serio, amado noblemente, era para ella «una porquería». Cuando sabía de una señora que había tenido un hijo, escupía para un lado y murmuraba: «¡qué asco!». Y casi hallaba obscena a la naturaleza por haber creado los dos sexos.

Rica, gustándole el confort, nunca había querido tener en casa un criado, para que no hubiese en la cocina, en los pasillos, faldas mezcladas con pantalones. Y a pesar de ir blanqueando los cabellos de Vicencia, de ser decrepita y tartamuda la cocinera, de no tener dientes la otra criada, llamada Eusebia, la tía andaba siempre revolviendo desesperadamente en sus baúles, y hasta en la paja de los jergones, a ver si descubría fotografía de hombre, carta de hombre, señal de hombre, olor de hombre.

Todas las diversiones de la juventud: un paseo galante con señoras, en borriquillos; un fresco botón de rosa ofrecido en la punta de los dedos; una severa contradanza en jocundo día de Pascua; otras alegrías aun más cándidas, le parecían a la tía perversas, llenos de indecencia, y les llamaba *relajaciones*. Delante de ella, los amigos de casa se guardaban bien de mencionar esas emotivas historias, leídas en los diarios, en que se transparentan motivos de amor; porque eso la escandalizaba como la desvergüenza de una desnudez.

—¡Padre Pinheiro! — gritó un día, furiosa, clavando los ojos llameantes en el desventurado eclesiástico, al oírle hablar de una criada que en Francia tirara un hijo a una letrina—; ¡padre Pinheiro, haga el favor de respetarme!... No es por la letrina; ¡es por la otra porquería!

Pero era ella misma quien sin cesar aludía a desvaríos y pecados de la carne, para vituperarlos con odio; tiraba entonces encima de la mesa el ovillo de lana, clavando en él rabiosamente las agujas de calcetar, como si traspasase así, dejándolo frío para siempre, el vasto e inquieto corazón de los hombres. Y casi todos los días, con los dientes apretados, repetía (refiriéndose a mí) que si una persona de su sangre y de su casa, anduviese detrás de faldas o se entregase a relajaciones, había de ser echada a la calle con la escoba, como un perro.

Por eso, ahora, mis precauciones eran tan extremadas, que para evitar que me quedase en la ropa o en la piel el delicioso olor de la Adela, yo traía en el bolsillo pedazos sueltos de incienso. Antes de subir la triste escalera de la casa, penetraba calladamente en la caballeriza desierta que había en el fondo del patio; quemaba en la tapa de una barrica un trozo de la devota resina, y exponía al aroma purificador el vuelo de mi saco y mis barbas viriles... Después subía; y tenía la satisfacción de ver a la tía olfatear contenta:

– ¡Jesús, que rico olorcito a iglesia!

Modesto y suspirando, yo murmuraba:

– Soy yo, tía...

Además de eso, para mejor persuadirla de «mi indiferencia por las faldas», dejé un día en el piso del pasillo, como perdida, una carta, con estampilla, seguro de que la religiosa doña Patrocínio, mi señora y tía, la abriría en seguida, vorazmente. La abrió, y le agradó. Estaba escrita por mí a un discípulo de Arrayollos, y decía en letra clara estas cosas edificantes: «Te participo que me enemisté con Simoes, el de filosofía, por haberme invitado a ir a una casa deshonesta. No admito esas ofensas. Tú te acuerdas bien cómo yo en Coimbra detestaba esas relajaciones. Y opino que es un grandísimo asno aquel que por una distracción que es humo, apariencia, engaño, se arriesga a padecer por todos los siglos de los siglos, amén, en las hogueras de Satanás, con perdón sea dicho. Ahora bien, en una de esas refinadísimas burradas no es capaz de caer tu amigo de corazón. *Raposo*».

La tía leyó esto y quedó encantada. Y ahora yo me ponía mi levita, le decía que iba a oír *Norma*, besaba con unción sus huesudos dedos; y corría, a lo largo del paseo de Caldas, al cuarto de la Adela, a hundirme perdidamente en las beatitudes del pecado. Allí, a la media luz que daba a través de la puerta vidriera el candelero de petróleo de la sala, las cortinas de cambray y las faldas colgadas adquirirían blancuras celestes de nube; el olor de los polvos de arroz excedía en dulzura al olor de los junquillos místicos; yo estaba en el cielo; era San Teodorico; y sobre los hombros desnudos de mi amada se soltaban las madejas de su cabello negro, fuerte y duro como la cola de un corcel de guerra.

Una de esas noches salía yo de una confitería del Rocío, de comprar yemas para mi Adela, cuando encontré al doctor Margaride, que me anunció, después de su abrazo paternal, que iba al San Carlos, a ver el *Profeta*.

– Y a usted lo veo de levita, lo que quiere decir, naturalmente, que también viene...

Quedé de una pieza. Me había puesto, en efecto, la levita; había dicho a la tía que iba a saborear el *Profeta*, ópera de tanta virtud como una función de iglesia... Y ahora tenía que sufrir de veras el *Profeta*, hundido en una platea, rozando la rodilla del docto magistrado, en vez de descansar perezosamente al lado de mi diosa, en camisa, viéndola comer las confituras.

—Sí, en efecto; también yo iba desde aquí para el *Profeta* — murmuré aniquilado—. Dicen que tiene una música asombrosa... La tía estaba encantada de que viniese.

Con mi inútil cartucho de yemas, allá fui subiendo melancólicamente, al lado del doctor Margaride, la calle Nueva del Carmen.

Ocupamos nuestras localidades. Y en la sala resplandeciente con tonos de oro, yo pensaba melancólicamente en la alcoba sombría de Adela y en el desaliño de su ropa, cuando me di cuenta de que desde una platea cercana, una señora rubia y madura, una Ceres otoñal, vestida de seda color paja, volvía hacia mí, a cada arpegio de los violines, sus ojos claros y serenos.

Pregunté al doctor Margaride si conocía a aquella dama «que yo solía encontrar en los oficios en la iglesia de la Gracia, visitando al Señor de los Pasos, ¡con una devoción, con un fervor!»...

—El individuo que está detrás de ella abriendo la boca, es el vizconde de Souto Santos. Y ella, o es su esposa, la vizcondesa de Souto Santos, o su cuñada, la vizcondesa de Villar-o-Vello...

A la salida, la vizcondesa (de Souto Santos o de Villar-o-Vello) se detuvo un momento en la puerta esperando su coche, envuelta en su capa blanca, que un plumón ornaba delicadamente; su cabeza me pareció más altiva, incapaz de doblarse, loca y pálida, en un encuentro amoroso; la cola del vestido color paja se arrastraba por las baldosas; era espléndida, era vizcondesa, y otra vez me buscaban, me traspasaban sus ojos claros y serenos.

La noche estaba estrellada. Y descendiendo por el Chiado, en silencio, al lado del doctor Margaride, yo pensaba que cuando todo el oro de la tía fuera mío y diese brillo a mi persona, podría conocer una vizcondesa de Souto Santos o de Villar-o-Vello, no en su platea, sino en mi alcoba, ya caída la gran capa blanca, libre de las sedas color paja, alba sólo con el brillo de su desnudez, y haciéndose pequeñita entre mis brazos... ¡Ay, cuándo llegaría la hora, dulce entre todas, de que muriese la tía!

—¿Quiere venir a tomar el té en el Martinho? — me preguntó el doctor cuando desembocamos en el Rocío —. No sé si conoce usted las tostadas del Martinho... ¡Son las mejores de Lisboa!

En el Martinho, ya silencioso, el gas iba adormeciendo entre los espejos empañados; y sólo, en una mesa del fondo, había un joven triste, con la cabeza hundida entre los puños, delante de una taza de culantrillo.

Margaride pidió el té; y viéndome mirar con inquietud las agujas del reloj, me aseguró que llegaría a casa con tiempo para hacer mi enternecedora devoción al lado de mi tía.

—A la tía, ahora — dije yo — no le importa que esté fuera hasta más tarde... La tía, ahora, alabado sea Dios, tiene más confianza en mí...

—Y usted lo merece... Le hace su voluntad, es formal... Ella, poco a poco, le ha entregado su cariño, según me dijo Casimiro...

Entonces me acordé del antiguo afecto que ligaba al doctor Margaride con el padre Casimiro, procurador de la tía y su celoso confesor, y aprovechando la oportunidad, lancé un leve suspiro y abrí mi corazón al magistrado, francamente, como a un padre.

– Es cierto, la tía me tiene cariño... Pero créame, doctor Margaride, que a veces me inquieta mi porvenir... Le aseguro que tengo pensado presentarme a un concurso para delegados. Hasta ya he averiguado si sería difícil entrar como despachante de la aduana. Porque es cierto que la tía es rica, muy rica, que yo soy su sobrino, único pariente, único heredero; pero...

Y miré ansiosamente al doctor Margaride, que, por el locuaz padre Casimiro, acaso conocía el testamento de la tía... El grave silencio en que él quedó, con las manos cruzadas sobre la mesa, me pareció siniestro; en ese instante el mozo trajo la bandeja del té, sonriendo y felicitando al magistrado por verlo mejor de su catarro.

– ¡Deliciosa tostada! – murmuró el doctor.

– ¡Excelente tostada! – suspiré yo, cortésmente.

De vez en cuando, el doctor Margaride se escarbaba los dientes; después limpiaba la cara, los dedos; y volvía a masticar lentamente, con delicadeza y con dignidad.

Yo lancé otra palabra tímida.

– La tía, es cierto me estima...

– La tía lo estima – me atajó con la boca llena el magistrado –, y usted es su único pariente... Pero la cuestión es otra, Teodorico. Es que usted tiene un rival.

– ¡Lo reviento! – grité yo, sin poder contenerme, con los ojos en llamas, golpeando el mármol de la mesa.

El joven triste, allá en el fondo, levantó la vista de su taza. Y el doctor Margaride reprobó con severidad mi violencia.

– Esa expresión es impropia de un caballero, de un joven comedido. En general, no se revienta a nadie... Y además de eso, su rival no es otro, Teodorico, que Nuestro Señor Jesucristo.

¿Nuestro Señor Jesucristo? Sólo comprendí cuando el esclarecido jurisconsulto, ya más calmado, me reveló que mi tía, aun en el último año de mi carrera, tenía la intención de dejar su fortuna, tierras y heredades, a las cofradías de su simpatía y a los eclesiásticos de su devoción.

– ¡Estoy perdido! – murmuré.

Mis ojos, casualmente, encontraron, allá en el fondo, al joven triste delante de su taza. Y me pareció que él se parecía a mí como un hermano; que era yo mismo, Teodorico, ya desheredado, miserable, con las botas torcidas, viniendo a rumiar allí los dolores de mi vida, por la noche, delante de una taza de culantrillo.

Pero el doctor Margaride acababa su tostada. Y estirando regaladamente las piernas, me consoló, con el escarbadientes en la boca, afable y perspícaz:

– No está todo perdido, Teodorico. No me parece que esté todo perdido... Es posible que su señora tía haya cambiado de idea... Usted se porta bien, la anima, le lee el diario, reza el trisagio con ella... Todo esto influye. Y todo se precisa, porque, francamente el rival es fuerte.

Yo gemí:

– ¡Es de cuidado!

– Es fuerte. Y debo añadir que digno de todos los respetos. Jesucristo padeció por nosotros, es la religión del Estado; no hay más remedio que inclinar la cabeza. Escuche: ¿quiere saber mi opinión? Pues ahí va, franca y sin rebozo, para que le

sirva de guía... Usted heredará todo, si doña Patrocínio, su tía y mi señora, se convence de que dejarle la fortuna a usted es como dejársela a la Santa Madre Iglesia...

El magistrado pagó el té generosamente. Después, cuando salimos a la calle, ya levantado el cuello del sobretodo, aun me dijo en voz baja:

– Con franqueza, ¿qué tal la tostada?

– No hay mejor tostada en Lisboa, doctor Margaride.

El me apretó la mano con afecto, y nos separamos cuando estaban sonando las campanadas de la medianoche en el viejo reloj del Carmen.

Apresurando el paso por la calle Nueva de la Palma, yo advertía bien claramente, bien amargamente, el error de mi vida... ¡Sí, el error! Hasta allí la complicada devoción con que había procurado agradar a la tía, siempre fuera regular, nunca ferviente. ¿Qué importaba murmurar con corrección el trisagio delante de Nuestra Señora del Rosario? Delante de Nuestra Señora en todas sus encarnaciones, y bien en evidencia para conmovier a la tía, yo debía mostrar hábilmente un alma ardiendo en llamaradas de amor devoto, y un cuerpo castigado, penitente, herido por las puntas de los cilicios... Hasta allí la tía podía decir con aprobación: «Es ejemplar». Era preciso, para heredar, que ella exclamase un día, admirada, con las manos en cruz: «Es un santo».

¡Sí! Yo debía identificarme tanto con las cosas eclesiásticas, y sumergirme en ellas de tal suerte, que la tía, poco a poco, no pudiese distinguirme claramente de ese conjunto abigarrado de cruces, imágenes, devocionarios, copas, cirios, escapularios, palmas, andas, que eran para ella la Religión, y el Cielo; y que tomase mi voz por el santo bisbisar de los latines de la misa; y que mi levita negra le pareciese ya salpicada de estrellas y diáfanas como la túnica de los bienaventurados. Entonces evidentemente, ella estaría en mi favor, segura de que testaba en favor de Cristo y de su dulce madre la Iglesia.

Y ahora yo estaba completamente decidido a no dejar ir para Jesús, hijo de María, la deliciosa fortuna del comendador G. Godinho. ¿Pues qué? ¿No le bastaban al Señor sus tesoros incontables, las sombrías catedrales de mármol que llenan la tierra y la entristecen; las donaciones, los títulos de la Deuda que la piedad humana constantemente anota a su nombre, las paladas de oro que los Estados, reverentes, le depositan a los pies, traspasados de ruegos, las alhajas, los cálices y las botonaduras con diamantes que él usa en su camisa, en su iglesia de la Gracia? ¿No le bastaba eso, que aun volvía sus ojos voraces hacia una bolsa de plata y unas insignificantes fincas en la Baja? ¡Pues bien! Disputaremos esos mezquinos, fugitivos caudales, tú, el hijo del Carpintero, mostrando a la tía la llaga que por ella recibiste, cierta tarde, en una ciudad bárbara de Asia, y yo adorando esa llaga con tanto ruido y tanto fausto, que la tía no podrá saber dónde está el mérito, si en ti que moriste por amarnos de más, o en mí, que quiero morir por no saber amarte bastante... Así pensaba yo, mirando de reojo al cielo, en el silencio de la calle de San Lázaro.

Cuando llegué a casa, advertí que la tía estaba en el oratorio, sólita, rezando. Me dirigí a mi cuarto silenciosamente; me quité los zapatos y la levita, revolví el cabello, me tiré de rodillas por el suelo, y salí así, arrastrándome, por el pasillo, gimiendo, lamentándome, golpeándome el pecho, clamando desconsoladamente por Jesús, mi Señor...

Al escuchar en el silencio de la casa estos lúgubres lamentos de arrebatada penitencia, la tía, asustada, se asomó a la puerta del oratorio.

– ¿Qué es eso, Teodorico; qué te pasa, hijo?

Me abaté más aun, entre sollozos, desfalleciendo de pasión divina.

– Perdóneme, tía. Estuve en el teatro con el doctor Margaride, luego tomamos juntos el té y hablamos de la tía... De repente, al volver a casa, en la calle Nueva de la Palma, empiezo a pensar en la muerte y en la salvación de mi alma y en todo lo que Nuestro Señor sufrió por nosotros, y me entraron unas ganas terribles de llorar... En fin; le ruego que me deje unos momentos solo en el oratorio, para desahogarme...

Muda, impresionada, encendió, una a una, todas las velas del altar. Acercó más hacia la orilla una imagen de San José, favorito de su alma, para que fuese el primero en recibir la ardiente ráfaga de preces que iba a escaparse en tumulto de mi corazón repleto y ansioso. Me dejó entrar, siempre a rastras. Después, en silencio, desapareció, bajando la cortina con recato. Y yo quedé allí, sentado en el almohadón de la tía, frotándome las rodillas, suspirando fuerte... y pensando en la vizcondesa de Souto Santos o de Villar-o-Vello, en los besos voraces que le daría en los hombros maduros y succulentos, si pudiese estar a su lado sólo un instante, aunque fuese allí mismo, en el oratorio, a los pies de oro de Jesús, salvador mío.

Corregí mi devoción y la hice perfecta. Pensando que el bacalao de los viernes no fuese suficiente mortificación, aquellos días, delante de la tía, bebía ascéticamente una copa de agua y mordía una corteza de pan; el bacalao lo comía de noche, con cebolla, después de unos bifés a la inglesa, en casa de mi Adelita. De mi guardarropa, en aquel duro invierno, apenas saqué un paletó viejo, de tal modo había querido aparecer renunciando a los culpables regalos de la carne; pero, en cambio, me enorgullecía de tener allí, purificando los cheviots profanos, mi capa roja de hermano del Señor de los Pasos y el devoto hábito ceniciento de la Orden Tercera de San Francisco. Sobre la cómoda ardía una lamparilla delante de la litografía de Nuestra Señora del Patrocinio; todos los días ponía rosas en una copa, para que perfumasen el aire; y la tía, cuando iba a revolver en mis cajones, quedábase mirando a su patrona, alélada, sin saber si era a la Virgen o a ella, indirectamente, a quien yo dedicaba aquel tributo de luz y aquel homenaje de aromas. En las paredes colgué las imágenes de los santos más excelsos, como retratos de antepasados de quienes tomaba el constante ejemplo en las virtudes; además, no hubo santo en el cielo, por oscuro que fuese, al cual no le ofreciese un oloroso ramillete de padrenuestros en flor. Fui yo quien hizo conocer a la tía a San Telésforo, Santa Secundina, el beato Antonio Estronconio, Santa Restituta, Santa Umbelina, hermana del gran San Bernardo, y a nuestra dilecta y suavísima patricia Santa Basilisa, que es celebrada, juntamente con San Hipacio, en este festivo día de agosto en que se hace la romería de la Atalaya.

¡Prodigiosa fue entonces mi actividad devota! Iba a maitines, iba a vísperas. Jamás falté a iglesia o ermita donde se hiciese la adoración del Sagrado Corazón de Jesús. En todas las exposiciones del Santísimo estaba yo, de rodillas. Participaba ávidamente de todos los desagravios al Sacramento. Las novenas en que yo recé se cuentan por los días del año. Y el septenario de los Dolores era uno de mis más dulces cuidados.

Había días en que sin reposar, corriendo jadeante por la calle, iba a la misa de las siete a Santa Ana, a la misa de las nueve a la iglesia de San José y a la misa de las once a la ermita de la Oliveirinha. Descansaba un instante en una esquina, con el libro de misa debajo del brazo, chupando a prisa un cigarrillo; después corría hacia el Santísimo expuesto en la parroquia de Santa Engracia, a la devoción del trisagio en el convento de Santa Juana, a la bendición del Sacramento en la capilla de Nuestra Señora de las Picoas, a la novena de las llagas de Cristo, en su iglesia, con música. Tomaba luego el coche del *Pingalho*, y aun visitaba, al acaso, rápidamente, los Mártires y Santo Domingo, la iglesia de Monserrate en las Amoreiras y la de la Gloria en el Cardal de Graça, las Flamengas y las Albertas, el Rato, la Catedral...

Por la noche, en casa de Adela, me sentaba tan derrengado, alicaído y sin ánimo, en una esquina del sofá, que ella me daba golpes en los hombros, mientras gritaba furiosa:

– ¡Despierta, mochuelo!

¡Ay de mí! Un día llegó, sin embargo, en que la Adela, en vez de llamarme mochuelo porque, extenuado en el servicio del Señor, yo apenas podía ayudarle a quitarse la blusa, empezó, siempre que mis labios insaciables se apretaban demás a su cuello, a llamarme «parásito»... Ocurrió esto en las alegres vísperas de San Antonio, al aparecer las primeras albahacas, en el quinto mes de mi devoción perfecta.

La Adela dio en andar pensativa y distraída. A veces, cuando yo le hablaba, decía «¿eh?», con una mirada incierta y vaga que era un tormento para mi corazón. Un día dejó de hacerme la mejor caricia, la que más me agradaba, que era un penetrante y delicioso beso en la oreja.

Desde luego que seguía siendo cariñosa... Aun doblaba maternalmente mi paletó; aun me llamaba «riquito»; aun me acompañaba en camisa al descansillo, lanzando, al separarnos de nuestro abrazo, un lento suspiro que era para mí la más precisa evidencia de su pasión...; pero ya no me favorecía con el besuqueo en la oreja.

Cuando yo entraba, entusiasmado, la encontraba sin vestir, despeinada, decaída y con ojeras. Me alargaba la mano perezosamente, bostezaba, tomaba con desgano la guitarra; y mientras yo, en un rincón, fumando cigarrillos en silencio, esperaba que se abriese la puerta vidriera que conducía al cielo, la inhumana Adela, tumbada en el sofá, con las chinelas caídas, pulsaba las cuerdas, murmurando, entre largos suspiros, canciones de extraña melancolía...

En un arranque de ternura, yo me arrodillaba a sus pies. Y entonces brotaba la dura, la helada frase:

– ¡Estate quieto, parásito!

Y me negaba siempre su cariño. Me decía: «No puedo más; me arde el estómago». O: «Adiós; me duele un costado».

Yo me limpiaba las rodillas, y regresaba al Campo de Santa Ana, defraudado, misérrimo, llorando en la oscuridad de mi alma por los tiempos inefables en que ella me llamaba «mochuelo».

Una noche de julio, suave como un terciopelo negro salpicado de estrellas, llegué más temprano a su casa, y encontré la puerta abierta.

El quinqué de petróleo, posado en el descansillo, llenaba de luz la escalera; y vi a Adela, de falda blanca, hablando con un joven de bigotito rubio, envuelto presuntuosamente en una capa española. Ella palideció y él se encogió cuando aparecí, alto y barbudo, con mi bastón en la mano. Después la Adela, sonriendo con despreocupación tranquila y grave, me presentó a «su sobrino Adelino. Era hijo de su hermana Ricardina, la que vivía en Vizeu, y hermano de Teodoriquito... Quitándome el sombrero, apreté en la palma larga y leal los dedos huidizos del señor Adelino:

– Celebro mucho el conocerlo, caballero. ¿Su madre y su hermano están bien?

Aquella noche la Adela, resplandeciente, volvió a llamarme «mochuelo» y a besuquearme en la oreja. Y toda aquella semana fue deliciosa como una luna de miel. El verano abrasaba; y en la Concepción Vieja había comenzado la novena de San Jerónimo. Yo salía de casa a la hora tranquila en que se riegan las calles, más contento que los pájaros que gorjeaban en los árboles del Campo de Santa Ana. En la salita blanca, con todas las sillas cubiertas de fustán blanco, encontraba a mi Adelina en chambra, fresca, oliendo a agua de colonia y a los claveles encarnados que traía en el cabello; y después de las mañanas calurosas, nada había más idílico, más dulce, que nuestras meriendas de fresas en la cocina, al fresco de la ventana, contemplando trechos verdes de quintas, y calzoncillos humildes puestos a secar en cuerdas... Y fue una tarde que así nos recreábamos, cuando ella me pidió ocho libras.

¡Ocho libras!... Bajando de noche por la calle de la Magdalena, yo cavilaba quién me las podría prestar sin interés, generosamente. El buen Casimiro estaba en Torres. El excelente *Relinchón* estaba en París... Y pensaba ya en el padre Pinheiro (cuyos dolores de riñones yo lamentaba siempre con afecto), cuando avisté todo encogido, todo embozado, saliendo de una de esas callejas impuras donde Venus Mercenaria arrastra sus chinelas, a José Justino, nuestro José Justino, el piadoso secretario de la cofradía de San José, el virtuosísimo notario de la tía...

Le grité: «Buenas noches, Justinito». Y volví al Campo de Santa Ana, tranquilo, saboreando ya el delicioso beso que me daría la Adelita cuando le alargase en la mano los ocho discos de oro. Al otro día, temprano, corrí al despacho de Justino, en San Pauló; le conté la fantástica historia de un condiscípulo mío, tuberculoso, pobrísimo, retorciéndose sobre un jergón, en una horrible casa de huéspedes, cerca del paseo de Caldas.

– ¡Es una desgracia, Justino! No tiene ni para poder tomar un caldo... Yo soy quien le ayuda; pero, por desgracia, estoy sin dinero. Le hago compañía y todo lo más que puedo: le leo oraciones y los *Ejercicios de la vida cristiana*. Anoche venía de allí... Y puede creerme, Justino, que me desagrada andar por aquellas calles tan tarde... ¡Dios mío, qué lugares, qué indecencia, qué inmoralidad! ¡Aquellas callejas de escalones!... Noté que usted iba horrorizado; yo también lo iba... Así que esta mañana estaba en el oratorio de la tía, rezando por mi condiscípulo, pidiéndole a Nuestro Señor que le ayudase y le diese algún dinero, cuando de pronto me pareció oír una voz, allá en lo alto de la cruz, que me decía: «Entiéndete con Justino, habla a nuestro Justino, que él te dé ocho libras para el muchacho...» ¡Quedé tan agradecido a Nuestro Señor! De modo que aquí vengo, Justino, por orden de El...

Justino me escuchaba, blanco como su cuello, haciendo sonar los huesos de los dedos; después, en silencio, fue arrojando una a una, sobre la carpeta, las ocho monedas de oro. Y así pude complacer, en aquella ocasión, a mi Adela.

¡Fugaz fue mi gloria, sin embargo!

De allí a pocos días, estando tranquilamente en el Montaña, ante una limonada, el mozo vino a avisarme que una mocita morena y de chal, la Mariana, me esperaba en la esquina... ¡Santo Dios! Mariana era la criada de Adela... Y salí a toda prisa, temblando, seguro de que mi bien amada había quedado sufriendo aquel abominable dolor en su blanco costado. Pensé en empezar el rosario de las dieciocho apariciones de Nuestra Señora de Lourdes, que la tía consideraba eficazísimo en los casos de puntada en la espalda y en los de toros desmandados...

— ¿Qué ocurre, Mariana?

Ella me condujo hasta un patio que olía muy mal; y allí, con los ojos irritados, agitando furiosamente el chal, ronca aún de la riña que había tenido con la Adela, empezó a contarme cosas torpes, execrables, sórdidas. ¡La Adela me engañaba! El joven Adelino no era sobrino suyo; era el querido, el *chulo*. Apenas salía yo, entraba él; la Adela se le colgaba del cuello, delirante, y entonces me llamaba *garrapata*, *santurrón*, *cabrito* y otras cosas peores y escupía sobre mi retrato. Las ocho libras habían servido para que Adelino se comprase un traje de verano, y aun sobrara para ir los dos a la feria de Belem, en coche descubierto, con una guitarra... Adela lo quería con descaro, con furor; le cortaba los callos, y los suspiros de su impaciencia, cuando él tardaba, recordaban el bramar de las ciervas en los matorrales abrigados, en mayo. ¿Dudaba yo de que fuese cierto todo aquello? ¿Quería convencerme de la verdad? ¡Que fuese aquella noche, tarde, después de la una, a llamar a la puerta de Adela!

Pálido, apoyado en la pared, yo apenas sabía si el olor que me sofocaba venía del rincón oscuro del patio o de las inmundicias que brotaban de la boca de Mariana como un caño de desagüe reventado. Limpiándome el sudor, murmuré desfallecido:

— Está bien, Mariana; muchas gracias. Ya veré lo que debo hacer. Vete con Dios...

Llegué a casa tan sombrío, tan aplanado, que la tía me preguntó, con una risita, si me había caído de la yegua.

— ¿De la yegua? No, tía; ¡qué va! Estuve en la iglesia de la Gracia...

— Es que vienes tan pálido, tan decaído... ¿Y está lindo hoy el Señor?

— ¡Oh tía! Estaba precioso... Pero no sé por qué, me pareció muy triste... Incluso le dije al padre Eugenio: «Padrecito, el Señor está hoy disgustado». Y él me dijo: «¡Qué quiere usted, amigo! Es que ve tanta pillería por este mundo...» Y es cierto, tía. ¡Ve mucha ingratitud, mucha falsedad, mucha traición!...

Yo rugía enfurecido; y había apretado el puño como para dejarlo caer, castigador y terrible, sobre la vasta perfidia humana. Pero me contuve, abotoné la levita, y reprimí un sollozo.

— Es cierto, tía... Me hizo tanta impresión aquella tristeza del Señor, que quedé un instante aplastado... Y por si eso fuese poco para disgustarme, un condiscípulo mío, ¡pobrecito!, está gravísimo, muriéndose...

Y otra vez, como delante de Justino (aprovechando recuerdos de Javier y de la calle de la Fe), extendí la carroña de un condiscípulo sobre la podredumbre de

un jergón. Hablé de las palanganas llenas de sangre, de la falta de caldos... ¡Qué miseria, tía, qué miseria! ¡Y se trataba de un joven tan respetuoso de las cosas sagradas, que escribía tan bien en la *Naçao!*...

— ¡Desgracias! — murmuró la tía Patrocínio, moviendo las agujas de calcetear.

— Es verdad; desgracias... Pero como él no tiene familia, y la gente de la casa es tan desatenta, nosotros, los que fuimos sus condiscípulos, vamos por turno a servirle de enfermeros. Hoy me toca a mí. Y por eso quería que la tía me diese licencia para estar fuera hasta cerca de las dos... Después viene otro muchacho, muy instruido, que es diputado. La tía Patrocínio me dio permiso, y hasta se ofreció para pedir al patriarca San José que fuese preparándole a mi condiscípulo una muerte tranquila y dichosa...

— Ese sería un gran favor, tía. El se llama Macieira... Macieira el bizco, para que lo sepa San José.

Vagué toda la noche por la ciudad, adormecida bajo la suavidad de la luna de julio. Y por todas las calles me acompañaron sin cesar, fluctuantes y transparentes, dos figuras: una en camisa, otra de capa española, entrelazadas, besándose furiosamente y dejando sólo sus besos para reírse de mí y llamarme santurrón.

Llegué al Rocío cuando daba la una en el reloj del Carmen. Aun fumé un cigarrillo, indeciso, paseando por debajo de los árboles. Después dirigí mis pasos hacia la casa de Adela, despacio, con miedo. Vi en su ventana una luz pálida y adormecida. Agarré el grueso aldabón de la puerta, pero vacilé, pensando que tal vez no fuese cierta aquella desgracia que yo había dado por terminante e irreparable... ¡Dios mío! Acaso la Mariana calumniase por venganza a mi Adela... ¡Si aun la víspera me había llamado ella, *riquito*, con tanto cariño! ¿No sería más sensato y más provechoso creer en ella, tolerarle una fugitiva debilidad por el señor Adelino, y continuar recibiendo egoístamente mi besito en la oreja?

Pero entonces, ante la idea lacerante de que ella también besaba en la oreja al señor Adelino y de que el señor Adelino también decía *¡ay, ay!*, como, yo, me asaltó el deseo feroz de matarla a puñetazos allí, en aquellas escaleras donde tantas veces se arrullara la suavidad de nuestros adioses. Y di en la puerta un golpe bestial, como si fuese ya sobre su frágil, ingrato pecho.

Sentí descorrer ásperamente el cierre de la ventana. Ella apareció en camisa, con el cabello revuelto.

— ¿Quién es ese bruto?

— Soy yo; abre.

Me reconoció; la luz desapareció de pronto, y fue como si la mecha de aquel quinqué, apagándose, dejase también mi alma en la oscuridad, para siempre fría y vacía.; Me sentí hostilmente solo, huérfano, sin ocupación y sin hogar. Desde el centro de la calle miraba las negras ventanas y murmuraba: «¡Oh, yo estallo!».

Otra vez la camisa de Adela blanqueó en la ventana:

— No puedo abrir; cené tarde y tengo sueño.

— ¡Abre! — grité, levantando los brazos desesperadamente —. ¡Abre; o nunca más volveré.

— Pues, ¡largo! Y recuerdos a la tía.

— ¡Así revientes, borracha!

Después de lanzarle, como una pedrada, este grito severo, descendí la calle muy tieso, muy digno. Pero al llegar a la esquina me venció la pena y tuve que arrimarme a una puerta, sollozando afligido.

Pesada fue entonces para mí corazón la lenta melancolía de los días de estío. Habiendo contado a la tía que andaba preparando dos artículos píamente destinados al *Almanaque de la Inmaculada Concepción* para 1878, me encerraba en mi cuarto toda la mañana, mientras brillaban al sol las piedras de mi balcón. Allí, arrastrando las chinelas por el piso regado, removía, entre suspiros, recuerdos de Adela o contemplaba delante del espejo la parte de la oreja en que ella tenía la costumbre de besarme... Después sentía el ruido de una ventana y su pérfido, su afrentoso «¡largo!». Entonces, rabioso, golpeaba las maderas con puñetazos que no podía descargar contra el débil pecho del señor Adelino.

Al atardecer, cuando refrescaba, iba a distraerme a la Baja. Pero cada ventana abierta a la brisa de la tarde, cada cortina almidonada, me recordaba la intimidad de la alcoba de Adela. Ante un simple par de medias extendido en la vidriera de una tienda, yo volvía a ver, con melancolía, la perfección de sus piernas. Todo lo que era luminoso me sugería su mirar; y hasta el sorbete de frutilla, en el Martinho, me hacía regustar el dulce sabor de sus besos.

De noche, después del té, me refugiaba en el oratorio como en una fortaleza de santidad, y embebía mis ojos en el cuerpo de oro de Jesús, colgado de su linda cruz de madera negra. Pero entonces el brillo leonado del precioso metal iba, poco a poco, empañándose, tomando un claro color de carne caliente y tierna; la delgadez del triste Mesías, mostrando sus huesos, se redondeaba en formas divinamente llenas y bellas; por entre la corona de espinas se desenrollaban lascivas ondas de cabellos fuertes y negros; en el pecho, sobre las llagas, levantábanse firmes, rectos, dos espléndidos senos femeninos, con un botoncito de rosa en la punta; ¡y era ella, mi Adela, quien así aparecía en lo alto de la cruz, desnuda, soberbia, risueña, victoriosa, profanando el altar, con los brazos abiertos hacia mí!

Yo no veía esto como una tentación del demonio, sino que me parecía una gracia del Señor. Incluso empecé a mezclar con los textos de mis rezos las quejas de mi amor. El cielo es agradecido, y los innumerables santos a quienes yo prodigaba novenas y oraciones, tal vez desearían recompensar mi amabilidad restituyéndome las caricias que me había robado el hombre cruel de la capa española. Puse más flores sobre el altar, delante de Nuestra Señora del Patrocinio, a quien conté las angustias de mi corazón. Detrás del límpido cristal de su hornacina, con los ojos bajos y llorosos, ella fue la confidente del tormento de mi carne; y todas las noches, en calzoncillos, antes de acostarme, yo le secreteaba con ardor:

– ¡Querida Señora del Patrocinio, haz que la Adelita vuelva a quererme!

Después utilicé el valimiento de la tía con los santos más amigos suyos: el amorosísimo y perdonador San José; San Luis Gonzaga, tan benévolo con la juventud. A ella le pedí que rogase en favor de cierta necesidad mía, secreta y toda pura. Accedió vivamente, y yo, espiando detrás de la cortina del oratorio, me complacía en ver a la rígida señora de rodillas, con el rosario en la mano, suplicando a los Patriarcas castísimos, que la Adela volviese a darme el beso en la oreja.

Una noche, temprano, fui a comprobar si el cielo había escuchado tan valiosas preces. Llegué a la puerta de Adela, y todo tembloroso di un golpecito humilde. El señor Adelino se asomó a la ventana, en mangas de camisa.

—Soy yo, señor Adelino — murmuré, abyectamente, quitándome el sombrero—. Quería hablar con Adelita.

El pronunció mi nombre volviendo la cara hacia dentro, hacia la alcoba. Creo que hasta añadió el *santurrón*. Y allá del fondo, de entre las cortinas, donde yo la presentía toda desaliñada y hermosa, mi Adela gritó con furia: —¡Tírale por la cabeza el cubo de agua sucia!

Huí.

*

A fines de septiembre, el *Relinchón* regresó de París; y un domingo por la noche, al volver de la novena de San Cayetano, entré en el Martinho y lo vi rodeado de amigos, contando ruidosamente sus hazañas de amor y de gentil audacia en la capital francesa. Aburrido, acerqué un asiento y me puse a escucharlo. Con una herradura de rubíes en la corbata, el monóculo colgando de una larga cinta, una rosa amarilla en la solapa, el *Relinchón* impresionaba cuando, por entre el humo del cigarro, esbozaba escenas de su prestigio: «Una noche en el café de la Paix, cenando yo con la Cora, con la Valtesse y con un joven muy chic, un príncipe...»

¡Lo que el *Relinchón* había visto, lo que el *Relinchón* había disfrutado! Una condesa italiana, delirante, pariente del Papa, llamada la *Popotte*, lo había amado y lo llevara a los Campos Elíseos en su victoria, cuyo viejo blasón eran dos claveles en cruz. Había comido en restaurantes donde la luz salía de serpentinas de oro, y cuyos mozos, macilentos y graves, le llamaban respetuosamente *M. le comté*. Y el Alcázar, con faroles de gas entre los árboles; y la Paulina cantando, con los brazos desnudos, el *Chorizo de Marsella*, le habían revelado la verdad, la grandeza de la civilización.

—¿Y viste a Víctor Hugo? — inquirió un muchacho de anteojos negros, que se roía las uñas.

—No, nunca andaba en nuestro grupo chic.

Toda aquella semana, la idea de ver a París brilló incesantemente en mi espíritu, tentadora y llena de dulces promesas. Y era menos por el apetito de esos goces del orgullo y de la carne, con que se había abarrotado el *Relinchón*, que por el ansia de dejar a Lisboa, donde las iglesias y las tiendas, el claro río y el claro cielo, sólo me hablaban de Adela, del hombre odioso de la capa española, del beso en la oreja perdido para siempre... ¡Ah, si la tía abriese su bolsa de seda verde, si me dejase hundir en ella las manos, apresar oro y salir para París!...

Mas, para la señora doña Patrocínio, París era una región inmunda, llena de mentiras, llena de gula, donde un pueblo sin santos, con las manos manchadas en la sangre de sus arzobispos, está perpetuamente, brille el sol o luzca el gas, cometiéndose una relajación. ¿Cómo osaría yo mostrar a la tía mi atrevido deseo de ir a ese lugar lleno de suciedad y de tinieblas morales?

Sin embargo, el domingo siguiente, almorzando en el Campo de Santa Ana los amigos dilectos, recayó la conversación, al llegar el cocido, sobre un sabio discípulo del padre Casimiro, que recientemente había abandonado la quietud de su celda, en el Varatojo, para ir a hacerse cargo de la sede de Lamego. Nuestro modesto Casimiro no comprendía esa codicia de una mitra claveteada de piedras vanas; para él, la plenitud de una vida eclesiástica era estar a los sesenta años, sano y

sereno, sin ambiciones y sin temores, comiendo el delicioso arroz de la señora doña Patrocinio de las Nieves...

—Porque, permítame decirle, mi respetable señora, que este arroz es un primor... Y la ambición de tener siempre un arroz como éste y unos amigos que lo aprecien a uno, me parece la más legítima y la mejor para un alma justa...

Y así se vino a discurrir sobre las razonables ambiciones que, sin agravio del Señor, alimentaba cada uno en su corazón. La del notario Justino era una quinta en el Miño, con rosales y parras, donde él pudiese acabar su vejez en mangas de camisa y sin preocupaciones.

—Una cosa que había de notar de falta, Justino —dijo la tía—, es su misa en la Concepción Vieja. Cuando uno se acostumbra a una misita, no hay otra que le consuele... A mí, si me quitasen la de Santa Ana, me parece que enfermaría...

El padre Pinheiro celebró esta opinión; la tía, enternecida, le puso en el plato otro trozo de gallina. Y luego el buen eclesiástico reveló la ambición que lo alentaba. Era elevada y santa. Quería ver al Papa restaurado en ese trono fuerte y fecundo en que había resplandecido León X...

—¡Si por lo menos hubiese más caridad con él! —exclamó la tía—. ¡Pero el Santísimo Padre, el vicario de Nuestro Señor, metido así en una mazmorra, entre harapos, sobre paja! ¡Es cosa de Caifás, de judíos!

Bebió un sorbo de su agua tibia, y se recogió al retiro de su alma, a rezar el avemaría que ofrecía siempre por la salud del Pontífice y por el término de su cautiverio.

El doctor Margaride la consoló. No creía que el Pontífice durmiese sobre paja. Viajeros esclarecidos le habían afirmado, incluso, que el Santo Padre, queriendo, podía tener carruaje.

—No es todo. Está lejos de ser todo lo que corresponde a quien usa tiara; pero un carruaje, querida señora, es una grandísima comodidad...

Entonces nuestro Casimiro, risueño, deseó saber (ya que todos descubrían sus ambiciones) cuál era la del docto, la del eminente doctor Margaride.

—Diga la suya, doctor Margaride; diga la suya — le pedían todos con afecto. El sonreía, digno.

—Permítame usted primero, doña Patrocinio, señora mía, servirme de esa lengua guisada que viene hacia aquí y que me parece estupenda.

Después de servirse, el venerable magistrado confesó que deseaba ser par del Reino. No por alardear de honores ni por el lujo del uniforme, sino por defender el sagrado principio de autoridad...

—Sólo por esto —agregó, con energía—. Porque desearía también, antes de morir, poder dar, si usted, doña Patrocinio, me permite la expresión, una bofetada mortal al ateísmo y a la anarquía. ¡Y vaya si se la daría!

Todos fervorosamente declararon al doctor Margaride digno de esas preeminencias sociales. El agradeció muy grave. Después volvió hacia mí el rostro majestuoso y pálido.

—¿Y nuestro Teodórico? Nuestro Teodorico no nos ha dicho aún cuál es su ambición.

Me ruboricé. Y París empezó a brillar en el fondo de mi deseo, con sus serpentinatas de oro, sus condesas primas de Papas, sus espumas de champagne; fasci-

nador, atrayente, calmando todos los dolores. Pero bajé los ojos, y afirmé que sólo aspiraba a rezar mis oraciones al lado de la tía, con provecho y sin apuro...

El doctor Margaride, sin embargo, insistió, abandonando el cubierto. No le parecía una ofensa a Dios ni una ingratitud hacia la tía, que yo, inteligente, sano, buen caballero y doctor, acariciase una honesta codicia.

— ¡La tengo! — exclamé entonces, decidido, como aquel que arroja un dardo —. La tengo, doctor Margaride; me gustaría mucho ir a París.

— ¡Santo cielo! — gritó la señora doña Patrocínio, horrorizada —, ¡Ir a París!

— ¡Para ver las iglesias, tía!

— No es necesario ir tan lejos, para ver hermosas iglesias — replicó ella, ásperamente —. Y en cuanto a festividades con órgano, a un Santísimo adornado con lujo, a lindas procesiones y a orden y a imágenes que encantan, nadie puede compararse con nosotros, los portugueses...

Callé, anonadado. Y el esclarecido doctor Margaride aplaudió el patriotismo religioso de la tía. Desde luego que no era en una república sin Dios donde había que buscar las magnificencias del culto...

— Si, señora mía; para saborear cosas grandiosas de nuestra santa religión, si yo tuviese tiempo, no me dirigiría a París. ¿Sabe usted adonde iría, señora doña María del Patrocínio?

— Nuestro doctor — intervino el padre Pinheiro — correría derecho a Roma.

— ¡Qué va, padre Pinheiro! ¡Qué va, querida señora!

¡Cómo! Ni el buen padre Pinheiro ni la tía comprendían que hubiese nada superior a la Roma pontifical. El doctor Margaride, entonces, levantó solemnemente las cejas, densas y negras como ébano."

— Iría a Tierra Santa, doña Patrocínio. Iría a Palestina, señora mía. Iría a ver a Jerusalén y al Jordán. Yo también querría estar un momento de pie sobre el Gólgota, como Chateaubriand, con el sombrero en la mano, meditando embebido y exclamando «¡Salve!» Y había de traer apuntes, querida señora, y había de publicar impresiones históricas. Ahí tiene usted, pues, adonde iría yo... ¡A Sión!

Habían servido lomo asado; y hubo por encima de los platos un recogimiento reverente ante aquella evocación de la tierra sagrada en que padeció el Señor. A mí me parecía ver allá muy lejos, en la Arabia, al final de agobiantes días de jornada sobre el lomo de un camello, un montón de ruinas alrededor de una cruz; un río siniestro corría cerca, entre olivos; y el cielo se combaba mudo y triste como la bóveda de un sepulcro. Así debía de ser Jerusalén.

— ¡Lindo viaje! — murmuró nuestro Casimiro, pensativo.

— Sin contar — agregó el padre Pinheiro, como diciendo una oración — que Nuestro Señor Jesucristo tiene en gran aprecio y agradece mucho esas visitas a su santo sepulcro.

— Hasta los pecados le son perdonados a quien va allá — dijo Justino —. ¿No es verdad, Pinheiro? Yo lo he leído en el Panorama. ¡Se vuelve limpito de todo!

El padre Pinheiro, después de rechazar la coliflor, que le resultaba indigesta, dio algunas explicaciones. Quien iba a Tierra Santa en peregrinación devota, recibía sobre el mármol del Santo Sepulcro, de manos del patriarca de Jerusalén, y pagando los emolumentos de ritual, sus indulgencias plenarias...

—No sólo para sí, según he oído decir —añadió el instruido eclesiástico—, sino también para una persona querida de su familia, piadosa y comprobadamente impedida de hacer la jornada... Pagando, claro está, emolumentos dobles.

—Por ejemplo —exclamó el doctor Margaride, inspirado, palmeándome con fuerza la espalda—: para una tía adorada, una tía que ha sido un ángel, toda virtud, toda generosidad...

—Pagando, claro está —insistió el padre Pinheiro—, emolumentos dobles.

La tía no decía nada; sus anteojos, girando del sacerdote al magistrado, parecían extrañamente dilatados y brillaban más con la claridad interior de una idea; un poco de sangre había subido a su faz verdosa. La Vicencia trajo el arroz con leche. Nosotros dimos gracias al Señor.

Más tarde, en mi cuarto, cambiándome de ropa, me sentía infinitamente triste. Nunca me dejaría la tía visitar la tierra inmunda de Francia y quedaría encerrado en esta Lisboa donde todo me torturaba, donde las calles más rumorosas agravaban el dolor de mi corazón, y donde hasta la pureza del fino cielo de estío me recordaba la torva perfidia de aquella que había sido para mí estrella y reina de la gracia... Luego, durante la cena, la tía me pareció más rígida, más fuerte que nunca, y que por muchos años sería dueña de la bolsa de seda verde, de las heredades y de los contos del comendador G. Godinho... ¡Ay de mí! ¿Cuánto tiempo más tendría que rezar con la odiosa vieja el fastidioso trisagio, que besar los pies del Señor de los Pasos, sucios de tanta boca hidalga; que correr de novena en novena y que martirizar las rodillas ante la imagen de un Dios flaco y cubierto de heridas? ¡Oh, mi vida amarga entre todas! Y ya ni siquiera tenía, para consolarme del enfadoso servicio de Jesús, los suaves brazos de Adela...

*

Por la mañana, aparejada la yegua, y ya con las espuelas puestas, fui a saber si la tía tenía algún pío recado para San Roque, por ser aquél su milagroso día. En la salita dedicada a las glorias de San José, la tía en un extremo del sofá, con el chal de Tonquin caído de los hombros, examinaba su gran cuaderno de cuentas, abierto sobre las rodillas; y frente a ella, callado, con las manos cruzadas a la espalda, el buen Casimiro sonreía pensativo a las flores de la alfombra.

—¡Venga acá, venga acá! — dijo él, apenas asomé curvando el espinazo—. Escuche la novedad. Es usted una joya, respetuoso con los ancianos, y todo lo merece de Dios y de su señora tía. ¡Acérquese, venga un abrazo!

Sonreí, inquieto. La tía enrollaba su cuaderno.

—Teodorico —empezó a decir ella, cruzando los brazos, muy tiesa—; Teodorico, he estado ahora consultando con el señor padre Casimiro. Y estoy decidida a que alguien que me pertenezca, que sea de mi sangre, vaya a hacer por mi intención un viaje a Tierra Santa...

—¿Eh?, ¿qué felicidad! — murmuró Casimiro, resplandeciente.

—Así que —prosiguió la tía— quedas enterado de que vas a Jerusalén y a todos los divinos lugares. Excusas de agradecérmelo; es por mi satisfacción y para honrar la tumba de Jesucristo, ya que no puedo ir allá... Como, alabado sea Nuestro Señor, no me faltan posibles, has de hacer el viaje con todas las comodidades; y para no estar con más dudas, y debido a la prisa de expresar mi agradecimiento a

Jesús, habrás de partir en este misino mes... Bien; ahora vete, que tengo que hablar con el señor padre Casimiro. No quiero nada para el señor San Roque; ya me entendí con él.

Balbuocé: «¡Muy agradecido, tía; adiós, padre Casimiro!» Y seguí por el pasillo, aturdido.

En mi cuarto corrí al espejo para contemplar, admirado, el rostro y las barbas donde, en breve, se posaría el polvo de Jerusalén. Después caí en el lecho:

— ¡Pues vaya un clavo!...

¡Ir a Jerusalén! ¿Y dónde era Jerusalén? Abrí el baúl donde guardaba mis compendios y mi ropa vieja; tomé el atlas, y con él abierto sobre la cómoda, delante de la Señora del Patrocinio, empecé a buscar a Jerusalén, allá por la parte donde viven los infieles, ondulan las oscuras caravanas, y un poco de agua en un pozo es como un precioso don del Señor.

Mi dedo errante sentía ya el cansancio de una larga jornada, y lo detuve a la orilla tortuosa de un río que debía ser el devoto Jordán. Era el Danubio. Y de repente el nombre de Jerusalén surgió, negro, en una gran soledad blanca, sin nombres, sin rayas, toda de arena, desnuda, cerca del mar. ¡Allí estaba Jerusalén! ¡Dios mío, qué remoto, qué yermo, qué triste!

Pero entonces empecé a pensar que, para llegar a aquel suelo de penitencia, tenía que atravesar regiones amables, femeninas y llenas de fiesta. Primero sería esa hermosa Andalucía, la tierra de María Santísima, perfumada de azahares, donde las mujeres, sólo con ponerse dos claveles en el cabello y envolverse en un manto rojo, doman el corazón más rebelde. ¡Bendita su gracia! Más adelante estaba Nápoles, de calles oscuras, cálidas, con retablos de la Virgen y oliendo a mujer como los pasillos de un lupanar. Más lejos aun, Grecia. Desde el aula de Retórica, ella se me aparecía siempre como un sagrado bosque de laureles, donde blanqueaban frontones de templos, y en cuyos lugares de sombra, entre arrullos de palomas, Venus surge de repente color de luz o color de rosa, ofreciendo a todos los labios, bestiales o divinos, la gloria de su seno inmortal. Venus ya no vivía en Grecia; pero las mujeres habían conservado allí el esplendor de sus formas y el encanto de su impudor... ¡Jesús, lo que yo podría gozar! Una claridad surcó mi alma. Y grité, dando en el atlas un puñetazo que hizo estremecer a la castísima Señora del Patrocinio y a todas las estrellas de su corona:

— ¡Caramba, voy a hartarme! Sí, a hartarme. Y recelando que la tía, por avaricia de su oro o por desconfianza de mi piedad, renunciase a la idea de aquella peregrinación tan prometedora de delicias, resolví ligarla sobrenaturalmente por una orden divina. Fui al oratorio; revolví el cabello como si por entre él hubiese pasado un soplo celeste, y luego corrí al cuarto de la tía, como iluminado, con los brazos temblando en el aire.

— ¡Oh tía! ¿Sabe una cosa? Estaba ahora en el oratorio, rezando entusiasmado, y de pronto me pareció oír que Nuestro Señor desde lo alto de la cruz, me decía muy bajito, sin moverse: «Haces bien, Teodorico; haces bien en ir a visitar mi santo sepulcro... Y estoy muy contento de tu tía... Tu tía es de las mías».

Ella juntó las manos, en un transporte de amor:

— ¡Alabado sea su santísimo nombre! ¿Ha dicho eso? Bien sabe Nuestro Señor que es por honrarlo por lo que te mando allá. ¡Alabado sea otra vez su santísimo nombre! ¡Alabado sea en tierra y cielo! Anda, hijo, ve a rezarle... ¡No te canses

de hacerlo! Yo salí murmurando un avemaría. Ella corrió aún a la puerta, en una efusión de simpatía:

– Escucha, Teodorico; respecto a la ropa blanca... Tal vez necesites más calzoncillos. Encárgalos, hijo, encárgalos, que gracias a Nuestra Señora del Patrocinio tengo posibles, y quiero que te presentes bien, allá en la sepultura de Dios...

Los encargué. Y habiendo comprado una *Guía del Oriente* y un casco de corcho, consulté, respecto al modo más agradable de llegar a Jerusalén, con Benjamín Sarrosa y Cía., judío sagaz que todos los años iba, de turbante, a comprar bueyes a Marruecos. Benjamín me indicó, por menudo, un grandioso itinerario. Embarcaría en el *Málaga*, vapor de la casa Jadley que, por Gibraltar y luego por Malta, me llevaría sobre un mar siempre azul, a la vieja tierra de Egipto. Allí, un reposo sensual en la alegre Alejandría. Después, en el paquete de Levante, que sube por la costa religiosa de Siria, llegaría a Jafa, la de verdeantes pomaradas; y siguiendo desde allí una carretera macadamizada, al trote de una yegua mansa, vería surgir, al cabo de un día y una noche, negras entre colinas tristes, las murallas de Jerusalén.

– ¡Diantre, Benjamín! Me parece mucho mar, mucho paquete. ¿Y en España no estaré nada? Mire que yo voy a expansionarme...

– Se expansiona en Alejandría. Allí hay de todo. Billar, coches, juegos, mujeres... Todo de lo bueno. Allí se expansiona usted.

Mientras tanto, ya en el Montaña y en la cigarrería de Brito se hablaba de mi santa empresa. Una mañana leí, rojo de orgullo, en el *Jornal das Navidades*, estas líneas honoríficas:

«En breve partirá para visitar a Jerusalén y todos los Santos Lugares en que padeció por nosotros el Redentor, nuestro amigo Teodorico Raposo, sobrino de la señora doña Patrocinio de las Nieves, opulenta propietaria y modelo de virtudes cristianas. Buen viaje».

La tía, desvanecida, guardó el diario en el oratorio, bajo la peana de San José, y yo me regocijé imaginando el despecho de Adela (lectora consecuente del *Jornal*) al ver cómo me alejaba de ella, llena de oro, para ir a esas tierras musulmanas donde a cada paso se encuentra un harén, mudo y oliendo a rosas entre los sicomoros...

La víspera de la partida, en la sala de los damascos, me conduje con elevación y solemnidad. Justino me contemplaba como se contempla una figura histórica.

– ¡Oh Teodorico! ¡Qué viaje! Lo que se va a hablar de eso...

El padre Pinheiro murmuraba con unción:

– ¡Fue una inspiración del Señor! ¡Qué bien le ha de hacer para la salud!...

Después enseñé mi casco de corcho. Todos lo admiraron. Nuestro Casimiro, tras rascarse pensativamente la barba, advirtió que tal vez me diese más seriedad una galera...

La tía intervino, afligida:

– ¡Es lo que yo le dije! Me parece poco ceremonioso para la ciudad en que murió Nuestro Señor...

– Pero ya le expliqué, tía... Esto es sólo para el desierto. En Jerusalén, naturalmente, y en todos los Santos Lugares, andaré de galera...

– Siempre es más de caballero – afirmó el doctor Margaride.

El padre Pinheiro quiso saber, solícitamente, si yo iba provisto de remedios para el caso de un contratiempo intestinal en aquellos descampados bíblicos.

– Llevo de todo. Benjamín me dio la lista. Hasta linaza y árnica.

El pachorrudo reloj del pasillo empezó a gemir las diez; yo debía madrugar, y el doctor Margaride, conmovido, se envolvía el cuello con su pañuelo de seda. Entonces, antes de los abrazos, pregunté a mis leales amigos que «recuerdito» deseaban de aquellas tierras remotas donde había vivido el Señor. El padre Pinheiro quería un frasquito de agua del Jordán. Justino (que ya me había pedido, en el hueco de la ventana, un paquete de tabaco turco), delante de la tía sólo anhelaba un ramito de oliva del monte Olívete. El doctor Margaride se contentaba con una buena fotografía del sepulcro de Jesucristo, para ponerla en un marco...

Con el libro de notas abierto, después de apuntar estos piadosos encargos, me volví hacia la tía, risueño, cariñoso, humilde.

– Por mi parte – dijo ella desde el centro del sofá, como desde un altar, tiesa en sus satenes de domingo –, lo que deseo es que hagas ese viaje con toda devoción, sin dejar piedra por besar, sin perder novena, sin que quede un rincón en que no reces el trisagio o la corona... Aparte de eso, deseo que tengas salud.

Yo iba a depositar en su mano, brillante de anillos, un beso gratisimo. Me detuvo más aplomada y seca.

– Hasta ahora has sido sensato, no has faltado a los preceptos ni te has entregado a relajaciones. Por eso te vas a recrear viendo los lugares donde Nuestro Señor sudó sangre; por eso vas a beber el agua del Jordán... Pero si yo llegase a saber que en ese paseo has tenido malos pensamientos, cometido una relajación o andado detrás de faldas, ten la seguridad de que, a pesar de ser la única persona de mi sangre y a pesar de haber visitado Jerusalén y gozado las indulgencias, irás a la calle sin un mendrugo, como un perro...

Bajé la cabeza, espantado. Y la tía, después de pasarse el pañuelo de encaje por los labios sumidos, prosiguió con más autoridad y con una emoción creciente que le ponía, bajo el corpiño liso, como un fugitivo palpitar de pecho humano.

– Y ahora quiero decirte, para tu gobierno, una sola cosa.

Todos de pie, reverentes, nos dimos cuenta de que la tía se preparaba para decir una palabra suprema. En aquella hora de separación, rodeada de sus sacerdotes, rodeada de sus magistrados, doña Patrocinio de las Nieves iba a decir seguramente cuál había sido el motivo íntimo que la animara a mandarme, como sobrino y como romero, a la ciudad de Jerusalén. Yo iba a saber, al fin, y tan indudablemente como si ella me lo escribiese en un pergamino, cuál debería ser el más precioso de mis cuidados, despierto o dormido, en aquellas tierras del Evangelio.

– Escucha bien – continuó la tía –. Si crees que merezco alguna cosa por lo que tengo hecho por ti desde que murió tu madre, ya educándote, ya vistiéndote, ya dándote una yegua para que paseases, ya cuidando de tu alma, entonces tráeme de esos santos lugares una santa reliquia, una reliquia milagrosa que yo pueda guardar, que me consuele siempre en mis aflicciones y que cure mis dolores.

Y por primera vez, después de cincuenta años de aridez, una lágrima breve mojó las mejillas de la tía, por debajo de sus anteojos oscuros.

El doctor Margaride se volvió hacia mí, exclamando:

– ¡Qué amor le tiene su tía, Teodorico! ¡Rebusque esas ruinas, escudriñe esos sepulcros! ¡Tráigale una reliquia a su tía!

Yo grité, exaltado:

– Tía, ¡palabra de Raposo que he de traerle una estupenda reliquia!

Por la severa sala de damascos se desbordó, ruidosa y enternecida, la emoción de nuestros corazones. Yo me encontré con los labios de Justino, aun dulces de la tostada, pegados a mi barba...

Temprano, la mañana del domingo, 6 de septiembre, día de Santa Libania, fui a llamar suavemente al cuarto de la tía, aun, adormecida en su lecho castísimo. Sentí aproximarse por la alfombra el suave roce de sus chinelas. Entreabrió púdicamente la puerta; y, de seguro en camisa, alargó por la abertura su mano descarnada, pálida, oliendo a rapé. Sentí la tentación de morderla; pero puse en ella un beso baboso. La tía murmuró:

– Adiós, muchacho. Dale muchos recuerdos al Señor...

Bajé la escalera, puesto el casco de corcho, llevando bajo el brazo mi *Guía de Oriente*. Detrás de mi, sollozaba la Vicencia.

Mi valija nueva de cuero y mi repleta bolsa de lona llenaban el pescante del coche del *Pingalho*. Algunas golondrinas retrasadas cantaban aún en el alero de los tejados; en la capilla de Santa Ana tocaban a misa. Y un rayo de sol, viniendo del Oriente, de Palestina, me bañó el rostro, acogedor y risueño, como una caricia del Señor.

Cerré la portezuela, estiré las piernas y grité:

– ¡Arrea, *Pingalho!*

Y, romero satisfecho, lanzando al aire el humo de mi cigarrillo, dejé la casa de la tía en camino hacia Jerusalén.

CAPITULO II

Fue un domingo, el día de San Jerónimo, cuando mis pies latinos pisaron, al fin, en el muelle de Alejandría, la tierra del Oriente, sensual y religiosa. Di mentalmente las gracias al Señor del Buen Viaje. Y mi compañero el ilustre alemán Topsius, doctor por la Universidad de Bonn, socio del *Instituto imperial de excavaciones*, murmuró, grave como una evocación, abriendo su amplio quitasol verde:

– ¡Egipto, Egipto! ¡Yo te saludo, negro Egipto! Y que me sea propicio tu dios Phtah, dios de las letras y de la historia, inspirador de la obra de arte y de la obra de la verdad...

A través de aquel zumbido científico, yo me sentía envuelto en un vaho tibio, como de estufa, suavemente perfumado de sándalo y de rosa. En el muelle brillante, entre fardos de lana, se levantaba, banal y sucio, el barracón de la aduana. Más allá, las palomas blancas volaban en torno a los minaretes blancos; el cielo deslumbraba. Cercado de graves palmeras, un lánguido palacio dormía a orillas del agua; y a lo lejos perdíanse los arenales de la antigua Libia, esfumados en una polvareda caliente, alta, de color leonado.

Amé en seguida aquella tierra de indolencia, de sueño y de luz. Y montado en el coche forrado de indiana que nos había de llevar al hotel de las Pirámides, invoqué a las divinidades, como el ilustre doctor de Bonn:

– ¡Egipto, Egipto! ¡Yo te saludo, negro Egipto! Y que me seas propicio...

– ¡No! Que os sea propicia, don Raposo, Isis, la vaca amorosa — me interrumpió el eruditísimo hombre, risueño, abrazando mi sombrerera.

No comprendí, pero callé. Había conocido a Topsius en Malta, una fresca mañana, cuando me hallaba comprando violetas a una florista que tenía ya en los ojos

grandes una languidez musulmana. El andaba midiendo concienzudamente, con su quitasol, las paredes marciales y monásticas del palacio del Gran Maestro.

Persuadido de que era un deber espiritual y doctoral, en aquellas tierras de Levante, llenas de historia, medir los monumentos de la antigüedad, saqué mi pañuelo del bolsillo y lo fui extendiendo, como un codo, sobre las austeras canterías. Topsius me lanzó, por encima de los anteojos de oro, una mirada desconfiada y recelosa. Pero, tranquilizado, sin duda, por mi aspecto jocundo y material, por mis guantes afeminados, por mi fútil ramito de violetas, levantó cortésmente, de sobre su largo cabello, liso y de color maíz, su gorrita de seda negra. Yo saludé con mi casco de corcho. Entramos en conversación. Le dije mi nombre, mi patria, los santos motivos que me llevaban a Jerusalén. El me contó que había nacido en la gloriosa Alemania y que iba también a Judea, de donde seguiría a Galilea, en una peregrinación científica: recoger notas para su formidable obra *Historia de Herodes*. Pero se detenía en Alejandría para amontonar los pesados materiales de otro libro monumental: la *Historia de los Lápidas*. Porque estas dos turbulentas familias, los Herodes y los Lápidas, eran de propiedad histórica del doctísimo Topsius.

– Entonces, llevando los dos la misma ruta, podíamos seguir como camaradas, doctor Topsius.

El, alto, delgadísimo y zancudo, con un saco de alpaca cuyos bolsillos estaban atiborrados de apuntes, accedió gustosamente:

– Encantado, don Raposo. Así podremos hacer el viaje con más economía.

Con su cuello largo, su cabello lacio, su nariz aguda y pensativa y sus piernas flacas, mi erudito amigo parecía una cigüeña risible y sabia, con anteojos de oro en la punta de la nariz. Pero ya mi animalidad reverenciaba a su intelectualidad, y fuimos a beber cerveza.

La sabiduría era un don hereditario de aquel joven. Su abuelo materno, el naturalista Sholck, había escrito un famoso volumen sobre la *Expresión fisonómica de los lagartos*, que asombró a Alemania. Y su tío, el decrépito Topsius, memorable egiptólogo, a los setenta y siete años dictó desde su poltrona, donde lo retenía la gota, ese libro genial y sencillo que se titula *Síntesis monoteísta* de la teogonía egipcia, considerada en las relaciones del dios Phtah y del dios Imhotep con las tríades de los Gnomos.

El padre de Topsius, desgraciadamente, había interrumpido la historia científica de la familia, y formaba parte de una charanga en Munich; pero mi camarada, reanudando la tradición, ya a los veintidós años había esclarecido radiantemente, en diecinueve artículos publicados en el *Boletín hebdomadario* de excavaciones históricas, el problema, vital para la civilización, de una pared de ladrillo levantada por el rey PiSibkmé, de la vigésima primera dinastía, alrededor del templo de Ramsés II, en la legendaria ciudad de Tanis. En toda la Alemania científica, hoy, la opinión de Topsius acerca de esta pared, brilla con la irrefutabilidad del sol.

Sólo conservo de Topsius recuerdos gratos y elevados. Ya sobre las aguas bravías del mar de Tiro; ya en las adustas callejas de Jerusalén; ya durmiendo juntos, bajo la tienda, cerca de las ruinas de Jericó; ya por los verdes senderos de Galilea, siempre lo encontré instructivo, servicial, paciente y discreto. Rara vez comprendía yo sus sentencias, sonoras y bien trabajadas, con la preciosidad de medallas de oro; pero me inclinaba ante ellas como ante la puerta impenetrable de un santuario, por saber que allá dentro, en la sombra, refulgía la esencia pura de la

Idea. A veces el doctor Topsisius murmuraba una frase inmunda, y entonces una grata comunidad se establecía entre él y mi sencillo intelecto de licenciado en leyes. Quedó debiéndome algún dinero; pero este pequeño detalle pecuniario desaparece en la copiosa onda de saber histórico con que fecundó mi espíritu. Sólo una cosa, aparte de su ronquera de erudito, me desagradaba en él: la costumbre de utilizar mi cepillo de dientes.

Era también intolerablemente vanidoso de su patria. Sin cesar, levantando la nariz, ensalzaba a Alemania, madre espiritual de los pueblos: la omnisciencia de Alemania, la omnipotencia de Alemania... Ella imperaba como un vasto campamento atrincherado de infolios, donde ronda y manda la Metafísica. A mí me disgustaban estas jactancias. Así, cuando en el hotel de las Pirámides nos presentaron un libro para que anotásemos nuestros nombres y nuestras nacionalidades, mi docto amigo trazó su Topsisius agregando por debajo, altivamente, en letras tiasas y disciplinadas como soldados bisoños: De la imperial Alemania. Tomé la pluma, y recordando al barbudo Juan de Castro, a Ormuz ardiendo, a Adamastor, la capilla de San Roque, el Tajo y otras glorias, escribí con rasgos más hinchados que velas de galeones: Raposo, portugués de aquende y allende el mar. Y entonces, un mozo flaco y mustio que había leído esto, suspiró desfallecido:

– En cuanto el caballero necesite alguna cosa, llame por el Alpedrinha.

¡Un paisano! El me contó su triste historia, mientras abría mi valija. Era de Troncoso y muy desgraciado. Había estudiado, escribiera un necrologio, sabía de memoria los versos más doloridos de nuestro Soares de Passos. Pero apenas había muerto su madre, habiendo heredado unas tierras, corrió a la fatal Lisboa, a divertirse; en la travesía de la Concepción conoció a una española deliciosa que llevaba el significativo nombre de Dulce, y se largó con ella para Madrid, en un idilio. Allí el juego lo empobreció; Dulce lo traicionó, un chulo le dio una puñalada. Curado y macilento pasó a Marsella, y durante años se arrastró como un harapo social, a través de miserias inenarrables. Fue sacristán en Roma. Fue barbero en Atenas. En Morea, viviendo cerca de un pantano, se dedicara a la pavorosa pesca de las sanguijuelas; y de turbante, con negros odres al hombro, vendió agua por las calles de Esmirna. El fecundo Egipto lo había atraído siempre irresistiblemente. Y allí estaba, en el hotel de las Pirámides, de mozo de equipajes y tan triste como siempre.

– Si el caballero trajese por ahí algún periódico de nuestra Lisboa... Me gustaría saber cómo anda la política.

Le entregué generosamente todos los Diarios de Noticias que envolvían mis zapatos.

El dueño del hotel era un griego de Lacedemonia, de bigotes feroces, y que «hablaba un poquito el castellano». Respetuosamente, él mismo, rígido dentro de su casaca negra, ornada con una condecoración, nos condujo al comedor, «el más precioso, sin duda, de todo el Oriente, caballero».

Sobre una mesa se marchitaba un grueso ramo de flores escarlata; en las botellas del aceite bogaban familiarmente cadáveres de moscas; las chinelas del criado tropezaban a cada instante con un viejo Journal des Débats, manchado de vino, tirado por el suelo y pisoteado por otras chinelas indolentes; y en el techo, la humareda fétida de los candeleros de latón había puesto nubes negras al lado de las nubes color de rosa que tenían pintados ángeles y golondrinas. Al pie del balcón, un violinista y un arpista tocaban la Mandolinata. Y mientras Topsisius se atracaba de

cerveza, yo sentía extrañamente crecer mi amor por aquella tierra de pereza y de luz.

Después del café, mi sapientísimo amigo, con el lápiz de los apuntes en el bolsillo del saco, salió a rebuscar antiguallas y piedras del tiempo de los Tolomeos. Yo encendí un cigarro y llamé al Alpedrinha; le confié que deseaba ir sin tardanza a rezar y amar. Lo de rezar era por la intención de la tía Patrocínio, que me había recomendado una jaculatoria a San José, apenas pisase aquella tierra de Egipto, convertida, desde la fuga de la Santa Familia en el borriquillo, en suelo tan devoto como el de una catedral. En cuanto a amar, era por necesidad de mi corazón, ansioso y ardiente. Alpedrinha, en silencio, levantó las persianas y me señaló una clara plaza, ornamentada en el centro por un héroe de bronce cabalgando en un corcel de bronce; una brisa caliente levantaba polvaredas lentas por encima de dos estanques secos, y alrededor se perfilaban en el azul casas altas, cada una con la bandera de una nación, como ciudadelas rivales en tierra vencida. El triste Alpedrinha me indicó después la tranquila calle de las Dos Hermanas, en una de cuyas esquinas una vieja vendía cañas de azúcar. Murmuró que allí vería, colgada sobre la puerta de una tienda discreta, una pesada mano de madera, pintada de rojo; y encima, un rótulo negro con estas palabras atrayentes en oro. MIS MARY, GUANTES Y FLORES DE CERA. Aquel refugio era el que él aconsejaba a mi corazón. Al fondo de la calle, junto a una fuente que lloraba entre árboles, había una capilla nueva, en la que mi alma hallaría reposo y frescura.

—Y diga el caballero a miss Mary que va de parte del hotel de las Pirámides.

Puse una rosa en el pecho y salí triunfante. Desde la entrada de la calle de las Dos Hermanas avisté la capillita virginal, durmiendo castamente bajo los plátanos al rumor sugestivo de la multitud. Pero el amantísimo patriarca San José estaría a aquella hora, seguramente, recibiendo jaculatorias más urgentes, y murmuradas por labios más nobles; no quise importunar al bondadosísimo santo, y me detuve delante de la mano de madera, pintada de rojo, que parecía estar esperando allí, grande y abierta, para apresar mi corazón.

Entré conmovido. Detrás del mostrador barnizado, junto a un vaso de rosas y magnolias, ella estaba leyendo el Times, con un gato blanco en el regazo. Me prendaron desde el primer momento sus ojos azulclaros, de un azul que sólo se ve en las porcelanas; sencillos, celestes, como yo nunca los había visto en la morena Lisboa. Pero aun tenían un encanto mayor sus cabellos, brillantes, rizados como una peluca de oro, tan lindos y suaves, que daban ganas de quedar eterna y devotamente acariciándolos con dedos trémulos; y era irresistible el profano nimbo luminoso que ponían en torno a la faz gordezuela, de una blancura de leche, toda tierna y sabrosa. Sonriendo y bajando con sentimiento las oscuras pestañas, me preguntó si quería cabritilla o Suecia.

Yo murmuré, acercándome ávidamente al mostrador:

—Le traigo saludos de Alpedrinha.

Ella escogió del ramo un tímido botón de rosa y me lo presentó en la punta de los dedos. Lo mordí con furor, y la voracidad de aquella caricia pareció agrardarle, porque un rubor coloreó sus mejillas y me llamó por lo bajo «malito». Olvidé a San José y su jaculatoria, y nuestras manos, unidas un momento para probarme unos guantes claros, no se desenlazaron más en las semanas que pasé en la ciudad de los Lápidas, en deliciosa holganza musulmana.

Ella era de York, ese heroico Condado de la vieja Inglaterra, donde las mujeres crecen fuertes y espléndidas como las rosas de sus jardines reales. A causa de su encanto y de su risa de oro cuando le hacía cosquillas, le puse el nombre galante y alegre de Maricoquinhas. Topsius, que la estimaba, le decía: «nuestra simbólica Cleopatra». Ella amaba mi barba negra y fuerte, y sólo por no apartarme del calor de sus faldas, renuncié a ver el Cairo, el Nilo, la eterna Esfinge, de bruces a la puerta del desierto, sonriéndose de la vana humanidad...

Vestido de blanco como un lirio, yo gozaba mañanas inefables, apoyado en el mostrador de Mary y acariciando respetuosamente el lomo del gato. Ella hablaba poco, pero su sencilla sonrisa, con los brazos cruzados, o su modo gentil de doblar el Times, llenaban mi corazón de luminosa alegría. Ni precisaba llamarme «su portuguesito valiente, su gatito»; bastaba que su pecho suspirase... Sólo para ver aquella onda lánguida y saber que la levantaba así el recuerdo de mis besos, yo hubiera venido de tan lejos a Alejandría, y aun iría más lejos, a pie, sin descanso: hasta donde las aguas del Nilo son blancas...

De tarde, en el coche de indiana, con nuestro doctísimo Topsius, dábamos lentos, amorosos paseos por la orilla del canal Mamoudieh. Bajo la frondosa arboleda, junto a los muros de los jardines del harén, yo sentía el aroma perturbador de las magnolias y otros cálidos perfumes que no conocía. A veces, una leve flor roja o blanca me caía en el regazo; suspirando se la pasaba por el rostro a mi Maricoquinhas; y ella, sensible, estremecíase. En el agua descansaban las barcas pesadas que suben el Nilo, sagrado y bienhechor, anclando junto a las ruinas de los templos, costeando las islas verdes donde duermen los cocodrilos. Poco a poco caía la tarde. Lentamente rodábamos en la sombra olorosa. Topsius murmuraba versos de Goethe. Y las palmeras de la orilla vecina se recortaban en el crepúsculo amarillo como hechas en relieve de bronce sobre, una lámina de oro.

Maricocas almorzaba siempre con nosotros en el hotel de las Pirámides; y ante ella Topsius se deshacía en galanterías de amable erudición. Nos describía las tardes de fiesta en la vieja Alejandría de los Tolomeos, en el canal que llevaba a Canope: ambos márgenes resplandecían de palacios y de jardines; las embarcaciones, con toldos de seda, navegaban al son de los laúdes; los sacerdotes de Osiris, cubiertos de pieles de leopardo, danzaban bajo los naranjos; y en las terrazas, abriendo los velos, las damas de Alejandría bebían en honor de la Venus asiria por el cáliz de la flor de loto. Una voluptuosidad invadía las almas. Los filósofos mismos se sentían libertinos.

—Y en toda Alejandría —decía Topsius guiñando el ojo—, sólo había una mujer honesta, que comentaba a Homero y era tía de Séneca; ¡sólo una!

Maricoquinhas suspiraba. ¡Qué encanto vivir en aquella Alejandría y navegar hacia Canope en una barca entoldada de seda.

—¿Sin mí? — gritaba yo, celoso.

Ella juraba que sin el portuguesito valiente no quería vivir ni en el cielo.

Yo, satisfecho, pagaba el champaña.

Y los días fueron pasando así, leves, tranquilos, agradables, salpicados de besos, hasta que llegó la víspera sombría del día que debíamos partir para Jerusalén.

—El caballero —me dijo aquella mañana Alpedrinha, lustrándome los botines—, lo que debía hacer era quedarse en Alejandría divirtiéndose...

¡Ah, si pudiese! Pero las órdenes eran terminantes. Por amor al oro de la tía, yo tenía que ir a la negra Jerusalén, para arrodillarme ante secos olivos y rezar rosarios piadosos al pie de fríos sepulcros...

– ¿Tú has estado en Jerusalén, Alpedrinha? – pregunté, poniéndome tristemente los guantes.

– No, señor; pero sé... ¡Peor que Braga!

– ¡Maldición!

Nuestra cena con Maricocas, en mi cuarto, estuvo cortada por silencios, por suspiros. Los bujías tenían la melancolía de cirios; el vino nos entristeció como el que se bebe en los funerales. Topsius trataba de consolarnos, generosamente:

– Bella dama, nuestro Raposo ha de volver... Hasta estoy seguro de que traerá de la ardiente tierra de Siria, de la tierra de Venus y de la Esposa de los Cantares, una llama en su corazón más fogosa y más juvenil...

Yo me mordía los labios, sofocado:

– Claro que sí... Aun hemos de pasear más veces por el Mamoudieh... Esto no es más que ir a rezar unos padrenuestros al Calvario... Hasta me hará bien... Volveré hecho un toro...

Después del café, fuimos a la galería, para admirar en silencio aquella espléndida noche de Egipto. Las estrellas eran como una gran polvareda de luz que el buen Dios levantaba allá arriba paseando solo por los caminos del cielo. El silencio tenía una solemnidad de sagrario. En las oscuras terrazas, abajo, una forma blanca, moviéndose a veces, lentamente, probaba que otras criaturas estaban allí, como nosotros, dejando que el alma se embebiese mudamente en el esplendor sideral; y en esta difusa religiosidad, igual a la de una multitud absorta ante las luces de un altar mayor, yo sentía subir a los labios irresistiblemente la dulzura de un avema-ría...

A lo lejos el mar dormía. Y, bajo la cálida irradiación de los astros, yo podía distinguir, en una prominencia de arena, sumergida casi en el agua, una casa desierta, pequeña, toda blanca y poética entre dos palmeras...

Entonces empecé a pensar que, apenas la tía se muriese y su oro fuese mío, podría adquirir aquel dulce retiro, forrarlo de lindas sedas y vivir al lado de la guantera, vestido de turco, fresco, sereno, libre de todas las inquietudes de la civilización. Los desagrazos al Corazón de Jesús me serían tan indiferentes como las guerras en que se trenzasen los reyes. Del cielo sólo me importaría la luz añilada que bañase mi ventana; de la tierra sólo me importarían las flores abiertas en mi jardín para aromar mi alegría. Y pasaría los días en una blanda pereza oriental, fumando el Latakié puro, tocando la vihuela y recibiendo perpetuamente esa impresión de felicidad perfecta que Mary me proporcionaba sólo con dejar arquear su seno y llamarme «su portuguesito valiente».

La estreché contra mí en un deseo de absorberla. Junto a su oreja, de una blancura de nácar, balbuceé nombres inefables; le dije retrechera, le dije requeterri-ca. Ella se estremeció y levantó los ojos tristes hacia la polvareda de oro.

– ¡Cuántas estrellas! ¡Quiera Dios que mañana esté tranquilo el mar!

Entonces, ante la idea de aquellas ondas que iban a llevarme a la áspera tierra del Evangelio, tan lejos de mi Mary, un pesar infinito inundó mi pecho e inconscientemente se me escapó de los labios, en gemidos entonados, quejumbrosos... Canté. Por encima de las terrazas dormidas de la musulmana Alejandría lancé mi

voz dolorida, de cara a las estrellas; y rozando los dedos por el chaleco, como si pulsase las cuerdas de una guitarra entre ayes llorosos suspiré el fado más sentido de la melancolía portuguesa:

*Con mi alma aquí te quedas,
Yo con mi pena me iré;
Y todo, María, me dice
Que nunca más te veré.*

Callé, ahogado por la pasión. El erudito Topsisius quiso saber si esos dulces versos eran de Luis de Camoens. Suspirando le dije que se los había oído en el Dáfundo al Calcinhas. Topsisius se retiró después de tomar nota del gran poeta Calcinhas. Yo cerré la ventana, y luego de hacer a escondidas una rápida señal de la cruz, fui a desabrochar ávidamente, por última vez, la blusa de mi sabrosa bien amada.

¡Breve, avaramente breve fue aquella noche estrellada de Egipto!

Temprano, amargamente temprano, vino el griego de Lacedemonia a decirme que en la bahía, áspera y llena de viento, humeaba ya el paquete, ferozmente llamado Caimán, que había de llevarme a las tristezas de Israel.

El señor de Topsisius, madrugador, ya estaba abajo, tomando calmamente huevos con jamón y un gran vaso de cerveza. Yo tomé apenas un sorbo de café, en mi cuarto, arrimado a una esquina de la cómoda, en mangas de camisa, con los ojos irritados bajo la niebla de las lágrimas. Mi sólida valija de cuero atrancaba el pasillo, cerrada y sujeta con las correas; pero el Alpedrinha aun estaba acomodando a prisa la ropa sucia dentro de la bolsa de lona. Y Maricoquinhas, sentada desoladamente al borde de la cama, con su gentil sombrero adornado de amapolas, y con sus grandes ojeras, contemplaba aquel empaquetar de prendas como si fuesen pedazos de su corazón lanzados al fondo de la bolsa, que partirían para no volver más.

– ¡Mucha ropa sucia llevas, Teodorico!

Balbuocé, desolado:

– Mandaré lavarla en Jerusalén, Dios mediante.

Puse alrededor de mi cuello los escapularios que traía. En ese momento, Topsisius se acercó a la puerta, fumando, con la tienda de campaña de su quitasol cerrada debajo del brazo; en los pies, amplios zapatos de madera, para evitar la humedad de la cubierta, y una Biblia asomando en un bolsillo de la chaqueta. Al verme aun sin chaleco, reprendió mi amorosa pereza.

– Pero comprendo, bella dama, comprendo... – atajó él, haciéndole reverencias a Mary, largo y ondulante, con los anteojos en la punta de la nariz –. Es doloroso abandonar los brazos de Cleopatra... Ya Antonio perdió por ellos Roma y el mundo... Yo mismo, todo entregado a mi misión, tratando de iluminar rincones de la historia, llevo gratos recuerdos de estos días de Alejandría... ¡Qué deliciosos nuestros paseos por el Mamoudieh!... Permítame que recoja su guante, bella dama... Y aunque no vuelva nunca a esta tierra de los Tolomeos, no se me olvidará la calle de las Dos Hermanas... «Miss Mary, guantes y flores de cera». Perfectamente. Permitirá usted que le mande, cuando la termine, mi Historia de los Lági-

das... Hay detalles muy picantes. Cuando Cleopatra se apasionó por Herodes, el rey de Judea...

Alpedrinha, del otro lado de la cama, gritó alborozado:

– Caballero, aun hay aquí ropa sucia...

Rebuscando entre las mantas revueltas, había encontrado una larga camisa de encajes con lazos de seda clara. La sacudía, y se esparcía un grato aroma de violeta... ¡Ay! Era la camisa de dormir de Mary, todavía caliente de mis brazos.

– Es de la señorita Mary... Es tu camisita, amor – gemí yo mientras me colocaba los tiradores.

Mi guanterita se alzó trémula, descolorida, y tuvo un poético rasgo de pasión. Dobló la camisa y me la puso en las manos tan ardientemente como si entre sus dobleces viniese también su corazón.

– Te la doy, Teodorico. Llévala. Aun está tibia de nuestra ternura... Llévala para dormir con ella a tu lado, como si fuese conmigo... Espera, espera aún, amor. Quiero ponerle una palabra, una dedicatoria.

Corrió a la mesa, donde había restos del papel sesudo en que yo escribía a la tía la historia edificante de mis ayunos en Alejandría, de las noches pasadas embebido en las lecturas del Evangelio... Y con la camisita perfumada en las manos, sintiendo dos lágrimas rodar por mis barbas, yo buscaba en torno, angustiosamente, donde guardar aquella preciosa reliquia de amor. Las valijas estaban cerradas. La bolsa de lona estaba repleta.

Topsius, impaciente, extraía de las profundidades del chaleco su reloj de plata. El lacedemonio, desde la puerta, gruñía:

– Don Teodorico, es tarde, es muy tarde...

Pero mi bien amada ya agitaba el papel con las letras que había trazado, grandes, impetuosas y francas como su amor:

«A Teodorico, mi portuguesito valiente, en recuerdo de lo mucho que gozamos».

– ¡Oh, riquita! ¿Pero dónde pongo esto? Yo no puedo llevarlo en las manos, así al aire...

Ya Alpedrinha, de rodillas, desataba desesperadamente la bolsa. Entonces Maricoquinhas, con una inspiración delicada, agarró una hoja de papel pardo, tomó del suelo una cinta encarnada, y sus habilidosas manos de guantero hicieron con la camisa un envoltorio redondo, cómodo y gracioso, que puse debajo del brazo, apretándolo con avara, inflamada pasión.

Después hubo un murmullo arrebatado de sollozos, de besos, de dulzuras...

– ¡Mary, ángel querido!...

– ¡Teodorico, amor!...

– Escíbeme a Jerusalén.

– Acuérdate de tu gatita bonita...

Bajé la escalera, atontado. Y el coche en que tantas veces me paseara al lado de Mary, por entre los árboles aromáticos del Mamoudieh, partió al trote de los caballos blancos, arrancándome a una felicidad donde mi corazón echara raíces, ahora rotas y goteando sangre en el silencio de mi pecho. El doctor Topsius, protegido

por su quitasol verde, reanudaba, impasible, su charla sobre cosas de vieja erudición.

¿Sabía yo por dónde íbamos marchando? Por la noble calzada de los Siete Estados, que el primero de los Lágidas construyera para comunicarse con la isla de Paros, loada en los versos de Homero. Pero no lo escuchaba, vuelto hacia atrás, en el coche, agitando, el pañuelo mojado de mis recuerdos.

La dulce Maricoquinhas, en la puerta del hotel, al lado de Alpedrinha, linda bajo el sombrero florido de amapolas, agitaba también su pañuelo amoroso y acariciador. Y un momento los dos pañuelos lanzaron uno para el otro, en el aire caliente, el ardor de nuestros corazones. Después yo caí sobre el almohadón de indiana igual que cae un cuerpo muerto...

Apenas embarcados en el *Caimán*, corrí a esconder en el camarote mi dolor. Topsisius todavía me agarró por la manga para señalarme sitios de la grandeza de los Tolomeos: el puerto de Eunotos, la ensenada de mármol donde anclaban las galeras de Cleopatra... Huí. En la escalera resbalé, casi caí sobre una hermana de la Caridad, que subía tímidamente, con el rosario en la mano. Murmuré un «disculpe, hermanita». Y cayendo, al fin, sobre el catre, dejé correr el llanto por encima del envoltorio de papel pardo: ¡era todo lo que me quedaba de aquella pasión de incomparable esplendor, gustada en la tierra de Egipto!

Dos días y dos noches el *Caimán* se balanceó sobre el oleaje del mar de Tiro. Envuelto en mi manta, sin separar del pecho el envoltorio de Mary, yo rechazaba con odio las galletas que me traía el bondadoso Topsisius; y sin prestar atención a las cosas eruditas que él imperturbablemente me contaba de aquellas aguas, llamadas por los egipcios el *Gran Verde*, rebuscaba en la memoria frases sueltas de una oración que le había oído a la tía para amansar las olas alborotadas.

Una tarde, al oscurecer, habiendo cerrado los ojos, me pareció sentir bajo los pies un suelo firme, de roca, donde olía a romero; e incomprensiblemente me hallé subiendo una colina en compañía de Adela y de mi rubia Mary, que había salido del envoltorio, fresca, nítida, sin haber siquiera chafado las amapolas de su sombrero. Después, por detrás de una peña, se nos apareció un hombre desnudo, colosal, tizado, con cuernos en la frente; sus ojos relucían rojos como vidrios redondos de linternas, y con el rabo inmenso iba haciendo en el suelo el rumor de una culebra irritada que se arrastrase sobre hojas secas. Sin hablarnos, osadamente, se puso a marchar a nuestro lado. Yo comprendí bien que era el diablo; pero no sentí asco ni terror. La insaciable Adela lanzaba miradas oblicuas a la potencia de sus músculos. Yo le decía, indignado: «Asquerosa, ¿hasta el diablo te gusta?»

Así llegamos a lo alto de la colina, donde una palmera se desgredaba sobre un abismo lleno de silencio y de niebla. Frente a nosotros, muy lejos, el cielo se extendía como un vasto telón amarillo, y sobre este fondo de color de yema de huevo se destacaba un negrísimo otero que tenía en lo alto tres crucecitas en fila, y de un solo trazo. El diablo, después de escupir, murmuró sujetándome por la manga: «La del medio es la de Jesús, hijo de José, a quien también llaman el Cristo; y llegamos a tiempo para presenciar la Ascensión». En efecto: la cruz del medio, la del Cristo, desarraigada del otero, como un arbusto que el viento arranca, empezó a elevarse lentamente, engrosando al mismo tiempo, tapando el cielo. Luego, de todo el espacio volaron bandadas de ángeles para sostenerla, apresurados como palomas que llegan a picotear el grano; unos la levantaban desde arriba, después

de haberle amarrado largas cintas de seda; otros, desde abajo, la empujaban, y nosotros veíamos el esfuerzo unánime de sus brazos azules. A veces, del madero se desprendía, como una cereza muy madura, una gruesa gota de sangre: un serafín la recogía en las manos e iba a colocarla sobre la parte más alta del cielo, donde ella quedaba brillando con el resplandor de una estrella. Un anciano enorme, de túnica blanca, y cuyas facciones apenas distinguíamos entre la abundancia de la cabellera revuelta y los flecos de la barba nevada, dirigía, recostado entre nubes, estas maniobras de la Ascensión, en una lengua semejante al latín y fuerte como el rodar de cien carros de guerra. Súbitamente todo desapareció. Y el diablo, mirándome, pensativo exclamó: «¡*Consummatum est*, amigo! Ya hay otro dios. Otra religión más. Y ésta va a desparramar por tierra y cielo un inenarrable tedio».

Luego, llevándome por la colina abajo, empezó a contarme animadamente los cultos, las fiestas, las religiones que florecían en su juventud. Entonces, toda aquella costa del Gran Verde, desde Biblos hasta Cartago, desde Eleusís hasta Menfis, estaba atestada de dioses. Unos deslumbraban por la perfección de su belleza, otros por la complicación de su ferocidad. Pero todos se mezclaban a la vida humana, divinizándola; viajaban en carros triunfales, olfateaban las flores, bebían los vinos, hacían suyas a las vírgenes que encontraban dormidas. Por eso eran amados con un amor que nunca más volverá; y los pueblos, cuando emigraban, podían abandonar sus ganados u olvidarse de los ríos donde habían bebido, pero llevaban cariñosamente a sus dioses al hombro. «¿Usted — me preguntó — nunca estuvo en Babilonia?» Allí todas las mujeres, matronas o doncellas, iban un día a prostituirse en los bosques sagrados, en honor de la diosa Myllita. Las más ricas llegaban en carros claveteados de plata, tirados por búfalos, escoltados por esclavas; las más pobres traían una soga al cuello. Unas, extendiendo una alfombra en la hierba, se inclinaban como reses pacientes; otras, erguidas, desnudas, blancas, con la cabeza escondida en un velo negro, eran como espléndidos mármoles entre los troncos de los álamos. Y todas esperaban, así, que cualquiera, tirándoles una moneda de plata, les dijese: «En nombre de Venus». Lo seguían entonces, fuese un príncipe llegado de Susa con tiara de perlas, o el mercader que descendía por el Eufrates en su barca de cuero. Y toda la noche rugía en la oscuridad de los ramajes el delirio de la lujuria ritual. Después, el diablo me habló de las hogueras humanas de Moloc; de los misterios de la Buena Diosa, en que los lirios se regaban con sangre; y de los ardientes funerales de Adonis...

Y deteniéndose, risueño, volvió a preguntarme: «¿El amigo no estuvo en Egipto?» Yo le contesté que sí y que allá conociera a la Maricocas. El diablo, cortés, repuso: «No era Maricocas; ¡era Isis!». Cuando la inundación llegaba hasta Menfis, las aguas sé cubrían de barcas sagradas. Una alegría heroica, subiendo hacia el sol, hacía a los hombres iguales a los dioses. Osiris, con sus cuernos de buey, emparejaba con Isis; y entre el estridor de las arpas de bronce, se escuchaba por todo el Nilo el rugido amoroso de la Vaca divina.

Después el Diablo me contaba cómo brillaban, dulces y bellas, en Grecia, las religiones de la Naturaleza. Allí todo era blanco, pulido, puro, luminoso y sereno; una armonía brotaba de las formas de los mármoles, de la constitución de las ciudades, de la elocuencia de las academias y de las destrezas de los atletas; por entre las islas de la Jonia, flotando en la suavidad del mar, las nereidas se colgaban de la borda de los navíos para oír las historias de los viajeros; las musas cantaban por

los valles; y la belleza de Venus era como la personificación de la belleza de Héla-da.

Pero apareciera el carpintero de Galilea, y todo acabó entonces. El rostro humano se tornó para siempre pálido, mortificado; una cruz oscura, aplastando la tierra, secaba el esplendor de las rosas, condenaba el sabor de los besos, y era grata para el nuevo dios la fealdad de las formas.

Creuyendo triste a Lucifer, yo procuraba consolarlo: «No se preocupe; ¡aun ha de haber en el mundo mucho orgullo, mucha corrupción, mucha sangre, muchos horrores! No sienta las hogueras de Moloc. Ha de haber hogueras de judíos». Y él me dijo: «¿Yo, preocuparme? Unos u otros, ¿qué me importa, Raposo? Ellos pasan; yo quedo».

Así, sin darme cuenta, hablando con Satanás, me encontré en el campo de Santa Ana. Y habiéndome detenido, mientras él desenredaba los cuernos de las ramas de los árboles, oí de pronto a mi lado un grito: «¡Mira a Teodorico con el Maldito!» Me volví. ¡Era la tía! La tía, pálida, terrible, levantando, para aplastarme, su libro de misa... Cubierto de sudor, desperté.

Topsius gritaba alegremente, en la puerta del camarote:

— ¡Levántese, Raposo! Estamos a la vista de Palestina...

El Caimán se había detenido; y en el silencio yo sentía el agua rozándole el casco lentamente, con un murmullo de mansa caricia. ¿Por qué había soñado yo, al acercarme a Jerusalén, con los falsos dioses, con Jesús, vencedor de aquéllos, y con el Demonio, rebelde a todos? ¿Qué suprema revelación me preparaba el Señor?

Me desenvolví de la manta; aturdido, sucio, sin abandonar el precioso envoltorio de Mary, subí a cubierta, encogido en mi chaquetón. Un aire fino y fuerte me envolvió deliciosamente, trayendo aromas de sierra y de azahar. El mar enmudeciera, todo azul, en la frescura de la mañana. Y ante mis ojos pecadores se extendía la tierra de Palestina, arenosa y baja, con una ciudad oscura, rodeada de pomares, nimbada de flechas de sol que irradiaban como los rayos de la aureola de un santo.

— ¡Jafa! — me gritó Topsius, sacudiendo su pipa de loza —. Ahí tiene usted, don Raposo, la más antigua ciudad del Asia, la viejísima Joppa, anterior al diluvio. Descúbrase, salude a esa anciana, llena de leyenda y de historia... Aquí fue donde el grandísimo borracho de Noé construyó su arca....

Saludé, asombrado:

— ¡Caramba! ¡Apenas llega uno, y ya empiezan a enseñarle cosas de religión!

Y continué descubierto, porque el Caimán, al anclar delante de la Tierra Santa, había adquirido el recogimiento de una capilla, llena de piadosas ocupaciones y de unción. Un lazarista, de larga sotana, se paseaba con los ojos en su breviario. Sumidas en sus capas de lana negra, dos religiosas dejaban correr entre los dedos las cuentas de sus rosarios. A lo largo de la amura húmeda, peregrinos de Abisínia, hirsutos padres griegos de Alejandría, contemplaban asombrados el caserío de Jafa, aureolado de sol como para la iluminación de un sagrario. Y la campana de popa tintineaba en la brisa salada, con la dulzura devota de un toque de misa...

Pero, viendo una barcaza oscura que remaba hacia el Caimán, descendí presuroso al camarote para ponerme mi casco de corcho y los guantes negros, a fin de pisar decorosamente la tierra del Salvador. Al volver, bien cepillado y bien perfumado, hallé la lancha llena. Y descendía, detrás de un franciscano barbudo, cuan-

do el amado envoltorio de Mary se escapó de mis brazos cariñosos, cayó rodando por la escala como una pelota, rozó la borda de la lancha...; ¡iba a sumergirse en las aguas amargas! Lancé un grito. Una de las religiosas lo alcanzó, ligera y llena de misericordia.

– Muchas gracias, hermana, muchas gracias – grité, aturdido –. Es un paquetito de ropa. ¡Que la Virgen se lo pague!

Ella se refugió modestamente en la sombra de su capuz; y como yo tuve que quedarme lejos, entre Topsius y el franciscano barbudo, que olía a ajo, por cierto, la santa criatura guardó el envoltorio sobre su puro regazo, echándole por encima las cuentas de su rosario.

El arráez, empuñando el timón, gritó: «¡Alá es grande! ¡Larga!» Los árabes remararon, cantando. El sol apareció por detrás de Jafa. Y yo, apoyado en mi paraguas, contemplaba a la púdica religiosa que así llevaba, en las rodillas, hacia la tierra de castidad, la camisita de Mary.

Era joven, y bajo el embozo triste de lustrina negra parecía de marfil su rostro oval, donde las largas pestañas ponían la sombra de una doliente melancolía. Los labios habían perdido todo su color y todo su calor, para siempre inútiles, destinados solamente a besar los pies amoratados del cadáver de un Dios. Comparada con Mary, rosa de York, abierta y sensual, perfumando a Alejandría, ésta parecía un lirio aun cerrado y ya marchito en la humildad de una capilla. Iba, seguramente, para algún hospital de Tierra Santa. La vida para ella debía de ser una sucesión de llagas que cubrir de hilas, y de sábanas que extender por encima de rostros muertos. Y era seguramente el miedo del Señor lo que tan pálida la tenía.

– ¡Qué loca! – murmuré.

¡Pobre y estéril criatura! ¿Se dio cuenta acaso de lo que contenía aquel envoltorio pardo? ¿Sintió subir y esparcirse bajo su oscuro capuz un perfume extraño y perturbador de vainilla y de piel amorosa? ¿La calentura del lecho revuelto, que quedaba entre los encajes de la camisa, atravesó por acaso el papel y vino a entibiarse las rodillas? ¡Quién sabe! Durante un momento me pareció que una gota de sangre nueva enrojecía su faz demacrada, y que debajo del hábito, donde brillaba una cruz, su seno se arqueaba, perturbado; hasta creí ver relampaguear entre sus pestañas un rayo fugitivo y tímido buscando mi barba cerrada y negra... Pero fue sólo un momento. Otra vez, bajo el capuz, el rostro tomó su frialdad de mármol santo; y sobre el pecho humilde la cruz pesó, celosa y férrea. A su lado, la otra religiosa, rechoncha y de anteojos, sonreía hacia el mar, sonreía hacia el sabio Topsius, con una sonrisa clara que salía de la paz de su corazón y le abría un hoyuelo en la barbilla.

Apenas saltamos en la arena de Alejandría, corrí, con el casco en la mano, a darle las gracias, gentil y cortésano.

– Hermana, le estoy muy agradecido. ¡Qué disgusto si se me hubiera perdido el paquetito! Es de mi tía, un encargo para Jerusalén... Ya le contaré. La tía es muy devota; se desvive por ser caritativa...

Muda bajo la sombra de su capuz, la hermana me alargó el paquetito en la punta de sus dedos, débiles y más transparentes que los de una Virgen de la Agonía, Y los dos hábitos negros se sumieron entre muros deslumbrantes de cal nueva, en una calleja con escalones, donde se pudría el cadáver de un perro bajo el vuelo de los moscardones. Yo murmuré aún: ¡Qué loca!

Cuando me volví, Topsisus, bajo su quitasol, conversaba con un hombre eficaz: el que había de ser nuestro guía a través de las tierras de la Escritura. Era joven, moreno, alto, con grandes bigotes volando al viento; usaba chaqueta de terciopelo y botas blancas de montar; las culatas plateadas de dos pistolas, asomando por entre la faja de lana negra, le armaban heroicamente el pecho fuerte; y traía amarrado a la cabeza, con las puntas tiradas hacia atrás, un pañuelo brillante de seda amarilla. Su nombre era Pablo Potte, y su patria el Montenegro. Toda la costa de Siria lo conocía por «el alegre Potte». ¡Qué gran compañero de viaje! La alegría le brillaba en las pupilas azulclaras, cantaba en sus dientes incomparables, estremecía sus manos bulliciosas, resonaba en el taconeo de sus botas. Desde Ascalón hasta los bazares de Damasco, desde el Carmelo hasta los pomares de Engadí, en todas partes se le conocía por «el alegre Potte». Me alargó generosamente su petaca de tabaco perfumado. Topsisus estaba maravillado de su saber bíblico. Yo, dándole golpecitos en el vientre, le grité: «¡Buena pieza!» Y después de grandes apretones de manos, fuimos al hotel de Josafat, para firmar nuestro contrato entre abundantes sorbos de cerveza.

El alegrísimo, Potte organizó a toda prisa nuestra caravana para la ciudad del Señor. Un macho llevaba los equipajes; el arriero árabe, envuelto en un guiñapo azul, resultaba tan airoso y bello, que yo sin cesar buscaba la negra caricia de su mirada de terciopelo. Y por lujo oriental, como escolta, nos seguía un beduino viejo, catarroso, con un albornoz de lana de camello listado de gris y una fuerte lanza herrumbrosa, toda adornada de borlas.

Guardé en una alforja, cuidadosamente, el paquetito mimoso de la camisa de Mary; después, ya a caballo, y luego de alargar los estribos para el zanquilargo Topsisus, el festivo Potte, agitando el látigo, lanzó el antiguo grito de las Cruzadas y de Ricardo Corazón de León: ¡Adelante, a Jerusalén; Dios lo quiere! Y al trote, con los cigarros encendidos, salimos de Jafa por la puerta del Mercado, a la hora en que tocaban a vísperas en el Hospicio de los Padres Latinos.

En el luminoso encanto de la tarde, la carretera se alargaba a través de jardines, huertas, pomares, naranjales, grupos de palmeras; tierra de promisión, resplandeciente y amable. Por entre las cercas de mirtos se perdía el fugitivo cantar de las aguas. El aire todo, de una dulzura inefable, como para que en él respirase mejor el pueblo elegido de Dios, era un derramado perfume de jazmines y limoneros. El grave y pacífico rechinar de las norias iba adormeciendo, al final de un día de riego, entre los granados en flor. Alta y serena en el azul, volaba un águila.

Satisfechos, nos detuvimos en una fuente de mármol rojo y negro, abrigada a la sombra de un grupo de sicómoros donde arrullaban las tórtolas; al lado se levantaba una tienda que tenía delante una alfombra en el césped, cubierta de uvas y de escudillas de leche; y el viejo de barbas blancas que allí vivía nos saludó en nombre de Alá, con la nobleza de un patriarca. La cerveza me había dado sed; fue una muchacha linda como la antigua Raquel quien me dio a beber en su cántaro de forma bíblica, sonriendo, con el pecho descubierto, dos largos pendientes de oro rozándole el rostro moreno, y un corderillo blanco y familiar sujeto en el extremo de la túnica. La tarde descendía muda y dorada cuando penetramos en la planicie de Sarón, que la Biblia llenara de rosas en otro tiempo. En el silencio sonaban las esquilas de un rebaño de cabras negras que un árabe iba pastoreando, desnudo como un San Juan. Allá, al fondo, los montes siniestros de Judea, dorados por el

sol oblicuo que se inclinaba sobre el mar de Tiro, parecían aún hermosos, azules y llenos de la dulzura de la lejanía, como las ilusiones del pecado. Después todo oscureció. Dos estrellas de un resplandor infinito aparecieron y empezaron a caminar delante de nosotros hacia el lado de Jerusalén.

*

Nuestra habitación en el hotel del Mediterráneo, en Jerusalén, con su bóveda pintada de blanco y su piso de ladrillo, parecía una rígida celda de rudo monasterio. Pero, cerca de la ventana, un tabique delgado, revestido de papel con ramos azules; nos separaba de otro cuarto donde sentíamos una voz fresca canturreando la Balada del rey de Tule, y frente a nosotros, exhalando confort y civilización, lucía un ropero de caoba, que yo abrí, como se abre un relicario, para guardar mi envoltorio bendito.

Los dos lechos de hierro desaparecían bajo los pliegues virginales de las cortinas de cambray blanco. En el centro había una mesa de pino, donde Topsisius estudiaba el mapa de Palestina, mientras yo, en chinelas, me paseaba limándome las uñas. Era el viernes devoto en que la cristiandad conmemora enternecida los santos mártires de Evora. Nosotros habíamos llegado aquella tarde, bajo una lluvia triste y menuda, a la ciudad del Señor, y de vez en cuando Topsisius, separando los ojos de los caminos de Galilea, me contemplaba con los brazos cruzados y murmuraba amistosamente:

— ¡Ya está el amigo Raposo en Jerusalén!

Yo, deteniéndome ante el espejo, echaba una mirada a mis barbas crecidas, a mi rostro tostado, y murmuraba con agrado:

— Es verdad; ya está el lindo Raposo en Jerusalén.

Y me volvía, curioso, para admirar a través de los cristales empañados a la divina Sión. Bajo la lluvia melancólica se levantaban ante nosotros las paredes blancas de un convento silencioso, con las persianas verdes corridas, y dos enormes canalones de cinc en las esquinas, uno escurriendo ruidosamente sobre una calleja desierta, otro dejando caer el agua en el suelo blando de una huerta plantada de coles, donde rebuznaba un jumento. De un lado se extendía una inmensidad de tejados en terraza, tristes y grises, con una pequeña cúpula de ladrillo en forma de horno y largas varas para tender ropa, casi todos decrepitos, desmantelados, misérrimos, pareciendo deshacerse en el agua lenta que los encharcaba. Del otro lado se elevaba una cuesta con casuchas sórdidas, rodeadas de quintas, esfumadas y ateridas en la niebla húmeda; por entre ellas se retorció un callejón estrecho, con escaleras, por donde constantemente cruzaban frailes en sandalias y con paraguas, sombríos judíos de melenas lacias, y algún calmoso beduino recogiendo su albornoz... Sobre este paisaje pesaba un cielo pardusco. Así veía ya, desde mi ventana, la vieja Sión, la bien edificada, la brillante, alegre y hermosa entre las ciudades.

— ¡Esto es un horror, Topsisius! ¡Ya lo decía Alpedrinha! ¡Esto es peor que Braga, Topsisius! Ni un paseo, ni un billar, ni un teatro... ¡Nada! ¡Vaya una ciudad para vivir Nuestro Señor!

— Sí; en los tiempos de él era más divertida — murmuró el sapiente amigo. Y luego me propuso que el domingo partiésemos para las márgenes del Jordán, donde lo reclamaban sus estudios sobre Herodes. Allí podría gozar los deleites cam-

pestres, bañándome en las aguas santas, tirando a las perdices entre las palmeras de Jericó... Accedí gustoso: y bajamos al comedor, llamados por una campanilla de convento, que sonaba fúnebre en la sombra del pasillo.

El refectorio era también abovedado, con una estera de esparto sobre el piso de ladrillo; estábamos solos, el erudito investigador de los Herodes y yo, en una mesa aburrida, adornada con flores de papel en vasos rajados. Revolviendo el macarrón de una sopa desabrida, murmuré aplanado:

— ¡Jesús, qué fastidio, Topsisius! Pero una puerta del fondo se abrió sin ruido, y en seguida exclamé entusiasmado:

— ¡Caramba, qué gran mujer, Topsisius!

Gran mujer, en verdad. Sólida, fuerte como yo, blanca, con la blancura del lino muy lavado, pecosa, coronada por una masa ardiente de cabellos ondulados y castaños; presa en un vestido de sarga azul que su seno casi hacía estallar, ella entró esparciendo un fresco olor a jabón Wíndsor y a agua de Colonia, y en seguida iluminó todo el refectorio con el esplendor de su carne y de su juventud... El hablador Topsisius la comparó a la fortísima diosa Cibeles.

Cibeles se sentó a la cabeza de la mesa, serena y soberbia. Al lado, haciendo crujir la silla con el peso de sus amplios miembros, se acomodó un Hércules tranquilo, calvo, de espesas barbas grises, que en el simple hecho de desdoblar la servilleta reveló la omnipotencia del dinero y el viejo hábito de mandar. Por un yes que ella murmuró, comprendí que era de la tierra de Maricocas. Y me recordaba a la inglesa del señor barón. Ella colocara junto al plato un libro abierto que me pareció ser de versos; el barbazas, masticando con lentitud majestuosa de un león, hojeaba también en silencio su Guía de Oriente. Y yo olvidaba mi cordero guisado, para contemplar devoradoramente cada una de las perfecciones de la mujer. Esta, de vez en cuando, levantaba la franja espesa de sus pestañas; yo esperaba con ansia el don de aquel claro y suave mirar; pero ella lo derramaba por los muros encalados, por las flores de papel, y lo dejaba recaer, desinteresado y frío, sobre las páginas de su poema.

Después del café besó la mano velluda del barbazas y desapareció por la puerta vidriera, llevándose el aroma, la luz y la alegría de Jerusalén. El Hércules encendió calmosamente su pipa, dijo al mozo «que le mandase a Ibrahim, el guía», y se levantó, pesado y membrudo. Junto a la puerta derribó el paraguas de Topsisius, del venerabilísimo Topsisius, gloria de Alemania, miembro del Instituto imperial de excavaciones históricas, y siguió sin levantarlo, ni siquiera bajar la mirada altiva.

— ¡Qué bruto! — murmuré, estallando de furor.

Mi docto amigo, con su cobardía social de alemán disciplinado, levantó su paraguas y le limpió la tela, murmurando tímidamente que tal vez el barbazas fuese un duque...

— ¡Qué duque! ¡Para mí no hay duques! Yo soy Raposo, de los Raposos de Alemejejo... ¡Lo partía!

Pero la tarde declinaba y debíamos hacer nuestra visita reverente al sepulcro de nuestro Dios. Corrí a nuestro cuarto, para ponerme el sombrero de copa, como había prometido a la tía; y entraba en el pasillo cuando vi a la Cibeles abrir una puerta junto a nuestra puerta y salir envuelta en una capa gris y con una gorra donde albeaban dos plumas de gaviota. El corazón me golpeó con el delirio de

una gran esperanza. ¡Así que era ella quien cantaba la Balada del rey de Tule! ¡Así que nuestros lechos estaban separados por el fino, frágil tabique cubierto de ramajes azules! Ni siquiera busqué los guantes negros; bajé alborozado, seguro de que iba a encontrarla en el sepulcro de Jesús, y ya planeaba abrir en el tabique un agujero por donde mis ojos enamorados pudiesen saciarse en las bellezas de su desaliento.

Aun llovía lúgubrementemente. Apenas comenzamos a hundirnos en el fango de la Vía Dolorosa, encerrada entre muros sucios, llamé a Potte para debajo de mi paraguas y le pregunté si había visto en el hotel a mi fuerte y pecosa Cibeles. El jocundo Potte ya la había admirado. Y por Ibrahim, su compadre dilecto, sabía que el barbazas era un escocés negociante en curtidos...

– ¡Ahí tiene, Topsius! – grité yo. – Negociante en curtidos...

¡Qué duque! ¡Es una bestia! Lo partía... En cosas de dignidad soy una fiera. ¡Lo partía!

La hija, la de la amplia cabellera, me contó Potte que tenía un nombre radiante de piedra preciosa; se llamaba Rubí. Amaba los caballos, era valiente; en la Alta Galilea, de donde venían, había matado un águila negra...

– Ahora, aquí tienen los caballeros la casa de Pilatos...

– ¡Déjate de la casa de Pilatos, hombre! ¡Mucho me importa a mí Pilatos!... ¿Y qué más te dijo Ibrahim? Desembucha, Potte...

Allí la Vía Dolorosa se estrechaba, abovedada como el pasadizo de una catacumba. Dos mendigos llagados roían cáscaras de melón, sentados sobre el fango y gruñendo. Aullaba un perro. Y el risueño Potte me contaba que Ibrahim había visto muchas veces a miss Rubí admirando la belleza de los hombres de Siria; de noche, a la puerta del hotel, mientras el padre bebía cerveza, ella decía versos en voz baja, mirando cómo parpadeaban las estrellas. Yo pensé: «¡Caramba, tengo mujer!»

– Ahora están los caballeros ante el Santo Sepulcro.

Cerré mi paraguas. Al fondo de un patio de losas desunidas se levantaba la fachada de una iglesia caduca, triste, abatida, con dos puertas en arco, una tapada con cascote y cal, como superflua, la otra entreabierta. Y a los lados de ese templo lúgubre, con tonos de ruina, erguíanse dos construcciones desmanteladas, del rito latino y del rito griego, como hijas asustadas ante la proximidad de la muerte y que se refugian en el seno de la madre.

Me puse entonces mis guantes. E inmediatamente un bando voraz de hombres sórdidos nos rodeó ofreciéndonos a gritos reliquias, rosarios, cruces, escapularios, pedacitos de tablas cepilladas por San José, medallas, frasquitos de agua del Jordán, cirios, agnus dei, estampas de la Pasión, flores de papel hechas en Nazareth, piedras benditas, huesos de aceituna del monte Olívete, y «túnicas como las que usara la Virgen María». Y a la puerta del sepulcro de Cristo, donde la tía me recomendara que entrase de rodillas, gimiendo y rezando, tuve que andar a puñetazos con un malandrín de barbas de eremita, que se colgara de mi saco, hambriento, rabioso, gritando que le comprase boquillas hechas con un pedazo del arca de Noé.

– ¡Ea, déjame en paz, animal!

Y fue así, lanzando imprecaciones, cómo me precipité, con el paraguas goteando, dentro del santuario donde la cristiandad guarda el túmulo de su Cristo.

Pero luego me detuve, sorprendido, sintiendo un delicioso y grato aroma de tabaco de Siria. En un amplio estrado, sobre muelle diván, con alfombras de Caramania y viejos cojines de seda, reclinábanse tres turcos, barbudos y graves, fumando largas pipas de cerezo. Habían colgado sus armas en la pared. El suelo estaba negro de sus salivazos. Y delante, un siervo vestido de harapos esperaba con una taza humeante de café en cada mano.

Pensé que el catolicismo, previsor, estableciera a la puerta del lugar bebidas y aguardientes, para satisfacción de sus romeros. Dije a Potte en voz baja:

– ¡Buena idea! Me parece que también yo voy a tomar una tacita de café.

Pero el festivo Potte me explicó que aquellos hombres serios, de pipa, eran soldados musulmanes que custodiaban los altares cristianos para impedir que en torno al mausoleo de Jesús se atacasen, por superstición, por fanatismo, por envidia de alhajas, los sacerdotes rivales que allí celebran sus ritos rivales: católicos como el padre Pinheiro, griegos ortodoxos para quienes la cruz tiene cuatro brazos, abisinios y armenios, coptos que descienden de los que antaño, en Menfis, adoraban al buey Apis, nestorianos que vienen de la Caldea, georgianos que vienen del mar Caspio, maronitas que vienen del Líbano, todos cristianos, todos intolerantes, todos feroces... Entonces saludé con gratitud a los soldados de Mahoma, que para mantener el recogimiento piadoso en torno del Cristo muerto, serenos y armados, velan a la puerta, fumando.

Cerca de la entrada nos detuvimos ante una lápida cuadrada, sujeta entre las losas oscuras, tan pulida y con tan suave brillo de nácar, que parecía el agua quieta de un estanque donde se reflejasen las luces de las lámparas.

Potte me tiró de la manga, recordándome que era costumbre besar aquel pedazo de roca santa entre todas, que otrora, en el jardín de José de Arimatea...

– Ya sé, ya sé... ¿Besó, Topsisus?

– Vaya besando siempre – me contestó el prudente historiador de los Herodes. – No se le pega nada y agrada a su señora tía.

No besé. En fila y callados entramos en una vasta rotonda, tan esfumada en el crepúsculo, que el círculo de lumbreras redondas de la cornisa brillaba pálidamente, como un hilo de perlas en torno de una tiara. Las columnas que la sustentaban, finas y unidas como las lanzas de una reja, rayaban la sombra en redor, picada cada una por la mancha roja y mortal de una lámpara de bronce. En el centro de las losas sonoras se elevaba blanco y brillante un sepulcro de mármol, con dibujos y flores; un viejo paño de damasco lo cubría como un dosel, recamado de oro pálido. Dos hileras de cirios le hacían una avenida de luces funerarias, hasta la puerta, estrecha como una hendedura y tapada con un trapo color de sangre. Un fraile armenio, que desaparecía bajo el capuz de su amplio manto negro, lo incensaba callado y soñoliento.

Potte me tiró otra vez de la manga.

– ¡El sepulcro!

¡Oh alma piadosa! ¡Oh tía! ¡Allí estaba, por fin, al alcance de mis labios, el túmulo de Nuestro Señor! Inmediatamente me abrí paso por entre la turba ruidosa de frailes y peregrinos, como un mendigo más. Pero yo buscaba un rostro redondo y pecoso y una gorra con plumas de gaviota. Largo rato vagué aturdido. Tan pronto embestía a un franciscano ceñido con un cordón de esparto, como me detenía ante un padre copto que se deslizaba cual una sombra tenue, precedido por sir-

vientes que tañían las panderetas sagradas del tiempo de Osiris. Aquí tropezaba con un montón de ropajes blancos, caído en las losas como un fardo, del cual se escapaban gemidos de contrición; más adelante daba con un negro, todo desnudo, estirado al pie de una columna, durmiendo plácidamente. A veces el clamor sagrado de un órgano resonaba, rodaba por los mármoles de la nave, moría como un susurro de ola en la playa; y luego, más lejos, un canto armenio, trémulo y ansioso, batía los muros austeros como la palpitación de las alas de un ave prisionera que quiere huir hacia la luz. Junto a un altar separé a dos gordos sacristanes, uno griego, otro latino, que se insultaban furiosamente, braceando, oliendo a cebolla. Y fui al encuentro de un grupo de romeros rusos de greñas revueltas, venidos seguramente del Cáucaso, con los pies doloridos envueltos en trapos, y que no osaban moverse, paralizados de terror divino, dando vueltas a los gorros de fieltro entre las manos, de las que pendían gruesos rosarios de vidrio. Niños harapientos jugaban en la oscuridad de las arcadas; otros pedían limosna. El olor del incienso sofocaba; los padres de cultos rivales me tiraban del saco para enseñarme reliquias también rivales, heroicas o divinas: unos las espuelas de Godofredo, otros un pedazo de la caña que los judíos le habían puesto a Cristo entre las manos.

Aturdido, me uní a una procesión de penitentes donde yo creí entrever, blancas, altivas, entre velos negros de arrepentimiento, las dos plumas de gaviota. Una carmelita iba delante, murmurando la letanía, haciéndonos detener a cada paso, arrebatados de asombro devoto, a la puerta de capillas sombrías dedicadas a la Pasión: la del Improperio, donde el Señor fue flagelado; la de la Túnica, donde el Señor fue desnudado. Después subimos, con cirios en la mano, una escalera tenebrosa, abierta en la roca... Y súbitamente todo el tropel devoto cayó de rodillas, gritando, gimiendo, golpeándose el pecho, clamando por el Señor, lúgubre y delirante. Estábamos sobre la Piedra del Calvario.

En torno, la capilla que lo abrigaba resplandecía con un lujo sensual y pagano. En el techo azul oscuro brillaban soles de plata, signos del Zodíaco, estrellas, alas de ángeles, flores de púrpura; y de entre esté fausto sideral pendían de cadenas de perlas los viejos símbolos de la fecundidad, huevos de avestruz, huevos sagrados de Astarté y del Baco de oro. Sobre el altar se elevaba una cruz roja con un Cristo tosco pintado de oro, que parecía vibrar y vivir bajo el fulgor difuso de los haces de cirios, el resplandor de las alhajas, el humo de los inciensos ardiendo en tazas de bronce. Globos brillantes colocados sobre pies de ébano reflejaban las joyas de los retablos, la refulgencia de las paredes revestidas de jaspe, nácar y ágata. Y en el suelo, en medio de esta claridad preciosa de pedrería y de luz, saliendo de entre las losas de mármol blanco, se destacaba un pedazo de roca basta, con una huella alargada y pulida por largos siglos de besos y de caricias devotas.

Un arcediano griego, de barbas escuálidas, gritó:

— ¡En esta roca fue clavada la cruz! ¡La cruz, la cruz! ¡Miserere! ¡Kirie Eleyson! ¡Cristo, Cristo!

Los rezos se precipitaron más ardientes, entre sollozos. Un canto doliente se balanceaba al compás de los incensarios. ¡Kirie Eleyson! ¡Kirie Eleyson! Y los diáconos pasaban rápidamente, ávidamente, con amplias bolsas de terciopelo, donde tintineaban y se hundían las ofrendas de los simples.

Huí aturdido y confuso. El sabio historiador de los Herodes paseaba por el atrio, bajo el paraguas, respirando el aire húmedo. De nuevo nos acometió el gru-

po hambriento de los vendedores de reliquias. Y salí del santo lugar como había entrado: en pecado y lanzando maldiciones.

En el hotel, Topsisius se retiró al cuarto para anotar sus impresiones del Sepulcro de Jesús; yo me quedé en el patio, bebiendo cerveza y fumando con el alegre Potte. Cuando subí, tarde ya, mi esclarecido amigo roncaba, con la vela encendida y un libro abierto sobre la cama, un libro que yo trajera de Lisboa para distraerme en el país del Evangelio: *El hombre de los tres calzones*. Descalzando los zapatos, sucios del barro venerable de la Vía Dolorosa, yo pensaba en mi Cibeles. ¿En qué ¡sacratísimas ruinas, bajo qué árboles divinizados por haber dado sombra al Señor, pasara ella aquella tarde nebulosa de Jerusalén? ¿Habría ido al valle del Cedrón? ¿Acaso al blanco sepulcro de Raquel?...

Suspiré, amoroso y cansado; y abría las sábanas bostezando, cuando distintamente, a través del delgado tabique, sentí un ruido de agua vertida en una bañera. Escuché, alborozado; y en el silencio negro y triste que envuelve siempre a Jerusalén, me llegó perceptible el rumor de una esponja empapada que estaba siendo exprimida. Arrimé la cara al papel de ramajes azules. Pasos blandos, de pies desnudos, rozaban la estera que cubría el pavimento de ladrillo. El agua rumoreaba, como agitada por un brazo desnudo que comprobaba su calor. Entonces, ansioso, fui oyendo todos los rumores íntimos de un largo, lento, lánguido baño: el exprimir de la esponja, el fofo restregar de la mano llena de espuma de jabón, el suspiro laso y agradecido del cuerpo que se estira bajo la caricia del agua tibia, en la que se han echado unas gotas de perfume... La frente, acalorada, me latía; desesperadamente recorría el tabique buscando un agujero, una rendija. Intenté abrirlo con una tijera; pero las puntas se doblaron contra el yeso... Otra vez cantó el agua cayendo de la esponja, y yo, tembloroso, creía ver las gotas lentas deslizándose por entre los senos duros que hacían estallar el vestido de sarga.

No pude contenerme. Descalzo, en calzoncillos, salí al pasillo silencioso, y clavé en la cerradura de la otra puerta un ojo tan abierto, tan ardiente, que casi recelaba herir a la inglesa con la devoradora llama de su rayo sanguíneo... Divisé en un círculo de claridad una toalla caída en el suelo, un ropón encarnado, un extremo del albo cortinaje de su lecho. Y así agachado esperaba que ella atravesase, desnuda y espléndida, aquel pequeño disco de luz, cuando de repente sentí abrirse detrás de mí una puerta y vi que una claridad bañaba la pared. Era el barbazas en mangas de camisa y con un candelero en la mano. ¡Y yo, mísero Raposo, no podía escapar! De un lado estaba él, enorme, y del otro la pared maciza del pasillo. Calmosamente, callado, con orden, el Hércules puso el candelero en el suelo y alzando su ruda bota de doble suela me desmanteló los ijares. Yo rugí:

– ¡Bruto!

El murmuró:

– ¡Silencio!

Y otra vez, teniéndome acorralado contra el muro, su bota bestial y pesada me golpeó tremendamente caderas, nalgas, canillas, todo mi cuerpo bien cuidado. Después, tranquilamente, recogió su candelero... Entonces yo, lívido, en calzoncillos, le dije con enorme dignidad:

– ¿Sabe lo que le vale, atrevido? ¡Que estamos aquí, al pie del sepulcro del Señor, y no quiero dar escándalos por causa de mi tía!... Pero si estuviésemos en

Lisboa, fuera de puertas, en un sitio que yo sé, le comía los hígados... ¡No sabe usted de la que se libró! ¡Por éstas, que le comería los hígados!...

Y muy digno, cojeando, volví a mi cuarto a hacerme pacientes fricciones de árnica. Así pasé mi primera noche en Sión.

*

Al otro día, temprano, el profundo Topsius salió a recorrer el monte de las Olivas y a visitar la fuente clara de Siloé. Yo, dolorido, no pudiendo montar a caballo, quedé en el sofá de tela a rayas, con *El hombre de los tres calzones*. Y para evitar un encuentro con el afrentoso barbazas, no bajé al comedor, pretextando hallarme atacado de melancolía. Pero, al hundirse el sol en el mar de Tiro, ya estaba restablecido y vivaz. Potte había preparado para aquella noche una fiesta sensual en casa de Fatmé, una matrona amable que tenía en el barrio de los Armenios un dulce nidial de palomas, y nosotros íbamos allá, para contemplar a la gloriosa bailarina de Palestina, *la Rosa de Jericó*, trenzando esa «danza de la abeja» que anima a los más fríos y deprava a los más puros...

La recatada puertecita de Fatmé, adornada con un ramo de viña seca, se abría al extremo de un muro negro, junto a la torre de David. Fatmé nos esperaba, majestuosa y obesa, envuelta en velos blancos, con hilos de corales entre las trenzas, los brazos desnudos, mostrando en cada uno de ellos la cicatriz oscura de un búbón de peste. Me tomó sumisamente la mano, se la llevó a la frente aceitosa y a los labios empastados de escarlata, y me condujo con mucha ceremonia ante una cortina negra con bordes de oro, como el paño de un ataúd. Me estremecí al penetrar, por fin, en los secretos deslumbradores de un serrallo mudo y oliendo a rosas.

Era una sala recién blanqueada, con cortinas de algodón encarnado cubriendo la celosía; y a lo largo de las paredes corría un diván bajo, revestido de seda amarilla con remiendos más claros... Sobre un pedazo de tapiz de Persia había un brasero de latón, apagado y lleno de cenizas; cerca de él quedara olvidada una chinela de terciopelo estrellada de lentejuelas. Del techo de madera blanquecina, donde se destacaba una mancha de humedad, pendía de dos cadenas adornadas con borlas un candelero de petróleo. Un bandolín descansaba en un rincón, sobre cojines. En el aire tibio erraba un olor dulzón y suave a mohó y a benjuí. Por el piso y por entre las maderas de la celosía corrían las cucarachas.

Me senté sesudamente al lado del historiador de los Herodes. Una negra de Dongola, encamisada de escarlata, con brazaletes de plata tintineando en los brazos, vino a ofrecernos café aromático. Y casi inmediatamente apareció Potte, desesperado, diciéndome que no podríamos admirar la famosa «danza de la abeja». *La Rosa de Jericó* había ido a bailar ante un príncipe de Alemania, llegado aquella mañana de Sión para adorar el Sepulcro del Señor. Fatmé apretaba con humildad el pecho, invocaba a Alá, se decía nuestra esclava. ¡Era una fatalidad! *La Rosa de Jericó* había sido para el príncipe rubio que viniera con caballos y con plumas, del país de los germanos.

Despechado, le dije a Fatmé que yo no era príncipe, pero que mi tía tenía grandes riquezas y que los Raposos se distinguían por su nobleza en el hidalgo Alemtejo. Si *la Rosa de Jericó* estaba contratada para regocijar mis ojos católicos,

era una desconsideración haberla cedido al romero con armadura que había venido de la hereje Alemania.

El erudito Topsius gruñó, levantando la nariz con petulancia, que Alemania era la madre espiritual de los pueblos...

– El brillo que sale del casco alemán, don Raposo, es la luz que guió a la humanidad...

– Me río del casco alemán. ¡A mí nadie me guía! ¡Yo soy Raposo, de los Raposos de Alemtejo! Nadie me guía, sino Nuestro Señor Jesucristo... Y, además, en Portugal hay grandes hombres; hay Alfonso Henriques, hay Herculano... ¡Qué casco ni casco!

Me levanté amenazador. El sapientísimo Topsius temblaba encogido. Potte intervino:

– ¡Paz, cristianos y amigos, paz!

Topsius y yo, al poco rato, nos sentábamos en el diván, después de habernos estrechado las manos gallardamente y con honra.

Fatmé, mientras tanto, juraba que Alá era grande y que ella era nuestra esclava. Y, si nosotros quisiésemos obsequiarla con siete piastras de oro, ella en compensación de la *Rosa de Jericó*, nos traería una joya inapreciable, una circasiana más blanca que la luna llena, más airosa que los lirios que nacen en Galgala.

– ¡Venga la circasiana! – grité, excitado –. Yo he venido a los Santos Lugares para divertirme... ¡Venga la circasiana! ¡Larga las piastras, Potte! ¡Qué diantre, quiero regalar la carne!

Fatmé salió caminando de espaldas. El festivo Potte se sentó entre nosotros, abriendo su bolsa perfumada de tabaco de Alepo. Entonces, una puerta blanca, disimulada en el muro blanqueado, rechinó levemente, y una figura entró, velada, vaga, vaporosa. Amplios calzones turcos de seda carmesí caían con languidez desde su cintura ondulante hasta los tobillos, donde se recogían sujetos por una liga de oro; sus pies apenas se posaban, blancos y alados en las chinelas de tafilete amarillo; y a través del velo de gasa que le envolvía la cabeza, el pecho y los brazos, brillaban recamos de oro, centelleaban las joyas y las dos estrellas negras de sus ojos. Me desesperé, lleno de deseos.

Por detrás de ella, Fatmé le alzó el velo con la punta de los dedos, lentamente, y de entre la nube de gasa surgió una carota color de yeso, descarnada y nariguda, con un ojo bizco y los dientes podridos negreando en la languidez estúpida de la sonrisa... Potte saltó del diván, injuriando a Fatmé; ella gritaba por Alá, golpeándose los senos, que sonaban como odres medio vacíos.

Y desaparecieron riñendo, llevados por un acceso de ira. La circasiana, contoneándose, con su sonrisa pútrida, se nos acercó extendiendo la mano sucia, pidiendo «presentes» con voz aguardentosa. La rechacé con asco. Ella se rascó un brazo, después el costado; recogió tranquilamente su velo y salió arrastrando las chinelas.

– ¡Oh Topsius! – murmuré yo. – ¡Esto me parece una infamia!

El sabio hizo consideraciones sobre la voluptuosidad. Ella es siempre engañadora. Bajo la sonrisa luminosa está el diente cariado. De los besos sólo queda el amargor. Cuando el cuerpo se extasía, el alma se entristece...

– ¡Qué alma! ¡No hay alma! Lo que hay es una formidable desvergüenza. En la calle del Arco da Bandeira, esta Fatmé tenía ya dos puñetazos en la cara... ¡Sinvergüenza!

Estaba furioso, con deseo de despedazar el bandolín. Pero Potte reapareció, retorciéndose los bigotes y diciendo que por nueve piastras más, Fatmé consentía en mostrarnos su secreta maravilla, una virgen de las márgenes del Nilo, de la Alta Nubia, bella como la noche más bella de Oriente. El la había visto y aseguraba que valía el tributo de una fértil provincia.

Frágil y liberal, cedí. Una a una las nueve piastras de oro sonaron en la mano gordezuela de Fatmé.

De nuevo rechinó la puerta disimulada, y sobre la blancura de la cal se destacó, en su desnudez color de bronce, una espléndida mujer, formada como una Venus. Durante un momento permaneció muda, asustada por la luz y por los hombres, rozando las rodillas lentamente. Un paño blanco le cubría los flancos fuertes y ágiles; los cabellos hirsutos, lustrosos de aceite y entrelazados con cequíes de oro, le caían sobre la espalda como una melena salvaje; un hilo de cuentas de vidrio azul se le enroscaba en el cuello e iba a caer entre los senos firmes, perfectos y de ébano. De repente lanzó convulsivamente, agitando la lengua, un grito desolado: ¡*Lu-lu-lu-lu!* Y se echó de bruces en el diván. Así, en la actitud de una esfinge, quedó mirándome fijamente, seria e inmóvil, con sus grandes ojos tenebrosos.

— ¿Eh? — decía Potte, dándome con el codo. — Fíjese qué cuerpo.... Mire qué brazos... Mire cómo le ondula la cintura... ¡Es una pantera!

Y Fatmé, con los ojos en blanco, lanzaba besos en la punta de los dedos, expresando los deleites trascendentales que debía dar el amor de aquella nubia. Convencido, por la persistencia de su mirar, de que mis barbas fuertes la habían cautivado, dejé el diván y me fui acercando lentamente, como hacía una presa segura; sus ojos se agrandaban, inquietos y brillantes. Gentilmente, llamándole «hermosa mía», le acaricié el hombro frío; al contacto de mi piel blanca, la nubia retrocedió, temblando, con un grito ahogado de gacela herida. No me agradó aquello, pero quise ser amable. Le dije paternalmente:

— ¡Ah, si tú conocieses mi patria! Y hasta soy capaz de llevarte a ella... En Lisboa sí que se está bien. Se va al Dáfundo, se cena en el Silva... Esto de aquí es una porquería. Allá, las muchachas como tú son muy bien tratadas, se les tienen consideraciones; los diarios hablan de ellas, se casan con propietarios...

Aun le murmuré otras cosas profundas y dulces. Ella no comprendió mis palabras; en sus ojos desmayados fluctuaba el recuerdo de su aldea de la Nubia, de los rebaños de búfalos que duermen a la sombra de los tamarindos; del gran río que corre, eterno y sereno, entre las ruinas de las religiones y las tumbas de las dinastías...

Creyendo entonces despertar su corazón con la llama del mío, la atraje hacia mí lascivamente. Ella huyó, refugiándose en un rincón, toda temblorosa, y dejando caer la cabeza entre las manos empezó a llorar desconsolada.

— ¡Esto es una estafa! — grité indignado.

Y tomando mi casco, salí aprisa, desgarrando casi en mi furor el paño negro con franjas de oro. Nos detuvimos en una pieza enladrillada donde olía mal; y allí bruscamente surgió entre Potte y la rolliza matrona una feroz riña sobre el pago de aquella radiante fiesta de Oriente; ella reclamaba otras siete piastras de oro; Potte, con el bigote erizado, le escupía injurias en árabe, rudas y en avalancha, como guijarros que se despeñan en un valle. Salimos de aquel lugar de deleite perseguidos por los gritos de Fatmé, que se bababa de rabia, agitaba los brazos marcados por la

peste y nos maldecía y maldecía a nuestros padres y a los huesos de nuestros abuelos, y a la tierra que nos criara, y al pan que comíamos, y a las sombras que nos cubriesen. Después, en la calle oscura, dos perros nos siguieron mucho tiempo, ladrando lúgubrementemente.

Entré en el hotel del Mediterráneo ahogado por el recuerdo de mi tierra ri-sueña. Los goces de que me veía privado en esta lóbrega, enemiga Sión, me hacían recordar más inflamadamente los que me proporcionaría la fácil y amable Lisboa cuando, muerta la tía, heredase yo la bolsa sonora de seda verde. Allá no encontraría, en los pasillos silenciosos, una bota severa y bestial. Allá ningún cuerpo bárbaro huiría a la caricia de mis dedos. Dorado por el oro de la tía, mi amor no sería jamás ultrajado, ni mi concupiscencia sería jamás rechazada. ¡Ah, Dios mío! ¡Ojalá lograse con mi santidad cautivar a la tía!... Y en seguida me puse a escribirle a la hedionda señora esta carta tiernísima:

«Querida tía de mi corazón: Cada vez me siento más virtuoso. Y lo atribuyo al agrado con que el Señor está viendo esta visita mía a su Santo Sepulcro. De día y de noche paso el tiempo meditando en su divina pasión y pensando en la tía. Ahora mismo vengo de la Vía Dolorosa. ¡Qué enternecedora estaba! Es una calle tan bendita, tan bendita, que hasta tengo escrúpulos de pisarla con los zapatos; el otro día no me contuve y me agaché para besar las ricas piedras. Esta noche la pasé casi toda rezando a Nuestra Señora del Patrocinio, que todo el mundo respeta mucho aquí en Jerusalén. Tiene un altar muy lindo, aunque a este respecto, bien razón tenía mi buena tía (que en todo tiene razón) cuando decía que para fiestas y procesiones no hay como nosotros, los portugueses. Pues esta noche, en cuanto me arrodillé en la capilla de la Virgen, después de rezarle seis salves, le dije a la bella imagen: ¡Ay, quién me diera saber cómo está mi tía Patrocinio! ¿Y querrá usted creerlo? Pues la Virgen, con su divina boca, me dijo en palabras textuales, que, para no olvidarlas, escribí en el puño de la camisa: «Mi querida ahijada está bien, Raposo, y espera hacerte feliz». Y no crea que esto es un milagro extraordinario, porque me cuentan todas las familias respetables con quienes voy a tomar el té, que la Virgen y su divino Hijo dirigen siempre algunas palabras a los que van a visitarlos. Sabrá ya que le conseguí ciertas reliquias; unas pajas del pesebre y una tablita cepillada por San José. Mi compañero alemán, que, como ya le conté a usted en mi carta de Alejandría, es muy religioso y muy sabio, consultó los libros que trae y me afirmó que la tablita era de las mismas que, según está probado, acostumbraba cepillar San José en las horas de ocio. En cuanto a la gran reliquia, aquella que quiero llevarle para curar todos sus males y dar la salvación a su alma, pagándole así todo lo que le debo, ésa espero obtenerla en breve. Pero por ahora nada más puedo decirle. Saludos a nuestros amigos, en quienes pienso mucho y por los que rezo constantemente; sobre todo, al virtuoso Casimiro. Y la tía sírvase bendecir a su sobrino fiel, que mucho la venera, que desea volver a verla y que le desea salud. — *Teodoro*.

P. S. — ¡Si supiese qué asco me dio hoy la casa de Pilatos! ¡Hasta le escupí! Y a la santa Verónica le dije que la tía tiene mucha devoción por ella. Me pareció que la santa quedaba muy satisfecha. Es lo que yo digo aquí a todos estos eclesiásticos y a los patriarcas: Es necesario conocer a mi tía para saber lo que es virtud.»

Antes de acostarme fui a escuchar arrimando la oreja al tabique de ramajes azules. La inglesa dormía serena, insensible; yo murmuré, amenazando hacia el pasillo con el puño apretado:

– ¡Bestia!

Después abrí el armario, tomé el querido paquete de la camisa de Mary y deposité en él un beso sonoro y cariñoso.

Temprano, cuando alboreaba el nuevo día, partimos para el devoto Jordán.

*

Fastidiosa, pesada, fue nuestra marcha por entre las colinas de Judea, que se sucedían blancas, redondas como cráneos, reseca, yermas bajo un viento de maldición. Sólo a trechos, en alguna cuesta, rastrea un tojo escaso, que en la vibración inexorable de la luz parecía, desde lejos, un moho de vejez y de abandono. La tierra brillaba con su color de cal. El silencio radiante entristecía como el que cae de una bóveda sepulcral. En el fulgor duro del cielo rondaba sobre nosotros, lento y negro, un buitre. Al declinar el sol, levantamos nuestras tiendas en las ruinas de Jericó.

Sabroso fue entonces descansar sobre las blandas alfombras, bebiendo a sorbos limonada, en la dulzura de la tarde. A la frescura de un riachuelo alegre, que murmuraba junto a nuestro campamento por entre arbustos silvestres, se mezclaba el aroma de la flor que daban éstos, amarilla como la de la retama. Delante verdeaba un prado de hierba alta, manchado aquí y allá por la blancura de vanidosos, lánguidos lirios; cerca del agua pasaban en parejas pensativas cigüeñas. Del lado de Judá erguía el monte de la Cuarentena, torvo, hosco en su tristeza de eterna penitencia; y mirando hacia el lado de Moab, mis ojos se perdían en la vieja, sagrada tierra de Canaán, arenal ceniciento y desolado que se extiende como la blanca mortaja de una raza olvidada, hasta las soledades del mar Muerto.

Al amanecer el día siguiente, fuimos, con las alforjas repletas, a hacer esa votiva romería. Estábamos en diciembre; el invierno en Siria era trasparentemente dulce. Cabalgando a mi lado, el erudito Topsisius me contaba que aquella planicie de Canaán había estado en otro tiempo toda cubierta de rumorosas ciudades, de blancos caminos entre viñedos, y de aguas de regadío refrescando los muros de las eras; las mujeres, adornadas con anémonas, pisaban la uva cantando; el perfume de los jardines era más grato al cielo que el incienso; y las caravanas que entraban en el valle por el lado de Segor hallaban aquí la abundancia del rico Egipto, y decían que aquél era en verdad el vergel del Señor.

– Después – añadía Topsisius, sonriendo con infinito sarcasmo –, el Altísimo, un día, se aburrió y lo arrasó todo.

– Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

– Terquedad, mal humor, ferocidad...

Los caballos relinchaban sintiendo la vecindad de las aguas malditas, que muy pronto aparecieron, extendidas hasta las montañas de Moab, inmóviles, mudas, brillando solitarias bajo el cielo solitario. ¡Oh tristeza incomparable! Se comprende que pesa aún sobre ellas la cólera del Señor, cuando uno piensa que yacen allí hace tantos siglos, sin una villa de recreo como Cascaes, sin claras tiendas de lona alineadas a su orilla, sin regatas, sin pesca, sin que señoras encantadoras y

con zuecos recojan poéticamente las conchillas en la arena; sin que las alegren, a la hora de las estrellas, los violines de una fiesta bajo la luz del gas. Están allí muertas, enterradas entre las dos sierras como entre las canterías de un sepulcro.

En la orilla de enfrente estaba la ciudadela de Maquero, o Maqueronte – dijo gravemente el erudito Topsisius, derecho sobre los estribos, señalando con el quitasol la costa azulada del mar –, Allí vivió uno de mis Herodes, Antipas, el tetrarca de Galilea, hijo de Herodes el Grande; allí, don Raposo, fue degollado el Bautista.

Y siguiendo al paso hacia el Jordán, mientras el alegre Potte nos hacía cigarrillos del buen tabaco de Alepo, Topsisius me contó esa lamentable historia. Maquero, la más altiva fortaleza del Asia, se levantaba sobre pavorosos peñascos de basalto. Sus murallas tenían ciento cincuenta codos de altura; las águilas apenas podían subir hasta donde subían las torres. Por fuera era toda negra y lúgubre; pero dentro resplandecía de marfiles, de jaspes, de alabastros, y colgando de los techos de cedro, los largos broqueles de oro parecían las constelaciones de un cielo de verano. En el centro de la montaña, en un subterráneo, vivían las doscientas yeguas de Herodes, las más bellas de la tierra, blancas como de leche, con crines negras como el ébano, alimentadas con bollos de miel, y tan ligeras que podían correr, sin macular su pureza, por un prado de azucenas. Más abajo aun, en una cárcel, yacía Iokanan, a quien la iglesia llama Juan el Bautista.

– Entonces, esclarecido amigo, ¿cómo ocurrió esa desgracia?

– Pues fue así, don Raposo: Mi Herodes había conocido en Roma a Herodías, sobrina suya, esposa de su hermano Filipo, que vivía en Italia, olvidado de Judea, gozando del lujo latino. ¡Era espléndidamente, sombríamente bella, Herodías! Herodes Antipas la rapta en una galera y la lleva a Siria; repudia a su esposa, la moabita hija del rey Aretas, que gobernaba el desierto y las caravanas; y se encierra incestuosamente con Herodías en esa ciudadela de Maquero. Toda Judea estalla en cólera contra este ultraje a la ley del Señor. Y entonces Herodes Antipas, artero, manda prender al Bautista que predicaba en el valle del Jordán...

– ¿Para qué, Topsisius?

– Para esto, don Raposo: para ver si el rudo profeta, acariciado, mimado, ablandado por los elogios y por el buen vino de Siquem, aprobaba aquellos negros amores, y si por la persuasión de su voz, dominante en Judea y Galilea, los convertía, a los ojos de los fieles, en blancos como la nieve del Carmelo. Pero, desgraciadamente, don Raposo, el Bautista no tenía originalidad. El Bautista imitaba en todo servilmente al gran profeta Elías; sé cubría de pieles de fieras, como Elías; se alimentaba de langostas, como Elías; repetía las imprecaciones clásicas de Elías, y como Elías había clamado contra el incesto de Acab, el Bautista despotricó contra el incesto de Herodías. ¡Todo imitación, don Raposo!

– ¡Y le hicieron callar encerrándolo en la mazmorra!

– ¡Que va! Rugió más terriblemente. Herodías escondía la cabeza bajo el manto para no oír aquel clamor de maldición, que salía del fondo de la montaña.

Yo balbuceé, con una lágrima mojándome los párpados:

– ¡Y Herodes mandó degollar a nuestro buen San Juan!

– No. Herodes Antipas era un flojo, un tímido... Muy lúbrico, don Raposo, infinitamente lúbrico, pero ¡qué indeciso! Además de eso, como todos los galileos, tenía una secreta flaqueza, una irremediable simpatía por los profetas. Aparte de que temía la venganza de Elías, el patrono, el amigo de Iokanan... Porque Elías no

murió, don Raposo; habita en el cielo, vivo, en carne y hueso, aun cubierto de harapos, implacable, vociferador y pavoroso.

– ¡Vaya! – murmuré, asustado.

– Pues sí... lokanan iba viviendo, iba rugiendo... Pero el odio de la mujer es sinuoso y sutil, don Raposo. Llega, en el mes de Schebat, el cumpleaños de Herodes. Hay un gran festín en Maquero, al que asiste Vitelius, que entonces viajaba por Siria. Usted se acuerda del craso Vitelius, que después fue señor del mundo... Pues a la hora en que, por el ceremonial de las provincias tributarias, se bebía a la salud de César y de Roma, entra súbitamente en la sala, al son de los tambores y danzando a la manera de Babilonia, una virgen maravillosa. Era Salomé, la hija de Herodías y de su esposo Filipo, que ella educara secretamente en Cesárea, en un bosque, cerca del templo de Hércules. Salomé danzó desnuda y deslumbrante. Herodes Antipas, excitado, loco de deseos, promete darle todo lo que le pida a cambio de un beso de sus labios... Ella toma una bandeja de oro y, después de mirar a su madre, pide la cabeza del Bautista. Antipas, aterrado, le ofrece la ciudad de Tiberíades, tesoros, las cien aldeas de Genezareth... Ella sonrió, miró a su madre, y otra vez, incierta y tartamudeando, pidió la cabeza de Iokanan... Entonces todos los invitados, saduceos, escribas, hombres ricos de Decápolis, incluso el mismo Vitelius y los romanos, gritaron alegremente: «Tú prometiste, tetarca; tú juraste, tetarca». Momentos después, don Raposo, un negro de Idumea entró trayendo en una mano un alfanje y en la otra, presa por los cabellos, la cabeza del profeta; Y así acabó San Juan, por quien se canta y se queman hogueras en una dulce noche de junio...

Escuchando, embebidos y al paso, estas cosas tan antiguas, avistamos a lo lejos, en la arena dorada, una mancha de hierbas tristes y del color del bronce. Potte gritó:

– ¡El Jordán! ¡El Jordán!

Y arrebatadamente galopamos hacia el río de la Escritura.

El festivo Potte conocía, a orillas de la corriente bautismal, un sitio deleitoso para una siesta cristiana. Y allí pasamos las horas ardientes, acostados en un tapiz, lánguidos, bebiendo botellas de cerveza después de haberlas puesto a refrescar en las aguas del río santo. Este hace en aquel sitio un claro y suave remanso, a propósito para reposar de la lenta, abrasadora jornada que hay que hacer, a través del desierto, desde el lago de Galilea; y antes de hundirse para siempre en el amargor del mar Muerto, se despereza y corre sobre la arena fina, canta manso y lleno de transparencia, haciendo rodar las piedras gastadas de su lecho; y duerme en los sitios más frescos inmóvil y verde bajo la sombra de los tamarindos... Encima de nuestras cabezas rumoreaban las hojas de los altos chopos de Persia; entre las hierbas se balanceaban flores desconocidas para nosotros, de las que adornaban otrora las trenzas de las vírgenes de Canaán en las mañanas de la vendimia. Y en la oscuridad blanda del follaje, donde ya no venía a asustarlas la voz terrible de Jehová, gorjeaban pacíficamente las currucas. Delante se elevaban, azules e inmaculadas, como hechas de un solo bloque de piedra preciosa, las montañas de Moab. El cielo blanco, mudo, recogido, parecía descansar deliciosamente del duro tumulto que lo agitara, cuando allí vivía, entre preces y muertes, el sombrío Pueblo de Dios; y donde constantemente habían batido las alas de los serafines y habían fluctuado

los ropajes de los profetas arrebatados por el Altísimo, era agradable ver pasar ahora apenas un revuelo de palomos bravos, volando hacia los bosques de Engadí.

Obedeciendo la recomendación de la tía, me desnudé y me bañé en las aguas del Bautista. Al principio, lleno de emoción religiosa, pisé la arena reverentemente, como si fuese la alfombra de un altar mayor; con los brazos cruzados, desnudo, sintiendo la lenta corriente pasar por entre mis rodillas, pensé en San Juan y susurré un padrenuestro. Después me reí, y decidí aprovecharme de aquella bucólica bañadera entre árboles; Potte me tiró una esponja, y me di una buena jabonadura en las aguas sagradas, mientras tarareaba el *fado* de Adela.

Al refrescar la tarde, cuando montábamos a caballo, una tribu de beduinos, descendiendo de las colinas de Galgala, trajo sus rebaños y sus camellos a beber al Jordán; las crías blancas y graciosas corrían balando; los pastores, con largas picas, lanzaban gritos de batalla y galopaban con un amplio revuelo de albornoces; y era como si resurgiese en todo el valle, en el esplendor de la tarde, una pastoral de la edad bíblica, cuando Agar era joven. Tieso en mi silla, con las riendas bien sujetas, yo sentí un breve escalofrío de heroísmo; ambicionaba una espada, una ley, un dios por quien combatir... Lentamente se extendiera por la planicie sagrada un silencio de éxtasis. Y el más alto cerro de Moab se cubrió de un fulgor extraño, color de rosa y color de oro, como si en él, de nuevo, fugitivamente, se reflejase la faz del Señor. Topsisus alzó la mano sapiente:

– Aquella cima iluminada, don Raposo, es el Moria, donde murió Moisés.

Me estremecí. Y poseído por las emanaciones divinas de aquellas aguas, de aquellos montes, me sentía fuerte, igual a los hombres fuertes del Éxodo. Me pareció ser uno de ellos, un familiar de Jehová, y que acababa de llegar del negro Egipto con mis sandalias en la mano... Aquel suspiro de alivio que traía la brisa, venía de las tribus de Israel, del confín del desierto... Por las cuestas, allá lejos, seguida de una escolta de ángeles, el Arca descendía balanceándose sobre los hombros de los levitas vestidos de lino y cantando. Otra vez, en las secas arenas, reverdecía la Tierra de Promisión; Jericó blanqueaba entre los sembrados, y a través de los palmares tupidos resonaban los clarines de Josué.

No pude contenerme; quitándome el casco, lancé por sobre Canaán este grito piadoso:

– ¡Viva Nuestro Señor Jesucristo! ¡Viva toda la corte celestial!

Temprano, al otro día, que era domingo, el incansable Topsisus partió, provisto de lápices y quitasol, a estudiar las ruinas de Jericó, esa vieja ciudad de las palmeras que Herodes cubriera de termas, de templos, de jardines, de estatuas, y donde transcurrieran sus tortuosos amores con Cleopatra. Yo quedé en la puerta de la tienda, sentado en un cajón, tomando mi café y observando los pacíficos detalles de nuestro campamento. El cocinero preparaba unos pollos; el beduino triste limpiaba con arena su pacífico alfanje, a la orilla del río; nuestro lindo arriero se olvidaba de dar la ración a las yeguas, por seguir en el cielo, de un brillo de zafiro, el vuelo de las cigüeñas que en parejas pasaban hacia Samaria.

Después me puse el casco de corcho y fui a caminar con las manos en los bolsillos y canturreando un *fado*. Empecé a pensar en Adela y en el señor Adelino... En la alcoba, abrazados, besándose furiosamente, tal vez estaban a aquella hora llamándome santurrón, mientras yo me paseaba por aquellos lugares retirados de la Escritura. A aquella hora también, la tía, de mantilla negra, con su libro en la

mano, salía para la misa de Santa Ana; los mozos del Montaña, despeinados, silbando, limpiaban el paño de los billares; y el doctor Margaride, en la ventana, frente a la plaza Figueira, se ponía los anteojos y desdoblaba el Jornal de Noticias... ¡Oh mi dulce Lisboa! Pero aun más cerca, del otro lado del desierto de Gaza, en el verde Egipto, mi Maricoquinhas en aquel instante estaba llenando el florero del mostrador con magnolias y rosas, y su gato dormía en el terciopelo de la silla. Ella suspiraba por «su portuguesito valiente»... Suspiré también; en los labios se me hizo más triste el fado triste.

De repente, sin darme cuenta, me hallé en un sitio de gran soledad y de gran melancolía. Era lejos del arroyo y de los olorosos arbustos de flor amarilla; ya no veía nuestras tiendas blancas; delante de mí se abría un yermo arenoso, rodeado por peñascos lisos, derechos como los muros de un pozo, y tan lúgubre que la luz dorada de la calurosa mañana del Oriente se desmayaba allí mortalmente, pálida y enfermiza. Yo recordaba grabados con paisajes así desolados, donde un eremita de largas barbas medita sobre un infolio, cerca de una calavera. Pero ningún solitario aniquilaba allí la carne en heroica penitencia. Solamente, al centro del imponente recinto, aislado, orgulloso, con un aire de rareza y de reliquia, como si los peñascos se hubiesen reunido para formarle un resguardo de sagrario, se erguía un árbol tan repelente, que hizo morir en mis labios el final del fado triste...

Era un tronco grueso, corto, macizo y sin nudos, parecido a una enorme cachiporra clavada en la arena; la corteza lisa tenía el brillo oleoso de una piel negra, y de su cabeza deforme, de un color de tizón apagado, brotaban, como largas patas de araña, ocho ramas negras, flexibles, lanudas, viscosas y armadas de espigas... Después de mirar en silencio aquel monstruo, me quité lentamente el casco y murmuré:

– ¡Aun vive!

Es que me encontraba ciertamente ante un árbol ilustre. Había sido una rama igual a aquéllas (la novena tal vez) la que, doblada en forma de corona por un centurión romano de la guarnición de Jerusalén, ornara sarcásticamente, el día del suplicio, la cabeza de un carpintero de Galilea, condenado... Sí, condenado por andar, en las quietas aldeas y en los santos patios del Templo, diciéndose hijo de David e hijo de Dios, predicando contra la religión, contra las viejas instituciones, contra el antiguo orden, contra las viejas formas. Y he aquí que aquella rama, por haber tocado los cabellos incultos del rebelde, se tornara divina, subiera a los altares y desde lo alto de las andas hace postrarse en las losas, a su paso, a las multitudes enternecidas...

En el colegio de los Isidoros, los martes y los sábados, el seboso padre Soares decía, mientras se limpiaba los dientes, que «allá en un sitio de Judea había, niños, un árbol que según dicen los autores asustaba a cualquiera...» ¡Era aquél! ¡Yo tenía ante mis frívolos ojos de licenciado el sacratísimo árbol de las espigas!

Y una idea cruzó de pronto mi espíritu con un brillo de visión celeste... ¡Llevar a la tía una de aquellas ramas, la más algodonosa, la más espinosa, como la reliquia fecunda en milagros a que ella podría consagrar sus ardores de devota y pedir confiadamente las mercedes celestiales! «Si entiendes que merezco alguna cosa por lo que tengo hecho por ti, tráeme de esos santos lugares una santa reliquia...» Así dijera la señora doña Patrocínio de las Nieves la víspera de emprender mi viaje piadoso, entronizada en sus damascos rojos, delante de la magistratura y de la

iglesia, dejando escapar una lágrima por debajo de sus anteojos austeros. ¿Qué le podría ofrecer más sagrado, más enternecedor, más eficaz, que una rama del árbol de espinos, cortada en el valle del Jordán una clara, rosada mañana de misa?

Pero de repente me asaltó una cruel inquietud... ¿Y si realmente una virtud trascendental circulase por las fibras de aquel tronco? ¿Y si la tía empezase a mejorar del hígado, a reverdecer, apenas yo instalase en su oratorio, entre luces y flores, una de aquellas ramas erizadas de espinas? ¡Oh misérrimo engaño! ¡Sería, pues, yo quien le llevaría neciamente el principio milagroso de la salud, y la pondría fuerte, indestructible, inmortal, con los contos de G. Godinho firmes en la mano avara! ¡Yo! ¡Yo, que sólo empezaría a vivir cuando ella empezase a morir! Dando vueltas alrededor del árbol de espinas, lo interrogué, sombrío y ronco: «¡Habla, monstruo! ¿Eres tú la reliquia divina con poderes sobrenaturales? ¿O no eres más que un arbusto grotesco con un nombre latino en las clasificaciones de Linneo? ¿Tienes tú, como aquel cuya cabeza coronaste por escarnio, el don de curar? Escúchame: si te llevo conmigo para un lindo oratorio portugués, librándote del tormento de la soledad y de las melancolías de la oscuridad, y dándote allá los regalos de un altar, el incienso vivo de las rosas, la llama acariciadora de las velas, el respeto de las manos cruzadas, todas las caricias de la oración, no es para que tú, prolongando indulgentemente una existencia que es un estorbo, me prives de la rápida herencia y de los goces a que mi carne joven tiene derecho. Escúchame: si por haber figurado en el Evangelio estás poseído de ideas pueriles de caridad y misericordia, y vas con intención de curar a la tía, entonces quédate ahí, entre esos peñascos, fustigado por el polvo del desierto, recibiendo el excremento de las aves de rapiña, aburrido en tu silencio eterno... Pero si me prometes permanecer sordo a las preces de la tía, comportarte como un pobre gajo seco y sin influencia, y no interrumpir la deseada descomposición de sus tejidos, entonces vas a tener en Lisboa el dulce agasajo de una capilla recubierta de damascos, el calor de los besos devotos, todas las satisfacciones de un ídolo, y yo he de rodearte de tanta adoración, que no has de envidiar al Dios que tus espinas hirieron... ¡Habla, monstruo!»

El monstruo no habló. Pero pronto sentí que me traspasaba el alma, con una consoladora frescura de brisa en estío, el presentimiento de que en breve la tía iba a morir y podrirse en su fosa. El árbol de las espinas me mandaba, por la comunicación dispersa de la naturaleza, desde su savia a mi sangre, aquel presentimiento de la muerte de la señora Patrocínio, como una promesa suficiente de que, trasladado al oratorio, ninguna de sus ramas impediría que el hígado de la hedionda señora se hinchase y se deshiciese... Y esto fue, entre nosotros, en aquel yermo, como un pacto secreto, profundo y mortal.

¿Pero era aquél realmente el árbol de las espinas? La rapidez de su condescendencia me hacía sospechar de la excelencia de su divinidad. Resolví consultar al sólido, al sapientísimo Topsius.

Corrí a la fuente de Eliseo, donde él rebuscaba piedras, losas, cascotes, restos de la orgullosa ciudad de las palmeras. Avisté pronto al luminoso historiador, de cuclillas junto a un charco de agua, con los anteojos ansiosos, raspando un trozo de pilastra negra, medio enterrada en el lodo. Al lado, un burro, olvidado de la tierna hierba, contemplaba filosóficamente y con melancolía el afán, la pasión de aquel sabio, arrastrándose por el suelo, en busca de las termas de Herodes.

Conté a Topsisius mi hallazgo y mi incertidumbre... El se incorporó, servicial, atento, listo para las lides del saber.

—¿Un arbusto de espinas?— murmuró limpiándose el sudor—. Ha de ser el *Nabka*. ¡Abundantísimo en toda la Siria! Hasselquist, el botánico, pretende que de él se hizo la corona de espinas. Tiene unas hojitas verdes muy curiosas, en forma de corazón, como las de la yedra... ¡Ah! ¿no las tiene? Perfectamente; entonces es el *Licium Spinosum*. Fue el que sirvió, según la tradición latina, para la corona de la injuria... En mi opinión, la tradición es fútil y Hasselquist, un ignaro, infinitamente ignaro... Pero yo voy a aclarar eso, don Raposo; aclararlo irrefutablemente y para siempre...

Fuimos allá. Ante el árbol pavoroso, Topsisius, alzando catedráticamente la nariz, se recogió un momento a los depósitos interiores de su sabiduría, y después declaró que yo no podía llevar a mi tía devotísima nada más precioso. Su demostración fue brillante. Todos los instrumentos de la Crucifixión (dijo él, dando vueltas al quitasol), los clavos, la esponja, la caña, en un tiempo divinizados como materiales de la divina tragedia, entraron poco a poco, por las exigencias de la civilización, en los usos groseros de la vida. Así el clavo no quedó *per eternum* en la ociosidad de los altares, rememorando las llagas sacratísimas; la humanidad, católica y comerciante, fue gradualmente llevada a utilizar el clavo como valioso herraje; y habiendo traspasado las manos del Mesías, ahora aseguera, laborioso y modesto, las tapas de cajones impurísimos... Los más reverentes hermanos del Señor de los Pasos emplean la caña para pescar; ella entra en la composición del cohete, y el mismo Estado (tan escrupuloso en materia religiosa) la usa en esa forma durante las noches alegres en que se festeja una nueva Constitución, o en festivos delirios por las bodas de los príncipes... La esponja, otrora empapada en el vinagre del sarcasmo y ofrecida en la punta de una lanza, es aprovechada hoy en esos irreverentes ceremoniales de la limpieza, que la Iglesia siempre reprobó con odio... Hasta la cruz, la forma suprema, ha perdido entre los hombres su divina significación. La cristiandad, después de haberla usado como lábaro, la usa como adorno. La cruz es broche, la cruz es colgante en los relojes; pende de los collares, tintinea en las pulseras; aparece grabada en sellos de lacre e incrustada en botones para los puños; y, realmente, en este soberbio siglo, pertenece más a la platería que a la religión...

—Pero la corona de espinas, don Raposo, ésa no volvió a servir para nada más.

Sí, para nada más. La Iglesia la recibió de manos de un procónsul romano, y quedó para toda la eternidad en la Iglesia, conmemorando el gran ultraje. En todo este vario universo, sólo ella encuentra un lugar adecuado en la penumbra de las capillas; su única utilidad es persuadir a la contrición. Jamás ningún joyero la imitó en oro, adornada de rubíes, para ser colocada en un peinado; sólo ella es el instrumento del martirio, y con manchas de sangre, sobre los cabellos rizados de las imágenes, provoca continuamente las lágrimas... El más astuto industrial, después de retorcer pensativamente las manos, la restituiría a los altares como cosa inútil en la vida, en el comercio, en la civilización; es únicamente un atributo de la Pasión, recurso de tristes, enternecimiento de débiles. Sólo ella, entre los accesorios de la Escritura, provoca sinceramente la oración. ¿Quién, por más rezador que fuese, se postraría rezando un padrenuestro ante una esponja caída en una tina, o

ante una caña a orillas de un riachuelo? Pero, para la corona de espinas se alzan siempre las manos creyentes; y la sensación de su deshumanidad pasa aún en la melancolía de los Misereres.

¿Qué mayor maravilla podía yo llevar a mi tía?

— Bien, Topsisus, sabio amigo; sus palabras son de oro puro... Pero la otra corona, la verdadera, la que ya ha servido, ¿habrá sido sacada de aquí, de este mismo tronco?...

El erudito Topsisus desdobló lentamente su pañuelo a cuadros, y declaró — contra la fútil tradición y contra el ignarísimo Hasselquist — que la corona de espinas fue preparada con una zarza, fina y flexible, que abunda en los valles de Jerusalén, con la que se enciende el fuego, se erizan las cercas, y que da una florecilla roja, triste y sin olor...

Yo murmuré, anonadado:

— ¡Qué lástima! ¡Tanto como le hubiese gustado a la tía que fuese cortada de este árbol! ¡Es tan rica la tía!...

Entonces aquel sagaz filósofo comprendió que hay razones de familia, como hay razones de Estado, y estuvo sublime; extendió la mano por encima del arbusto, cubriéndolo así ampliamente con la garantía de su ciencia, y dijo estas palabras memorables:

— Don Raposo, hemos sido buenos amigos... Puede usted, pues, afirmar a su señora tía, de parte de un hombre que Alemania escucha en cuestiones de crítica arqueológica, que la rama que le lleve de aquí, en forma de corona, es...

— ¿Es?... — grité, ansioso.

— Es la misma que ensangrentó la frente del rabí Jeschoua Natzarieh, a quien los latinos llaman Jesús de Nazareth y otros llaman también el Cristo...

Hablaba el alto saber germánico. Saqué mi navaja sevillana y corté una de las ramas. Mientras Topsisus volvía a buscar entre las hierbas húmedas la ciudadela de Ciprón y otras piedras de Herodes, yo regresé a las tiendas, triunfante, con mi preciosidad. El placentero Potte, sentado en un banquillo, estaba preparándonos el café.

— ¡Soberbia rama! — gritó al verme —. ¿Quiere que le haga con ella una corona? Será de gran devoción...

Y en seguida, con su rara destreza de, manos, el alegre camarada entrelazó la rama ruda en forma de corona santa. Quedó admirablemente.

— Sólo le faltan las gotitas de sangre — murmuré yo, enternecido —. ¡Jesús, cómo va a emocionarse la tía!

¿Pero cómo llevaríamos para Jerusalén, a través de los cerros, de Judea, aquellas incómodas espinas, que apenas retorcidas en su forma bíblica ya parecían ávidas de rasgar carne inocente? Para el amigo Potte no había dificultades; sacó del fondo de su pródiga alforja una fofa nube de algodón en rama, envolvió en ella delicadamente la corona del Agravio, como una joya frágil; después, con una hoja de papel de estraza y una cinta encarnada, hizo un envoltorio redondo, seguro, ligero y manejable... Yo, sonriendo, mientras hacía un cigarrillo, pensaba en aquel otro envoltorio de puntillas y lazos de seda oliendo a violeta y a amor, que había quedado allá en Jerusalén, esperando por mí y por el favor de mis besos...

— ¡Potte, Potte! — grité radiante —. ¡No puedes imaginarte lo que ha de valerme esa rama dentro de ese paquetito!

Apenas Topsisius volvió de la sagrada frente de Eliseo, le propuse, para celebrar el encuentro providencial de la gran reliquia, que tomásemos una de las botellas de champaña que Potte traía en la alforja, encapuchadas con papel color oro. Topsisius brindó «por la Ciencia». Yo bebí «por la Religión». Y largamente la espuma del *Moet et Chandon* regó la tierra de Canaán.

Por la noche, para mayor festividad, encendimos una hoguera. Y las mujeres árabes de Jericó vinieron a danzar delante de nuestras tiendas. Nos recogimos tarde, cuando por encima de Moab, por el lado de Maquero, la luna aparecía, fina y curvada, como el alfanje de oro que tronchara la cabeza ardiente de Iokanan. El paquete de la corona de espinas estaba al lado de mi catre. La hoguera se apagara, y nuestro campamento dormía en el infinito silencio del valle de la Escritura... Tranquilo, satisfecho, me dormí también.

CAPITULO III

Haría aproximadamente dos horas que descansaba, estirado en mi catre, cuando me pareció que una claridad trémula, como la de una antorcha humeante, penetraba en la tienda, y que, a través de ella, una voz me llamaba lamentosa y doliente:

— ¡Teodorico, Teodorico, levántate y parte para Jerusalén!

Arrojé la manta, asustado, y vi al doctísimo Topsisius, que a la luz mortecina de una vela, apoyándose en la mesa en que yacían las botellas de champaña, se colocaba en el pie, rápidamente, una vieja espuela de hierro. Era él quien me despertara, apresurado y fervoroso:

— ¡Arriba, Teodorico, arriba!... Las yeguas ya están ensilladas. ¡Mañana es la Pascua! ¡Al amanecer debemos llegar a las puertas de Jerusalén!

Separando los cabellos de los ojos, miré asombrado al sesudo, ponderado doctor.

— ¡Topsisius! ¿Pero vamos a partir así, bruscamente, sin las alforjas, dejando las tiendas como quien huye asustado?

El erudito levantó los anteojos de oro, que resplandecían con una desusada, irresistible intelectualidad. Una capa blanca, que yo nunca le había visto, le envolvía la docta delgadez en pliegues graves y puros de toga latina; y lento, seco, abriendo los brazos, me dijo con labios que parecían clásicos y de mármol:

— ¡Don Raposo!... Esta aurora que pronto iluminará las cimas del Hebrón, es la del 15 del mes de Nizam; y no hubo en toda la historia de Israel, desde que las tribus volvieron de Babilonia, ni lo habrá hasta que Tito venga a poner el último sitio al Templo, un día más importante. Yo preciso estar en Jerusalén para ver, viva y rumorosa, esta página del Evangelio. Vamos, pues, a hacer la santa Pascua en la casa de Gamaliel, que es amigo de Hillel y amigo mío, conocedor de las letras griegas, patriota fuerte y miembro del Sanhedrín. Fue él quien dijo: «Para librarte del tormento de la duda, imponte una autoridad». Por lo tanto, ¡en pie, don Raposo!

Así habló mi amigo, erguido y lento. Y yo sumisamente, como ante un mandato celeste, comencé a calzarme en silencio mis gruesas botas de montar. Después, apenas me envolví en el albornoz, Topsisius me empujó con impaciencia fuera de la tienda, sin dejarme siquiera recoger el reloj y la navaja sevillana, que todas

las noches, cauteloso, guardaba debajo de la almohada. La luz de la vela agonizaba, humeante y roja.

Debía de ser la medianoche. Dos perros ladraban a lo lejos, sordamente, como entre frondosos cercos de quintas. El aire suave y quieto olía a rosas y a azahar. El cielo de Israel brillaba con desacostumbrado esplendor, y en lo alto del monte Nebo, un astro más claro que los demás, de una refulgencia divina, me miraba palpitando ansiosamente, como si quisiese, cautivo en su mudez, decirle algún secreto a mi alma.

Las yeguas esperaban, inmóviles bajo las largas crines. Monté. Y entonces, mientras Topsisius se colocaba trabajosamente los estribos, observé hacia el lado de la fuente de Eliseo una forma maravillosa que me hizo estremecer.

Era, a la claridad diamantina de las estrellas de Siria, como la blanca muralla de una ciudad nueva. Frontones de templos blanqueaban entre la espesura de los bosques sagrados; hacia las colinas distantes huían esfumados los arcos airosos de un acueducto. Una hoguera humeaba en lo alto de una torre; más abajo, al moverse, relucían hierros de lanzas; un largo son de bocina moría en la sombra... Y protegida por los bastiones, una aldea dormía entre palmeras.

Topsisius, sobre la silla, listo para marchar, había envuelto la mano en las crines de la yegua.

– ¿Qué es aquello blanco, allí? – murmuré intrigado.

El dijo Simplemente:

– Jericó.

Partió al galope. No sé cuanto tiempo seguí, en silencio, al noble historiador de los Herodes; era por una calzada recta, hecha de losas negras de basalto. ¡Qué diferente del áspero camino por donde habíamos descendido de Canaán, quemado por el sol, blanco como la cal, a través de colinas donde el tojo menudo parecía, bajo la luz, un moho de vejez y de abandono! Y todo en rededor me parecía también diferente: la forma de las rocas, el olor de la tierra caliente, hasta la palpitación de las estrellas... ¿Qué mudanza se había hecho en mí, qué mudanza se hiciera en el universo? A veces una chispa saltaba bajo las herraduras de las yeguas. Y Topsisius continuaba galopando, agarrado a las crines, con los extremos de la capa blanca tremolando como las puntas de un gallardete.

Pero de pronto se detuvo. Estábamos ante una casa cuadrada, entre árboles, sin luces y silenciosa, con un astil en lo alto, y en él, posada extrañamente, como recortada en una lámina de hierro, la figura de una cigüeña. A la entrada agonizaba una hoguera; removí las brasas, y a la breve llama que se alzó vi que era un antiguo hospedaje a orillas de una antigua calzada. Por debajo de la cigüeña, sobre la puerta estrecha y erizada de clavos, brillaba en negro, sobre una lápida blanca, el letrero latino: Ad Gruem Majorem; y a un lado, llenando parte de la fachada, se desarrollaba una inscripción rudamente tallada en la piedra, que yo descifré con trabajo y en la que Apolo prometía la salud al huésped, y Septimanus, el hospedero, le garantizaba risueña acogida, baño reparador, vino fuerte de Campania, frescos claretos de Engadí y «todas las comodidades a la manera de Roma».

Murmuré desconfiado:

– ¡A la manera de Roma!...

¿Qué extraños caminos íbamos recorriendo, entonces? ¿Qué hombres, diferentes de mí en el idioma y en el traje, bebían allí, bajo la protección de otros dioses, el vino en ánforas del tiempo de Horacio?...

Pero de nuevo Topsisius se puso a galopar, flaco y borroso en la noche. Había terminado la calzada de basalto sonoro. Ahora subíamos al paso por un áspero camino abierto entre rocas, donde gruesos pedruscos, rodando bajo las patas de las yeguas, resonaban como en el lecho de un torrente seco por un largo agosto. El erudito doctor, sacudido en la silla, maldecía roncamente contra el Sanhedrín, contra la rígida ley judaica, opuesta a toda obra de progreso que intentase el procónsul... El fariseo siempre miraba con rencor el acueducto que le traía el agua, la terma romana que le curaba las pústulas...

– ¡Maldito sea el fariseo!

Soñoliento, recordando viejas imprecaciones del Evangelio, yo murmuraba, arrebujado en mi albornoz:

– Fariseo, sepulcro blanqueado, ¡maldito seas!

Era la hora callada en que los lobos de los montes van a beber a los ríos. Cerré los ojos; las estrellas palidecían.

Breves hace el Señor las noches suaves del mes de Nizam, cuando se come en Jerusalén el cordero blanco de la Pascua; y bien temprano el cielo se vistió de blanco por el lado del país de Moab.

Me deshabilé. Ya los ganados balaban en los cerros. El aire fresco olía a romero. Avisté entonces, vagando por las cimas de los peñascos que avanzaban sobre el camino, un hombre extraño, bravío, cubierto con una piel de carnero, que me hizo recordar a Elías y todas las cóleras de la Escritura; su pecho y sus piernas parecían de granito rojo; por entre la greña y las barbas rudas, enmarañadas, formándole como una melena feroz, los ojos le brillaban con desvarío... Nos vio, y agitando los brazos como quien tira piedras, lanzó contra nosotros todas las maldiciones del Señor. Nos llamó «paganos» y «perros»; gritaba: «¡Malditas sean vuestras madres, secos sean los pechos que os amamantaron!» Crueles y llenos de presagios caían sus gritos desde lo alto de las rocas; retardado por el paso lento de su yegua, Topsisius se encogía bajo la capa como bajo una granizada inclemente. Hasta que yo me enfurecí y, volviéndome sobre el anca de mi cabalgadura, le llamé «borracho» y le dije algunas obscenidades, mientras bajo la llama salvaje de sus ojos, la boca clamorosa y negra se torcía, espumeante de furor religioso...

No tardamos en encontrar de nuevo, larga y enlosada, la calzada romana que iba a Siquem; y trotando por ella, sentíamos el alivio de penetrar, al fin, en una región civilizada, piadosa, humana y legal. El agua abundaba; sobre las colinas se alzaban fortalezas nuevas; piedras sagradas delimitaban los campos. En las eras blancas, los bueyes adornados de anémonas, pisaban el trigo de la cosecha de Pascua; y en los vergeles donde la higuera se cubría de hojas, el siervo, cantando con una vara en la mano, ahuyentaba desde su torre blanqueada las palomas torcaces. A veces avistábamos un hombre, de pie, cerca de su viña o a la orilla de los canales de riego, con la punta del manto echada por encima de la cabeza, y los ojos bajos, diciendo la santa oración del *Schema*. Un ollero, que aguijoneaba su burro cargado de cántaros de barro amarillo, nos gritó:

– ¡Benditas sean vuestras madres! ¡Que las Pascuas os sean gratas!

Y un leproso que descansaba a la sombra de los olivares, nos preguntó, gimiendo y mostrando sus llagas, cuál era en Jerusalén el Rabí que curaba, y dónde se encontraba la raíz que cura la lepra

Nos acercábamos a Betania. Para dar de beber a las yeguas, nos detuvimos en una linda fuente que un cedro sombreaba. Y el doctor Topsius, arreglando la correa de un estribo, se admiraba de que no hubiésemos encontrado la caravana que viene de Galilea a celebrar la Pascua en Jerusalén, cuando sonó cerca, en la calzada, un rumor lento de armas en marcha... Y vi, asombrado, aparecer soldados romanos, de aquellos que tantas veces había maldecido en las estampas de la Pasión.

Barbudos, tostados por el sol de Siria, marchaban sólidamente, cadenciosos, con un paso bovino, haciendo resonar sobre las losas, las sandalias con clavos; todos traían a la espalda los escudos envueltos en bolsas de lona, y cada uno portaba al hombro una larga horquilla de la que colgaban piezas de ropa, platos de bronce, herramientas y cachos de dátiles. Algunas filas, descubiertas, llevaban el casco a modo de un cubo; otras balanceaban en las manos velludas un dardo corto.

El decurión, gordo y rubio, seguido de una gacela domesticada, adornada con corales, dormitaba al paso menudo de su yegua, envuelto en su manto escarlata. Y detrás, al lado de las mulas cargadas de bolsas de trigo y de haces de leña, los arrieros cantaban al son de una flauta de barro, tocada por un negro casi desnudo, que tenía en el pecho, en trazos rojos, el número de la legión.

Yo había retrocedido bajo la sombra del cedro. Pero Topsius, como un hermano servil, había echado pie a tierra, casi arrodillándose en el polvo, ante las armas de Roma, y sin poder contenerse, gritó, agitando los brazos y la capa:

—¡Larga vida a Cayo Tiberio, tres veces cónsul, ilírico, panónico, germánico, emperador, pacificador y agosto!

Algunos legionarios rieron groseramente. Y pasaron formados, con un rumor de hierro, mientras un pegujalero, a lo lejos, arreando las cabras a gritos, huía hacia las cumbres de los cerros.

De nuevo galopamos. Terminó la calzada de basalto, y entramos entre arboledas con aromas de pomares, a través de abundancia y frescura.

¡Oh, qué diferentes se mostraban estos caminos, estas colinas, que yo había visto días antes, en torno a la ciudad santa, reseca por un viento de soledad y blancas como un osario!... Ahora todo era verde, regado, rumoroso y sombreado. La misma luz había perdido el tono enfermizo, el color triste con que yo la viera siempre, cubriendo a Jerusalén; las hojas de las ramas de abril presentaban un azul nuevo, tierno, llenó de esperanzas. A cada momento recreaba mis ojos en aquellos vergeles de la Escritura, formados de olivos, de higueras y de viñas, entre los que crecen, más espléndidos que el rey Salomón, los lirios rojos.

Distraído y canturreando, trotábamos a lo largo de un seto entrelazado de rosas. Pero Topsius me detuvo para mostrarme en lo alto de un otero, sobre un fondo sombrío de cipreses y cedros, una casa que abría para el lado de oriente su pórtico blanco. Perteneía, según me dijo él, a un romano, pariente de Valerius Gratus, antiguo legado imperial de Siria; y todo allí parecía penetrado de paz amable y de gracia latina. Un tapiz de césped bien liso se extendía en declive hasta una avenida de nardos, que tenía en el centro, diseñadas sobre el verde con líneas de flores escarlatas, las iniciales de Valerius Gratus; alrededor, entre canteros de rosas y azucenas, orlados de mirto, resplandecían hermosos vasos de mármol corintio,

en los que se enrollaban hojas de acanto. Un siervo, de capuz ceniciento, tallaba un tejo en forma de urna, al lado de un boj alto, ya trabajado sabiamente en forma de lira; aves domésticas picoteaban el suelo, cubierto de arena escarlata, en una avenida de plátanos donde las ramas de la hiedra hacían de tronco a tronco festones como los que ornán un templo; los laureles velaban de sombras la desnudez de las estatuas. Y bajo una glorieta de parra, al rumor del agua lenta que cantaba en la taza de bronce de una fuente, un viejo de toga, sereno, risueño, dichoso, leía junto a una imagen de Esculapio un largo rollo de papiro, mientras una muchacha, con una flecha de oro en las trenzas, toda vestida de lino albo, hacía una guirnalda con las flores que le llenaban el regazo... Al paso de nuestros caballos, ella levantó los ojos claros. Topsius gritó:

– *Salve, pulcherrima!*

Yo grité:

– ¡Viva la gracia!

Los mirlos cantaban en los manzanos floridos. Más adelante el fecundo Topsius me detuvo aún, señalándome otra vivienda de campo, oscura y severa, entre cipreses; y en voz baja me dijo que era de Osanías, un rico saduceo de Jerusalén, de la familia pontifical de Beothos y miembro del Sanhedrín. Ningún ornato pagano profanaba sus muros. Cuadrada, cerrada, yerta, reproducía la austeridad de la ley. Pero los grandes graneros, cubiertos de rastrojos, los lagares, los viñedos, hablaban de las riquezas formadas con los fuertes tributos; en el patio, diez esclavos no bastaban, para guardar las bolsas de trigo, los odres, los carneros marcados de rojo, recogidos en pago del diezmo aquel día de Pascua. Junto a la calzada, con una piedad ostentosa, blanqueada de fresco, relucía al sol entre los rosales la sepultura familiar.

Así caminando llegamos a los palmares donde se anida Betfagé. Y por un atajo verde que Topsius conocía, comenzamos a subir el monte de los Olivos, hasta el lagar de la Mohabita, que es un parador de caravanas en aquella infinita, vetusta vía real que desde Egipto va siguiendo hasta Damasco la bien regada.

Y fue como un deslumbramiento al encontrar en lo alto del monte, por entre los olivos de la cuesta hasta el Cedrón, por entre los pomares del valle hasta Siloé, en medio de los sepulcros nuevos de los sacrificadores, y hasta para los lados donde se empolva la calzada de Hebrón, el despertar rumoroso de todo un pueblo acampado. Tiendas negras del desierto, hechas de piel de carnero y rodeadas de piedras; barracas de lona, de la gente de Idumea, blanqueando al sol entre la verdura; cabañas formadas con ramos, en las que se abrigan los pastores de Ascalón; toldos de tapices que los peregrinos de Naftalí suspenden en varas de cedro: era toda la Judea, a las puertas de Jerusalén, para celebrar la Pascua Sagrada. Y había aún en torno al casal donde vigilaba un destacamento de legionarios, los mercaderes griegos de Decápolis, los tejedores fenicios de Tiberíades, y la gente pagana que, a través de Samaria, viene de la parte de Cesárea y del mar.

Seguimos caminando lentos y cautelosos. A la sombra de los olivos, los camellos descargados rumiaban plácidamente; y las yeguas de Perea, con las patas trabadas, inclinaban la cabeza bajo la espesura de las largas crines. Junto a las tiendas, cuyos paños medio levantados nos dejaban entrever brillos de armas colgadas o el esmalte de una gran bandeja, muchachas con los brazos reluciendo de brazaletes, pisaban entre dos piedras el grano del centeno; otras ordeñaban las cabras; por

todas partes se encendían hogueras, y con los hijos de la mano y el cántaro esbelto al hombro, una fila de mujeres descendía cantando hacia la fuente de Siloé.

Las patas de nuestros caballos prendíanse en las cuerdas que sujetaban las tiendas de los idumeos. Después nos deteníamos ante tapices extendidos en el suelo, donde un mercader de Cesárea, con manto a la cartaginesa vistosamente bordado de flores, exponía piezas de lino de Egipto, sedas de Cos, armas con incrustaciones, y con un frasco en cada mano celebraba las perfecciones del nardo de Asiria y de los aceites finos de Partía... Los hombres que le hacían corro, al vernos, clavaban en nosotros sus ojos lánguidos y altivos; a veces murmuraban una injuria sorda, y en algunos rostros, por causa de los anteojos del docto Topsius, una risotada de escarnio mostraba dientes agudos de fiera, entre rudas barbas negras.

Bajo los árboles, arrimados a los muros, filas de mendigos discutían, amenazándose con las tejas con que se rescaban las llagas. Delante de una cabaña hecha de ramas de laurel, un viejo gordo, rubicundo como un sileno, pregonaba el vino fresco de Siquem y las habas nuevas de abril. Los hombres hoscos del desierto se apiñaban en torno a los cestos de fruta. Un pastor de Ascalón, en zancos, tocaba la bocina en medio de un rebaño blanco, llamando a los devotos a comprar el cordero puro de la Pascua. Y por entre la multitud donde constantemente se levantaban palos en riñas bruscas, parejas de soldados romanos rondaban con una rama de olivo en el casco, benignos y paternales.

Así llegamos al pie de dos altos, frondosos cedros, en torno a los cuales volaban tantas palomas blancas, que parecían dos grandes manzanos en la primavera que un viento estuviese limpiando de flores. Súbitamente, Topsius se detuvo abriendo los brazos; yo hice lo mismo. Y con el corazón suspenso, quedamos inmóviles, deslumbrados, viendo allá abajo, en la luz, resplandecer a Jerusalén.

El sol la bañaba suntuosamente. Una severa, altiva muralla, guarnecida de torres nuevas, con puertas donde las canterías se mezclaban con labores de oro, se levantaba sobre la ribera escarpada del Cedrón, ya seco por los calores del mes de Nizam, e iba ciñendo a Sión por el lado del Hinnom hasta los cerros de Gareb. Y dentro, frente a los cedros que nos daban sombra, el Templo, sobre sus cimientos eternos, parecía dominar toda la Judea, soberbio de esplendor, fabricado con granitos pulidos, armado de bastiones de mármol, como la refulgente ciudadela de un dios.

Inclinado sobre las crines de su yegua, el sapiente Topsius me señalaba el atrio principal, llamado el patio de los gentiles, lo suficiente amplio para contener todas las multitudes de Israel, todas las de la tierra pagana; el piso brillaba como el agua límpida de una piscina, y las columnas de mármol de Paros que lo circundaban, formando los pórticos de Salomón, profundos y llenos de frescura, eran más numerosas que los troncos en los espesos palmares de Jericó. En medio, llena de aire y de luz, se elevaba sobre una gradería lustrosa como si fuese de alabastro, con puertas chapeadas de plata, arcadas y torreones donde volaban palomas, una amplia terraza, sólo accesible a los fieles de la Ley, al pueblo elegido de Dios: el orgulloso *atrio de Israel*. Sobre él se levantaba aún, con otras blancas escalinatas, el atrio de los Sacerdotes; en el brillo difuso que lo cubría, negreaba un enorme altar de piedras bastas, que enristraba en cada ángulo un sombrío cuerno de bronce; a los lados, dos columnas de humo se elevaban lentamente, disipándose en el azul con la serenidad de una oración perenne. Al fondo, alto, ofuscante, con sus reca-

mos áureos, sobre la blancura de los mármoles, níveo y aleonado, como hecho de nieve pura y de oro puro, refulgía maravillosamente, lanzando su claridad a los montes en torno, el Hierón, el Santuario, la morada de Jehová; sobre la puerta pendía el Velo Místico, tejido en Babilonia, color de fuego y color de mar; por las paredes trepaba el follaje de una vid de esmeraldas con racimos de otras piedras preciosas; de la cúpula irradiaban largas lanzas de oro que lo aureolaban de rayos como un sol; y así, resplandeciente, triunfante, augusto, precioso, se elevaba el Templo hacia aquel cielo de fiesta pascual, ofreciéndose todo él como el don más bello de la tierra.

Pero Topsisius me señaló a un lado, más alta que el Templo, dominándolo con la severidad de un amo orgulloso, la torre Antonia, negra, maciza, impenetrable, ciudadela de las fuerzas romanas... En la plataforma, entre las almenas, movíase gente armada; sobre un bastión, una figura fuerte, envuelta en un manto rojo de centurión, extendía el brazo; y toques lentos de bocina parecían hablar, dar órdenes a otras torres que a lo lejos azuleaban en el aire límpido dominando a la ciudad santa. ¡César me pareció más fuerte que Jehová!

Topsisius me señaló aún, más allá de la torre Antonia, el viejo burgo de David. Era un montón de casas cerradas, blanqueadas sobre el azul, que parecían descender como un rebaño de cabras hacia un valle aun en sombra, y en medio de las cuales una plaza monumental se abría entre arquerías; por la parte alta se alejaba en calles tortuosas, esparciéndose sobre la próxima colina de Acre, rica, con palacios y cisternas redondas que brillaban como broqueles de acero. Más lejos, detrás de los viejos muros en ruinas, estaba el barrio nuevo de Betseta, en construcción; el circo de Herodes levantaba allí sus arcos; y los jardines de Antipas se alejaban por un último otero, hasta el sepulcro de Elena, asoleados, frescos, regados por las dulces aguas de Enrogel.

— ¡Ah, Topsisius, qué ciudad! -murmuré maravillado.

— Rabí Eliezer dice que no vio jamás ciudad bella quien no vio a Jerusalén.

A nuestro lado pasaba gente alegre, corriendo hacia el verde camino que sube de Betania; y un viejo que apuraba el paso de su burro, cargado de haces de palmas, nos gritó que ya se avistara y estaba llegando la caravana de Galilea. Entonces, curiosos, trotamos hasta una altura, junto a una cerca de cactus, donde ya se apiñaban mujeres con sus hijos en brazos, agitando velos claros y gritando palabras de bienvenida. Y vimos en una polvareda lenta que el sol doraba, la densa fila de peregrinos que son los últimos en llegar a Jerusalén, los que vienen de lejos, de la alta Galilea, desde Gescala y de los montes. Un rumor de cánticos llenaba el camino alegre; en torno a un estandarte verde se agitaban palmas y ramas floridas de almendros; y los grandes fardos cargados sobre el lomo de los camellos se balanceaban cadenciosos por entre los turbantes blancos que avanzaban en apretado grupo.

Seis jinetes de la guardia babilónica de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, escoltaban la caravana desde aquella comarca; traían mitras de pelo, las largas barbas separadas en trenza, las piernas ligadas con tiras de cuero amarillo, y caracoleaban en sus caballos delante de los peregrinos, haciendo restallar con una mano el látigo de cuerda, mientras con la otra lanzaban al aire los alfanjes brillantes, que recogían con maestría. Detrás caminaba a pasos largos un grupo de levitas apoyados en báculos adornados de flores, con los rollos de la Ley apretados contra el pe-

cho, salmodiando en voz alta loores a Sión. Y en torno, jóvenes robustos, con los carrillos inflados y rubicundos, soplaban furiosamente en retorcidas trompetas de bronce.

De entre la gente reunida a orillas del camino partió una exclamación. Era que pasaba un viejo, sin turbante, de cabellos sueltos, caminando de espaldas y danzando frenéticamente; de sus manos velludas, que agitaba en el aire, partía un repique de crótalos; tan pronto se quedaba sobre una pierna como sobre otra; y todo su rostro barbudo de rey David ardía con un fulgor inspirado. Detrás de él, muchachas saltando acompasadamente sobre la punta de las sandalias, arrancaban sonos dolientes de arpas leves; otras, girando sobre sí mismas, golpeaban en ruidosos tamboriles, y sus pulseras de plata brillaban entre el polvo que sus pies levantaban, bajo el revuelo de las túnicas... Entonces, la turba, arrebatada, entonó el viejo canto de las jornadas rituales y los salinos de la Peregrinación.

– ¡Mis pasos van todos hacia ti, oh Jerusalén! ¡Tú eres perfecta! ¡Quien te ama, conoce la abundancia!

Y yo también gritaba, transportado:

– ¡Tú eres el palacio del Señor, oh Jerusalén, y el reposo de mi corazón!

Lenta y rumorosa, la caravana pasaba. Las mujeres de los levitas, en burros, arrebujadas en velos, parecían grandes bolsas blandas; las más pobres, a pie, llevaban en las puntas dobladas del manto frutas y granos de avena. Los más previsores conducían ya su ofrenda para el Señor: un cordero blanco sujeto a la cintura; los más fuertes cargaban en las espaldas, presos por los brazos, a los enfermos, cuyos ojos dilatados en los rostros consumidos, buscaban ansiosamente las murallas de la Ciudad Santa, donde todos los males se curan.

Entre los peregrinos y la alegre multitud que los esperaba, las bendiciones se cruzaban ruidosas y ardientes; algunos preguntaban por los vecinos, por los sembrados y por los abuelos que habían quedado en la aldea, a la sombra de su viña. Al oír que le había sido robada la piedra de su molino, un viejo que estaba a mi lado y que tenía unas barbas de Abraham, se tiró por el suelo mesándose los cabellos y desgarrándose la túnica. Pero ya, cerrando la marcha, pasaban las mulas con collares de cascabeles, cargadas de leña y de odres de aceite, y una turba de fanáticos que en los alrededores, en Bettagé y en Refraín, se habían unido a la caravana, apareció detrás tirando a los lados del camino las calabazas de vino ya vacías, empuñando navajas, pidiendo la muerte de los samaritanos y amenazando a la gente pagana...

Siguiendo a Topsisius, troté de nuevo a través del monte, hacia los cedros cubiertos por el vuelo albo de las palomas; y en ese instante también los peregrinos, saliendo del camino, avistaban a Jerusalén, que resplandecía allá abajo, hermosa, toda blanca... Entonces estalló un santo, tumultuoso, inflamado delirio. Postrada, la turba golpeaba sus rostros en la tierra dura; un clamor de oraciones subía al cielo puro por entre el estridor de la multitud; las mujeres levantaban a sus hijos en brazos, ofreciéndoselos arrebatadamente al Señor. Algunos permanecían inmóviles, como asombrados ante los esplendores de Sión; y cálidas lágrimas de fe, de amor piadoso, rodaban sobre barbas incultas y fieras. Los ancianos señalaban con el dedo las terrazas del Templo, las calles antiguas, los sagrados lugares de la historia de Israel: «Allí es la puerta de Efraín, allá estaba la torre de los Hornos; aquellas piedras blancas son la tumba de Raquel»... Y los que escuchaban apiñados en

redor, batían palmas y gritaban: «¡Bendita seas, Sión!» Otros, aturridos, aflojando los cintos, corrían, tropezando en las cuerdas de las tiendas, en los cestos de fruta, para ir a cambiar la moneda romana y comprar el cordero de la ofrenda. A veces, de entre los árboles subía un canto claro, delicado, cándido, que quedaba temblando en el aire; la tierra y el cielo parecían escuchar un momento, serenamente. Sión, brillaba; del Templo ascendían las lentas columnas de humo, con una continuidad de prez eterna... Después el canto moría; de nuevo se alzaban las bendiciones clamorosas; el alma entera de Judá abismábase en el resplandor del Santuario, y brazos magros se elevaban frenéticamente para bendecir a Jehová.

De repente, Topsius agarró las riendas de mi yegua, y casi a mi lado un hombre con una túnica color de azafrán, surgiendo de detrás de un olivo y blandiendo una espada, se puso encima de una piedra y gritó desesperadamente:

— ¡Hombres de Galilea, acudid, y vosotros, hombres de Neftalí!...

Algunos peregrinos se acercaron enarbolando los bastones; las mujeres salían de las tiendas, pálidas, apretando los hijos contra el pecho. El hombre hacía temblar la espada en el aire, todo él temblaba también, y otra vez gritó desoladamente:

— ¡Hombres de Galilea, Rabí Jeschoua ha sido preso! ¡Rabí Jeschoua ha sido llevado a la casa de Hannán, hombres de Neftalí!

— Don Raposo — me dijo entonces Topsius, con los ojos brillantes —, el Hombre ha sido preso, y compareció ya ante el Sanhedrín... ¡Aprisa, aprisa, amigo: a Jerusalén, a casa de Gamaliel!

*

Y a la hora en que se hacía en el Templo la oferta del perfume, cuando el sol iba ya alto sobre el Hebrón, Topsius y yo penetramos, por la puerta del Perdón, al paso, en una calle de la antigua Jerusalén. Era empinada, tortuosa, polvorienta, con casas bajas y pobres, de ladrillo; sobre las puertas cerradas con una correa, y sobre las ventanas enrejadas, estrechas como grietas, había ramas y palmas entrelazadas, constituyendo los adornos de la Pascua. En las terrazas, rodeadas de balaustrades, mujeres diligentes sacudían las alfombras, limpiaban el trigo; otras, conversando, colgaban lámparas de barro, en guirnaldas, para las iluminaciones rituales.

A nuestro lado iba caminando, fatigado, un arpista egipcio que llevaba una pluma escarlata en la peluca rizada, un paño blanco envolviéndole la delgada cintura, los brazos cargados de brazaletes, y a la espalda el arpa, curva como una hoz y con adornos imitando flores de loto. Topsius le preguntó si venía de Alejandría y si aun se cantaban en las tabernas del Eunotus las canciones de la batalla de Accio. El hombre, entonces, mostrando en una sonrisa triste los dientes largos, posó el arpa y se dispuso a herir las cuerdas... Espoleamos las yeguas, asustando a dos mujeres cubiertas con velos amarillos, que llevaban parejas de palomas envueltas en un extremo del manto, y que sin duda se dirigían al Templo, airozas, ligeras, haciendo tintinear las medallas de sus sandalias

Aquí y allá una lumbre casera ardía en medio de la calle, con trébedes sosteniendo cacerolas de las que salía un fuerte olor a ajo; niños de vientre enorme, que jugaban desnudos entre el polvo y roían vorazmente cáscaras de calabaza, nos miraban, pasmados, con sus grandes ojos pitañosos, donde se posaban enjambres de

moscas. Delante de una herrería, un bando hirsuto de pastores de Moab esperaba, mientras dentro, martillando entre un nimbo de chispas, los herreros les batían hierros nuevos para las lanzas. Un negro, con un peine en forma de sol sujetándole el pelo crespo, pregonaba con un grito lúgubre bollos de centeno de formas obscenas.

Callados, atravesamos una plaza clara y enlosada, donde se estaban haciendo obras. Al fondo, una casa de baños, moderna, una terma romana, extendía con aire de lujo y de ociosidad la larga arcada de su pórtico de granito; en el patio interior, por entre los plátanos que lo refrescaban, y cuyas ramas sostenían toldos de lino albo, corrían esclavos desnudos, brillantes de sudor, llevando vasos de esencias y brazadas de flores; de las aberturas enrejadas a ras del suelo, salía un vaho suave de estufa, que olía a rosas. Y junto a una columna del vestíbulo, donde una lápida de ónix indicaba la entrada de las mujeres, estaba de pie, inmóvil, ofreciéndose a las ofrendas como un ídolo, una criatura maravillosa; sobre su rostro, de una blancura lunar, de labios gruesos y color de sangre, se erguía la mitra amarilla de las prostitutas de Babilonia; de los hombros fuertes, por sobre la hinchada rigidez de sus senos, caía en pliegues amplios el brocado de una dalmática negra radiantemente recamada de ramajes color de oro. En la mano tenía una flor de cacto, y sus párpados pesados, de espesas pestañas, se abrían y se cerraban con ritmo, al compás lento de un abanico que una esclava negra, agachada a sus pies, balanceaba cantando. Cuando sus ojos se cerraban, todo en redor parecía oscurecer; y cuando se levantaba la negra cortina de sus pestañas, brotaba de la rasgada pupila una claridad, un resplandor como el del sol de mediodía en el desierto, que abrasa y vagamente entristece. Y así se ofrecía, magnífica en sus formas marmóreas, bajo su mitra amarilla, haciendo recordar los ritos de Astarté y de Adonis, lasciva y pontifical...

Le di con el codo a Topsius, murmurando, pálido:

— ¡Caramba, voy a los baños!

Seco, rígido bajo su capa blanca, él repuso ásperamente:

— ¡Nos espera Gamaliel, hijo de Simeón! ¡Y la sabiduría de los rabís dice que la mujer es el camino de la perdición!

Y bruscamente entró en una lóbrega calleja abovedada; las patas de las yeguas, hiriendo las losas, despertaron contra nosotros ladridos de perros y maldiciones de mendigos que se amontonaban en la oscuridad. Después saltamos por una brecha de la antigua muralla de Ecequías, pasamos cerca de una vieja cisterna seca, donde dormían los lagartos, y trotando sobre el polvo de una larga calle entre muros encalados que relucían y puertas embadurnadas de alquitrán, llegamos a lo alto, frente a una entrada más noble, en forma de arco, con una reja de alambre que la defendía de los escorpiones. Era la casa de Gamaliel.

En medio de un vasto patio enladrillado, abrasado bajo el sol, un limonero servía de toldo al agua clara de un estanque. Alrededor, sobre pilastras de mármol verde, corría una galería silenciosa y fresca, de la que pendía, aquí y allá, un tapete de Asiría con flores bordadas. Un azul puro brillaba en lo alto, y en un rincón, bajo un cobertizo, un negro amarrado con cuerdas, Como una alimaña, a una barra de madera, calzado de hierro, lleno de cicatrices, hacía gemir y girar lentamente la muela de piedra del molino doméstico.

En el hueco oscuro de una puerta apareció un hombre obeso, sin barba, casi tan amarillo como la túnica floja que lo envolvía; tenía en la mano una vara de marfil y apenas podía levantar los párpados blandos.

– ¿Tu amo? – le gritó Topsisus, apeándose.

– Entra – dijo el hombre con una voz aguda y penetrante como un silbido de serpiente.

Por una rica escalera de granito negro llegamos a un descanso donde había dos candelabros, altos como los arbustos de que reproducían en bronce el tronco sin hojas; y entre ellos estaba de pie, delante de nosotros, Gamaliel, hijo de Simeón. Era muy alto, muy delgado; la barba suelta, lustrosa, perfumada, le cubría el pecho, donde brillaba un sello de coral colgando de una cinta escarlata. Su turbante blanco, adornado con hilos de perlas, descubría una tira de pergamino arrollada a la cabeza y cubierta de textos sagrados. Bajo la blancura del turbante, sus ojos hundidos tenían un fulgor frío y duro. Una larga túnica azul orlada de anchas franjas, lo cubría hasta las sandalias; cosidas a las mangas y arrolladas a los pulsos tenía aún otras tiras de pergamino, en las que negreaban más escrituras rituales.

Topsisus lo saludó a la moda de Egipto, dejando caer lentamente la mano hasta la rodilla, Gamaliel extendió los brazos y murmuró como salmodiando:

– ¡Entrad y sed bien venidos; comed y regocijaos!...

Y detrás de Gamaliel, pisando un pavimento sonoro de mosaico, entramos en una sala donde se hallaban tres hombres. Uno, que se apartó de la ventana para recibirnos, era magníficamente bello, con largos cabellos castaños colgando en ondas suaves sobre un cuello fuerte, terso y blanco como un mármol corintio; en la faja negra que le sujetaba la túnica, trillaba incrustado de pedrería el puño de oro de una espada corta. Otro de aquellos hombres, calvo, gordo, con una cara hinchada, sin cejas y tan pálida que parecía cubierta de harina, permaneció envuelto en su manto color de vino, sentado en un diván de correas, teniendo un cojín de púrpura bajo cada brazo; su gesto de acogida fue más distraído y desdeñoso que el que acompaña a la limosna que se tira al extranjero. Pero Topsisus casi se había postrado para besar sus zapatos redondos de cuero amarillo, atados con hilos de oro; ¡porque aquél era el venerable Osanías, de la familia pontifical de Beothos, todavía de la sangre real de Aristóbulo! Al otro hombre no lo saludamos, ni él nos vio; estaba agachado en un rincón, con la cara sumida en el capuz de una túnica de lino más blanco que la nieve; parecía abstraído en una oración, y sólo de vez en cuando se movía para limpiar las manos en una toalla tan blanca como la túnica, y que le pendía de una cuerda atada a la cintura, gruesa y llena de nudos como las que ciñen los monjes.

A todo esto, quitándome los guantes, yo examinaba el techo de la sala, todo de cedro, con labores retocadas de escarlata. El azul liso y brillante de las paredes era como la continuación de aquel cielo de Oriente, luminoso y puro, que resplandecía a través de la ventana, donde se destacaba, colgada del muro, a plena luz, una rama solitaria de madreSelva. Sobre un trípode incrustado de nácar, en un pebetero de bronce, humeaba una resina aromática,

Gamaliel se me acercó, y después de mirar duramente mis botas de montar, dijo con lentitud:

– La jornada desde el Jordán es larga y debéis venir hambrientos.

Murmuré cortésmente una excusa. Y él, grave como si recitase un texto, agregó:

– La hora del mediodía es la más grata al Señor. José le dijo a Benjamín: «Tú comerás conmigo al mediodía». Pero la alegría del huésped es también dulce al Muy Alto, al Muy Fuerte... Estáis desfallecidos; vais a comer para que vuestra alma me bendiga.

Batió las palmas; un siervo, con los cabellos apretados por una diadema azul, entró trayendo un jarro de agua tibia que olía a rosas, donde yo purifiqué mis manos; otro me ofreció bollos de miel sobre frescas hojas de parra; un tercero vertió en tazas de loza brillante el vino fuerte y negro de Emaús. Y para que los huéspedes no comiesen solos, Gamaliel partió una granada y, con los ojos cerrados, se llevó a los labios una escudilla donde flotaban pedazos de hielo entre flores de azañar.

– Ahora – dije yo, chupándome los dedos – , tengo lastre hasta la noche...

– ¡Que tu alma se regocije! Encendí un cigarro y me puse de codos en la ventana. La casa de Gamaliel estaba en un alto, detrás del Templo, sobre la colina de Ofer; allí el aire era tan dulce y suave, que sólo el sentir su caricia llenaba de paz el Corazón. Por debajo corría la muralla nueva levantada por Herodes el Grande; y más allá florecían jardines y pomares dando sombra al valle de la Fuente y subiendo hasta la colina en que blanqueaba, callada y fresca, la aldea de Siloé. Por entre el monte del Escándalo y la colina de los Túmulos, yo veía resplandecer el mar Muerto como una lámina de plata; las montañas de Moab ondulaban más allá, suaves y de un azul apenas más denso que el cielo; y una forma blanca que parecía temblar en la vibración de la luz, debía de ser la ciudadela de Maquero sobre su roca, en los confines de la Idumea. En una terraza cubierta de césped, al pie de las murallas, una figura inmóvil bajo un quitasol orlado de cascabeles, miraba también para aquellas lejanías de la Arabia; a su lado una jovencita ligera y delgada, con los brazos desnudos, llamaba un bando de palomas que volaban alrededor. La túnica abierta descubría el pecho inocente, y era tan linda, morena y dorada por el sol, que yo iba a tirarle en el silencio del aire un besó... Pero me contuve al oír a Gamaliel, que decía, igual que el hombre del manto color de azafrán en el monte de los Olivos:

– Sí, esta noche, en Betania, fue preso Rabí Jeschoua...

Después agregó lentamente, con los ojos medio cerrados, acariciando con los dedos los largos hilos de su barba:

– Pero Poncius tuvo un escrúpulo... No quiso juzgar a un hombre de Galilea que es súbdito de Herodes Antipas. Y como el tetrarca vino a pasar la Pascua a Jerusalén, Poncius le mandó el Rabí a su morada, a Betseta...

Los doctos anteojos de Topsius rebrillaron de espanto.

– ¡Cosa extraña! – exclamó, abriendo los brazos – . ¡Poncius, escrupuloso; Poncius, formalista! ¿Y desde cuándo respeta Poncius la jurisdicción del tetrarca? ¿Cuántos pobres galileos no hizo matar él sin licencia del tetrarca, cuando la revuelta del acueducto, durante la cual las espadas romanas mezclaron en los patios del Templo la sangre de los hombres de Neftalí con la de los bueyes del sacrificio?

Gamaliel murmuró sombríamente:

– El romano es cruel, pero esclavo de la legalidad.

Entonces Osanía, hijo de Beothos, dijo con su sonrisa blanda y sin dientes, agitando levemente sobre la púrpura de los cojines las manos resplandecientes de anillos:

– O tal vez sea que la mujer de Poncius proteja al Rabí.

Gamaliel, sordamente, maldijo el impudor de la romana. Y como los anteojos de Topsisius interrogaban al venerable Osanías, éste se admiró de que el doctor ignorase cosas tan comentadas en el Templo, hasta por los pastores que venían de Idumea para vender los corderos de la ofrenda. Siempre que el Rabí predicaba en el pórtico de Salomón, del lado de la puerta de Susa, Claudia iba a verlo desde lo alto de la galería de la torre Antonia, sola, envuelta en un velo negro. Menahem, que en el mes del Tebeth guardara la escalera de los Gentiles, había visto a la mujer de Poncius hacer señas con el velo al Rabí. Y tal vez Claudia, saciada de Caprea, de todos los cocheros del Circo, de todos los histriones de Suburra y de los juegos de Atalanta que habían hecho perder la voz al cantor Accius, quería probar, a su vuelta de Siria, a qué sabían los besos de un profeta de Galilea...

El hombre vestido de lino albo levantó bruscamente la cara, sacudiendo el capuz de encima de los cabellos revueltos; su larga mirada azul fulguró por toda la sala, como un relámpago, y luego se apagó bajo la humildad grave de las pestañas, que se bajaron. Después murmuró, lento y severo:

– Osanías, ¡el Rabí es casto!

El viejo rió torpemente. ¡Casto el Rabí! ¿Y entonces aquella galilea de Magdala, que viviera en el barrio de Betseta y que en las fiestas de Prurim se mezclaba con las prostitutas griegas en las puertas del teatro de Herodes? ¿Y Juana, la mujer de Khosna, uno de los cocineros de Antipas? ¿Y otra de Efraím, Susana, que una noche, ante un gesto del Rabí, dejó el telar y los hijos, y con el peculio doméstico escondido en la punta del manto, lo siguió hasta Cesárea?...

– ¡Oh Osanías! – gritó, golpeando las manos señoriles, el hombre hermoso que tenía una espada con pedrería –. ¡Oh, hijo de Beothos! ¿Cómo es que conoces una por una las incontenencias de un Rabí galileo, hijo de las hierbas del suelo, y más miserable que ellas? ¡Ni que se tratase de Elius Lamma, nuestro legado imperial, a quien el Señor cubra de males!...

Los ojos de Osanías, menudos como dos cuentas de vidrio negro, brillaron con agudeza y malicia.

– ¡Oh Manasés! Es para que vosotros, los patriotas, los puros herederos de Jesús de Galaunítida, no nos acuséis siempre a los saduceos de saber sólo lo que pasa en el atrio de los sacerdotes y en las terrazas de la casa de Hannán...

Una tos ronca lo interrumpió, un momento, y la sofocó bajó la punta del manto en que vivamente se envolviera. Después, más abatido, con dos manchas rojas en la cara pálida, añadió:

– Fue justamente en casa de Hannán donde oímos esto a Menahem, paseando todos debajo de su parra... Y hasta nos contó que ese Rabí de Galilea llegaba, en su impudor, a tocar mujeres paganas, y otras, más impuras que el cerdo... Un levita lo vio, en la calzada de Siquem, levantarse sofocado, detrás del brocal de un poco, con una mujer de Samaria...

El hombre cubierto de blanco lino se levantó de un salto, todo trémulo; y en el grito que se le escapó había el horror de quien sorprende la profanación de un altar.

Pero Gamaliel, con seca autoridad, clavó en él los ojos duros:

– ¡Oh, Gad! A los treinta años, el Rabí no es casado. ¿Cuál es su trabajo? ¿Dónde está el campo que labra? ¿Conoció alguien su viña? ¡Vagabundea por los caminos y vive de lo que le ofrecen esas mujeres disolutas! ¿Y qué otra cosa hacen esos jóvenes imberbes de Sibaris y de Lesbos, que pasean todo el día por la Vía Judiciaria, y que vosotros, esenios, abomináis de tal suerte, que corréis a lavar las túnicas en una cisterna si uno de ellos os roza?... ¿Tú has oído, Osanías, hijo de Bethos? Sólo Jehová es grande, y en verdad te digo que cuando Rabí Jeschoua, despreciando la Ley, da a la mujer adúltera un perdón que tanto cautiva a los simples, cede a la fragilidad de su moral y no a la abundancia de su misericordia.

Con la faz roja y estirando los brazos, Gad gritó:

– ¡Pero el Rabí hace milagros! Y fue el hermoso Manasés quien, con un sereno desdén, respondió al esenio:

– Cálmate, Gad: otros han hecho milagros. Simón de Samaría hizo milagros. Los hizo Apolonio y los hizo Gavieno... ¿Y qué son los prodigios de tu galileo comparados con los de las hijas del gran sacerdote Anius y con los del sabio Rabí Chequina?

Y Osanías escarnecía al sencillo Gad:

– En verdad, ¿qué aprendéis vosotros, esenios, en vuestro oasis de Engadi? ¡Milagros! Milagros los hacen hasta los paganos. Ve a Alejandría, al puerto de Eunos, hacia la derecha, donde están las fábricas de papiros, y verás allí magos haciendo milagros por un dracma, que es el precio de un día de trabajo. Si el milagro prueba la divinidad, entonces es divino el pez Oannes, que tiene aletas de nácar y predica en las márgenes del Eufrates, en noches de luna llena.

Gad sonreía con altivez y dulzura. Su indignación muriera bajo la inmensidad de su desdén. Dio un paso lento, después otro, y contemplando con piedad aquellos hombres infatuados, endurecidos y llenos de burlas, exclamó:

– Vosotros decís, vosotros habláis, vanos como moscardones que zumban; vosotros habláis, pero no habéis oído. En Galilea, que es tan fértil, tan verde, cuando él hablaba era como, si corriese una fuente de leche en tierra de hambre y sequía; hasta la luz parecía un bien mayor. Las aguas, en el lago de Tiberíades; se amansaban para escucharlo, y a los ojos de los niños que lo rodeaban subía la gravedad de una fe ya madura... El hablaba, y como palomas que abren las alas y vuelan desde la puerta de un santuario, nosotros veíamos desprenderse de sus labios e ir a volar por encima de las naciones del mundo toda suerte de cosas nobles y santas: ¡la caridad, la fraternidad, la justicia, la misericordia, y las formas nuevas, bellas, divinamente bellas, del amor!

Su faz resplandecía, elevada hacia el cielo, como siguiendo el vuelo de aquellas nuevas divinas. Pero a su lado, Gamaliel, doctor de la Ley, lo rebatía con una dura autoridad:

– ¿Qué hay de original y de individual en todas esas ideas? ¿Piensas que el Rabí las sacó de la abundancia de su corazón? Nuestra doctrina está llena de ellas... ¿Quieres oír hablar de amor, de caridad, de igualdad? Lee el libro de Jesús, hijo de Sidrah... Todo eso lo predicó Hillel, todo eso lo dijo Schemaia. Cosas tan justas se encuentran en los libros paganos, que son, al lado de los nuestros, como el lodo al lado del agua pura de Siloé... Vosotros mismos, los esenios, tenéis preceptos mejores... Los rabís de Babilonia, de Alejandría, enseñaron siempre leyes

puras de justicia y de igualdad. Y las enseñó tu amigo Iokanan, a quien llamáis el Bautista, que tan miserablemente acabó en una ergástula de Maquero...

– ¡Iokanan! – exclamó Gad, estremeciéndose como si fuese rudamente despertado de la suavidad de un sueño. Sus ojos brillantes se humedecieron. Tres veces, inclinándose hacia el suelo con los brazos abiertos, repitió el nombre de Iokanan como llamando a alguien de entre los muertos. Después, con dos lágrimas rodando por la barba, murmuró muy bajo, en una confidencia que lo llenaba de terror y de fe:

– Fui yo quien subió a Maquero a buscar la cabeza del Bautista, y cuando descendí al camino con ella envuelta en mi manto, aun Herodías, asomada sobre la muralla como la hembra lasciva del tigre, rugía y me gritaba injurias... Tres días y tres noches seguí por los caminos de Galilea llevando la cabeza del Justo colgada por los cabellos... A veces, detrás de una roca, un ángel surgía todo cubierto de negro, abría las alas y se ponía a caminar a mi lado...

De nuevo inclinó la cabeza y sus duras rodillas resonaron en las losas; quedó postrado orando ansiosamente, con los brazos abiertos en cruz.

Entonces Gamaliel se adelantó hacia el sabio Topsius, y más derecho que una columna del Templo, con los codos apretados a la cintura y las manos delgadas abiertas con la palma hacia arriba, explicó:

– Nosotros tenemos una Ley, y nuestra Ley es clara. Es la palabra del Señor, y el Señor dice: «Yo soy Jehová, el eterno, el primero y el último, el que no trasmite a otros ni su nombre ni su gloria; antes de mí no hubo Dios alguno, no existe Dios alguno después de mí...» Esta es la voz del Señor. Y el Señor dice aún: «Si entre vosotros, pues, apareciese un profeta, un visionario que haga milagros y quiera introducir a otro Dios y llame a los simples al culto de ese Dios, ese profeta y visionario morirá». Esta es la Ley, esta es la voz del Señor. Ahora bien: el Rabí de Nazareth se proclamó Dios en Galilea, en las sinagogas, en las calles de Jerusalén, en los patios santos del Templo... ¡El Rabí debe morir!

Pero el hermoso Manasés, cuyo lánguido mirar se había entenebrecido como un cielo cargado de truenos, se interpuso entre el doctor de la Ley y el historiador de Herodes. Y noblemente rebatió la letra cruel de la doctrina:

– ¡No, no! ¿Qué importa que la lámpara de un sepulcro diga que es el sol? ¿Qué importa que un hombre abra los brazos y grite que es un Dios? Nuestras leyes son suaves, y por tan poco no se va a buscar al verdugo a su cubil de Gareb...

Yo, generoso iba a elogiar a Manasés. Pero ya él bramaba con violencia y fervor:

– Desde luego que ese Rabí de Galilea debe morir, porque es un mal ciudadano y un mal judío. ¿No le hemos oído aconsejar que se pague el tributo a César? El Rabí tiende su mano a Roma, el romano no es su enemigo. Hace tres años que predica, y nadie lo oyó jamás proclamar la necesidad santa de expulsar al extranjero. Nosotros esperamos un Mesías que traiga una espada y liberte a Israel, y éste, necio y hablador, declara que sólo trae el pan de la verdad. Cuando hay un pretor romano en Jerusalén, cuando son lanzas romanas las que velan a las puertas de nuestro Dios, ¿a qué viene ese visionario hablando del pan del cielo y del vino de la verdad? La única verdad útil es que no debe haber romanos en Jerusalén.

Osanías, inquieto, miró hacia la ventana llena de luz, por donde las amenazas de Manasés escapaban, vibrantes y libres. Gamaliel sonreía fríamente y el discípulo ardiente de Judas de Gamala exclamaba, arrebatado en su pasión:

– ¡Oh! En verdad os digo que envolver las almas en la esperanza del reino del cielo es hacerles olvidar el deber fuerte para con el reino de la tierra, para esta tierra de Israel que está encadenada, que llora y que no quiere ser consolada. El Rabí es traidor a la patria. ¡El Rabí debe morir!

Trémulo, había empuñado la espada, y su mirada brillaba con una fulguración de revuelta, como llamando ávidamente al combate y a la gloria de los suplicios.

Entonces Osanías se levantó apoyando en un bastón que terminaba en una piña de oro. Un penoso cuidado parecía nublar ahora su vejez liviana. Y empezó a decir, mansa y tristemente, como quien a través del entusiasmo y de la doctrina señala el mandato ineludible de la necesidad:

– Ciertamente, importa poco que un visionario se diga Mesías e hijo de Dios, amenace destruir la Ley y el Templo. El Templo y la Ley pueden reírse y perdonar, seguros de su eternidad..... Pero, ¡oh Manasés!, nuestras leyes son suaves, y no creo que se deba ir a buscar el verdugo a Gareb, sólo porque un rabí de Galilea que se acuerda de los hijos de Judas de Gamala colgados en la cruz, aconseja prudencia y malicia en las relaciones con los romanos. ¡Oh Manasés! Fuertes son tus manos, pero ¿podrías con ellas desviar la corriente del Jordán de la tierra de Canaán para la tierra de la Trakaunítida? No. Ni puedes tampoco impedir que las legiones de César, que cubrían las ciudades de Grecia, vengan a cubrir el país de Judá. Sabio y fuerte era Judas Macabeo, e hizo amistad con Roma – porque Roma es sobre la tierra como un gran viento de la naturaleza; cuando sopla, el insensato le ofrece el pecho y es derribado, pero el hombre prudente entra en su morada y se está quieto. Indomable era la Galacia; Filipo y Perseo tenían ejércitos en la planicie; Antíoco el Grande comandaba ciento veinte elefantes e innumerables carros de guerra... Roma pasó; ¿qué resta de ellos? Esclavos, pagando tributos...

Se dobló pesadamente, como un buey bajo el yugo. Después, fijando en nosotros los ojos menudos que lanzaban un brillo inexorable y frío, prosiguió, siempre tranquilo y sutil:

– Pero en verdad os digo que ese Rabí de Galilea debe morir. Porque es deber del hombre que tiene bienes y sembrados apagar en seguida, con la sandalia, sobre las losas de la era, la chispa que amenaza prender fuego en las mieses... Con el romano en Jerusalén, todo aquel que se proclame Mesías, como el de Galilea, es nocivo y peligroso para Israel. El romano no comprende el reino del cielo que él promete, pero ve que esas prédicas, esas exaltaciones divinas, agitan sombríamente al pueblo dentro de los pórticos del Templo... Y entonces dice: «En verdad, este Templo, con su oro, sus multitudes y su celo, es un peligro para la autoridad de César en Judea...». Y luego, lentamente, anula la fuerza del Templo disminuyendo la riqueza, los privilegios de su sacerdocio. Ya, para humillación nuestra, las vestiduras pontificales son guardadas en el tesoro de la torre Antonia; ¡mañana será el Candelabro de oro! ¡Ya el pretor usó, para empobrecernos, el dinero del Corbán! Mañana, los diezmos de la cosecha, el de los ganados, los dineros de la ofrenda, el óbolo de las trompetas, los tributos rituales, todos los haberes del sacerdocio, hasta las viandas de los sacrificios, todo dejará de ser nuestro, todo será romano. Y sólo

nos quedará el bordón para irnos a mendigar por los caminos de Samaria, en espera de los mercaderes ricos de Decápolis... En verdad os digo que si queremos conservar los honores y los tesoros, que son nuestros por la Ley antigua, y que forman el esplendor de Israel, debemos mostrar al romano, que nos vigila, un Templo quieto, vigilado, sumiso, contento, sin estridencias y sin Mesías... ¡El Rabí debe morir!

Así habló delante de mí Osanías, hijo de Beothos, y miembro del Sanhedrin.

Entonces el flaco historiador de los Herodes, cruzando con reverencia las manos sobre el pecho, saludó tres veces a aquellos hombres facundos. Gad, inmóvil, oraba. En el azul de la ventana una abeja color de oro zumbaba en torno a una flor de madreselva. Y Topsius dijo con énfasis:

—Hombres que me habéis acogido, la verdad abunda en vuestros espíritus como la uva abunda en la vid. Vosotros sois tres torres que guardáis a Israel entre las naciones: una defiende la unidad de la religión, otra mantiene el entusiasmo de la patria, y la tercera, que eres tú, venerable hijo de Beothos, cauto y ondulante como la serpiente que amaba Salomón, protege una cosa más preciosa, que es el orden. Vosotros sois tres torres, y contra cada una el Rabí de Galilea levanta el brazo y lanza la primera piedra. Pero vosotros guardáis a Israel y su dios y sus bienes, y no debéis dejaros derrocar... En verdad, ahora lo reconozco, Jesús y el judaísmo nunca podrían vivir juntos.

Y Gamaliel, con el gesto de quien rompe una vara frágil, dijo, mostrando los dientes blancos:

— ¡Por eso lo crucificamos!

¡Fue como si una hoja de acero, relampagueando y silbando, viniese a clavar-se en mi pecho! Sofocado, tiré de la manga al docto historiador:

— ¡Topsius, Topsius! ¿Quién es ese Rabí que predicaba en Galilea, que hizo milagros y que va a ser crucificado?

El sabio doctor abrió los ojos con tanto pasmo como si le preguntase cuál era el astro que, por detrás de los montes, trae la luz de la mañana. Después, secamente, dijo:

— ¡Rabí Jeschoua-bar-Josepha, que vino de Nazareth en Galilea, a quien algunos llaman Jesús y otros llaman el Cristo!

— ¡El nuestro! — grité, vacilando como un hombre aturdido.

Y mis rodillas católicas casi golpearon las losas, en un impulso de quedar allí caído, rezando desesperadamente y por siempre. Pero, luego, por todo mi ser pasó como una llamarada el deseo de correr a su encuentro y posar mis ojos mortales en el cuerpo de mi Señor, en su cuerpo humano y real, vestido del lino de que se visten los hombres, cubierto con el polvo que levantan los caminos humanos... Y al mismo tiempo mi alma temblaba más que lo que tiembla la hoja bajo un áspero viento, con un terror sombrío: el terror del siervo negligente delante del amo justo. ¿Estaba yo bastante purificado con ayunos y rezos para afrontar la faz fulgurante de mi Dios? ¡No! ¡Oh, mezquina y amarga deficiencia de mi devoción! Yo no había besado jamás con suficiente amor su pie dolorido y ensangrentado en su iglesia de la Gracia! ¡Ay de mí! ¡Cuántos domingos, en aquellos tiempos pecaminosos en que la Adela, sol de mi vida, me esperaba en la callejuela de Caldas, fumando y en camisa; cuántos domingos no había maldecido la lentitud de las misas y la monotonía de los septenarios! Y siendo así, desde el cráneo a la punta de los pies, una cos-

tra de pecado, ¿cómo no había de caer mi cuerpo, ya réprobo, ya cubierto de tizne, cuando los globos de los ojos del Señor, como dos mitades del cielo, se volviesen lentamente hacia mí?

¡Pero ver a Jesús! ¡Ver cómo eran sus cabellos, qué pliegues hacía su túnica, lo que pasaba en la tierra cuando sus labios se abrían! Tal vez por detrás de aquellas azoteas donde, las mujeres echaban granos a las palomas, en una de aquellas calles en las que resonaba el pregón de los vendedores de panes ázimos, pasaba en aquel medroso instante, entre barbudos y graves soldados romanos, Jesús, mi Salvador, con las manos atadas por una cuerda. La suave brisa que hacía balancear en la ventana el ramo de madreselvas, y que avivaba su aroma, acaso acababa de rozar la frente de Dios, ya herida por las espinas. Me bastaría empujar aquella puerta de cedro, atravesar el patio donde gemía la piedra del molino doméstico, para llegar a la calle y ver, presente y corpóreo, a mi Señor Jesús, tan realmente y tan bien como lo habían visto San Juan y San Mateo. Seguiría su sagrada sombra en el muro blanco por donde iría también mi sombra. En el mismo polvo que mis zapatos pisasen, besaría la huella reciente de sus pies. Y calmando con ambas manos el tumulto de mi corazón, yo podría sorprender, saliendo de su boca inefable, un ¡ay!, un sollozo, una queja, una promesa. Yo sabría entonces una palabra nueva de Cristo, no escrita en el Evangelio; y sólo yo tendría el derecho pontifical de repetirla a las multitudes prosternadas. Mi autoridad surgiría, en la Iglesia, como la de un Testamento novísimo. Yo sería un testimonio inédito de la Pasión. ¡Me convertiría en San Teodorico Evangelista!

Entonces, con una desesperada ansiedad que espantó a aquellos orientales de maneras mesuradas, grité:

– ¿Dónde lo puedo ver? ¿Dónde está Jesús de Nazareth, mi Señor?

En aquel momento, un esclavo corriendo en la punta leve de las sandalias, vino a caer de bruces en el piso, delante de Gamaliel; le besó el borde de la túnica; sus delgadas espaldas jadeaban... Por fin murmuró exhausto:

– ¡Amo, el Rabí está en el pretorio!

Gad salió de su oración con un salto de fiera, apretó a la cintura la cuerda de nudos y echó a correr arrebatadamente, con el capuz suelto, extendiendo en redor el haz dorado de sus cabellos revueltos. Topsius recogió su capa blanca con pliegues de toga latina que le daban la solemnidad de un mármol; y después de comparar la hospitalidad de Gamaliel con la de Abraham, gritó triunfalmente:

– ¡Al pretorio!

*

Mucho tiempo seguí a Topsius a través de la antigua Jerusalén, en una cabalgata sofocante, perdido en el tumulto de mis pensamientos. Pasamos junto a un jardín florido del tiempo de los Profetas, espléndido y silencioso, que dos levitas guardaban armados con lanzas doradas. Después entramos en una calle fresca, aromatizada por las tiendas de los perfumistas, adornada con letreros; en forma de flores y de morteros; toldos de estera fina sombreaban las puertas; el piso estaba regado y alfombrado de hierba dulce y de hojas de anémonas; y por la sombra paseaban jóvenes lánguidos, de cabellos rizados en tirabuzones, de orejas pintadas, y que apenas podían sostener con las manos cubiertas de anillos las sedas rozagan-

tes de sus túnicas color cereza y color oro. Más allá de esa calle indolente se abría una plaza abrasada por el sol, con una polvareda gruesa y blanca, donde se enterraban los pies; en el medio, solitaria, una vetusta palmera arqueaba su plumacho, inmóvil y como de bronce; y al fondo negreaban en la luz las columnatas de granito del viejo palacio de Herodes. Allí era el pretorio.

Delante del arco de entrada, por donde rondaban, con plumas negras en los yelmos relucientes, dos legionarios de Siria, un grupo de muchachas, con una rosa detrás de la oreja y en el regazo cestillas de esparto, pregonaban los panes ázimos. Bajo un enorme quitasol de plumas, clavado en el suelo, hombres de mitras de fieltro, con tablillas y balanzas sobre las rodillas, cambiaban la moneda romana. Y los vendedores de agua, con sus odres felpudos, lanzaban un grito trémulo. Entramos, y enseguida un gran terror se apodera de mí.

Era un patio claro, abierto bajo el sol, enlosado de mármol, que tenía a cada lado una arcada en forma de terraza, con balaustrada, y fresca y sonora como un claustro de monasterio. De la arcada del fondo, sobre la que se alzaba la fachada austera del palacio, se extendía un toldo escarlata con franjas de oro, haciendo una sombra cuadrada e intensa; lo sostenían dos mástiles de palo de sicomoro rematados por flores de loto.

Allí se apretaba una multitud donde se confundían las túnicas de los fariseos, orladas de azul; el rudo sayo de estameña de los obreros, sujeto con un cinto de cuero; los amplios albornoces listados de gris y blanco de los hombres de Galilea, y la capa carmesí de gran capuz usada por los mercaderes de Tiberíades. Algunas mujeres, ya fuera de la sombra del toldo, se levantaban en la punta de sus chinelas amarillas, extendiendo por encima del rostro, para protegerse del sol, un doblez del manto ligero. De aquella multitud salía un olor caliente de sudor y de mirra.

Al fondo, sobre un solio, un hombre, un magistrado, envuelto en los pliegues nobles de una toga pretexta y más inmóvil que un mármol, apoyada sobre el puño fuerte la barba fuerte y gris; sus ojos hundidos parecían adormecerse indolentemente; una cinta escarlata le sujetaba los cabellos. Y por detrás, sobre un pedestal que servía de espaldar a su silla curul, la figura de bronce de la loba romana abría de través la boca voraz. Pregunté a, Topsius quién era aquel magistrado melancólico.

—Un tal Poncius, llamado Pilatus, que fue prefecto en Batavia.

Avancé lentamente por el patio, procurando, como en un templo, hacer sumiso y respetuoso el ruido de mis zapatos. Un grave silencio caía del cielo rutilante; sólo a veces, por el lado de los jardines, se oía el áspero y triste gritar de los pavos reales. Tumbados por el suelo, junto a la balaustrada del claustro, algunos negros dormitaban con la barriga al sol. Una vieja contaba monedas de cobre, acurrucada frente a su cesto de fruta. Sobre andamios apoyados contra una columna había obreros arreglando el tejado. Y en un rincón, algunos niños jugaban con discos de hierro que tintineaban levemente en las losas.

De súbito, alguien tocó familiarmente en el hombro del historiador de los Herodes. Era el hermoso Manasés, y con él venía un viejo magnífico, de una prestancia de pontífice, a quien Topsius besó filialmente la manga de la blanca vestidura, bordada de verdes hojas de parra. Una barba de nieve, lustrosa de aceite, le caía hasta la faja que ceñía su cintura, y los amplios hombros le desaparecían bajo la abundancia de los cabellos albos que salían del turbante como una pelerina de ar-

miños reales. Una de las manos, llena de anillos, se apoyaba en un fuerte bastón de marfil; y de la otra conducía a un niño pálido, que tenía los ojos más bellos que estrellas, y parecía junto al anciano un lirio a la sombra de un cedro.

–Subid a la galería – nos dijo Manasés – .Allí hay tranquilidad y frescura...

Seguimos al patriota. Yo le pregunté cautelosamente a Topsius quién era aquel hombre tan viejo, tan augusto.

–Rabí Robam – murmuró con veneración mi docto amigo –; una luz del Sanhedrín, inteligente y sutil entre todos, y confidente de Kaipha.

Reverente, saludé tres veces a Rabí Robam, que se había sentado en un banco de mármol, pensativo, apretando contra su amplio pecho la cabeza del niño, más rubio que los maíces de Jopé. Después continuamos con calma por la galería sonora y clara; al final brillaba una suntuosa puerta de cedro con placas de plata labrada; un pretoriano de Cesárea la guardaba soñoliento, apoyado en su alto escudo de mimbre. Impresionado, me dirigí hacia la balaustrada, y en seguida mis ojos mortales encontraron allá abajo la figura de carne de mi Dios.

Pero, ¡oh sorpresa del alma variable!, no sentí éxtasis ni terror. Era como si de repente hubiesen huido de mi memoria largos, laboriosos siglos de historia y de religión. No pensé que aquel hombre seco y moreno fuese el Redentor de la humanidad... Me hallé inexplicablemente anterior en el tiempo. Yo no era ya Teodorico Raposo, cristiano y doctor; había perdido mi individualidad, a la manera de un manto que se desliza, en aquella caminata ansiosa desde la casa de Gamaliel. Toda la antigüedad de las cosas ambientes me había penetrado, me había dado un nuevo ser; yo era también antiguo. Era Teodoricus, un lusitano que llegara en una galera desde las playas resonantes del Promontorio Magno y que viajaba, siendo Tiberio emperador por las tierras tributarias de Roma. Y aquel hombre no era Jesús, ni Cristo, ni Mesías, sino solamente un joven de Galilea que, lleno de ensueños, descende de su verde aldea para transfigurar todo un mundo y renovar todo un cielo, y encuentra en una esquina un soldado del Templo que lo prende y lo lleva al pretorio en una mañana de audiencia, entre un ladrón que robara en el camino de Siquem y otro que anduviera a cuchilladas en una riña en Emath.

En un espacio enladrillado de mosaico, frente al solio donde se alzaba el asiento curul del pretor bajo la loba romana, Jesús estaba de pie, con las manos en cruz y ligeramente atadas con una cuerda que arrastraba por el suelo. Un largo albornoz de lana gruesa, listado de gris y con una orla azul, lo cubría hasta los pies, calzados con sandalias ya gastadas por los caminos del desierto, y atadas con correas. No le ensangrentaba la cara una inhumana corona de espinas, como yo había leído en los Evangelios; tenía un turbante blanco, hecho con una larga faja de lino, cuyas puntas le caían sobre los hombros; un cordel se lo sujetaba por debajo de la barba, encaracolada y en punta. Los cabellos secos, pasados por detrás de las orejas, le caían en rizos por la espalda; y en el rostro flaco, requemado, bajo las cejas espesas, unidas, negreaba con una profundidad infinita el resplandor de sus ojos. Permanecía fuerte y sereno delante del pretor. Sólo algún estremecimiento de sus manos sujetas denunciaba el tumulto de su corazón; ya veces respiraba profundamente, como si su pecho, acostumbrado a los libres y claros aires de los montes y de los lagos de Galilea, se sofocase entre aquellos mármoles, bajo el pesado toldo romano, en la estrechez formalista de la Ley.

A un lado, Sareas, vocal del Sanhedrín, habiendo dejado en el suelo su manto y su báculo dorado, iba desenrollando y leyendo una tira oscura de pergamino, con un murmullo cantarín y adormecedor. Sentado en un escabel, el asesor romano, sofocado por el calor ya intenso del mes de Nizam, refrescaba con un abanico de hojas secas de hiedra la faz afeitada y blanca como el yeso; un escriba viejo y rollizo, en una mesa de piedra llena de tabularios y de reglas de plomo, afilaba cuidadosamente sus cálamos, y entre esos dos, el intérprete, un fenicio imberbe, sonreía con la cara hacia el cielo, las manos en el cinturón, arqueando el pecho, donde traía pintado sobre la chaquetilla de lino un rojo papagayo. Alrededor del toldo volaban constantemente palomas. Y así fue cómo vi yo a Jesús de Galilea, preso, delante del pretor de Roma...

En tanto, Sareas, después de haber enrollado en torno a un eje de hierro el pergamino oscuro, saludó a Pilatos, besó el anillo que traía en un dedo, para marcar en sus labios el sello de la verdad, e inmediatamente empezó en griego una arenga, con citas, farragosa y aduladora. Hablaba del tetrarca de Galilea, el noble Antipas; alababa su prudencia; celebraba a su padre Herodes el Grande, restaurador del Templo... La gloria de Herodes llenaba la tierra; había sido terrible, siempre fiel a los Césares; su hijo Antipas era ingenioso y fuerte... Pero, sin dejar de reconocer su soberanía, se extrañaba de que el tetrarca se resistiese a confirmar la sentencia del Sanhedrín que condenaba a Jesús a muerte – ¿No estaba esa sentencia fundada en las leyes que había dado el Señor? El justo Hannán había interrogado al Rabí, que enmudeciera, encerrándose en un silencio ultrajante. ¿Era ésa la manera de responder al sabio, al puro, al piadoso Hannán? Por eso, un celoso, sin poder contenerse, había puesto su mano en el rostro del Rabí... ¿Dónde estaba el respeto de los antiguos tiempos y la veneración al pontificado?

Su voz dura y fuerte resonaba incansablemente. Yo, cansado, bostezaba. Por debajo de nosotros, dos hombres, de cuclillas en las losas, comían tamaras de Betharaba que traían en el sayo, y bebían de una calabaza. Pilatos, con el puño bajo la barba, miraba solemnemente sus borceguíes escarlata salpicados de estrellas de oro.

Y Sareas proclamaba ahora los derechos del Templo. El era el orgullo de la nación, la morada elegida por el Señor; César Augusto le había hecho ofrendas de escudos y vasos de oro. Y ese Templo ¿cómo lo respetaba el Rabí? ¡Amenazando destruirlo! «¡Yo derribaré el Templo de Jehová y lo reedificaré en tres días!» Testigos puros, escuchando esta ruda impiedad, habían cubierto sus cabezas con ceniza, para apartar la cólera del Señor... ¡Y la blasfemia lanzada contra el santuario alcanzaba hasta el seno de Dios!

Bajo el toldo, los fariseos y los escribas, los *nethenins* del Templo, esclavos sórdidos, susurraban como arbustos agrestes que un viento comienza a agitar. Jesús permanecía inmóvil, abstraídamente indiferente, con los ojos cerrados, como para aislar mejor su sueño continuo y hermoso, lejos de las cosas duras y vanas que podían mancharlo. Entonces, el asesor romano se levantó, dejó en el escabel el abanico de hojas, recogió con arte el manto forense, orlado de azul, saludó tres veces al pretor, y su mano delicada comenzó a agitarse en el aire, haciendo rebrillar una joya.

– ¿Qué dice?...

– Cosas infinitamente hábiles – murmuró Topsisius –. Es un pedante, pero tiene razón. Dice que el pretor no es un judío, que no sabe de Jehová, ni le importan los profetas que se alzan contra Jehová, y que la espada de César no venga a dioses que no protegen a César... ¡El romano es ingenioso!

Jadeando, el asesor se dejó caer lánguidamente en su escabel; y Sareas volvió a declamar, agitó los brazos hacia el grupo de los fariseos, como para evocar sus protestas y apoyarse en su fuerza. Ahora, más retumbante, acusaba a Jesús, no por su revuelta contra Jehová y el Templo, sino por sus pretensiones como príncipe de la casa de David. Toda la gente de Jerusalén lo había visto, hacía cuatro días, entrar por la Puerta de Oro, en un falso triunfo, entre palmas verdes, rodeado por una multitud de galileos, que gritaban: «¡Hosanna al hijo de David! ¡Hosanna al rey de Israel!»...

– ¡Es el hijo de David, que vino para hacernos mejores! – gritó a lo lejos la voz de Gad, llena de persuasión y de amor.

Pero, de repente, Sareas apretó al cuerpo las mangas franjeadas, mudo y más tieso que el hierro de una lanza; el escriba romano, de pie, con los puños apoyados en la mesa, doblaba la cerviz, reverente y rollizo; y el asesor sonreía atento. Era que el pretor iba a interrogar al Rabí, y yo, temblando, vi a un legionario empujar a Jesús, que levantó el rostro...

Inclinándose ligeramente hacia el Rabí, con las manos abiertas que parecían dejar caer todo el interés por ese pleito ritual de sectarios llenos de argucias, Poncius murmuró, aburrido e incierto:

– ¿Eres tú entonces el rey de los judíos?... ¡Los de tu nación te traen aquí!... ¿Qué has hecho? ¿Dónde está tu reino?

El intérprete, infatuado, rígido cerca del solio de mármol, repitió muy alto estas palabras en la antigua lengua hebraica de los Libros Santos, y como el Rabí permaneciera silencioso, las gritó en el habla caldaica que se usa en Galilea.

Entonces Jesús dio un paso. Oí su voz. Era clara, segura, dominadora y serena:

– Mi reino no es de aquí. Si por voluntad de mi Padre, yo fuese rey de Israel, no estaría delante de ti con esta cuerda en las manos... ¡Pero mi reino no es de este mundo!

Un grito estalló desesperado:

– ¡Quitadlo, entonces, de este mundo!

Y después, como leña seca que una chispa inflama, el furor de los fariseos y de los servidores del Templo estalló, con clamores impacientes:

– ¡Crucifícadlo! ¡Crucifícadlo!

Pomposamente, el intérprete decía en griego al pretor los gritos tumultuosos, lanzados en la lengua siriaca que habla el pueblo en Judea... Poncius golpeó con el borceguí sobre el mármol. Los dos lictores levantaron las varas terminadas en una figura de águila; el escriba gritó el nombre de Cayo Tiberio, y en seguida los brazos amenazadores se bajaron, y fue como un terror ante la majestad del pueblo romano.

De nuevo habló Poncius, lento y aburrido:

– Dices, pues, que eres rey – ¿Y qué vienes a hacer aquí?

Jesús dio otro paso hacia el pretor. Su sandalia se posó con fuerza sobre las losas, como si tomase posesión suprema de la tierra. Y en las palabras que salieron

de sus labios trémulos me pareció que fulguraba vivo en el aire, el resplandor que brotaba de sus ojos.

– He venido a este mundo para demostrar la verdad. ¡Quien desee la verdad, quien quiera pertenecer a la verdad, tiene que escuchar mi voz!

Pilatos lo miró un momento, pensativo; después, encogiéndose de hombros, dijo:

– Pero..., ¿qué es la verdad?

Jesús de Nazareth enmudeció, y por el pretorio se extendió un gran silencio, como si todos los corazones se hubiesen detenido, llenos súbitamente de incertidumbre...

Entonces, recogiendo lentamente su amplia toga, Pilatos descendió los cuatro escalones de bronce, y precedido de los lictores y seguido del asesor, penetró en el palacio, por entre el rumor de armas de los legionarios que lo saludaban golpeando el hierro de las lanzas en el bronce de los escudos. Inmediatamente se levantó por todo el patio un áspero y ardiente susurro, como de abejas irritadas. Sareas peroraba, blandiendo el báculo, entre los fariseos, que apretaban las manos con terror. Otros, apartados, cuchicheaban sombríamente. Un anciano, con el manto negro revoleando al viento, corría ansioso hacia el pretorio, por entre los que dormían al sol y las vendedoras de panes ázimos, gritando:

– ¡Israel está perdido!

Los levitas fanáticos se arrancaban las borlas de las túnicas, como en una calamidad pública. Gad surgió ante nosotros, levantando los brazos triunfantes:

– ¡El pretor es justo y liberta al Rabí!

Y, con la faz resplandeciente, nos revelaba la dulzura de su esperanza. El Rabí, apenas estuviese en libertad, dejaría a Jerusalén, donde las piedras eran menos duras que los corazones. Sus amigos, armados, lo esperaban en Betania, y al aparecer la luna saldrían para el oasis de Engadí. Allí estaban aquellos que lo amaban. ¿No era Jesús el hermano de los esenios? Como ellos, el Rabí predicaba el desprecio a los bienes terrenales, la ternura por los pobres, la incomparable belleza del reino de Dios...

Yo, crédulo, me regocijaba, cuando un tumulto invadió la galería que un esclavo había venido a regar. Era el bando oscuro de los fariseos, que se dirigía a donde Rabí Robam conversaba con Manasés mientras enrollaba dulcemente en los dedos los cabellos del niño, más rubio que los maíces. Topsisus y yo corrimos hacia la turba intolerante. Ya Sareas, en el centro, inclinado, pero con la certeza de quien íntima, decía:

– Rabí Robam ¡es necesario que hables al pretor y salves nuestra Ley!

Y luego, de todos lados, fue un suplicar ansioso:

– ¡Rabí, habla al pretor! ¡Rabí, salva la Ley!

Lentamente el anciano se levantó, majestuoso como un gran Moisés. Y delante de él un levita, muy pálido, doblaba las rodillas y murmuraba tembloroso:

– ¡Rabí, tú eres justo, sabio, perfecto y fuerte ante el Señor!

Rabí Robam levantó las dos manos abiertas hacia el cielo, y todos se inclinaron, como si el espíritu de Jehová, obedeciendo a la muda invocación, hubiese descendido para llenar aquel corazón justo. Después, llevando al niño de la mano, caminó en silencio; detrás, la turba hacía un rumor de sandalias sobre las losas de mármol.

Nos detuvimos, amontonados, frente a la puerta de cedro, ante la cual cruzó el pretoriano su lanza, después de golpear el llamador de plata. Los pesados goznes rechinaron; un tribuno del palacio acudió con una larga vara de vid en la mano. Por la puerta se veía una sala fría, mal alumbrada, severa, con los muros cubiertos de estucos, oscuros. En el centro se levantaba una estatua de Augusto, cuyo pedestal estaba cubierto de coronas de laureles y de ramas votivas; dos grandes candelabros de bronce dorado relucían en las esquinas.

Ninguno de los judíos entró, porque pisar en día pascual un suelo pagano era cosa impura ante el Señor. Sareas anunció altivamente al tribuno que «algunos de la nación de Israel, a la puerta del palacio de sus padres, estaban esperando al pretor». Después pesó un silencio lleno de ansiedad...

Pero dos lictores avanzaron, y detrás, caminando a pasos largos, con la amplia toga recogida sobre el pecho; Pilatos apareció. Todos los turbantes se inclinaron, saludando al procurador de Judea. El se detuvo junto a la estatua de Augusto. Y, como repitiendo el gesto noble de la figura de mármol, extendió la mano en que llevaba un pergamino arrollado, y dijo:

– ¡Que la paz sea con vosotros y con vuestras palabras! ¡Hablad!

Sareas, vocal del Sanhedrín, adelantándose, declaró que sus corazones venían en verdad llenos de paz... Pero, habiendo el pretor abandonado el pretorio sin confirmar ni anular la sentencia del Sanhedrín que condenaba a Jesús-ben-José, ellos se hallaban como el hombre que ve la uva en la viña, colgando, sin secar y sin madurar.

Poncius pareció penetrado de equidad y clemencia.

– Interrogué a vuestro preso — dijo él —, y no hallé culpa que deba penar el procurador de Judea... Antipas Herodes, que es prudente y fuerte, que practica vuestra Ley y ora en vuestro Templo, lo interrogó también y no halló en él ninguna culpa... Ese hombre sólo dice cosas incoherentes, como los que hablan en sueño... Pero sus manos están limpias de sangre, y no he oído que haya escalado el muro de su vecino... César no es un amo inexorable. Ese hombre no es más que un visionario.

Entonces, con un sombrío rumor, todos retrocedieron dejando a Rabí Robam solo en el umbral de la sala romana. Un brillo de joya temblaba en la punta de su tiara; sus canas, cayendo sobre los anchos hombros, lo coronaban de majestad como la nieve a los montes; las franjas azules de su manto arrastraban por las losas. Lento, sereno, como si explicase la Ley a sus discípulos, levantó la mano y dijo:

– Representante de César, Poncius, muy justo y muy sabio: el hombre que tú llamas visionario, hace años que ofende todas nuestras leyes y blasfema de nuestro Dios. Pero, ¿cuándo lo hemos prendido, cuándo te lo traemos nosotros? Solamente cuando lo hemos visto entrar en triunfo por la Puerta de Oro, aclamado como rey de Judea. Porque Judea no tiene otro rey que Tiberio, y apenas un sedicioso se declara en rebeldía contra César, nos apresuramos a castigarlo. Así hacemos nosotros, que no tenemos mandato de César, ni cobramos de su erario; y tú, delegado de César, ¿no quieres que sea castigado el que se rebela contra tu amo?...

La larga cara de Poncius, que una soñolencia suavizaba, relampagueó cubierta vivamente de sangre. Aquella tortuosidad de los judíos, que, execrando a Roma, pregonaban ahora un celo ruidoso por el César, para poder, en nombre de su auto-

ridad, saciar un odio sacerdotal, sublevó la rectitud del romano, y la audaz amonestación resultó intolerable para su orgullo. Desabridamente exclamó, con un gesto violento:

— ¡Callad! ¡Los procuradores del César no vienen a aprender en una colonia bárbara, del Asia sus deberes para con él!

Manases, que a mi lado, ya impaciente, se tiraba de la barba, separóse con indignación. Yo temblé. Pero el soberbio Rabí prosiguió, más indiferente a la ira de Poncius que al balar de un cordero que arrastrase hacia el ara:

— ¿Qué haría el procurador de César en Alejandría si un visionario descendiese de Bubastis proclamándose rey de Egipto? ¡Lo que tú no quieres hacer en esta tierra bárbara de Asia! Tu amo te da a guardar una viña y tú dejas que entren en ella y que la vendimien. ¿Para qué estás entonces en Judea, para qué está la sexta legión en la torre Antonia? Pero nuestro espíritu es claro, y nuestra voz es clara y bastante alta, Poncius, para que César la oiga...

Poncius dio un paso lento hacia la puerta, y con los ojos brillantes clavados en aquellos judíos que astutamente le iban envolviendo en la trama sutil de sus rencores religiosos:

— Yo no temo vuestras intrigas; — murmuró sordamente—. Elius Lamma es mi amigo, ¡y César me conoce bien!

— Tú ves lo que no está en nuestros corazones — dijo Rabí Robam, con calma, como si conversase a la sombra de su vergel—. ¡Pero nosotros vemos bien lo que está en el tuyo, Poncius! ¿Qué te importa a ti la vida o la muerte de un vagabundo de Galilea?... Si tú no quieres, como dices, vengar a dioses cuya divinidad no respetas, ¿cómo puedes querer salvar a un profeta cuyas profecías no crees?... Tu propósito es otro, romano: ¡Tú quieres la destrucción de Judá!

Un estremecimiento de cólera, de pasión devota, corrió entre los fariseos; algunos palpaban su túnica como buscando un arma.

Y Rabí Robam continuaba denunciando al pretor, con serenidad y lentitud.

— Tú quieres dejar impune al hombre que predicó la insurrección, declarándose rey en una provincia de César, para tentar, con esa impunidad, otras ambiciones más fuertes y hacer que un nuevo Judas de Gamala ataque las guarniciones de Samaria. Así preparas un pretexto para dejar caer sobre nosotros la espada imperial, y apagar por entero la vida nacional de Judea. Tú quieres una revuelta para apagarla en sangre y presentarte después a César como soldado victorioso y administrador sabio, digno de un proconsulado o de un gobierno en Italia. ¿Es a eso a lo que llamáis fe romana? Yo no estuve en Roma, pero sé que a eso se le llama allá fe púnica... ¡No nos supongas tan simples como un pastor de Idu-méa! Nosotros estamos en paz con César y cumplimos nuestro deber condenando al hombre que se levantó contra César... ¿No quieres tú cumplir el tuyo confirmando esa condena? Bien; mandaremos un emisario a Roma llevando nuestra sentencia y tu negativa, y habiendo salvaguardado ante César nuestra responsabilidad, mostraremos a César cómo procede en Judea aquel que representa la ley del Imperio... Y ahora, pretor, puedes volver al pretorio.

— Y acuérdate de los escudos votivos — gritó Sareas—. Acaso nuevamente veas a quién César da la razón.

Poncius bajó la cara, turbado. Seguramente imaginaba ver allá en una clara terraza, junto al mar de Caprea, a Seiano, Cesonio, y todos sus enemigos, hablando

al oído de Tiberio y mostrándole a los emisarios del Templo... César, desconfiado y siempre inquieto, sospecharía un pacto entre él y ese «rey de los judíos» para su-
blevar una rica provincia imperial, y así su justicia y el orgullo en mantenerla po-
dían costarle el proconsulado de Judea. Orgullo y justicia fueron entonces, en su
alma débil, como olas que un momento se alzan una sobre otra y luego se abaten,
se deshacen. Vino hasta el umbral, lentamente, abriendo los brazos, como traído
por un impulso magnánimo de conciliación, y empezó a decir, más blanco que su
toga:

– Hace siete años que gobierno Judea; ¿me encontrasteis nunca injusto o in-
fiel a las promesas juradas? Ciertamente que no me conmueven vuestras amena-
zas... César me conoce bien... Pero entre nosotros, para provecho de César, no debe
haber desacuerdos. Siempre os hice concesiones. Más que ningún otro procurador,
desde Coponio, he respetado vuestras leyes... Cuando vinieron dos hombres de
Samaría a profanar vuestro templo, ¿no los condené al suplicio? Entre nosotros no
debe haber disensiones ni palabras amargas...

Dudó un momento; después, frotándose lentamente las manos y sacudiéndolo-
las como mojadas en un agua impura:

– ¿Queréis la vida de ese visionario? ¿Qué me importa? Tomadla... ¿No os
basta la flagelación? ¿Queréis la cruz? ¡Crucificadlo!... Pero no soy yo quien derrama
esa sangre...

Un levita macilento gritó con pasión:

– ¡Somos nosotros, y que esa sangre caiga sobre nuestras cabezas!

Algunos se estremecieron, creyendo que todas las palabras tienen un poder
sobrenatural y hacen reales las cosas pensadas.

Poncius abandonó la sala; el decurión, saludando, cerró la puerta de cedro.
Entonces Rabí Robam se volvió, sereno, resplandeciente como un justo, y adelan-
tándose por entre los fariseos que se inclinaban para besar la orla de su túnica,
murmuraba con grave dulzura:

– Antes sufra un solo hombre que un pueblo entero.

Limpiando las gotas de sudor con que la emoción cubrió mi frente, caí trémulo
sobre un banco. Y, a través de mi lasitud, confusamente distinguía en el pretorio
a dos legionarios, con el cinturón aflojado, bebiendo en una gran escudilla de hie-
rro que un negro iba llenando con el odre colgado al hombro; delante, una mujer
bella y fuerte, sentada al sol, con los hijos colgados de los pechos desnudos; más
lejos, un pastor envuelto en pieles, riendo y mostrando el brazo manchado de san-
gre. Después cerré los ojos; un momento pensé en la vela que dejara en la tienda,
ardiendo junto a mi catre, humosa y rojiza; por fin me invadió un sueño ligero...
Cuando desperté, la silla curul permanecía vacía, con el cojín de púrpura delante,
sobre el mármol, con la huella de los pies del pretor; y una multitud más densa lle-
naba, con un largo rumor de campamento, el viejo atrio de Herodes. Eran hombres
rudos, con capas cortas de estameña, sucias de polvo, como si hubiesen servido de
alfombras sobre las losas de una plaza. Algunos traían en la mano balanzas y jau-
las de tórtolas, y las mujeres que los seguían, sórdidas y macilentas, lanzaban des-
de lejos con el brazo airado maldiciones al Rabí. Otros, caminando en la punta de
las sandalias, pregonaban en voz baja cosas ínfimas o ricas, ocultas en el seno entre
los dobleces de los sayos; granos de avena tostada, frascos de ungüentos, corales,
brazaletes de filigrana de Sidrón. Interrogué a Topsisius, y mi docto amigo, limpiando

do los anteojos, me explicó que seguramente eran los mercaderes contra quienes Jesús, la víspera de Pascua, levantando un bastón, exigiera la estrecha aplicación de la Ley, que prohíbe tráficos profanos en el Templo, fuera de los pórticos de Salomón...

— ¡Otra imprudencia del Rabí, don Raposo! — murmuró con ironía el fino historiador.

Entretanto, como había llegado la sexta hora judaica y había terminado el trabajo, empezaron a entrar obreros de las tintorerías vecinas, manchados de escarlata y azul; escribas de las sinagogas, que aprestaban debajo del brazo sus tabularios; jardineros con la hoz en tiracuello y un ramo de mirto en el turbante; sastres con una larga aguja de hierro colgando de la oreja... Tocadores fenicios, en un rincón, afinaban sus arpas y arrancaban suspiros a las flautas de barro; y delante de nosotros rondaban dos prostitutas griegas de Tiberíades, con pelucas amarillas, mostrando la punta de la lengua y moviendo el ruedo de la túnica, de donde volaba un olor a mejorana. Los legionarios, con las lanzas atravesadas sobre el pecho, formaban un círculo en torno a Jesús; y yo, ahora, apenas podía distinguir al Rabí a través de aquella multitud susurrante, en que las consonantes ásperas de Moab y del desierto sobresalían de la grave suavidad del habla caldaica.

Por debajo de la galería pasó tintineando una campanilla triste. Era un hortelano que ofrecía en un capacho de esparto, colocados sobre hojas de parra, higos maduros de Betfagé. Debilitado por las emociones, le pregunté, asomándome por la balaustrada, el precio de aquella delicia de los vergeles que los Evangelios tanto loan. Y el hombre, riendo, levantó los brazos como si hubiese hallado al esperado de su corazón:

— Entre yo y tú, ¡oh criatura de abundancia que vienes de más allá del mar!, ¿qué son estos pocos higos? Jehová manda que los hermanos cambien presentes y bendiciones. Estos frutos los cogí en el huerto, uno a uno, a la hora en que el día nace en el Hebrón; son succulentos, podrían ser puestos en la mesa de Hannán... ¿Pero qué valen vanas palabras entre tú y yo, si nuestros pechos se entienden? ¡Toma estos higos, los mejores de Siria, y que el Señor cubra de bienes a aquella que te crió!

Yo sabía que este ofrecimiento era una cortesía consagrada en las compras y ventas desde el tiempo de los Patriarcas. Cumplí también el ceremonial: declaré que Jehová, el muy fuerte, me ordenaba que con el dinero acuñado por los príncipes, pagase yo los frutos de la tierra... Entonces el hortelano bajó la cabeza, cediendo al mandamiento divino; y posando el cesto en las losas, tomó un higo en cada una de sus manos negras y llenas de tierra:

— En verdad — exclamó —, Jehová es el más fuerte. Si él lo manda, yo debo poner un precio a estos frutos de su bondad, más dulces que los labios de la esposa. Justo es, pues, ¡oh hombre abundante!, que por estos dos que me llenan las palmas, tan perfumados y frescos me des tú un buen *traphic*.

¡Oh, Dios magnífico de Judá! ¡El facundo hebreo reclamaba por cada higo un tostón de la moneda real de mi patria! Le grité:

— ¡Lárgate, ladrón!

Después, tentado por la gula, le ofrecí un dracma por todos los higos que cupiesen en el hueco de un turbante. El hombre se llevó las manos al seno, para despedazar la túnica en la inmensidad de su humillación. E iba a invocar a Jehová, a

Elias, a todos los profetas sus patronos, cuando el sapiente Topsius, enojado, intervino secamente mostrándole una pequeña rodaja de hierro que tenía grabado un lirio abierto:

— ¡En verdad, Jehová es grande! Y tú eres vanidoso y vacío como un odre lleno de viento. Por todos los higos de este cesto te doy este meah. Y si no accedes, conozco el camino de los huertos tan bien como el del Templo, y sé donde las aguas dulces de Enrogel bañan los mejores pomares... ¡Vete!

El hombre, trepando ansiosamente al balaustre de mármol, colocó los higos en la punta del albornoz que yo le presentara, triste y digno. Después, descubriendo los dientes blancos, murmuró risueñamente que nosotros éramos más benéficos que el rocío del Carmelo.

Sabrosa y rara me parecía aquella merienda de higos de Betfagé en el palacio de Herodes. Pero, apenas nos acomodáramos con la fruta en el regazo, reparé en un viejo delgadito, que desde abajo fijaba en nosotros, humildemente, los ojos nublados, débiles, llenos de cansancio. Compadecido, iba a mandarle algunos higos y una moneda de plata de los Tolomeos, cuando él, metiendo la mano temblorosa entre los harapos que apenas le cubrían el pecho velludo, me alargó con una sonrisa doliente, una piedra que relucía. Era una placa oval de alabastro que tenía grabada una reproducción del Templo. Y mientras Topsius la examinaba doctamente, el viejo fue sacando del pecho otras piedras de mármol, de ónix, de jaspe, con representaciones del Tabernáculo en el desierto, con los nombres de las tribus, con figuras confusas en relieve, simulando las batallas de los macabeos... Después se quedó con los brazos cruzados, y en su pobre rostro huesudo lucía una ansiedad, como si solamente de nosotros esperase misericordia y alivio.

Topsius supuso que se trataba de uno de esos guebros, adoradores del fuego y hábiles en las artes, que van descalzos hasta Egipto, con hachas encendidas, para salpicar sobre la Esfinge la sangre de un gallo negro. Pero el viejo negó, horrorizado, y tristemente murmuró su historia. Era un cantero de Naím que había trabajado en el Templo y en las construcciones que Herodes Antipas levantara en Betseta. El vergajo de los capataces le, rasgara la carne; después una enfermedad le llevó las fuerzas como las heladas secan los manzanos. Y ahora, sin trabajo, teniendo que alimentar a los hijos de su hija, buscaba piedras raras en los montes y grababa en ellas nombres santos, sitios santos, para venderlas en el Templo a los fieles. En vísperas de Pascua, sin embargo, había venido un Rabí de Galilea lleno de cólera, que le privara de ganarse su pan.

— ¡Aquél! — balbuceó, sofocado, señalando con la mano hacia el lado de Jesús.

Yo protesté. ¿Cómo podría venirle el dolor y la injusticia de aquel Rabí de corazón divino, que era el mejor amigo de los pobres?

— ¿Entonces, vendías en el Templo? — preguntó el pulcro historiador de los Herodes.

Sí — suspiró el viejo —; era precisamente por las fiestas cuando ganaba el pan para el largo año. En esos días subía al Templo, ofrecía mi prez al Señor, y junto a la puerta de Susa, delante del pórtico del Rey, extendía mi estera y colocaba mis piedras, que brillaban al sol... Ciertamente yo no tenía derecho para vender allí; pero ¿cómo podría pagar al Templo el alquiler de un codo de piso, para vender el trabajo de mis manos? Todos los que pregonan en la sombra, bajo el pórtico, sobre

mostradores de cedro, son mercaderes ricos que pueden pagar el permiso; algunos abonan un ciclo de oro. Yo no podía, teniendo en casa niños sin pan... Por eso me quedaba en un rincón, fuera del pórtico, en el peor sitio. Allí estaba encogido, callado; no me quejaba ni aun cuando hombres brutales me empujaban o me daban con sus bastones en la cabeza. Y a mi lado había otros, pobres como yo; Eboím, de Jopé, que ofrecía un aceite para hacer crecer los cabellos, y Oseas, de Rama, que vendía flautas de barro... Los soldados de la torre Antonia que pasan la ronda, cruzaban por delante de nosotros haciendo la vista gorda. Hasta Menahem, que estaba casi siempre de guardia por la Pascua, nos decía: «Está bien, permaneced ahí mientras no pregonéis alto». Porque todos sabían que éramos pobres, que no podíamos pagar el codo de enlosado y que teníamos en nuestras moradas niños con hambre... En la Pascua y en los Tabernáculos vienen peregrinos a Jerusalén desde tierras distantes; y todos me compraban una imagen del Templo para mostrarla en su aldea, o una de las piedras de la luna, que ahuyentan al demonio... A veces, al final del día, había hecho tres dracmas; compraba lentejas y descendía a mi casita, alegre, cantando alabanzas al Señor...

Yo, enternecido, había olvidado la merienda. Y el viejo desahogaba su larga queja:

– Pero he aquí que, hace días, ese Rabí de Galilea aparece en el Templo, lanzando palabras de cólera, levanta el palo y arremete contra nosotros, gritando que aquélla «era la casa de su padre, y que nosotros la manchábamos»... Y dispersó todas mis piedras, que nunca más vi y que eran mi sustento. Rompió en las losas los vasos de aceite de Eboím de Jopé que, espantado, ni podía gritar. Acudieron los guardias del Templo. Menahem acudió también; indignado, le dijo al Rabí: «Eres muy duro con los pobres. ¿Qué autoridad tienes tú?» Y el Rabí habló de «su padre» e invocó contra nosotros la ley severa del Templo. Menahem bajó la cabeza... y nosotros tuvimos que huir, bajo la rechifla de los mercaderes ricos, que, bien cómodos en sus tapices de Babilonia, y con su puesto bien pagado, batían palmas en honor del Rabí... ¡ Ah, contra esos el Rabí nada podía hacer; eran ricos, habían pagado!... Y ahora por ahí ando. Mi hija, viuda y enferma, no puede trabajar, permanece en un rincón envuelta en sus harapos; los hijos de mi hija, pequeñitos, tienen hambre, me miran, me ven triste y ni siquiera lloran. ¿Y qué hice yo? Siempre fui humilde, cumplo el «sabbat», voy a la sinagoga de Naím, que es la mía, y las escasas migajas que sobraban de mi pan las juntaba para aquellos que ni migajas tienen en la tierra... ¿Qué mal hacía yo vendiendo? ¿En qué ofendía al Señor? Siempre, antes de extender mi estera, besaba las losas del Templo; cada una de mis piedras era purificada por las aguas lustrales... En verdad, Jehová es grande y sabe... Pero yo he sido expulsado por el Rabí, solamente porque soy pobre...

Calló, y sus manos delgadas, tatuadas de líneas mágicas, temblaban limpiando las lágrimas que corrían de sus ojos.

Me golpeé el pecho, desesperado. Y toda mi angustia era por ignorar Jesús esta desgracia que, en la violencia de su espiritualismo, habían creado involuntariamente sus manos misericordiosas, como la lluvia benéfica, a veces, haciendo crecer las simientes, quiebra y mata una flor aislada. Entonces, para que no hubiese nada imperfecto en su vida, ni de ella quedase una queja en la tierra, pagué la deuda de Jesús (¡así su Padre perdone la mía!) echando en el sayo del viejo abundantes monedas, dracmas, crysos griegos de Filipo, áureos romanos de Augusto,

hasta una gruesa pieza de la Cirenaica que yo estimaba por tener una cabeza de Zeus Amnón que parecía mi propia imagen. Topsius añadió a este tesoro una lepta de cobre, que en Judea tiene el valor de un grano de maíz...

El viejo cantero de Naím palidecía, sofocado. Después, con el dinero en un doblez del sayo, bien apretado, contra el pecho, murmuró tímida y religiosamente, levantando hacia las alturas los ojos aun húmedos:

– ¡Padre que estás en los cielos, acuérdate de la faz de este hombre, que me dio el pan de muchos días!

Y sollozando, se perdió entre la turba, que ahora afluía rumorosamente de todo el atrio y se apiñaba en torno a los altos mástiles del toldo. El escriba apareciera, más encarnado que antes y limpiándose los labios. Al lado del Rabí y de los guardias del Templo, Sareas llegó apoyándose en su báculo. Después, entre un brillo de armas, surgieron las varas blancas de los lictores; y nuevamente Poncius, pálido y pesado y en su amplia toga, subió los escalones de bronce y volvió a ocupar su asiento curul.

Reinó un silencio tan profundo, que se oían las bocinas tocando en la torre Mariana. Sareas desenrolló su oscuro pergamino y lo extendió sobre la mesa de piedra, entre los tabularios; vi que las manos gruesas y tardas del escriba trazaban una rúbrica y estampaban un sello sobre las líneas rojas que condenaban a muerte a Jesús de Galilea, mi Señor... Después, Poncius Pilatus, con una dignidad indolente, alzando levemente el brazo desnudo, confirmó en nombre de César «la sentencia del Sanhedrín, que juzga en Jerusalén...»

Inmediatamente Sareas puso una punta de su manto sobre el turbante y empezó a orar con las manos abiertas hacia el cielo. Los fariseos triunfaban; junto a nosotros, dos muy viejos se besaban en silencio las barbas blancas; otros agitaban en el aire los bastones, lanzaban sarcásticamente la exclamación forense de los romanos: *Bene et belle! Non potest melius!*

Pero, de pronto, el intérprete apareció subido a un escabel, mostrando sobre el pecho su papagayo brillante. La turba había enmudecido, sorprendida. El fenicio, después de haber consultado con el escriba, se sonrió y gritó en caldaico, alargando los brazos cargados de pulseras de coral:

– ¡Escuchad! En esta vuestra fiesta de Pascua, el pretor de Jerusalén, acostumbra, desde que Valerius Gratus así lo dispuso, con el consentimiento de César, perdonar a un criminal... El pretor os propone el perdón de éste... ¡Escuchad aún! Vosotros tenéis también el derecho de escoger entre los condenados... El pretor tiene en su poder, en las ergástulas de Herodes, otro sentenciado a muerte...

Dudó, y desde lo alto del escabel consultó de nuevo con el escriba, que revolvió azorado los papiros y los tabularios. Sareas, sacudiendo la punta del manto que escondía su oración, miró asombrado al pretor, con las manos abiertas en el aire. Pero ya el intérprete gritaba, levantando la faz risueña:

– Uno de los condenados es el Rabí Jeschoua, que aquí tenéis, y que se dice hijo de David... Ese es el que propone el pretor. El otro, endurecido en el mal, fue preso por haber dado muerte traidoramente a un legionario, al pie de Xistus. Su nombre es Bar-Abbás. ¡Escoged!

Un grito brusco y ronco partió de entre los fariseos:

– ¡Bar-Abbás!

Aquí y allá, por el atrio, confusamente resonó el nombre de Bar-Abbás. Y un esclavo del Templo, de sayo amarillo, llegando hasta las gradas del solio, empezó a gritar, en la cara de Poncius y dándose furiosas palmadas en los muslos:

– ¡Bar-Abbás! ¡Óyelo bien: Bar-Abbás! ¡El pueblo sólo quiere a Bar-Abbás!

La lanza de un legionario lo hizo rodar por las losas. Pero ya toda la multitud, más fácil de inflamar quería paja en la era, clamaba por Bar-Abbás; unos con furia, golpeando con las sandalias y los bastones, como para destruir el pretorio; otros desde lejos, en cuclillas al sol, indolentes y levantando un dedo. Los vendedores del Templo, rencorosos, sacudiendo las balanzas de hierro y repicando campanillas, gritaban entre maldiciones al Rabí: «¡Bar-Abbás es el mejor!» Y hasta las prostitutas de Tiberíades, pintadas de bermellón como ídolos, herían el aire con gritos agudos:

– ¡Bar-Abbás! ¡Bar-Abbás!

Pocos conocían a Bar-Abbás; muchos, seguramente, no odiaban al Rabí, pero todos engrosaban el tumulto prontamente, poniendo, en aquella reclamación del preso que atacara a los legionarios, un ultraje al pretor romano, togado y augusto en su tribunal. Poncius, en tanto, indiferente, trazaba signos en una gran hoja de pergamino que tenía sobre las rodillas. Y en torno, los clamores ya disciplinados retumbaron en cadencia como mazos en una era:

– ¡Bar-Abbás! ¡Bar-Abbás! ¡Bar-Abbás!

Entonces Jesús, lentamente, se volvió hacia aquella gente cruel y revoltosa que lo condenaba; y en sus refulgentes ojos húmedos, en el fugitivo temblor de sus labios, sólo apareció en ese instante una pena misericordiosa por la cerrada inconsciencia de los hombres, que así empujaban hacia la muerte al mejor amigo de los hombres... Con los puños atados se limpió una gota de sudor; después quedó delante del pretor, tan imperturbable y quieto como si ya no perteneciese a la tierra.

El escriba, golpeando con una regla de hierro en la piedra de la mesa, gritó tres veces el nombre de César. El tumulto ardiente se desvanecía. Poncius se levantó, y sereno, sin demostrar impaciencia ni cólera, lanzó, agitando la mano, la orden final:

– ¡Id, y crucificadlo!

Descendió del estrado; la turba batía ferozmente las palmas. Ocho soldados de la cohorte siríaca aparecieron, preparados para la marcha, con los escudos revestidos de lona, las armas empaquetadas y, colgando, la cantimplora de la posea. Sareas, vocal del Sanhedrín, tocando en los hombros de Jesús, lo entregó al decurión; un soldado le aflojó las cuerdas, otro le quitó el albornoz de lana; y yo vi al dulce Rabí de Galilea dar su primer paso hacia la muerte.

Apresurados, encendiendo un cigarrillo, dejamos luego el palacio de Herodes por un pasadizo que el docto Topsius conocía, lóbrego y húmedo, con aberturas enrejadas por donde venía un canto triste de esclavos encarcelados... Salimos a una plaza, abrigada por el muro de un jardín todo plantado de cipreses. Dos dro-medarios echados en el polvo rumiaban junto a un montón de hierba cortada.

Y el alto historiador tomaba ya el camino del Templo, cuando, bajo las ruinas de un arco que la hiedra cubría, vimos un grupo de gente apiñado en torno de un esenio cuyas mangas de albo lino batían el aire como las alas de un pájaro irritado.

Era Gad, ronco de indignación, clamando contra un hombre flaco, de barba rala y rubia, con gruesos pendientes de oro en las orejas, que temblaba balbuceando:

– ¡No fui yo! ¡No fui yo!

– ¡Fuiste tú! – gritaba el esenio golpeando con la sandalia en la tierra –. Te conozco bien. Tu madre es cardadora en Cafarnaum, y maldita sea por la leche que te dio...

El hombre retrocedía bajando la cabeza como un animal acorralado.

– ¡No fui yo! Yo soy Refraím, hijo de Eliezer, de Ramá. Todos me conocieron siempre sano y fuerte como la palmera nueva.

– Tuerto e inútil eras tú como un sarmiento viejo, ¡perro e hijo de un perro! – gritó Gad –. Te he visto bien... Fue en Cafarnaum, en la calleja en que está la fuente, al pie de la sinagoga, donde tú te apareciste a Jesús, Rabí de Nazareth. Le besabas las sandalias y decías: «¡Rabí, cúrame! ¡Rabí, mira esta mano, que no puede trabajar!» Y le mostrabas la mano, ésa, la derecha, seca, esmirriada y negra como la rama que se murió en el tronco. Era en el «sabbat»; estaban los tres jefes de la sinagoga, y Elzear y Simeón. Y todos miraban a Jesús para ver si él osaría curar en el día del Señor... Tú llorabas, arrodillado por el suelo. ¿Y acaso te rechazó el Rabí? ¿Te mandó a buscar la raíz del baraz? ¡Ah, perro, hijo de perro! El Rabí, indiferente a las acusaciones de la sinagoga, y escuchando sólo a su misericordia, te dijo: «¡Extiende la mano!» La tocó, y ella reverdeció en seguida como regada por el rocío del cielo. Estaba sana, fuerte, firmé; y tú movías, ora un dedo, ora otro, espantado y temblando...

Un murmullo de entusiasmo corrió entre la multitud maravillada por el dulce milagro. Y el esenio exclamaba, con los brazos trémulos en el aire:

– ¡Así fue la caridad del Rabí! ¿Y te extendió la punta del manto, como hacen los rabís de Jerusalén, para que le echases un ciclo de plata? ¡No! Dijo a sus amigos que te diesen de la provisión de lentejas... Y tú echaste a correr por el camino, fuerte y ágil, gritando para el lado de tu casa: «¡Oh madre; oh madre, estoy curado!» Y fuiste tú, puerco e hijo de puerco, quien hace poco, en el pretorio, pedías la cruz para el Rabí y gritabas por Bar-Abbás. ¡No lo niegues, boca inmunda!; yo te oí; estaba detrás de ti y veía cómo se te hinchaban las cuerdas del pescuezo con el furor de tu ingratitud...

Algunos, escandalizados, gritaban:

– ¡Maldito, maldito!

Un viejo, con justiciera gravedad, había agarrado dos grandes piedras. Y el hombre de Cafarnaum, encogido, aplastado, aun gruñó sordamente:

– ¡No fui yo, no fui yo!... ¡Yo soy de Ramá!

Gad, furioso, le agarró de las barbas:

– En este brazo, cuando te arremangaste delante del Rabí, todos te vieron dos cicatrices curvas, como de dos golpes de hoz... ¡Y vas a mostrarlas ahora mismo, perro e hijo, de perro!

Le despedazó la manga de la túnica nueva; y arrastrándolo en torno, sujeto en sus manos de bronce como un bode terco, mostraba las dos cicatrices en la piel; luego lo empujó con desprecio hacia la multitud, que levantando el polvo del camino, lo persiguió con rechiflas y pedradas...

Nos acercamos a Gad, sonriendo y elogiando su fidelidad a Jesús. El, calmado, había extendido las manos a un vendedor de agua, que se las purificaba con un largo chorro de su odre; después, limpiándolas en la toalla de lino que le pendía de la cintura, nos dijo:

— ¡Escuchad! José de Ramatha reclamó el cuerpo del Rabí y el pretor se lo concedió... Esperadme a la nona hora romana en el patio de Gamaliel... ¿A dónde vais?

Topsius confesó que íbamos al Templo, por motivos intelectuales de arte, de arqueología.

— ¡Vano es aquel que admira piedras! — murmuró el activo idealista.

Y echándose el capuz sobre la faz, se alejó entre las bendiciones del pueblo que cree y ama a los esenios.

*

Para abreviar la dura caminata hasta el Templo por el Tiropeo y por el puente de Xistus, tomamos dos literas, de las que un liberto de Poncius alquilaba junto al pretorio, «a la moda de Roma».

Cansado, me estiré, con las manos en la nuca, sobre el colchón de hojas secas, que olía a arrayán; y lentamente empezó a invadirme el alma una inquietud extraña, pesada, que ya en el pretorio me rozara ligeramente, como el ala temblorosa de un ave agorera. ¿Iba a quedarme para siempre en esta ciudad fuerte de los judíos? ¿Había, perdido irremediamente mi individualidad de Raposo, de católico, de doctor, contemporáneo del *Times* y del gas, para convertirme en un hombre de la antigüedad clásica, coetáneo de Tiberio? Y, dado este mirífico retroceso en los tiempos, ¿qué encontraría en mi patria, si volviese a ella?

Seguramente encontraría una colonia romana; en la falda de la colina más fresca, una edificación de piedra, donde vive el procónsul; al lado, un templo pequeño de Apolo o de Marte, cubierto de pizarra; en lo alto, un campo atrincherado donde están los legionarios; y en redor, la villa lusitana, dispersa, con sus caminos agrestes, sus cabañas de piedra sin argamasa, sus cobertizos para recoger el ganado, y estacas en el barro, donde se amarran balsas... Así encontraría a mi patria. ¿Y qué haría yo allí, pobre, solitario? ¿Sería pastor en los montes? ¿Barrería las escaleras del templo, partiría la leña de las cohortes, para ganar un salario romano?... ¡Miseria incomparable!

Pero, ¿y si me quedase en Jerusalén? ¿Qué rumbo tomaría en esta sombría, devota ciudad de Asia? ¿Me convertiría en un judío, rezando el Schema, cumpliendo el «sabbat», perfumando la barba con un nardo, yendo a distraer mi pereza por los atrios del Templo, siguiendo las lecciones de un rabí y paseando por las tardes, con un bastón dorado, en los jardines de Gareb, entre las sepulturas?... ¡Esta existencia me parecía igualmente pavorosa!... De quedar encarcelado en el mundo antiguo con el doctísimo Topsius, entonces deberíamos galopar aquella misma noche, al salir la luna, hacia Jopé; allí embarcarnos en cualquier trirreme fenicia que partiese para Italia; y luego vivir en Roma, aunque fuese en una de las oscuras callejuelas del Velabro, en una de esas altas, humosas bohardillas, con doscientas escaleras que subir, apestadas por los guisos de ajo y tripa, y que escasamente duran dos calendas sin hundirse o incendiarse.

Así me inquietaba cuando la litera se detuvo; descorrí las cortinas y vi ante mí los enormes granitos de la muralla del Templo. Penetramos bajo la bóveda de la puerta de Huldah y nos detuvimos mientras los guardias del Templo arrebatában a un pastor, fuerte y rudo, la maza armada de clavos con que quería atravesar el Santuario. El confuso rumor que venía de lejos, de los atrios, semejante al de una selva o al de un gran mar alborotado, me atemorizaba.

Y al salir, al fin, de la estrecha bóveda, el deslumbramiento intenso que experimenté, me hizo agarrar el delgado brazo del historiador de los Herodes. Un brillo de oro y nieve vibraba profusamente en el aire tibio, irradiado de los claros mármoles, de los granitos bruñidos, de los recamos preciosos, bañados por el divino sol de Nizam. Los lisos patios que por la mañana había visto desiertos, blanqueando como el agua quieta de un lago, desaparecían ahora bajo la multitud que los invadía, engalanada y festiva. Los olores aturdían, acres, emanados de los paños teñidos, de las resinas aromáticas, de la grasa calentándose sobre brasas. Por entre el denso ruido se percibían roncós mugidos de bueyes. Y perennemente los humos votivos subían hacia la refulgencia del cielo...

— ¡ Caramba! — murmuré sobrecogido —. Estas magnificencias obstruyen el paso.

Fuimos penetrando bajo los pórticos de Salomón, donde resonaba el profundo tumulto de un mercado. Detrás de grandes cajas enrejadas estaban los cambistas con una moneda de oro pendiente de la oreja entre las melenas sórdidas, cambiando el dinero sacerdotal del Templo por las monedas paganas de todas las regiones, de todas las edades, desde las macizas rodajas del viejo Lacio, más pesadas que broqueles, hasta los ladrillos grabados que circulan como «billetes» en las ferias de Asiría. Más allá brillaba la frescura y la abundancia de un pomar; las manzanas, reventando de maduras, desbordaban de los cestos; hortelanos con un ramo de almendro preso en el gorro pregonaban guirnaldas de anémonas o hierbas amargas de la Pascua; jarras de leche pura estaban posadas sobre bolsas de lentejas; y los corderos, acostados en las losas, amarrados por las patas a las columnas, balaban de sed.

Pero la multitud se apiñaba, sobre todo, con suspiros de envidia, frente a los tejidos y a las joyas. Mercaderes de las colonias fenicias, de las islas griegas, de Tardis, de Mesopotamia, de Tadmor, unos con soberbias zamarras de lana bordada, otros con toscos tabardos de cuero pintado, desdoblaban los paños azules de Tiro que reproducen el brillo ardiente de los cielos de Oriente; las sedas impúdicas de Sheba, de una transparencia verde que vuela en la brisa, y esos estofos solemnes de Babilonia que siempre me extasiaban, negro y con grandes flores color de sangre... Dentro de cofres de cedro o esparcidos sobre tapetes de Galacia, relucían espejos de plata simulando la luna y sus rayos, sellos de turmalina que los hebreos usan colgados al pecho, pulseras de pedrerías enfiladas en cuernos de antílopes, diademas de sal gema, con las que se adornan los novios; y, resguardados más preciosamente, talismanes y amuletos que me parecían pueriles: pedazos de raíces, guijarros negros, cueros pintados y huesos con letras.

Topsius aun se detuvo entre las tiendas de los perfumistas, admirando un espléndido bastón de Tilos, de una rara madera manchada como la piel del tigre; pero luego huimos del olor que allí sofocaba, proveniente de las resinas, de las gomas elaboradas por los negros, de los haces de plumas de avestruz, de la mirra de

Oriente, de las ceras de Cirenaica, de los óleos rosados de Cisico, y de las grandes redes de piel de hipopótamo llenas de violetas secas y de hojas de bacaris...

Entramos luego en la galería llamada Real, toda dedicada a la doctrina y a la Ley. Allí cada día resuenan rencorosamente las controversias entre saduceos, escribas, soforins, fariseos, sectarios de Esquemania y sectarios de Hillel, juristas, gramáticos, fanáticos de toda la tierra judaica. Junto a las columnas de mármol se instalaban los maestros de la Ley sobre altos escabeles, teniendo al lado un platillo de metal donde caían los óbolos de los fieles; y en torno de cuclillas en el piso, con las sandalias colgadas del cuello, las pellizas cubiertas de letras rojas desdobladas en las rodillas, los discípulos imberbes o decrepitos murmuraban los dictámenes moviendo lentamente los hombros. Aquí y allá, en medio de grupos de devotos absortos, dos doctores disputaban, con las caras irritadas, sobre complicados puntos de la doctrina. ¿Se puede comer un huevo de gallina puesto en el día de «sabbat»? ¿Por qué hueso de la espina dorsal empieza la resurrección? El filósofo Topsius se reía, disimulándolo tras un pliegue de la capa; pero yo temblaba cuando los doctores, flacos y barbudos, se amenazaban gritando: *¡racca, racca!*, metiendo la mano en el pecho, como buscando algún hierro escondido.

A cada momento encontrábamos esos fariseos, resonantes y huecos como tambores, que vienen al Templo a propagar su piedad, unos, con las espaldas curvadas bajo el peso enorme del pecado humano; otros tropezando y palpando en el aire con los ojos cerrados para no ver las formas impuras de las mujeres; algunos, con la cara tiznada, gimiendo, apretadas las manos sobre el estómago, para testimoniar sus duros ayunos. Después Topsius me señaló un rabí que interpretaba los sueños: en un rostro lívido y chupado, los ojos hundidos lucían con la tristeza de lámparas de sepulcro; sentado sobre bolsas de lana, extendía por encima de cada devoto que venía a arrodillarse a sus pies desnudos, la punta de un amplio manto negro, con signos blancos pintados. Yo, curioso, pensaba consultarlo, cuando de repente gritos afligidos resonaron en el atrio. Echamos a correr. Eran levitas golpeando furiosamente con cuerdas y vergajos a un leproso que, en estado de impureza, había penetrado en el patio de Israel. La sangre salpicaba las losas. En torno reían algunos niños.

Iba cayendo la sexta hora judaica, la más grata al Señor, cuando el sol, en su marcha hacia el mar, se detiene, sobre Jerusalén y la contempla con pasión. Para acercarnos al atrio de Israel fuimos penosamente abriéndonos paso entre la multitud que allí se arremolinaba, venida de toda la tierra culta y bárbara. El rudo sayo de pieles de los pastores de las Idumeas rozaba la clámide corta de los griegos rasurados y más blancos de mármoles. Había hombres solemnes de la planicie de Babilonia, con las barbas metidas dentro de bolsas azules que una cadena de plata les sujetaba a las mitras de cuero pintado; y había galeses rubios, de bigotes colgantes como las hierbas de sus lagunas, que reían y hablaban devorando con cáscara y todo los limones dulces de Siria. A veces pasaba un romano togado, tan grave como si descendiera de un pedestal. Gente de Dacia y de Misia, con las piernas envueltas en ligaduras de fieltro, tropezaba deslumbrada por el claro esplendor de los mármoles. Y no era menos extraño que fuese yo, Teodorico Raposo, arrastrando mis botas de montar detrás de un sacerdote de Moloc, enorme y sensual en su zamarra de púrpura, que, en medio de un grupo de mercaderes de Serepta, desdeñaba aquel templo sin imágenes, sin bosques y más ruidoso que una feria fenicia.

Así, lentamente, nos fuimos acercando a la puerta llamada «la Bella», que daba acceso al atrio sagrado de Israel. Bella, en verdad, preciosa y triunfal sobre los catorce escalones de mármol verde de Numidia, con manchas amarillas: sus grandes hojas revestidas de chapas de plata, relucían como las de un relicario, y los dos grupos de columnas que la formaban, semejantes a gruesos haces de palmas, sostenían una torre, redonda y blanca, guarnecida de escudos tornados a los enemigos de Judá, brillantes bajo la luz del sol como un collar de gloria en el cuello fuerte de un héroe. Más allá de esta entrada maravillosa se levantaba un severo pilar rematado por una placa negra donde con letras de oro se desarrollaba esta amenaza en griego, en latín, en arameo y en caldaico: *¡Que ningún extranjero penetre aquí, bajo pena de la vida!*

Afortunadamente, avistamos al flaco Gamaliel, que se dirigía al patio santo, descalzo, apretando contra el pecho un haz de espigas votivas; con él venía un hombre rollizo y risueño, de cara colorada como una amapola, cubierto con una enorme mitra de laña negra adornada con hilos de coral. Inclínados hasta las losas, nosotros saludamos al austero doctor de la Ley.

El salmodió, con los ojos cerrados:

– Sed bien venidos... Esta es la hora mejor para recibir la bendición del Señor. El Señor dice: «Salid de vuestras habitaciones, venid a mí con las primicias de vuestros frutos, yo os bendeciré en todas las obras de vuestras manos»... Vosotros pertenecéis hoy, milagrosamente, a Israel. Subid a la montaña del Eterno. Éste que viene a mi lado es Eliezer de Silo, bondadoso y sabio entre todos para las cosas de la naturaleza.

Nos dio dos espigas de maíz, y detrás de él pisamos con nuestras suelas genéticas el atrio interdicto de Judá.

Caminando a mi lado, Eliezer de Silo, cortés y suave, me preguntó si estaba muy lejos mi patria y si eran peligrosos los caminos.

Yo murmuré, vaga y recatadamente:

– Sí... Llegamos de Jericó.

– ¿Es buena por allá la cosecha de bálsamo?

– Excelente – afirmé con calor –. ¡Alabado sea el Eterno, que en éste su año de gracia nos ha colmado de bálsamos!

El pareció regocijado. Y entonces me reveló que era uno de los médicos que residen en el Templo, donde los sacerdotes y los sacrificadores sufren perennemente trastornos intestinales por pisar sudados y descalzos las losas frías de los atrios.

– Por eso – murmuró él, con una chispa alegre en los ojos benignos –, el pueblo, en Sión, nos llama *doctores de la tripa*.

Me reí con ganas, por aquella jocosidad murmurada así en la austera morada del Eterno... Después, recordando mis molestias intestinales en Jericó, por gustar demasiado de los divinos y pérfidos melones de Siria, pregunté al amable físico si en tales casos él preconizaba el bismuto...

El hombre magistral movió cautamente su panzuda mitra. Y extendiendo un dedo en el aire me secreteó esta receta incomparable:

– Tómese goma de Alejandría, azafrán de jardín, una cebolla de Persia y vino negro de Meaux... Mézclase y cuézase... Déjese enfriar en un vaso de plata... Póñelos en una encrucijada, al nacer el sol...

Pero enmudeció súbitamente, con los brazos abiertos y él rostro inclinado hacia las losas. Habíamos entrado en el soberbio atrio llamado *Patio de las Mujeres*, y en aquel instante terminaban las bendiciones que a la sexta hora un sacerdote va a repartir allí desde lo alto de la puerta de Nicanor.

Severa, toda de bronce, la puerta dejaba entrever allá al fondo los oros, la blancura y las pedrerías del Santuario refulgiendo con serenidad. En los grandes escalones, más lustrosos que el alabastro, se extendían dos filas de levitas arrodillados y vestidos de blanco, unos con una trompa curva, otros posando los dedos sobre las cuerdas mudas de las liras. Y, por entre estas filas de hombres postrados, un solemne anciano descendió lentamente las gradas, con un incensario de oro en la mano...

Su apretada y finísima túnica tenía la fimbria orlada de esmeraldas formando piñas, que alternaban con cascabeles tintineantes; los pies, desnudos y teñidos de alheña, parecían de coral; y al medio de la faja que le ceñía las caderas magras brillaba, bordado en oro, un gran sol. Los fieles, arrodillados, quietos, sin un murmullo, casi tocaban las losas con las cabezas escondidas bajo los mantos y bajo los velos. Y así, con los colores alegres en que predominaban el rojo de la anémona y el verde de las hojas de higuera, era como si el atrio estuviese alfombrado de flores y de follajes, en una mañana de triunfo, para el paso de Salomón.

Con la barba aguda y fuerte alzada a los cielos, el viejo incensó primero el lado de Oriente y de las arenas y, después, el lado de Occidente y de los mares; el recogimiento era tan absoluto, que se oían en el fondo del santuario los mugidos lentos de los bueyes. Descendió más; alzó la mitra salpicada de joyas y agitó el incensario, que rechinó brillando al sol; y con el humo blanco pareció venir tenue y olorosa, sobre Israel, la bendición del Muy Fuerte. Entonces, los levitas, unísonamente, hirieron las cuerdas de las liras; de las trompetas curvas salió un grito de bronce, y todo el pueblo erguido, con los brazos en alto, entonó un salmo celebrando la eternidad de Judá... Súbitamente, todo cesó; los levitas descendían por la escalera de mármol, sin un rumor de sus pies desnudos; Eliezer de Silo y el rígido Gamaliel habían desaparecido bajo los pórticos; y en redor el patio claro resplandecía suntuoso y lleno de mujeres.

Los revestimientos de alabastro eran tan brillantes, que en ellos miraba Topsius, como en un espejo, los pliegues nobles de su túnica. Todos los frutos del Asia y las flores de los vergeles se entrelazaban en copiosas labores de plata, en las puertas de las cámaras rituales, donde se perfuma el óleo, se consagra la leña, se purifica la lepra; entré las columnas pendían en festones hilos gruesos de perlas y de cuentas de ónix, más numerosos que en el pecho de una novia; y en las alcancías de bronce, semejantes a colosales trompetas de guerra, posadas en las losas, se enrollaban, reclamando las dádivas, inscripciones en relieve de oro, graciosas como versos de canciones: *Quemad inciensos y nardos, ofreced palomas y tórtolas...*

Pero el santo atrio resplandecía de mujeres, y mis ojos dejaron aprisa metales y mármoles, para, ilusionados, posarse sobre aquellas hijas de Jerusalén, llenas de gracia y morenas como las tiendas de Cedar. Todas traían en el Templo el rostro descubierto, o cuando más, un velo de muselina leve como el aire, a la moda romana, envuelto finamente en forma de turbante, ponía en torno a las caras una albura de espuma, donde los ojos negros adquirirían un misterio más profundo, en-

languidecidos por las densas pestañas y alargados con tinturas. La abundancia bárbara de los oros y de las pedrerías, las envolvía en un resplandor trémulo, desde los pechos fuertes hasta los cabellos, más crespos que la lana de las cabras de Galaad. Las sandalias, adornadas de cascabeles y cadenillas, arrastraban sobre las losas una melodía argentina, tanta era la gracia concertada de sus movimientos ondulantes y graves. Los delicados linos de colores que las envolvían, perfumados con las esencias ardientes de ámbar, de malobrato y de bácaris, llenaban el aire de fragancia y de ternura el alma de los hombres. Las más ricas caminaban solemnemente entre esclavas vestidas de paños amarillos, que les traían el quitasol de plumas de pavo real, los rollos devotos en que está escrita la Ley, bolsas de dátiles, espejos ligeros de plata... Las más pobres, con una simple camisa de algodón a rayas multicolores, y sin más joyas que un rudo talismán de coral, corrían, hablaban, mostrando desnudos los brazos y el cuello color de madroño poco maduro... Y mi deseo zumbaba sobre todas como una abeja que duda entre flores de igual dulzura,

– ¡Ah, Topsisus, Topsisus! – murmuraba yo –. ¡Qué mujeres! ¡Yo estallo, esclarecido amigo!...

El sabio afirmaba con desdén que ellas no tenían más intelectualidad que los pavos reales de los jardines de Antipas, y que seguramente ninguna había leído a Aristóteles ni a Sófocles... Yo me encogía de hombros. ¡Oh, esplendor de los cielos! ¿Por cuál de estas mujeres que no habían leído a Sófocles no daría yo, si fuese César, una ciudad de Italia y toda la Iberia? Unas me sugestionaban por su gracia doliente y mansa de vírgenes devotas que viven en la penumbra constante de los cuartos de cedro, con el cuerpo saturado de perfumes, el alma castigada de oraciones. Otras me deslumbraban por la suntuosidad sólida y succulenta de su belleza. ¡Qué largos, oscuros ojos de ídolos! ¡Qué desnudeces magníficas cuando al borde del lecho se desenrollasen los cabellos pesados y fuesen dulcemente cayendo los velos y los linos de Galacia!

Fue necesario que Topsisus me arrastrase por el albornoz hacia la escalera de Nicanor. Y aun me detenía en cada escalón, volviendo los ojos en brasa y respirando como un toro en el mes de mayo, entre los pastos nuevos...

– ¡Ay, hijas de Sión, sois capaces de enloquecer a cualquiera!

Al volverme, arrastrado por el docto historiador, di de narices contra un cordero blanco que un viejo conducía a cuestras, con las patas amarradas y adornado de rosas. Delante de nosotros había una larga balaustrada de cedro labrado, donde una cancilla toda de plata, abierta, se movía silenciosa mente en sus goznes.

– Aquí – dijo el erudito Topsisus – es donde se dan a beber las aguas amargas a las mujeres adúlteras – Y ahora, don Raposo, ahí tiene a Israel adorando a su dios.

¡Era, al fin, el atrio sacerdotal! Me estremecí ante aquel santuario, entre todos monstruoso y deslumbrante. En medio del vasto y claro terrado se levantaba, hecho de enormes piedras negras, el altar de los holocaustos; a los lados se enristraban cuatro cuernos de bronce: de uno pendían guirnalda de lirios, de otro goteaba sangre, y en los restantes había colgados hilos de corales. De la inmensa parrilla del altar subía una humareda rojiza y lenta; y en redor se apiñaban los sacrificadores, descalzos, todos de blanco, con horquillas de bronce en las manos pálidas, pinchos de plata, cuchillos sujetos en los cintos color de cielo... En el afanoso y severo

rumor del ceremonial sacrosanto confundíase el balar de corderos, el son argentino de platos, el crepitar de las leñas, los golpes sordos de los mazos, el cantar lento del agua en tazones de mármol, y el estridor de las bocinas. A pesar de los aromas que ardían en pebeteros, y de los largos abanicos de hojas de palmera con que los siervos agitaban el aire, yo tuve que llevarme el pañuelo a la cara, mareado con aquel olor fuerte de carne cruda, de sangre, de gorduras fritas y de azafrán, que el Señor reclamó a Moisés como el don máspreciado que podía recibir de la tierra...

Al fondo, bueyes adornados de flores, becerros blancos con los cuernos dorados, sacudían, mugiendo, las cuerdas que los sujetaban a fuertes argollas de bronce; más lejos, sobre mesas de mármol, entre pedazos de hielo, se amontonaban, rojos y sangrientos, grandes trozos de carne sobre los cuales los levitas agitaban abanicos de plumas para ahuyentar las moscas. De columnas rematadas por brillantes globos de cristales pendían corderos muertos, que los «netenins», protegidos por delantales de cuero cubiertos de textos sagrados, desollaban con cuchillos de plata, mientras los victimarios de sayo azul, retesando los brazos, conducían recipientes donde habían ido recogiendo las entrañas. Coronados por una mitra redonda de metal, esclavos idutaeos constantemente limpiaban las gotas de sangre con esponjas; algunos descansaban sobre haces de leña, otros, agachados, soplaban hornillos de piedra.

A cada momento algún viejo sacrificador, descalzo, se dirigía al altar llevando en brazos un cordero tierno que no balaba, contento entre los brazos desnudos; un tocador de lira lo precedía; detrás los levitas conducían jarros de aceites aromáticos. Frente al ara, rodeado de acólitos, el sacrificador lanzaba sobre el cordero un puñado de sal; después, salmodiando, le cortaba un poco de lana entre los cuernos. Las bocinas resonaban; un grito de animal herido se perdía en el tumulto sacro; por encima de las tiaras blancas dos manos rojas se alzaban en el aire, sacudiendo la sangre; de la parrilla del altar brotaba, avivada por los aceites y la grasa, una llama de alegría y de oferta; y el humo rojizo y lento ascendía serenamente al azul, llevando en sus espirales el olor que deleita al Eterno.

— ¡Es una carnicería! — murmuré yo, aturdido—. ¡Es una carnicería! Amigo Topsius, vamos otra vez allá abajo, a donde están las mujeres...

El sabio miró al sol. Después, gravemente, poniéndome en el hombro la mano amiga, dijo:

— Es casi la nona hora, don Raposo..., y tenemos que ir fuera de la puerta Judiciaria, más allá del Gareb, a un sitio agreste que se llama el Calvario. .

Palidecí. Y me pareció que ninguna ventaja espiritual obtendría mi alma, que ninguna inesperada adquisición enriquecería el saber de Topsius, por irnos a contemplar en lo alto de un cerro, entre brezos, a Jesús atado a un madero y sufriendo; ¡sería solamente un tormento para nuestra sensibilidad! Pero, sumiso, seguí a, mi sapiente amigo por la escalera de las Aguas, que conduce al camino enlosado de basalto donde comienzan las primeras casas de Acre. Cercanas al santuario y habitadas por sacerdotes, esas casas ostentaban una profusa decoración pascual, formada por palmas, lámparas, tapetes colgados de los balcones; y algunas tenían el umbral salpicado de sangre fresca de cordero.

Antes de penetrar en una sórdida, andrajosa calle que se iba retorciendo bajo viejos toldos de esparto, me volví hacia el Templo: sólo veía desde allí la enorme muralla de granito, con sus bastiones en lo alto, sombría e inderrumbable; y la

arrogancia de su fuerza y de su eternidad llenó de cólera mi corazón. Mientras sobre una colina de muerte, destinada a los esclavos, el hombre de Galilea, incomparable amigo de los hombres, agonizaba en su cruz y para siempre se apagaba aquella voz de amor y de espiritualidad, allá quedaba el templo que lo mataba, rutilante y triunfal, con el balar de sus ganados y el estridor de sus sofismas, con la usura bajo los pórticos, la sangre sobre las aras, la iniquidad de su duro orgullo, la inoportunidad de su perenne incienso... Entonces, con los dientes apretados, mostré el puño a Jehová y a su ciudadela, y grité:

— ¡Arrasados seáis!

*

No volví a abrir mis labios secos hasta que llegamos a la estrecha puerta en las murallas de Ezequías, que los romanos llamaban la Judicaria. Y al llegar allí me estremecí al ver colgado de un pilar de piedra un pergamino con tres sentencias transcritas: la de un ladrón de Bethabara, la de un asesino de Emath y la de Jesús de Galilea. El escriba del Sanhedrín que, conforme a la Ley, tenía encargo de vigilar allí hasta que los condenados pasasen, para recoger algún inesperado testimonio de inculpabilidad, iba a partir con sus tabularios bajo el brazo, después de poner sobre cada sentencia un grueso trazo rojo. Y aquel rasgo final, color de sangre, puesto a prisa por un escriturario que volvía contento a su casa, para comer el cordero, me conmovió más que la melancolía de los Libros Santos.

Setos de cactus en flor bordeaban el camino; más allá se veían verdes oteros donde muros bajos de piedra, cubiertos de rosas silvestres, delimitaban los huertos. Todo allí resplandecía, alegre y pacífico. A la sombra de las higueras, bajo los pilares de las parras, las mujeres, de cuclillas sobre tapetes, hilaban el lino o ataban los ramos de espliego y mejorana que se ofrecen en la Pascua; y alrededor, algunos niños, con el cuello cubierto de amuletos de coral, se balanceaban en cuerdas o se tiraban saetas... Por el camino descendía una fila de lentos dromedarios conduciendo mercaderías para Jopé. Dos hombres fuertes volvían de la caza, con altos coturnos rojos cubiertos de polvo, las aljabas golpeándoles el muslo, una red colgada a la espalda, y los brazos cubiertos de perdices y de buitres amarrados por las patas. Delante de nosotros caminaba sin apuro, apoyado en el hombro del niño que lo guiaba, un viejo mendigo, de luengas barbas, que llevaba colgada de la cintura, como un bardo, la lira griega de cinco cuerdas, y sobre la frente una corona de laurel...

Al lado de un muro cubierto de ramos de almendro, delante de una cancilla pintada de encarnado, dos siervos esperaban, sentados en un tronco caído, con los ojos bajos y las manos sobre las rodillas. Topsisius se detuvo tirándome del albornoz:

— Este es el huerto de José de Ramatha, un amigo de Jesús, miembro del Sanhedrín, hombre de espíritu inquieto, que se inclina hacia el partido de los esenios... Pero ahí viene Gad.

Del fondo del huerto, en efecto, por una calle de mirto y rosas, Gad descendía corriendo con una pieza de lino y un cesto de mimbre sujetos en un palo. Nos detuvimos.

— ¿Y el Rabí? — gritó el alto historiador, trasponiendo la cancilla.

El esenio entregó a uno de los esclavos la pieza de lino y el cesto, que estaba lleno de mirra y de hierbas aromáticas; y quedó un momento delante de nosotros, trémulo, sofocado, con la mano colocada en el corazón para dominar su ansiedad.

— ¡Sufrió mucho! — murmuró al fin —. Sufrió cuando le traspasaron las manos.... Pero más cuando lo levantaron en la cruz... Y rechazó el vino de la Misericordia, que le produciría la insensibilidad... ¡El Rabí quería entrar con el alma lúcida en la muerte por la que había llamado! Pero José de Ramatha y Nicodemus estaban allí vigilando. Ambos le recordaron las cosas prometidas una noche en Betania... El Rabí entonces tomó la escudilla de roanos de la mujer de Rosmofin, y bebió.

El esenio fijó en Topsius los ojos relucientes, como para fijar claramente en su alma una recomendación suprema, y retrocediendo un paso, dijo con grave lentitud:

— Por la noche, después de la cena, en la azotea de Gamaliel...

Y otra vez desapareció en la calle fresca del huerto, entre el mirto y los rosales. Topsius y yo dejamos luego el camino, y tomando por un atajo agreste, donde los albornoces se prendían en las espinas de las zarzas, el alemán me explicó que la bebida de la Misericordia era un vino fuerte de Tarsis, con jugo de amapolas y especias, suministrado por una cofradía de mujeres devotas para insensibilizar a los suplicados... Pero yo apenas escuchaba al erudito. En lo alto de un áspero otero, todo cubierto de rocas y de brezos; había avistado, destacando duramente en el claro azul del cielo terso, un grupo de gente inmóvil; en medio aparecían los extremos de tres gruesos maderos y se movían, brillando al sol, yelmos bruñidos de legionarios. Turbado, me apoyé en un peñasco blanco que había al lado del camino y que abrasaba. Pero, viendo que Topsius seguía avanzando, con la sabia serenidad de quien considera que la muerte es una purificadora liberación de las formas imperfectas, no quise ser menos fuerte ni menos espiritual: me quité el albornoz que me ahogaba y subí intrépidamente por la colina temerosa.

De un lado se abría el valle de Hinnom, abrasado y amarillento, sin una hierba, sin una sombra, manchado de huesos, de carroñas, de cenizas. Y delante de nosotros la colina ascendía, con manchas leprosas de tojo oscuro, y agujereada a veces por una punta de roca pulida y blanca como un hueso. El sendero donde nuestros pasos espantaban a los lagartos, iba a perderse entre las ruinas de una choza de adobe; al lado, dos almendros, más tristes que plantas nacidas en la grieta de un sepulcro, levantaban sus ramas ralas y sin flor, donde cantaban ásperamente las cigarras. Y en la sombra escasa, cuatro mujeres descalzas, desgreadas, con desgarrones de duelo en las túnicas pobres, lloraban como en un funeral.

Una, inmóvil, apoyada en un tronco, gemía sordamente bajo la punta del manto negro; exhausta de lágrimas, descansaba sobre una piedra, con la cabeza caída en las rodillas, y los espléndidos cabellos rubios, en desorden, arrastraban por el suelo. Las otras dos se desesperaban, arañadas, ensangrentadas, golpeando furiosamente sus pechos, cubriendo los rostros de tierra; alzando al cielo los brazos desnudos, estremecían la colina con sus gritos: «¡Oh encanto mío! ¡Oh mi tesoro! ¡Oh sol de mi vida!» Y un perro que husmeaba entre las ruinas, levantaba la cabeza y aullaba siniestramente.

Despavorido, tiré de la capa del docto Topsius y atravesamos por entre los brezos hasta lo alto, donde se apiñaban, observando y charlando, obreros de los

talleres de Gareb, sirvientes del Templo, vendedores y alguno de esos sacerdotes miserables y harapientos que viven de la nigromancia y de las limosnas. Delante de la blanca capa en que Topsius se envolvía, dos cambistas, con monedas de oro pendientes de las orejas, se separaban, murmurando bendiciones serviles. Nos detuvo una cuerda de esparto sujeta a postes clavados en el suelo para aislar la cima del cerro, y en el sitio en que nos quedamos había un viejo olivo que tenía colgados de las ramas algunos escudos de legionarios y un manto bermejo.

Entonces, ansioso, levante los ojos... Levanté los ojos hacia la cruz más alta, sujeta con cuñas en una hendidura de la roca. El Rabí agonizaba. Y aquel cuerpo que no era de marfil ni de plata, que jadeaba, vivo, caliente, atado y clavado a un madero, con un paño viejo a la cintura y un travesaño pasado entre las piernas, me llenó de terror, de espanto... La sangre que manchara la madera nueva, le ennegrecía las manos, coagulada en torno de los clavos; los pies casi tocaban el suelo, amarrados con una cuerda gruesa, rojos y retorcidos de dolor. La cabeza, ora obscurecida por una onda de sangre, ora más blanca que un mármol, rodaba de un hombro a otro dulcemente, y por entre los cabellos enmarañados, que el sudor empastara, los ojos se apagaban, sumidos, pareciendo llevarse para siempre toda la luz y toda la esperanza de la Tierra...

El centurión, sin manto, con los brazos cruzados sobre la coraza de escamas, rondaba gravemente al pie de la cruz del Rabí, clavando a veces los ojos duros en la gente del Templo, rumorosa y alegre. Topsius me mostró, cerca de la cuerda, un hombre cuya faz amarilla y triste casi desaparecía entre los dos largos mechones de cabellos negros que le caían sobre el pecho, y el cual enrollaba y desenrollaba con impaciencia un pergamino, ora espionando la marcha lenta del sol, ora hablando en voz baja a un esclavo que estaba a su lado.

— Es José de Ramatha — me secreteó el docto historiador —. Vamos a hablarle; nos enterará de cosas que conviene saber.

Pero en ese instante, de entre el bando sórdido de los siervos del Templo y de los sacerdotes miserables que se alimentan con las sobras de los holocaustos, partió un ruido estridente como graznar de cuervos en la albura. Y uno de ellos, colosal, escuálido, con costurones de cuchilladas a través de la barba rala, extendió los brazos hacia la cruz del Rabí y gritó entre una tufarada de vino:

— Tú que eres fuerte y querías destruir el Templo y sus murallas, ¿por qué no rompes a lo menos el palo de esa cruz?

En torno estallaron risotadas estúpidas. Otro, con las manos abiertas sobre el pecho, inclinándose con infinito escarnio, saludaba al Rabí:

— Heredero de David, ¡oh príncipe mío!, ¿qué te parece ese trono? — ¡Hijo de Dios, llama a tu padre, a ver si tu padre viene a salvarte! — gruñó a mi lado un viejo delgado, con la barba temblando, apoyado en un bordón.

Algunos vendedores brutales agarraban terrones secos, escupían en ellos y se los tiraban al Rabí; una piedra sonó contra el madero. El centurión corrió entonces, indignado; la hoja de su larga espada relampagueó en el aire; y el bando retrocedió blasfemando, mientras algunos de los que lo formaban envolvían en la punta del sayo los dedos que sangraban.

Nos acercamos a José de Ramatha. Pero él se alejó bruscamente, esquivando la inoportunidad del sabio Topsius. Y, doloridos por esta rudeza, nos quedamos allí, junto a un tronco de olivo seco, frente a las otras cruces.

Los dos condenados habían vuelto de su primer desmayo, bajo la frescura de la brisa de la tarde. Uno, gordo, velludo, con los ojos muy abiertos, el pecho abombado y las costillas estirando la piel, como si el desgraciado quisiese arrancarse del madero en un esfuerzo supremo, bramaba sin cesar, pavorosamente; la sangre le caía en gotas lentas de los pies renegridos, de las manos destrozadas, y abandonado, sin afecto o piedad que lo asistiese, era como un lobo herido que aúlla y muere en un matorral. El otro, delgado y rubio, colgaba sin un gemido, como un tallo quebrado. Delante de él una mujer macilenta y vestida de harapos, apoyando a cada instante las rodillas sobre la cuerda, le alargaba en los brazos un niño desnudo y le gritaba, ya ronca:

– ¡Míralo aún, míralo aún!

Los párpados lívidos no se movían; un negro que guardaba las herramientas de la crucifixión, la empujaba con blandura; ella enmudecía, estrechaba desesperadamente al hijo, para que no se lo llevasen también, apretando los dientes y temblando toda, y el niño buscaba entre los harapos el seno flácido.

Algunos soldados sentados en el suelo, desdoblaban las túnicas de los suplicados; otros, con el yelmo sujeto en el brazo, se limpiaban el sudor, o bebían la posca en una escudilla de hierro, a sorbos lentos. Abajo, entre el polvo del camino, bajo el sol, ya menos ardiente, pasaba la gente que volvía pacíficamente de los campos y de los huertos. Un viejo agujijoneaba sus vacas hacia la puerta de Genath; mujeres cantando acarreaban leña; un jinete trotaba, envuelto en un manto blanco. A veces, los que atravesaban el camino o volvían de los pomares de Gáreb veían las tres cruces y, recogiendo la túnica, subían a la colina lentamente, por entre los brezos. El rótulo de la cruz del Rabí, escrito en griego y en latín, causábalos asombro: «Rey de los Judíos». ¿Quién era ése? Dos jóvenes, patricios y saduceos, con pendientes de perlas en las orejas y bordados de oro en los borceguíes, interpelaron al centurión, escandalizados. ¿Por qué había escrito el pretor «Rey de los Judíos»? ¿Era Cayo Tiberio aquel que estaba clavado en la cruz? ¡Sólo Tiberio era rey de Judea! El pretor había querido ofender a Israel; pero, en verdad, sólo ultrajaba a César.

Impasible, el centurión hablaba con dos legionarios que removían el suelo con gruesas barras de hierro. Y la mujer que acompañaba a los saduceos, una romana menuda y morena, con cintas de púrpura en los cabellos empolvados de azul, contemplaba con ternura al Rabí y aspiraba su frasco de esencias, lamentando seguramente que aquel hombre joven, rey vencido, rey bárbaro, muriese en el poste de los esclavos.

Cansado, fui a sentarme con Topsius en una piedra. Era cerca de la octava hora judaica; el sol, sereno como un héroe que envejece, descendía hacia el mar por encima de las palmeras de Betania. Delante de nosotros el Gareb verdeaba, cubierto de jardines. Junto a las murallas, en el barrio nuevo de Betseta, grandes paños rojos y azules secaban en cuerdas a las puertas de las tintorerías; una llama brillaba en el fondo de una forja; niños corrían y jugaban sobre el borde de una piscina. Más allá, en lo alto de la torre Hípica, que extendía ya su sombra sobre el valle de Hinnom, soldados de pie en la barbacana lanzaban sus saetas a los buitres que volaban en el azul. Y más lejos, entre arboledas, surgían frescos y rosados por la tarde, los terrados del palacio de Herodes.

Triste, con el espíritu aplanado, yo pensaba en Egipto, en nuestras tímidas tiendas, en la vela que había dejado ardiendo, humosa y rojiza, y en eso avisté, subiéndome la colina lentamente, apoyado en el hombro del niño que lo guiaba, al viejo que habíamos encontrado en el camino de Jopé, y que llevaba una lira colgada de la cintura. Sus pasos se arrastraban más inciertos que antes, con la fatiga de una jornada penosa; la tristeza abatía sobre su pecho la clara barba ondulante, y debajo del manto color vino que le cubría la cabeza, las hojas de la corona de laurel pendían escasas y marchitas.

Topsius le gritó:

— ¡Eh, rapsoda!

Y cuando él, tentando los brezos del camino, se acercó, el docto historiador le preguntó si de las dulces Islas del Mar traía algún canto nuevo. El viejo alzó la faz entristecida y muy noblemente murmuró que una juventud imperecedera sonreía en los más antiguos cantos de la Hélade. Después, habiendo afirmado los pies en una piedra, tomó la lira entre las manos lentas; el niño, derecho, con los ojos bajos, puso en la boca una flauta de caña, y en el resplandor de la tarde que envolvía y doraba a Sión, el rapsoda lanzó un canto ya trémulo, pero glorioso y traspasado de adoración, como ante el ara de un templo, en una playa de Jonia... Yo adiviné que cantaba a los dioses, su belleza y su actividad heroica. Hablaba del Delfico, imberbe y color de oro, purificando los pensamientos humanos con el ritmo de su cítara; de Atenea, armada e industriosa, guiando las manos de los hombres sobre los telares; de Zeus, ancestral y sereno, dando la belleza a las razas y el orden a las ciudades; y del Hado, sin forma, disperso, por encima de todos y más fuerte que todos...

Pero súbitamente un grito estremeció el cielo partiendo de lo alto de la colina, grito supremo y arrebatado como el de una liberación. Los dedos flojos del viejo enmudecieron entre las cuerdas de metal; con la cabeza caída sobre el pecho y la corona de laurel épico medio deshojada, parecía llorar sobre la lira helénica, de allí en adelante, y para largas edades, silenciosa e inútil. Y a su lado, el niño, separando la flauta de los labios, levantaba hacia las cruces negras los ojos claros, a donde subía la curiosidad y la pasión de un mundo nuevo.

Topsius le preguntó al viejo su historia. El la contó con amargura. Había venido de Samos a Cesárea y tocaba el «konnor» junto al templo de Hércules. Pero la gente abandonaba el puro, culto de los héroes, y sólo había fiestas y ofrendas para la buena diosa de Siria. Había acompañado después a unos mercaderes a Tiberiádes; los hombres no respetan allí la vejez y su corazón era interesado como el de los esclavos. Entonces siguió cantando por los largos caminos, deteniéndose ante los puestos romanos, donde lo escuchaban los soldados. En las aldeas de Samaría llamaba a la puerta de los lagares, y para ganar el duro pan diario, tocaba la cítara griega en los funerales de los bárbaros. Ahora vagaba por allí, por aquella ciudad donde había un gran templo y un dios feroz y sin forma que detestaba a las gentes. Su deseo era volver a Mileto, su patria; sentir el suave murmullo de las aguas del Meandro, poder palpar los mármoles santos del templo de Febo Didimeo, adonde él, siendo niño, había llevado en un cesto y cantando, los primeros rizos de sus cabellos...

Las lágrimas rodaban por su rostro, tristes como la lluvia por un muro en ruinas. Y mi piedad fue grande hacia aquel rapsoda de las islas de Grecia, perdido también en la dura ciudad de los judíos y dominado por la influencia siniestra de

un dios ajeno. Le entregué mi última moneda de plata. El descendió la colina, apoyado en el hombro del niño, lento y encorvado, con la orla deshilachada de su manto enredándosele en las piernas desnudas, y muda y mal segura en la cintura la lira heroica de cinco cuerdas.

Mientras tanto, en torno a las cruces, en lo alto, había surgido un rumor de revuelta. Vimos a la gente del Templo, con las manos en el aire, señalando al sol que descendía como un escudo de oro hacia el mar de Tiro, e intimando al centurión para que bajase a los condenados de la cruz antes de sonar la hora santa de la Pascua. Los más devotos reclamaban que se aplicase a los crucificados, si aun vivían, el *crurifragio* romano, quebrándoles los huesos con barras de hierro y arrojándolos al despeñadero de Hinnom. Y la indiferencia del centurión exasperaba el celo piadoso. ¿Osaría él macular el «sabbat» dejando un cuerpo muerto en el aire? Algunos recogían la punta del manto para echar a correr e ir a Acre para avisar al pretor.

– ¡El sol declina! ¡El sol va a dejar el Hebrón! – gritó desde lo alto de una piedra, aterrado, un levita.

– ¡Rematadlos! ¡Rematadlos!

Y a nuestro lado un hermoso mancebo exclamaba, entornando los ojos lánguidos y moviendo los brazos llenos de brazaletes de oro:

– ¡Echad el Rabí a los cuervos! ¡Dad a las aves de rapiña su Pascua!

El centurión, que escrutaba el alto de la torre Mariana, donde los escudos colgados brillaban al ser heridos por el sol moribundo, hizo una seña lenta con la espada. Dos legionarios, echándose pesadamente al hombro las barras de hierro, marcharon con ellas hacia las cruces. Yo, aterrorizado, agarré el brazo de Topsisus. Pero, delante del madero de Jesús, el centurión, se detuvo levantando la mano...

El cuerpo blanco y fuerte del Rabí tenía la serenidad de un adormecimiento; los pies, cubiertos de polvo, que aun hacía un momento se retorcían de dolor entre las cuerdas, pendían ahora rectos hacia el suelo, como si fuesen a pisarlo en breve; la faz no se veía, echada hacia atrás dulcemente por encima de uno de los brazos de la cruz y vuelta al cielo donde él había puesto su deseo y su reino... Yo también miré al cielo; brillaba sin una sombra, sin una nube, liso, claro, mudo, muy alto y lleno de impassibilidad...

– ¿Quién reclama el cuerpo de este hombre? – gritó el centurión, mirando a todos lados.

– ¡Yo, que lo amé en vida! – exclamó José de Ramatha, extendiendo por encima de la cuerda su pergamino.

El esclavo que esperaba junto a él, extendió en el suelo la sábana de lino y corrió hacia las ruinas de la cabaña donde las mujeres lloraban entre los almendros.

Detrás de nosotros, los fariseos y los saduceos que se habían reunido, censuraban con acritud que José de Ramatha, miembro del Sanhedrín, así solicitase el cuerpo del Rabí para perfumarlo y hacer sonar a su alrededor las flautas y los llantos de un funeral... Uno de ellos, corcovado, con lascias melenas brillantes de aceite, afirmaba que siempre había visto a José de Ramatha inclinado hacia todos los innovadores, hacia todos los sediciosos... Más de una vez lo había sorprendido hablando con ese Rabí junto al campo de los tintoreros... Y con ellos estaba Nicode-

mus, hombre rico, dueño de ganados, de viñas, de todas las casas que están a ambos lados de la sinagoga de Cirenaica...

Otro, rubicundo y afeminado, gimió:

– ¿Qué será de la nación si los más respetados se unen a los que adulan al pobre y le enseñan que los frutos de la tierra deben ser para todos por igual?

– ¡Raza de Mesías! – gritó el más joven, con furor, golpeando los brezos con el bastón –. ¡Raza de, Mesías, perdición de Israel!

Pero el saduceo de melenas aceitosas alzó lentamente la mano, ligada con tiras sagradas:

– Calmaos; Jehová es grande, y todo ocurre, en verdad, para su mayor gloria... En el Templo y en el Consejo nunca faltarán hombres fuertes que defiendan el antiguo orden, y en lo alto de los calvarios, felizmente, se han de levantar siempre las cruces...

Todos susurraron:

– ¡Amén!

Mientras tanto, el centurión, seguido por los soldados que llevaban al hombro las barras de hierro, se dirigía hacia los otros maderos, donde los condenados, vivos aún, pero poseídos por las ansias de la agonía, pedían agua; uno, rígido y gimiendo; otro, retorcido, con las manos rasgadas, rugiendo terriblemente. Tapsius, que sonreía con frialdad, murmuró:

– Ya es tiempo; vamos.

Con los ojos llenos de lágrimas amargas, tropezando en las piedras, descendí al lado del fecundo crítico la colina de la Inmolación. Y sentía una densa melancolía oscurecer mi alma al pensar en aquellas cruces que habían de levantarse aún, según anunciara el conservador de las guedejas aceitosas... ¡Así sería, por desgracia! Sí; de allí en adelante, por todos los siglos venideros, iría renovándose en torno a las hogueras, bajo la frialdad de las mazmorras, junto a las escaleras de las horcas, aquel afrentoso escándalo de juntarse los sacerdotes, los patricios, los magistrados, los soldados, los doctores y los mercaderes, para matar ferozmente en lo alto de una colina al justo que, penetrado del esplendor de Dios, enseñe la adoración en espíritu, o al que lleno de amor hacia los hombres proclame el reino de la igualdad...

Con estos pensamientos retorné a Jerusalén, mientras las aves, más felices que los hombres, cantaban en los cedros del Gareb...

*

Había oscurecido y era la hora de la Cena pascual cuándo llegamos a casa de Gamaliel; en el patio, sujeto a una argolla, estaba el burro, albardado de paños negros, que había traído al amable físico Eliezer de Silo.

En la sala azul, con techo de cedro y perfumada de malobatro, el austero doctor ya nos aguardaba, tendido en el diván de correas blancas, con los pies desnudos, las largas mangas recogidas y plegadas sobre el hombro, y teniendo al lado un bordón de viaje, una calabaza con agua y un atado de ropa, emblemas rituales de la salida de Egipto. Frente a él, en una mesa incrustada de nácar, entre vasos de barro con flores pintadas, azafates de filigrana de plata rebosantes de fruta y pedazos brillantes de hielo, se levantaba un candelabro en forma de arbusto, que tenía

en el extremo de cada ramo una pálida llama azul. Con la mirada perdida en el brillo trémulo, las manos cruzadas sobre el vientre, Eliezer, el benigno doctor de la tripa, sonreía beatíficamente recostado en almohadones de cuero rojo. Junto a él, dos escabeles cubiertos con tapices de Asiría esperaban por mí y por el sagaz historiador.

— Sed bien venidos — murmuró Gamaliel —. Grandes son las maravillas de Sión... ¡Vendréis hambrientos!

Batió las palmas lentamente. Los esclavos, caminando sin ruido en sus sandalias de fieltro, y precedidos majestuosamente por el hombre obeso de túnica amarilla, entraron levantando en las manos platos de cobre que humeaban.

A un lado teníamos, para limpiar los dedos, un bollo de harina blanca, fino y suave como un paño de lino; al otro, un plato grande con reborde de perlas, donde negreaba entre hojas frescas un montón de cigarras fritas. En el suelo, jarros con agua de rosa.

Hicimos las abluciones; y Gamaliel, habiendo purificado la boca con un pedazo de hielo, murmuró la oración ritual sobre la amplia fuente de plata donde el cabrito asado hacía rebosar la salsa de azafrán.

Topsius, buen conocedor de las maneras orientales, eructó ruidosamente, por cortesía, demostrando hartura y deleite; después, con una hebra de carne entre los dedos, afirmó sonriendo a los doctores que Jerusalén le parecía magnífica, hermosa de claridad, bendita entre las ciudades...

Eliezer de Silo interrumpió, con los ojos cerrados de gozo, como si alguien lo acariciase:

— Es una joya mejor que el diamante, y el Señor la engastó en el centro de la Tierra para que irradiase su brillo a todos por igual...

— ¿En el centro de la Tierra? — murmuró el historiador, con docto espanto.

— ¡Sí! — Y, mojando un pedazo de pan en la salsa de azafrán, el profundo físico explicó que la Tierra era chata y más redonda que un disco; en el centro está Jerusalén la santa, como un corazón lleno de amor al Altísimo; en redor, la Judea, rica en bálsamos y palmeras, cercada de sombras y aromas; más allá estaban los paganos, en regiones duras donde no abundan la miel ni la leche; después, los mares tenebrosos... Y por encima de todo, el cielo, sonoro y sólido.

— ¡Sólido!... — repitió mi sapiente amigo, todo pálido.

Los esclavos servían en tazas, de plata cerveza amarilla de la Media. Gamaliel me aconsejó con solicitud que, para avivarle el sabor, masticase una cigarra frita. Mientras, Rabí Eliezer, sabio entre todos para las cosas de la naturaleza, revelaba a Topsius la divina construcción del cielo: está formado por siete duras, maravillosas, rutilantes capas de cristal; por encima de ellas ruedan constantemente las grandes aguas; sobre las aguas flota en un fulgor el espíritu de Jehová... Esas láminas de cristal, agujereadas como una criba, resbalan unas sobre otras con una música dulce y lenta que los profetas más queridos oían a veces... El mismo, una noche que oraba en el terrado de su casa, en Silo, había sentido por raro favor del Altísimo esa armonía, tan penetrante y suave, que las lágrimas le caían una a una en las manos abiertas... Pues bien: en los meses de Kisleu y de Tabeth los agujeros de las láminas coinciden y por ellas caen sobre la Tierra las gotas de las aguas eternas que hacen crecer las cosechas.

— ¿La lluvia? — preguntó Topsius, con acatamiento.

— ¡La lluvia! — respondió Eliezer, con serenidad.

Topsius, disimulando una sonrisa; alzó hacia Gamaliel sus anteojos de oro, que brillaban con sabia ironía; pero el piadoso hijo de Simeón conservaba en el rostro, enflaquecido en el estudio de la Ley, una serenidad impenetrable. Entonces el historiador, revolviendo las aceitunas, deseó saber del esclarecido físico por qué tenían los cristales del cielo ese color azul que extasía el alma...

Eliezer de Silo se lo explicó:

— Una gran montaña azul, invisible hasta hoy para los hombres, se alza al occidente, y cuando el sol descende, su reverberación baña el cristal del cielo y lo tiñe de añil. ¡Tal vez es en esa montaña donde moran las almas de los justos!...

Gamaliel tosió blandamente y murmuró:

— ¡Bebamos en alabanza del Señor!

Levantó una taza llena de vino de Siquem, pronunció sobre ella una bendición, y me la pasó llamando la paz sobre mi espíritu. Yo murmuré:

— A su salud, y por muchos años.

Y Topsius, recibiendo la taza con veneración, exclamó:

— Por la prosperidad de Israel, por su fuerza, por su sabiduría.

Después los siervos, precedidos por el hombre obeso de túnica amarilla, que hacía resonar pomposamente sobre las losas su vara de marfil, trajeron la más devota comida pascual: las hierbas amargas.

Era una fuente repleta de lechuga, berros, achicoria y manzanilla, con vinagre y gruesas piedras de sal. Gamaliel masticó algunas solemnemente, como cumpliendo un rito. Ellas representaban las amarguras de Israel en el cautiverio de Egipto. Y Eliezer, chupándose los dedos, las declaró deliciosas, fortificadoras y llenas de una alta lección espiritual.

Pero Topsius recordó, basándose en autores griegos, que todas las legumbres reblandecen la virilidad en el hombre, le roban la elocuencia, le enervan el heroísmo; y con torrencial erudición citó a Teofastro, a Eubulo, a Nicandro en la segunda parte de su *Diccionario*, a Fenis en su *Tratado de las plantas*, a Défilo y a Epicarmo...

Gamaliel, secamente, condenó la inanidad de esa ciencia, porque Hecateo de Mileto, sólo en el primer libro de su *Descripción del Asia*, contiene cincuenta y tres errores, catorce blasfemias y ciento nueve omisiones... Por ejemplo, decía el ligero griego que el dátíl, maravilloso don del Altísimo, enflaquece el intelecto...

— Pero — exclamó Topsius con ardor —. Xenofonte establece esa misma doctrina en el libro segundo de *Anabasis*. Y Xenofonte...

Gamaliel rechazó la autoridad de Xenofonte. Entonces Topsius, encarnado, golpeando con una cuchara de plata en el borde de la mesa, exaltó la elocuencia de Xenofonte, la fuerte nobleza de su sentimiento, su tierna reverencia por Sócrates. Y mientras yo partía una empanada de Comagenia, los dos facundos doctores discutían ásperamente sobre Sócrates. Gamaliel afirmaba que las *voces secretas* escuchadas por Sócrates, y que tan divina y puramente lo dirigían, eran rumores distantes que le llegaban de Judea, repercusiones milagrosas de la voz del Señor... Topsius saltaba, encogía los hombros, con desesperado sarcasmo, ¡Sócrates, inspirado por Jehová! ¡Qué disparate!

Lo positivo era (insistía Gamaliel, ya lívido) que los gentiles iban saliendo de sus tinieblas, atraídos por la luz fuerte y pura que derramaba Jerusalén; porque la

reverencia por los dioses aparecía en Esquilo profunda y llena de terror; en Sófocles, amable y llena de serenidad; en Eurípides, superficial y llena de duda... Y cada uno de los trágicos daba así, largamente, un paso hacia el Dios verdadero.

– ¡Oh Gamaliel, hijo de Simeón! – murmuró Eliezer de Silo – tú que posees la verdad, ¿por qué das entrada en tu espíritu a los paganos?

Gamaliel respondió:

– ¡Para despreciarlos mejor dentro de mí!

Harto de tan clásica controversia, empujé hacia Eliezer un cubilete de miel de Hebrón y le conté que me había agradado el camino de Gareb entre jardines. El expresó que Jerusalén, rodeada de vergeles, era dulce a la vista como la frente de una novia tocada de anémonas. Después me expresó su extrañeza de que yo escogiese, para distraerme, los alrededores de Gihón, llenos de carnificina, junto a la colina calva donde se levantan las cruces. Más grata me sería la fragancia de Siloé...

– Fui a ver a Jesús – atajé severamente –. Fui a ver a Jesús, crucificado esta tarde por mandato del Sanhedrín.

Eliezer, con oriental cortesía, se golpeó el pecho demostrando pesar. Y quiso saber si pertenecía a mi sangre, o si partiera conmigo el pan de la alianza, aquel Jesús a quien yo había ido a asistir en su muerte de esclavo.

Yo lo miré, asombrado:

– ¡Es el Mesías!

Y él me miró aún más asombrado, con un hilo de miel escurriéndosele por las barbas.

¡Oh rareza! ¡Eliezer, doctor del Templo, físico del Sanhedrín, no conocía a Jesús de Galilea! Atareado con los enfermos que por la Pascua llegan a Jerusalén – me confesó –, no había podido ir a Xistus, ni a la lonja del perfumista Cleos, ni a los terrados de Hannán, donde las noticias vuelan más numerosas que las palomas; por eso nada había oído de la aparición de un Mesías...

Por lo demás, añadió, no podía ser el Mesías. Ese debería llamarse *Manahem*, «el Consolador», porque traería el consuelo a Israel. Y habría dos Mesías; el primero, de la tribu de José, sería vencido por Gog; el segundo, hijo de David y lleno de fuerza, vencería a Magog. Antes de nacer él, empezaría siete años de maravillas: habría mares evaporados, estrellas desprendidas del cielo, hambres y harturas extraordinarias; el último año correría la sangre entre las naciones; al fin resonaría una voz portentosa, y sobre el Hebrón, con una espada de fuego, surgiría el Mesías...

Decía estas cosas peregrinas mientras partía la cascara de un higo. Después añadió suspirando:

– Hasta ahora, hijo mío, ninguna de estas maravillas anunció el esperado consuelo...

Y clavó los dientes en el higo.

Entonces fui yo, Teodorico, ibero de un remoto municipio romano, quien contó a un físico de Jerusalén, criado entre los mármoles del Templo, la vida del Señor. Le dije las cosas dulces y las cosas fuertes: las tres claras estrellas sobre su cuna, su palabra amansando las aguas de Galilea; el corazón de los humildes palpitando por él; el Reino del Cielo que prometía, y su faz augusta brillando ante el pretor de Roma...

– Después los padres, los patricios y los ricos lo crucificaron...

El doctor Eliezer, revolviendo en el azafate de los higos, murmuró pensativamente:

— ¡Es triste, es triste!... Pero hay que reconocer, hijo mío, que el Sanhedrín es misericordioso. En siete años, desde que yo lo sirvo, sólo ha lanzado tres sentencias de muerte... Es cierto que el mundo necesita una palabra de amor y de justicia; ¡pero Israel ha sufrido tanto con los innovadores, con los profetas! En fin, nunca debería derramarse la sangre del hombre... Por cierto que estos higos de Betfagé valen bien menos que los míos de Silo.

Encendí un cigarrillo, en silencio. Y en aquel instante el doctor Topsius, discutiendo aún con Gamaliel sobre el helenismo y las escuelas socráticas, irguiéndose, con los anteojos en la punta de la nariz, lanzaba este brillante resumen:

— Sócrates es la semilla; Platón, la flor; Aristóteles, el fruto... Y de ese árbol, así completo, se ha nutrido el espíritu humano.

Pero Gamaliel se levantó súbitamente; el doctor Eliezer también, eructando con satisfacción. Ambos tomaron los cayados y gritaron a un tiempo:

— ¡Aleluya! ¡Alabad al Señor, que nos sacó de la tierra de Egipto!

Había terminado la Cena pascual. El esclarecido historiador, que se limpiaba el sudor de la controversia, miró vivamente su reloj y pidió permiso a Gamaliel para subir a la terraza, a refrescar su emoción en el aire tibio de Opel. El doctor de la Ley nos condujo hasta la balaustrada, pálidamente iluminada por lámparas de mica, y nos mostró la empinada escalera de ébano que conducía a los terrados; y llamando sobre nosotros la gracia del Señor, penetró con Eliezer en un aposento cerrado por cortinas de Mesopotamia, de donde salía un grato aroma, un apagado rumor de risas y sonos lentos de lira.

¡Qué dulce era el aire en el terrado! ¡Y qué alegre esa noche en Jerusalén! En el cielo, mudo, cerrado como un palacio donde hay luto, ningún astro brillaba; pero el burgo de David y la colina de Acre, con sus iluminaciones rituales, parecían salpicadas de oro. En cada terrado, vasos con mechas de estopa ardiendo en aceite lanzaban una llama ondulante y rojiza. Aquí y allá, en algunas casas más altas, hileras de luces brillaban en las paredes oscuras como collares de pedrería en el cuello de una negra. El aire traía gemidos de flauta y la doliente vibración de las cuerdas del «konnor»; en las calles iluminadas por grandes hogueras, veíamos flotar las túnicas blancas y cortas de los griegos que bailaban la *calábida*. Sólo las torres que parecían más altas en la noche: la Hípica, la Mariana, la Farsala, permanecían oscuras; y el mugido de sus bocinas pasaba a veces, ronco y rudo, como una amenaza, sobre la santa ciudad en fiesta.

Más allá de las murallas se reanudaba la alegría de la noche pascual. Había luces en Siloé. En los campamentos, sobre el monte de los Olivos, ardían fuegos claros; y como las puertas de la ciudad estaban abiertas, filas de antorchas humeaban por los caminos, entre un vago rumor de cantares.

Sólo una colina, más allá de Gareb, permanecía en tinieblas. Al pie de ella, entre unas rocas, blanqueaban dos cuerpos despedazados, donde los picos de los buitres, con un ruido seco de hierros entrechocados, hacían su cena pascual. Al menos el cuerpo del tercero de los ajusticiados, preciosa envoltura de un espíritu perfecto, yacía resguardado en un sepulcro nuevo, envuelto en lino fino, ungido, perfumado de canela y de nardo. Así lo habían dejado aquella noche, la más santa de Israel, aquellos que le amaban y que desde entonces para siempre más entraña-

blemente lo amarían... Así lo habían dejado, con una piedra lisa por encima. Ahora, entre las casas de Jerusalén, llenas de luces y de cantos, había alguna, oscura y cerrada, donde corrían lágrimas sin consuelo. Allí el hogar enfriara, apagado; la lámpara triste agonizaba en un rincón; en el cántaro no había agua, porque nadie había ido a la fuente; y sentadas en la estera, con los cabellos despeinados, aquellas que le habían seguido desde Galilea hablaban de él, de las primeras esperanzas, de las parábolas contadas por entre los trigales, de los tiempos tranquilos a orillas del lago.

En esto pensaba yo, reclinado sobre el muro, mirando a Jerusalén, cuando en la terraza surgió sin rumor una forma envuelta en linos blancos, esparciendo un aroma de canela y de nardo. Me pareció que irradiaba una claridad y que sus pies no tocaban en las losas... Mi corazón tembló. Mas de entre los albos paños una bendición salió, grave y familiar:

– ¡Que la paz sea con vosotros!

¡Ah, qué alivio! Era Gad.

– ¡Que la paz sea contigo!

El esenio se detuvo delante de nosotros; yo sentía que sus ojos trataban de llegar al fondo de mi alma para sondear su grandeza y su fuerza. Por fin, murmuró, inmóvil como una imagen tumular en sus vestiduras blancas:

– La luna va a nacer... Todas las cosas esperadas se están cumpliendo... Abajo, decid: ¿sentís el corazón fuerte para acompañar a Jesús y guardarlo hasta el oasis de Engadí?

Me incorporé estirando los brazos con terror. ¡Acompañar al Rabí! ¿No yacía, pues, muerto, ligado y perfumado, bajo una piedra, en un huerto del Gareb? ¡Vivía! ¡Y, al nacer la luna, iba a partir, entre sus amigos, para Engadí! Agarré ansiosamente el hombro de Topsisus, amparándome en su fuerte saber y en su autoridad...

Mi docto amigo parecía envuelto en una pesada incertidumbre:

– Sí, tal vez... Nuestro corazón es fuerte, pero... Además no tenemos armas.

– Venid conmigo – insistió Gad ardientemente –. Pasaremos por casa de alguien que nos dirá las cosas que conviene saber y que nos dará armas...

Aun trémulo, sin desasirme de mi sapiente historiador, osé balbucear:

– ¿Y Jesús, dónde está?

– En casa de José de Ramatha –, secreteó el esenio, dirigiendo en torno una mirada recelosa, como el avaro que habla de un tesoro –. Para que nada sospechase la gente del Templo, en su presencia misma hemos depositado el cuerpo del Rabí en el sepulcro nuevo que está en el huerto de José. Tres veces las mujeres lloraron sobre la piedra, que, según los ritos, como sabéis, no cerraba enteramente el sepulcro, dejando una larga hendidura por donde se veía el rostro del Rabí. Algunos sirvientes del Templo miraron y dijeron: «Está bien». Luego se retiraron a sus moradas. Yo entré por la puerta de Genath y nada más he visto. Pero lo convenido era que apenas anocheciese, José y otro enteramente fiel, debían ir a buscar el cuerpo de Jesús, y con las recetas que hay en el libro de Salomón hacerlo volver del desmayo en que lo dejaron el narcótico y el sufrimiento... ¡Venid, pues, vosotros que lo amáis, ¿y que también creéis en él!...

Impresionado, decidido, Topsisus se envolvió en su amplia capa, y descendimos en un cauto silencio, por la escalera que de la terraza llevaba a un camino de piedra pegado a la muralla nueva de Herodes.

Largo tiempo caminamos en la obscuridad, guiados por el blanco ropaje del esenio. De entre las casuchas en ruinas salía a veces un perro aullando. Sobre las altas almenas pasaban mortecinas linternas de ronda. Después, una sombra que tosía se alzó de junto a un árbol, triste y sin ruido, como si saliese de su sepultura; y rozando mi brazo y tirando de la capa de Topsisus, nos rogaba a través de gemidos y de tufaradas de ajo, que fuésemos a dormir al lecho que ella había perfumado de nardo.

Nos detuvimos, al fin, ante una entrada que había en el muro y que estaba cerrada con una gruesa estera de esparto. Un corredor rezumante de agua nos llevó a un patio rodeado por una galería que se asentaba sobre rudas vigas de madera; el suelo blando como lodo apagaba el rumor de nuestras pisadas.

Gad lanzó tres veces, espaciadamente, el grito de los chacales. Nosotros esperábamos en medio del patio, al borde de un pozo cubierto con tablas; el cielo, por encima de nosotros, tenía la obscuridad dura e impenetrable de un bronce. Al fin, en un rincón, bajo la galería, surgió la claridad de una lámpara, alumbrando la barba negra del hombre que la traía, y que echara sobre su cabeza la punta de un albornoz pardo de galileo. Pero la luz se apagó con el viento. Y el hombre, lentamente, en las tinieblas, caminó hacia nosotros.

Gad rompió la desolada mudez:

— ¡Que la paz sea contigo, hermano! Estamos prontos.

El hombre dejó la lámpara sobre la tapa del pozo, y dijo:

— ¡Todo está consumado!

Gad, estremeciéndose, gritó:

— ¿El Rabí?...

El hombre extendió la mano para sofocar el grito del esenio. Y después de sondear la sombra con ojos inquietos, que relucían como los de un animal del desierto, explicó:

— Son cosas más elevadas que lo que alcanza nuestro entendimiento. Todo parecía seguro. El vino del narcótico había sido preparado por la mujer de Rosfim, que es hábil y conoce los ingredientes... Yo había hablado al centurión, un camarada a quien salvé la vida en Germania, durante la campaña de Publius... Y cuando echamos la piedra sobre el sepulcro de José de Arimatea, el cuerpo del Rabí estaba aún caliente.

Se detuvo, y, como si el patio cerrado bajo el cielo negro no fuese bastante secreto y seguro, tocó en el hombro de Gad, y sin un ruido de sus pies desnudos recorrió la oscuridad más densa bajo la galería hasta las piedras del muro. Nosotros, cerca de él, mudos, temblábamos de ansiedad; yo sentí que una revelación iba a pasar, suprema y prodigiosa, iluminando los misterios.

— Al anoecer — dijo el hombre, al fin, con un murmullo triste de agua corriendo en la sombra — volvimos al sepulcro. Miramos la hendidura: la faz del Rabí estaba serena y llena de majestad. Levantamos la piedra y sacamos el cuerpo. Parecía adormecido, tan bello, tan divino, en los paños que lo envolvían... José tenía una linterna... Lo llevamos por el Gareb, corriendo por entre el arboledo. Al pie de la fuente, encontramos una ronda de la cohorte auxiliar. Dijimos: «Es un

hombre de Jopé que enfermó, y a quien llevamos a la sinagoga». La ronda dijo: «Pasad». En casa de José estaba Simeón el esenio, que ha vivido en Alejandría y sabe las virtudes de las plantas, y todo estaba preparado, hasta la raíz del baraz... Extendimos a Jesús en la estera. Le dimos a beber los cordiales; lo llamamos, esperamos, oramos... Pero, ¡ay! sentíamos bajo nuestras manos que el cuerpo se enfriaba... Un instante abrió lentamente los ojos, y una palabra salió de sus labios. Era vaga, no la comprendimos... Parecía que invocaba a su padre y que se quejaba de un abandono... Después se estremeció; un poco de sangre le apareció entre los labios... ¡Y con la cabeza sobre el pecho de Nicodemus, el Rabí quedó muerto!

Gad cayó pesadamente de rodillas, sollozando; y el hombre, como si todas las cosas hubiesen sido dichas, dio un paso para ir a buscar su lámpara al pozo, Topsius lo detuvo con avidez:

– ¡Escucha! Necesito saber toda la verdad. ¿Qué hicisteis después?

El hombre se detuvo junto a uno de los pilares de madera. Luego, alargando los brazos en la obscuridad y tan cerca de nuestros rostros, que yo sentía su aliento, dijo:

– ¡Era necesario, para bien de la tierra, que se cumpliesen las profecías! Durante dos horas José de Ramatha oró postrado... No sé si el Señor le habló en secreto; pero cuando se levantó, tenía el rostro resplandeciente, y gritó: «¡Elías vino, Elías vino! ¡Los tiempos llegaron!» Después, por orden suya, enterramos al Rabí en una caverna que hay detrás del molino de José, cavada en la roca...

El desconocido atravesó el patio y tomó su lámpara. Y se retiraba lentamente, sin un rumor, cuando Gad, levantando el rostro, lo llamó a través de sus sollozos:

– ¡Escucha aún! ¡Grande es el Señor, en verdad!... ¿Y el otro sepulcro, donde las mujeres de Galilea lo dejaron envuelto en paños y perfumado con áloes y nardos?

El hombre, sin detenerse, ya sumido en la tiniebla, murmuró:

– ¡Allá quedó abierto, vacío!...

Entonces Topsius me arrastró por el brazo tan arrebatadamente, que tropezamos en la obscuridad contra los pilares de la galería. En el fondo se abrió una puerta con un brusco estruendo de hierros caídos. Y vi una plaza rodeada de pálidos arcos, triste y fría, con hierba entre las losas desunidas, como en una ciudad abandonada. Topsius se detuvo; sus anteojos relucían:

– Teodorico, la noche termina... ¡Vamos a partir de Jerusalén! Nuestra jornada al Pasado acabó... La leyenda inicial del cristianismo está hecha: ¡va a terminar el mundo antiguo!

Yo miré asombrado y estremecido al docto historiador. Sus cabellos ondeaban agitados por un viento de inspiración. Y las palabras que salían de sus finos labios retumbaban, terribles y enormes, cayendo sobre mi corazón:

– Después de mañana, al acabar el «sabbat», las mujeres de Galilea volverán al sepulcro de José de Arimatea donde dejaron a Jesús sepultado, y lo encontrarán abierto y vacío... «Desapareció, no está aquí...» Entonces María de Magdala, creyente y apasionada, irá gritando por Jerusalén: «¡Resucitó, resucitó!» ¡Y así el amor de una mujer mudará la faz del mundo y dará una religión más a la humanidad!

Y, levantando los brazos, corrió través de la plaza, donde los pilares de mármol empezaban a caer, sin ruido, blandamente. Jadeando llegamos al portón de Gamaliel. Un esclavo que aun tenía en las muñecas pedazos de cadenas rotas,

guardaba nuestras yeguas. Montamos. Con un fragor de piedras arrastradas por un torrente llegamos a la puerta de Oro. Galopamos hacia Jericó, por la calzada romana de Siquem, tan vertiginosamente, que no sentíamos las herraduras herir las negras losas de basalto. Delante de mí, la capa blanca de Topsisius revoleaba azotada por una ráfaga furiosa. Los montes corrían a los lados como fardos sobre lomos de camellos en la desbandada de un pueblo. Las narices de mi yegua lanzaban columnas de humo rojizo, y yo, me agarraba a las crines, aturdido, como si rodase entre nubes...

De repente avistamos, alargada, extendida hasta las sierras de Moab, la planicie de Canaán. Nuestro campamento albeaba junto a las brasas moribundas de la hoguera. Los caballos se detuvieron temblando. Corrimos a las tiendas: sobre la mesa, la vela que Topsisius encendiera para vestirse, hacía mil ochocientos años, agonizaba en una llamarada lívida... Y derrengado por la dura jornada, me eché en el catre, sin descalzarme siquiera las botas, blancas de polvo...

Inmediatamente me pareció que una antorcha encendida penetraba en la tienda, esparciendo un brillo de oro... Me incorporé asustado. Con un largo rayo de sol que venía de los montes de Moab, el jocundo Potte entraba en mangas de camisa, con mis botas en la mano.

Arrojé la manta y separé los cabellos de los ojos, para comprobar mejor la mudanza terrible que desde la víspera se hiciera en el universo. Sobre la mesa yacían las botellas de champaña con que habíamos brindado por la Ciencia y la Religión. El envoltorio de la corona de espinas estaba a mi cabecera. Topsisius, en su catre, en camiseta y con su pañuelo amarrado a la cabeza, bostezaba y se ponía los anteojos de oro. Y el risueño Potte, censurando nuestra pereza, quería saber si deseábamos desayunar «tapioca o café».

Dejé salir deliciosamente del pecho un ruidoso, consolador suspiro. Y en el júbilo triunfal de sentirme reentrado en mi individualidad y en mi siglo, salté sobre mi catre, con la falda de la camisa al viento, gritando:

— ¡Tapioca, amigo Potte! Una tapioca bien dulce y bien agradable, que sepa bien a mi Portugal...

CAPITULO IV

Al día siguiente, que era un radiante domingo, levantamos nuestras tiendas de Jericó; y caminando con el sol, hacia occidente, por el valle de Cherith, empezamos nuestra peregrinación por Galilea.

Pero, fuese que la consoladora fuente de la admiración se hubiese secado en mí, o que mi alma, arrebatada por un momento a las cimas de la Historia y golpeada allí por ásperas ráfagas de emoción, no pudiese ya deleitarse en aquellos quietos y yermos caminos de Siria, el caso es que sentí indiferencia y cansancio desde el país de Efraín hasta el país de Zabulón.

Cuando aquella noche acampamos en Bethel, la luna llena estaba saliendo por detrás de los negros montes de Galaad. El alegre Potte me señaló el suelo sagrado en que Jacob, pastor de Barsabé, se había adormecido sobre una roca y visto una escala luminosa, hincada a sus pies y arrimada a las estrellas, por la cual subían y bajaban, entre cielo y tierra, ángeles silenciosos, con las alas cerradas... Yo bostecé formidablemente y murmuré:

— ¡Tiene gracia!...

Y así, murmurando y bostezando, atravesé la tierra de los prodigios. La gracia de los valles me resultó tan fastidiosa como la santidad de las ruinas. En el pozo de Jacob, sentado en las mismas piedras que Jesús, cansado como yo de la calma de aquellos caminos y, como yo, bebiendo del cántaro de una samaritana, había enseñado la nueva y pura manera de adorar; en las cuevas del Carmelo, en la celda de un monasterio, oyendo de noche el murmullo de los cedros que abrigan a Elías, y abajo el gemido de las ondas vasallas de Hiram, rey de Tiro; galopando con el albornoz al viento por la planicie de Esdrelón; remando suavemente en el lago de Genezareth, cubierto de silencio y de luz; en todas partes, el tedio caminó a mi lado, como un compañero fiel que a cada paso me apretaba contra su pecho, debajo de su manto gris...

A veces, sin embargo, una nostalgia fina y grata, venida del remoto pasado, levantaba dulcemente mi alma, como una brisa lenta agita una cortina pesada... Y entonces, fumando delante de las tiendas o trotando por el lecho sacro de los torrentes, yo reveía con deleite jirones sueltos de aquella antigüedad que me apasionara: la terma romana donde una criatura maravillosa, de mitra amarilla, se ofrecía lasciva y pontifical; el hermoso Manasés llevando la mano a la espada llena de pedrería; mercaderes del Templo, desdoblado los brocados de Babilonia; la sentencia del Rabí con un trazo bermejo, en un pilar de piedra de la puerta Judiciaria; calles iluminadas, griegos bailando la *calábida*... Y me invadía un deseo angustioso de sumergirme en aquel mundo irrecuperable. ¡Cosa risible! Yo, Raposo y doctor, gozando de todas las comodidades de la civilización, sentía nostalgia de aquella bárbara Jerusalén que habitara un día del mes de Nizam, siendo Poncio Pilatos procurador de Judea...

Después, estos recuerdos se apagaban como hogueras a las que faltase la leña. En mi alma sólo quedaban cenizas, y delante de las ruinas del monte Ebal o bajo los pomares que perfuman a Siquem la levítica, de nuevo empezaba a bostezar.

Cuando llegamos a Nazareth, que aparece en la desolación de Palestina como un ramillete posado en la piedra de una sepultura, ni siquiera me interesaron las hermosas judías por quienes se bañó de ternura el corazón de San Antonio. Con su cántaro rojo al hombro, subían por entre los sicomoros a la fuente donde María, madre de Jesús, iba todas las tardes, cantando como éstas y como éstas vestida de blanco. El jocundo Potte, retorciéndose los bigotes, les murmuraba madrigales; ellas sonreían bajando las pestañas pesadas y acariciadoras. Aquella suave modestia era la que a San Antonio, apoyado en su bordón, y sacudiendo la larga barba, le hacía suspirar: «¡Oh virtudes claras, heredadas de María llena de gracia!» Por mi parte, yo murmuraba secamente: «¡Hipócritas!»

A través de callejas donde la viña y la higuera abrigaban casas humildes, como cuadra a la dulce aldea de aquel que enseñó la humildad, subimos a lo alto de Nazareth, batida siempre por el viento que sopla de las Idumeas. Allí Topsisius se quitó el sombrero saludando aquellas planicies, aquellas lejanías que Jesús, seguramente, iba a contemplar, concibiendo ante su luz y su gracia las incomparables bellezas del reino de Dios... El dedo del docto historiador me iba señalando todos los lugares religiosos cuyos nombres sonoros llegan al alma con una solemnidad de profecía o con un rumor de batalla: Esdrelón, Endor, Sulem, Tabor... Yo miraba liando un cigarrillo. Sobre el Carmelo sonreía la blancura de la nieve; las

planicies de la Perea fulguraban envueltas en una polvareda de oro; el golfo de Kaipha era todo azul; una tristeza cubría a lo lejos las montañas de Samaria; grandes águilas revoloteaban sobre los valles... Bostezando murmuré:

– Una vista coquetona...

Al fin, una madrugada empezamos a descender hacia Jerusalén. Desde Samaria hasta Ramah fuimos halagados por esos grandes y frecuentes chaparrones de Siria, que en seguida producen torrentes rugidores entre las rocas, bajo los álces en flor; después, junto a la colina de Gibeah, donde en otro tiempo, entre los laureles y los cipreses de su jardín, David tañía el arpa mirando a Sión, todo se vistió de serenidad y de azul. Y una inquietud se engolfó en mi alma, como un viento triste en una ruina... Iba a ver a Jerusalén, pero ¿a cuál? ¿Sería la misma que había visto un día resplandeciendo suntuosamente bajo el sol de Nizam, con las torres formidables, el Templo color de oro y color de nieve, Acre llena de palacios, Betseta regada por las aguas de Enrogel?

– ¡El-Kurds! ¡El-Kurds! – gritó el viejo beduino, con la lanza en el aire, anunciando por su apodo musulmán la ciudad del Señor.

Galopé, tembloroso... Y pronto la vi allá abajo, junto a la cortada del Cedrón, sombría, colmada de conventos y agachada entre sus murallas caducas, como una mendiga cubierta de piojos, que para morir se echa en un rincón envuelta en sus harapos.

Bien pronto, en cuanto atravesamos la puerta de Damasco, las patas de nuestras yeguas atronaron las losas de la calle Cristiana; apoyado en el muro, un fraile gordo con el breviario y el quitasol bajo el brazo, sorbía con estruendo una pulgarada de rapé. Nos apeamos en el hotel del Mediterráneo; en el largo patio, bajo un anuncio de las «píldoras Holloway», un inglés de monóculo, con los zapatones estirados por encima del diván de indiana, leía el *Times* detrás de una galería abierta, donde secaban calzoncillos blancos con manchas de café, una voz ronca gritaba: *C'est le beau Nicolás, holà...* ¡Ah, era ésta, era ésta la católica Jerusalén!

Después, al entrar en nuestro cuarto, claro y alegre con el tabique de ramajes azules, todavía rebrilló en mi memoria cierta sala, con candelabros de oro y una estatua de Augusto, y en la que un hombre togado extendía el brazo y decía: «¡César me conoce bien!»

Corrí a la ventana para respirar el aire vivo de la moderna Sión. Allá estaba el convento con sus persianas verdes cerradas y sus canalones, mudos en esta tarde de sol y de dulzura... Entre jardines escalonados se retorcían las escaleras, cruzadas por franciscanos de sandalias y por judíos flacos, de sucias melenas... ¡Y qué dulce el reposo en la frescura de estas paredes de celda después de la marcha por los caminos abrasados de Samaria! Fui a palpar la cama blanda. Abrí el armario de caoba. Hice una leve caricia al envoltorio de la camisa de Mary, redondo y gracioso con su cinta roja, anidado entre calcetines...

En aquel instante el jocundo Potte entró a traerme el precioso envoltorio de la corona de espinas, redondo y manejable con su cinta roja, y alegremente me contó las novedades de Jerusalén. Las había recogido del barbero de la Vía Dolorosa y eran considerables. De Constantinopla había venido un *firmán* desterrando al patriarca griego, un pobre viejo evangélico, enfermo del hígado, que socorría a los pobres. El señor cónsul Damiani había afirmado en la tienda de reliquias de la calle Armenia, golpeando con el pie en el suelo, que antes del día de Reyes, por cau-

sa de la porfía entre los franciscanos y la misión protestante, Italia tomaría las armas contra Alemania. En Belén, en la iglesia de la Natividad, durante una riña surgida al bendecir las hostias, un padre latino le había roto la cabeza con un cirio a un padre copto... Finalmente, y ésta era una noticia jubilosa, se había abierto, para alegría de Sión, junto a la puerta de Herodes y frente al valle de Josafat, un café con billares, llamado el *Retiro de Sinaí*.

Súbitamente, las dolientes nostalgias del pasado fueron barridas, como cenizas que me cubriesen el alma, por un fresco viento de juventud y de modernidad. Pegué un salto sobre el ladrillo sonoro:

— ¡Viva el bello *Retiro*! ¡A él! ¡A los palos! ¡A las carambolas! ¡Ya estaba ansioso por distraerme!... ¡Y después las mujercitas! Pon ahí el envoltorio de la corona, bello Potte. ¡Eso significa mucho provecho! ¡Jesús, lo que se va a babar la tía! Ponlo encima de la cómoda, entre los candeleros... Y después del almuerzo, Pottecito, ¡al Retiro de Sinaí!

En aquel momento entró Topsius despavorido, con una hermosa noticia histórica. Durante nuestra romería a Galilea, la Comisión de Excavaciones Bíblicas había encontrado, entre piedras seculares, una de las lápidas de mármol que, según Josefo y Pilón y los Talmudes, se levantaban en el Templo, junto a la puerta Bella, con una inscripción prohibiendo la entrada a los gentiles. El erudito nos instaba a que en cuanto engullésemos la sopa, fuésemos a pasmarnos ante aquella maravilla... Un momento rebrilló en mi memoria una puerta, bella en verdad, preciosa y triunfal, sobre sus catorce escalones de mármol verde de Numidia...

Pero sacudí desabridamente los brazos, con rebeldía:

— ¡No quiero! — grité —; ¡estoy harto! ¡Qué demonio! Ahora se lo declaro solemnemente, Topsius: de hoy en adelante no vuelvo a ver un pedrusco más, un sitio de religión más... ¡Tengo ya mi dosis, una dosis fuerte, doctor!

El sabio, sorprendido, escapó sacudiendo la casaca contra las nalgas.

*

Aquella semana me dediqué a documentar y empaquetar las reliquias menores que destinaba a la tía Patrocinio. Abundantes y preciosas eran, y con devotísimo esplendor podrían brillar en el tesoro de la más orgullosa catedral. Además de las que Sión importa de Marsella en cajones — rosarios, escapularios, medallas —; aparte de las que suministran en el Santo Sepulcro los vendedores — frascos de agua del Jordán, piedrecillas de la Vía Dolorosa, aceitunas del monte Olívete, conchas del lago de Genezareth —, yo llevaba otras, raras, peregrinas, inéditas... Una tablilla cepillada por San José, dos pajas del pesebre en que nació el Señor, un trocito del cántaro con que la Virgen iba a la fuente, una herradura del burrito en que la Santa Familia huyó de Egipto, un clavo torcido y oxidado...

Estas preciosidades, envueltas en papeles de color, atadas con cintitas de seda, guarnecidas de enternecedores dísticos, fueron acondicionadas en un fuerte cajón que mi prudencia hizo revestir de chapas de hierro. Después cuidé de la reliquia mayor, la corona de espinas, fuente de celestiales mercedes para la tía y de sonora pecunia para mí, su caballero y su romera.

Para embalarla ambicioné una madera preclara y santa. Topsius me aconsejaba el cedro del Líbano, tan bello que, por él, Salomón hizo alianza con Hiram, rey

de Tiro. El jocundo Potte, sin embargo, menos arqueológico, recordó el honesto pino de Flandes, bendecido por el patriarca de Jerusalén. Yo diría a mi tía que los clavos del cajón habían pertenecido al Arca de Noé, que un ermitaño los había hallado milagrosamente en el monte Ararat; que el orín que en ellos dejara el lodo primitivo, disuelto en agua bendita curaba los catarros... Todas estas cosas admirables las tramamos bebiendo cerveza en el *Sinaí*.

Durante esa atareada semana, el envoltorio de la corona de espinas permaneció sobre la cómoda, entre los candeleros de latón; fue en la víspera de abandonar a Jerusalén cuando lo guardé en el cajón. Forré la madera con tela azul comprada en la Vía Dolorosa; hice fofo y holgado el fondo de la caja, con una cama de algodón más blanco que la nieve del Carmelo, y coloqué dentro el adorable envoltorio, sin abrirlo ni apretarlo, tal como Potte lo arreglara, con su papel pardo y su cinta roja, porque los dobleces hechos en Jericó, el nudo mismo de la cinta atada junto al Jordán, tendrían para la señora doña Patrocinio un insustituible sabor de devoción... El delgado Topsius presenciaba estos piadosos preparativos fumando en su pipa de loza.

— ¡Oh Topsius, la plata que esto me va a producir! Y dígame, amigo, dígame: ¿usted cree que puedo afirmarle a mi tía qué esta corona de espinas *fue la misma que...*?

El doctísimo sujeto, por entre el humo leve, lanzó una solidísima máxima:

— Las reliquias, don Raposo, no valen por la autenticidad que poseen, sino por la fe que inspiran... ¡Puede decir a su tía que es la misma!

— ¡Bendito seas, doctor!

Aquella tarde, el erudito alemán fue con la Comisión de Excavaciones al túmulo de los reyes. Yo partí solo para el huerto de los Olivos, porque no había, en los alrededores de Jerusalén, lugar de sombra donde más gratamente se pudiese disfrutar, en un día sereno, de una pachorrenta pipa.

Salí por la puerta de San Esteban; atravesé el puente del Cedrón; subí el atajo, entre zarzas, hasta el muro encalado y rústica que cierra el jardín de Getsemaní. Empujé la puertecita recién pintada de verde, con su aldaba de cobre, y penetré en el bosque donde Jesús se arrodilló y gimió bajo el follaje de los olivos. Allí existen aún esos árboles santos que extendieron sus ramas agitadas sobre la cabeza de Cristo, fatigada del mundo. Son ocho, negros, carcomidos por la decrepitud, apuntalados con estacas de madera, amodorrados, olvidados ya de aquella noche de Nizam en que los ángeles, volando sin temor, espían a través de sus ramas los desconsuelos humanos del hijo de Dios... En los agujeros de sus troncos se ven azuelas y podaderas; y en las puntas de las ramas, escasas y débiles hojitas, de un verde sin savia, tiemblan y apenas viven, como sonrisas de moribundo.

En redor había una pequeña huerta cariñosamente regada, abonada con devoción. En canteros, con cercos de alheña, verdean frescas lechugas; los senderitos enarenados no tienen una hoja seca que macule su aseo de capilla; junto a los muros, donde brillan en hornacinas doce Apóstoles de loza, corren bancales de cebollino y zanahoria cercados por oloroso espliego... ¿Por qué no florecía aquí, en tiempos de Jesús, tan suave quinta? ¡Tal vez el plácido orden de estas útiles legumbres calmase la tormenta de su corazón!

Me senté debajo del más viejo de los olivos. El fraile guardián, risueño varón de barbas larguísimas, regaba con el hábito arremangado sus tiestos de ranúnculos. La tarde caía con melancólico esplendor.

Y, llenando la pipa, yo sonreía a mis pensamientos. ¡Sí! Al día siguiente dejaría aquella cenicienta ciudad, que allá abajo se agachaba entre sus muros fúnebres, como viuda que no quiere ser consolada... Después, una mañana, cortando la onda azul, avistaría la sierra fresca de Cintra; las gaviotas de la patria vendrían a darme el grito de bienvenida, volando en, torno de los mástiles; Lisboa surgiría poco a poco, con sus blancas paredes, la hierba en los tejados, indolente y dulce a mis ojos... Gritando: «¡Oh tía; oh tía!» yo trepaba las escaleras de piedra de nuestra casa de Santa Ana; y la tía, con hilos de baba, se ponía a temblar delante de la Gran Reliquia que yo le ofrecía, modesto. Entonces, en presencia de testigos celestiales (San Pedro, Nuestra Señora del Patrocinio, San Casimiro y San José), ella me llamaba «su hijo, su heredero». Y al día siguiente comenzaba a amarillear, a agonizar, a gemir... ¡Oh delicia!

Sobre el muro, entre las madresevas, un pájaro cantó suavemente, y más alegre que él cantó una esperanza en mi corazón. Era la tía en la cama, con el pañuelo negro amarrado a la cabeza, palpando angustiosamente los dobleces de la sábana sudada, hipando con terror del Diablo... Era la tía dando las boqueadas, estirando las canillas. En un día tibio de mayo la metían, fría y ya oliendo mal, dentro de un cajón bien clavado y bien seguro. Con coches detrás, allá iba doña Patrocinio para su cueva, para los gusanos. Después se rompía el lacre del testamento en la sala de los damascos, donde yo había preparado pasteles y vino de Oporto para el notario Justino; vestido de luto, apoyándome en el mármol de la mesa, yo escondía tras un pañuelo arrugado el escandaloso brillo de mi rostro; y de entre las hojas de papel sellado sentía rodar hacia mí con un tintinear de oro, con un susurro de trigales, los contos de G. Godinho... ¡Oh éxtasis!

El santo fraile había dejado en el suelo la regadera, y por un senderito de mirto paseaba leyendo su breviario. ¿Qué haría yo en mi casa de Santa Ana, apenas llevasen a la fétida vieja amortajada en un hábito de Nuestra Señora? Una gran justicia: correr al oratorio, apagar las luces, deshojar los ramos, abandonar los santos a la oscuridad y al moho. Sí, todo yo, Raposo y liberal, necesitaba el desquite de haberme postrado como un sórdido sacristán ante sus figuras pintadas, de haberme encomendado a su influencia de calendario como un esclavo crédulo. Yo había servido a los santos para servir a la tía. Pero ahora, ¡inefable deleite!, ella se pudría en su cueva; en aquellos ojos que nunca derramaran una lágrima cariñosa, pululaban golosamente los gusanos; bajo aquellos labios deshechos en lodo, surgían sonriendo, al fin, sus viejos dientes agujereados, que jamás habían sonreído... Los contos de G. Godinho eran míos; y libertado de la asquerosa señora, yo no debía a sus santos ni rezos ni rosas. Después, cumplida esta obra de justicia filosófica, correría a París, donde hay tan soberbias mujeres.

El buen fraile, sonriendo entre su barba de nieve, me tocó en el hombro, llamándome «hijo», y me advirtió que iba a cerrarse el santo Huerto y que le sería grata mi limosna... Le di una moneda, y retorné satisfecho a Jerusalén, lentamente, por el vallé de Josafat, tarareando un fado.

Al otro día, por la tarde, llamaba la campana a la novena en la iglesia de la Flagelación cuando nuestra caravana se formó a la puerta del hotel del Mediterrá-

neo, para marcharnos de Jerusalén. Los cajones de las reliquias iban sobre el macho, entre los fardos. El beduino, más catarroso cada vez, envolvíase en un innoble *cachenez* de sacristán. Topsisius montaba su yegua, grave y pachorruda. Y yo, que por alegría me había puesto una rosa encarnada en el pecho, murmuré cuando pisamos por última vez la Vía Dolorosa:

— ¡Ahí te quedas, pocilga de Sión!

Ya llegábamos a la puerta de Damasco cuando un grito sofocado resonó en lo alto de la calle, junto a la esquina del convento de los Abisinios:

— ¡Amigo Potte, doctor, caballeros!... ¡Un envoltorio! ¡Se les olvidó un envoltorio!...

Era el negro del hotel, en cabello, agitando un envoltorio que en seguida reconocí por el papel pardo y por la cinta encarnada. ¡La camisa de dormir de Mary! Y recordé que, en efecto, al embalar las cosas, yo no lo había visto en el ropero, en su nido de calcetines.

Tomando aliento, el criado contó que, después de nuestra partida, barriendo el cuarto, descubriera el envoltorio entre polvo y telarañas, detrás de la cómoda; lo limpiara cuidadosamente, y como su afán siempre fuera servir al hidalgo lusitano, saliera corriendo, hasta sin la chaqueta...

— ¡Basta! — gruñí yo, seco y enfurruñado.

Le di unas monedas de cobre que me sonaban en el bolsillo. Y pensaba: «¿Cómo pudo rodar para atrás de la cómoda?» Tal vez hubiese sido el mismo negro quien, al hacer la limpieza, aturdido, lo quitara de su nido de calcetines... ¡Y ojalá hubiese quedado allí para siempre, entre el polvo y las telarañas! Porque, en realidad, este paquete era ahora audazmente inoportuno.

Yo amaba a Mary, ciertamente. La esperanza de que pronto, en la tierra de Egipto, me estrecharían de nuevo sus brazos redondos, me hacía desperezar con languidez. Pero guardando fielmente su imagen en mi corazón, no necesitaba traer siempre su camisa de dormir. ¿Con qué derecho, pues, aquel lienzo fino corría detrás de mí por las calles de Jerusalén, queriendo instalarse violentamente en mis maletas y acompañarme a mi patria?

Y era esta idea de patria lo que me torturaba mientras nos alejábamos de las murallas de la ciudad sagrada... ¿Cómo podría yo jamás penetrar con aquel paquete lúbrico en la casa eclesiástica de la tía Patrocínio? Constantemente se metía ella en mi cuarto, provista de llaves falsas, adusta y ávida de saber mis secretos, rebuscando por los rincones, entre mis cartas y en mi ropa íntima... ¡Qué cólera la invadiría si una noche de pesquisa encontrase aquellas puntillas sobadas por mis labios, apestando a pecado, con la dedicatoria en letra cursiva: *A mí portuguesito valiente!*

«Si supiese que en este viaje te habías liado con faldas, te echaría como un perro». Así lo había anunciado la tía, en vísperas de mi peregrinación, delante de la Magistratura y de la Iglesia. ¿E Iría yo, por el lujo sentimental de conservar la reliquia de una guantera, a perder la amistad de la vieja, que tan caramamente conquistara con trisagios, gotas de agua bendita y humillaciones de la razón liberal? ¡Jamás!... Y si no ahogué en seguida aquel envoltorio funesto en el agua de un charco, al atravesar las chozas de Kolonieh, fue para no revelar al penetrante Topsisius las cobardías de mi corazón. Pero decidí que apenas penetrásemos por la noche en las montañas de Judá, refrenaría el paso de la yegua, y lejos de los ojos del historiador

y lejos de las solicitudes de Potte, arrojaría a un barranco la terrible camisa de Mary, evidencia de mi pecado y peligro de mi fortuna. ¡Y que los dientes de los chacales la rasgasen aprisa! ¡Y que aprisa la pudriesen las lluvias del Señor!

Ya pasáramos el sepulcro de Samuel, por detrás de los peñascales de Emaús; ya para siempre desapareciera de mis ojos Jerusalén, cuando la yegua de Topsius, avistando una fuente en un valle, al lado del camino, se separó de la caravana y trotó hacia el agua, con imprudencia y con celeridad. Me detuve indignado:

— ¡Tírele de la rienda, doctor! ¡Vaya un descaro de yegua! Hace poco que bebió... ¡No la deje! ¡Sujétela, hombre!

Pero en vano el filósofo, con los codos salidos, las piernas estiradas, tiraba de las bridas y de las crines; la cabalgadura siguió adelante con el filósofo.

Corrí también a la fuente, para no abandonar en aquel yermo a tan precioso sabio. Era un hilo de agua turbia, cayendo de una tajea sobre un estanque abierto en la roca. Al pie blanqueaba, ya deshecho, el esqueleto de un dromedario. Las ramas de una mimosa, que allí crecía solitaria, habían sido quemadas por un fuego de caravanas. Lejos, en la cumbre desnuda de una colina, un pastor, negro sobre el cielo opalino, iba caminando despacio entre sus ovejas, con la lanza echada al hombro. Y la fuente lloraba entre esa sombría mudez.

Era tan desierta aquella quebrada, que se me ocurrió dejar allí, deshaciéndose como la osamenta del dromedario, el envoltorio de Mary... La yegua del historiador bebía con lentitud. Y yo buscaba a un lado y a otro un barranco o un charco, cuando me pareció que junto a la fuente, y mezclado al llanto de ella, corría también un llanto humano.

Rodeé una peña que avanzaba soberbiamente como la proa de una galera, y descubrí, agachada y refugiada entre piedras y cardos, una mujer que lloraba con una criatura en el regazo; sus crespos cabellos se esparcían por los hombros y los brazos, mal cubiertos por unos trapos negros, y sobre el hijo que dormía al calor del seno, su llanto corría más continuo, más triste que el de la fuente, y como si nunca hubiese de terminar.

Llamé a gritos al festivo Potte. Cuando trotó hacia nosotros, agarrando la culata plateada de su pistola, le supliqué que preguntase a la mujer la causa de su desconsuelo. Pero ella parecía atontada por la miseria; habló sordamente de una choza quemada, de jinetes turcos que habían pasado, de la leche que se le agotaba... Después apretó a la criatura contra el rostro, y sofocada bajo los cabellos despeinados, reanudó su llanto.

El festivo Potte le dio una moneda de plata; Topsius tomó para su severa conferencia sobre la *Judea musulmana*, una nota de aquel infortunio. Y yo, conmovido, buscaba unas monedas de cobre en el bolsillo, cuando recordé que le había dado las últimas al negro del hotel del Mediterráneo. Pero tuve una útil inspiración. Tiré a la mujer el envoltorio de la camisa de Mary, y a instancias mías el risueño Potte explicó a la desventurada que cualquiera de las pecadoras que habitan junto a la torre de David, la gorda Fatmé o Palmira la Samaritana, le daría dos piastras de oro por aquella prenda de lujo, de amor y de civilización.

Trotamos hacia el camino. Detrás de nosotros quedó la mujer echándonos, entre sollozos y besos al hijo, todas las bendiciones de su corazón; y nuestra caravana retomó la marcha mientras el arriero que iba delante, a horcajadas sobre los equipajes, entonaba en honor de la estrella Venus, que ya había aparecido, ese can-

to de Siria, áspero, prolongado y doliente, en que se habla de amor, de Alá, de una batalla con lanzas y de los rosales de Damasco...

*

Cuando nos apeamos por la mañana en el hotel de Josafat, en la vetusta Jafa, extraordinaria fue mi sorpresa al ver, pensativamente sentado en el patio, con un abultado turbante blanco, al infeliz Alpedrinha... Le hice crujir los huesos con un abrazo voraz. Y cuando Topsisus y el jocundo Potte salieron, bajo el quitasol, a saber noticias del vapor que nos llevaría a Egipto, Alpedrinha me contó su historia, mientras cepillaba mi albornoz.

Había sido por tristeza por lo que saliera de *Alejandriíta*. El Hotel de las Pirámides y las maletas habían saturado su alma de un tedio insondable; y nuestra partida en el *Caimán*, para Jerusalén, le había producido nostalgia de los mares, de las ciudades, llenas de historia de las multitudes desconocidas... Un judío de Keshán, que iba a establecer una hospedería con billares en Bagdad, lo contrató para «marcador». Y él, metiendo en una bolsa las piastras reunidas en las amarguras de Egipto, iba a tentar esa aventura del progreso junto a las aguas lentas del Eufrates, en la tierra de Babilonia. Pero, cansado de acarrear fardos ajenos, ansiaba primero ir a Jerusalén, insensiblemente llevado, tal vez, por el espíritu, como el apóstol, para descansar con las manos quietas en una esquina de la Vía Dolorosa...

– ¿El caballero recibió algunos periódicos de nuestra Lisboa? Me gustaría saber cómo está la muchachada de allá...

Mientras él hablaba así, triste y con el turbante inclinado, yo volvía a ver risueñamente la tierra, caliente de Egipto, la clara calle de las Dos Hermanas, la capillita entre plátanos, las amapolas del sombrero de Mary... Y más agudo me picaba otra vez el deseo de ver a mi rubia guanterera. ¡Qué dulce grito de pasión entre sus brazos, redondos, cuando una tarde, quemado por el sol de Siria y más fuerte que antes, yo apareciese delante de su mostrador espantando al gato blanco! ¿Y la camisa? ¡Bah!, le contaría que una noche, al pie de una fuente, me la habían robado unos jinetes turcos con lanzas.

– Dime, Alpedrinha, ¿has visto mucho a Maricoquinhas? ¿Qué tal está? ¿Siempre tan linda?

El bajó el rostro marchito, donde un extraño rubor le encendiera dos rosas.

– Ya no está allí... ¡Se fue para Tebas!

– ¿Para Tebas? ¿Donde hay unas ruinas? ¡Pero eso es en el alto Egipto; eso es en la misma Nubia! ¡Vaya! ¿Y qué fue a hacer allí?

– Adornar las vistas – murmuró Alpedrinha con desolación.

¡Adornar las vistas! Sólo comprendí cuando mi paisano me contó que la ingrata rosa de York, adorno de Alejandría, había sido llevada por un italiano de largos cabellos que iba a Tebas a fotografiar las ruinas de aquellos palacios donde vivían cara a cara Ramsés, rey de los hombres, y Amnón, rey de los dioses... y Maricoquinhas iba a amenizar «las vistas» apareciendo en ellas a la sombra austera de los granitos sacerdotales, con la gracia moderna de su sombrilla cerrada y de su sombrero de amapolas...

— ¡Qué descarada! — grité yo, estupefacto —. Entonces, ¿con un italiano? ¿Y le gustaba, o fue sólo por el negocio? ¿Le gustaba?... — Se moría por él — balbuceó Alpedrinha.

Y atronó con un suspiro el hotel de Josafat. Ante este ¡ay! inflamado de tormento y de pasión, relampagueó en mi alma una sospecha abominable.

— ¡Alpedrinha, tú suspiraste! ¡Aquí hay perfidia, Alpedrinha!

El bajó la frente tan contritamente, que el turbante le cayó de la cabeza. Y antes de que lo levantase, le agarré con saña el débil brazo.

— ¡Alpedrinha, dime la verdad! Maricoquinhas..., ¿eh? ¿También tú picaste?...

Mi faz barbuda llameaba. Pero el Alpedrinha era meridional, de nuestras tierras habladoras, de vanagloria y de vino. El miedo cedió a la vanidad, y volviendo hacia mí lo blanco de los ojos, murmuró:

— ¡También piqué!

Le sacudí el brazo con furor y asco. ¡También aquella con aquél! ¡Oh, el mundo, el mundo! ¿Qué es él sino un montón de cosas podridas rodando por los cielos como heces de un astro?

— Y dime, Alpedrinha, dime: ¿también te dio una camisa? — A mí me dio una chambra... ¡También a él le había dado ropa blanca! Reí acerbamente, con las manos en la cintura.

— Y oye: ¿también te llamaba «su portuguesito valiente»?

— Como servía con turcos, me llamaba «su morito galante»...

Iba a tirarme en un diván, a rasgarlo con las uñas, riendo sin cesar, en un desesperado desprecio de todo... Pero Topsisus y el risueño Potte aparecieron alborozados.

— ¿Qué?...

Había llegado de Esmirna un vapor que aquella misma tarde levantaba el ancla para Egipto, y que era nuestro dilecto *Caimán*.

— ¡Muy bien! — grité pateando los ladrillos—. ¡Ya estaba harto de Oriente! ¡Qué diantre! Aquí no encontré más que solazos, traiciones, sueños temerosos, patadas en las caderas... ¡Ya estaba harto! Así bramaba, sañudo. Pero aquella tarde, en la playa, delante de la barcaza negra que debía llevarnos al *Caimán*, me entró en el alma una profunda nostalgia de Palestina, y de nuestras tiendas alzadas bajo el esplendor de las estrellas, y de la caravana marchando y cantando por entre las ruinas de nombres sonoros.

Mis labios temblaron cuando Potte, conmovido, me alargó su bolsa de tabaco de Alepo:

— Don Raposo es el último cigarrillo que le da el alegre Potte. Y una lágrima rodó de mis ojos cuando Alpedrinha, en silencio, me extendió los brazos flacos.

Desde la barcaza, acurrucado sobre los cajones de las reliquias, aun lo vi en la playa agitando un triste pañuelo a cuadros, al lado de Potte, que nos lanzaba besos, con las fuertes botas metidas en el agua. Y ya en el *Caimán*, de codos en la amurada, aun lo avisté inmóvil sobre las piedras del muelle, asegurando con las manos, contra el soplo de la brisa salada, su amplio turbante blanco. ¡Desventurado Alpedrinha! Sólo yo, en verdad, comprendí tu grandeza. Tú eras el último lusíada, de la raza de los Albuquerque, de los Castres, de los varones fuertes que iban en las armadas a la India. La sed divina de lo desconocido te ha llevado, como los llevara a ellos, a esa tierra de Oriente, de donde suben al cielo los astros

que esparcen la luz y los dioses que enseñan la ley. Solamente que, no teniendo ya, como los antiguos lusitanos, creencias heroicas para concebir empresas heroicas, tú no vas como ellos, con un gran rosario y una gran espada, a imponer a las gentes extrañas tu rey y tu Dios. ¡Ya no tienes Dios por quien combatir, Alpedrinha! ¡Ni rey por quien navegar, Alpedrinha!.... Por eso, entre los pueblos de Oriente, te empleas en las únicas ocupaciones que soportan, la fe, el ideal, el valor de los modernos lusiadas: descansar arrimado a las esquinas, o tristemente acarrear fardos ajenos...

Las ruedas del Caimán golpearon el agua. Topsisus se quitó la gorra de seda y gravemente gritó hacia el lado de Jafa, que oscurecía, en la palidez de la tarde, sobre sus tristes peñascos, entre sus pomares verdinegros:

– ¡Adiós, adiós para siempre, tierra de Palestina!

Yo agité también mi casco:

– ¡Adiós, adiós, cositas de la religión!

Me alejaba lentamente de la amurada cuando me rozó la larga capa de lustrina de una religiosa, y entre la sombra púdica del capuz, que se volvió un instante, un fulgor de ojos negros buscó mis barbas potentes. ¡Oh maravilla! Era la misma santa hermana que llevara en sus castas rodillas, a través de aquellas aguas de la Escritura, la camisa inmundada de Mary.

¡Era la misma! ¿Por qué ponía nuevamente el destino, junto a mí, en la estrecha cubierta del Caimán, aquel lirio de capilla, aun cerrado y ya marchito? ¿Quién sabe! Tal vez para que al calor de mi deseo reverdeciese, diese flor y no quedase para siempre estéril e inútil, caído a los pies del cadáver de un Dios... Y ahora no venía guardada por la otra religiosa, regordeta y de anteojos. La suerte me la entregaba indefensa, como una paloma en despoblado. Estalló entonces en mi alma la fulgurante esperanza de un amor de monja más fuerte que el miedo de Dios; de un seno afligido por la estameña de la penitencia, cayendo todo tembloroso y vencido entre mis brazos valientes... Decidí secretarle allí mismo: «¡Oh hermanita, estoy guillado por usted!» Y entusiasmado, retorciendo los bigotes, me dirigí hacia la dulce religiosa, que se refugiara en un banco, pasando los dedos pálidos por las cuentas de su rosario...

Pero, bruscamente, la cubierta del *Caimán* pareció huir bajo mis pies de conquistador. Me detuve... ¡Oh misericordia! ¡Oh humillación! Era el mareo... Corrí a la borda y manché inmundamente el azul del mar de Tiro; después, salí corriendo para el camarote; y sólo levanté de la almohada la cabeza cuando sentí las cadenas del *Caimán* hundirse en las calmas aguas donde en otro tiempo, huyendo de Accio, cayeran a prisa las anclas doradas de las galeras de Cleopatra.

Y, pálido y despeinado, otra vez volví a ver la tierra baja de Egipto, caliente y de color leonado. En torno a los finos minaretes volaban serenas las palomas. El lánguido palacio dormía a orillas del agua, entre palmeras. Topsisus apareció llevando debajo del brazo mi sombrero e importunándome con cosas doctísimas sobre el antiguo faro. La pálida religiosa ya dejara el *Caimán*, paloma del desierto escapada del milano, porque el milano, en su vuelo, había cerrado las alas sórdidamente mareado...

Aquella, misma tarde, en el hotel de las Pirámides, supe con júbilo que un vapor de ganado, el *Cid Campeador*, partía de madrugada para las tierras benditas de Portugal. En la calesa forrada de rayadillo, en compañía del doctor Topsisus, di

el último paseo por las sombras olorosas del Mamoudieh. Y pasé la corta noche en una calle deliciosa. ¡Oh conciudadanos míos, id allá, si deseáis conocer los ásperos deleites del Oriente!... Los picos del gas, sin globo, silban largamente, torcidos por el viento; las casas bajas, de tablas, sólo se cierran con una cortina blanca, atravesada de claridad; todo huele a sándalo y a ajo, y mujeres sentadas sobre esteras, en camisa, con flores en las trenzas, murmuran suavemente: *¡Eh, mossiú! ¡Eh, mi-lord!* Me recogí tarde, cansado. Al pasar por la calle de las Dos Hermanas distinguí sobre la puerta de una tienda cerrada la mano de palo, pintada de rojo, que apresara mi corazón. Le tiré un bastonazo. Este fue el último hecho de mis largas jornadas por Oriente.

Por la mañana, el fiel doctor Topsisus, de zuecos, fue conmigo al barracón de la aduana. Lo estreché largamente entre mis brazos trémulos;

– ¡Adiós, compañero, adiós! Escríbame... Campo de Santa Ana, número 47...

El murmuró, apretado contra mí:

– Aquellos treinta mil reis, se los mandaré allá...

Lo apreté más, para ahogar aquella explicación pecuniaria. Después, ya con el pie en la proa del bote que me llevaría al *Cid Campeador*, interrogué aún:

– Entonces, ¿puedo decirle a la tía que la corona de espinas es la misma?...

El levantó las manos como un pontífice del saber:

– Puede decirle en mi nombre que es la misma, espina por espina.

Bajó la nariz de cigüeña adornada de anteojos, y nos besamos en las mejillas como dos hermanos.

Los negros remaron. Yo llevaba sobre las rodillas el cajón de la suprema reliquia. Cuando mi bote, a vela, hendía el agua azul, pasó cerca de otro, a remo, que lentamente marchaba hacia el lado del palacio que dormía entre palmeras. Y de relance vi el hábito negro, el capuz bajo... Un largo, ansioso mirar, por última vez, buscó mis barbas. De pie, aun grité:

– ¡Oh hermana picara!

Pero ya los botes se habían separado. Ella, en el suyo, escondía la faz contrita, y sobre el delicado pecho que había osado palpar, seguramente la cruz de hierro, celosa, se posaba más fuerte.

Quedé pensativo... ¡Quién sabe si era aquél, en toda la redondez de la tierra, el único corazón en que podría descansar el mío como en un asilo seguro!... Pero ella sólo era monja, yo sólo era sobrino; ella iba hacia su Dios, yo iba hacia mi tía. Y cuando en aquellas aguas nuestras miradas se cruzaron y nuestros corazones latieron en silencio uno hacia el otro, mi embarcación corría con vela alegre para Occidente, y la suya, lenta y negra, remaba para Oriente... ¡Desencuentro continuo de las almas congéneres, en este mundo de eterno esfuerzo y de eterna imperfección!

CAPITULO V

Dos semanas después, rodando en el coche del *Pingalho* por el Campo de Santa Ana, con una portezuela abierta y el pie extendido hacia el estribo, distinguí entre los árboles sin hojas el portón negro de la casa de la tía. Y dentro de aquel pobre carricoche, yo resplandecía más que un gordo César, coronado de follajes de oro, sobre su vasto carro, volviendo de domar pueblos y dioses.

Era, ciertamente, por el deleite de volver a ver, bajo aquél cielo, tan azul y tan fino, a mi Lisboa, con sus quietas calles color de yeso sucio, y aquí y allá las persianas verdes bajadas, como párpados pesados de languidez y de sueño. Pero era, sobre todo, la certeza de la gloriosa mudanza que se había realizado en mi fortuna doméstica y en mi influencia social.

Hasta entonces, ¿qué había sido yo en la casa de la señora doña Patrocínio? El niño Teodorico, que, a pesar de su título de doctor y de sus barbas de Raposón, no podía mandar ensillar la yegua para ir a la peluquería de la Baja, sin implorar la licencia de la tía... ¿Y ahora? Ahora era el doctor Teodorico, que había ganado en el contacto santo con los lugares del Evangelio, una autoridad casi pontifical. ¿Qué había sido hasta entonces, en el Chiado, entre mis conciudadanos? El Raposito que tenía un caballo. ¿Y ahora? El gran Raposo que peregrinara poéticamente por Tierra Santa, como Chateaubriand, y que por los remotos hospedajes donde había estado, por las rollizas circasianas que besara, podía hablar con superioridad en la Sociedad de Geografía o en casa de Benita *la Vejigosa*...

El Pingalho detuvo los caballos. Salté a la calle con el cajón de la reliquia apretado contra el corazón. Y allá en el fondo del patio triste, cubierto de piedra menuda, vi a la señora doña Patrocínio de las Nieves, vestida de sedas negras, con mantilla de encajes, enseñándome en el rostro pálido, bajo los anteojos ahumados, la sonrisa de sus dientes largos.

– Oh tía!

– ¡Oh muchacho!

Solté el cajón santo y caí en su pecho seco; el olorcillo que esparcía, a rapé, a capilla y a hormiga, era como si el alma dispersa de las cosas domésticas me rodease para reintegrarme a la piadosa rutina del hogar.

– ¡Qué quemado vienes, hijo!

– Tía, le traigo muchos recuerdos del Señor...

– ¡Dámelos en seguida!

Y sin dejar de apretarme contra la dura tabla de su pecho, rozó sus labios fríos por mis barbas, tan respetuosamente como si fuesen las barbas de palo de la imagen de San Teodorico.

Al lado, la Vicencia se limpiaba los ojos con la punta del delantal nuevo. El Pingalho había descargado mi valija de cuero. Entonces, levantando la preciosa caja de pino de Flandes bendito, murmuré con una modestia llena de unción:

– ¡Aquí está, tía! ¡Aquí está! ¡Aquí tiene la bendita reliquia que perteneció al Señor!

Las demacradas, pálidas manos de la hedionda señora temblaron al tocar aquellas tablas que contenían el principio milagroso de su salud y el amparo de sus aflicciones. Muda, tiesa, estrechando ávidamente la caja, subió los escalones de piedra, atravesó la sala de Nuestra Señora de los Siete Dolores y se encaminó al oratorio. Yo, detrás, magnífico, con mi casco de corcho, saludaba a la cocinera y a la desdentada Eusebia, que se inclinaban en el corredor como si pasase el Santísimo.

Después, en el oratorio, delante del altar adornado de camelias blancas, estuve admirable. No me arrodillé, no me persigné; de lejos, con los dedos, le hice al Jesús de oro, clavado en su cruz, un gesto familiar y le dirigí una mirada muy risueña y muy fina, como a un antiguo amigo con quién se tienen viejos secretos. La

tía sorprendió esta intimidad con el Señor, y cuando se arrodilló sobre la alfombra, dejando para mí el almohadón de terciopelo verde, fue tanto para su Salvador como para su sobrino para quienes levantó las manos adoratrices.

Concluidos los padrenuestros de gracias por mi regreso, la tía, aun arrodillada, murmuró con humildad:

– Hijo, sería bueno que supiese qué reliquia es. Lo digo por las velas, por el respeto...

Le dije, limpiándome las rodillas:

– Luego la verá, Por la noche es cuando se desempaquetan las reliquias... Fue lo que me recomendó el patriarca de Jerusalén... En todo caso, encienda la tía cuatro luces más, que hasta la madera de la caja es santa...

Las encendió sumisa; con devoto cuidado colocó luego el cajón sobre el altar; depositó en él un beso largo y sonoro; le extendió por encima un espléndido mantel de puntillas... Yo, entonces, episcopalmente tracé sobre el mantel, con dos dedos, una bendición en cruz.

La tía insistió con los anteojos negros fijos en mí y llenos de ternura:

– ¿Y ahora, hijo, ahora?

– Ahora la comidita, tía, que tengo la tripa vacía...

La señora doña Patrocínio, recogéndose las faldas, corrió a apurar a Vicencia. Yo fui a abrir la maleta en mi cuarto, que la tía había esterado de nuevo; las cortinas de gasa estaban recién planchadas con almidón; un ramo de violetas perfumaba la cómoda.

Largas horas nos demoramos en la mesa, donde la fuente de arroz con leche ostentaba mis iniciales dibujadas con canela por la tía, debajo de un corazón y de una cruz. Yo conté detenidamente mi santa peregrinación. Hablé de los devotos días de Egipto, empleados en besar una por una las huellas que allí dejara la Santa Familia en su huida; hablé del desembarco en Jafa con mi amigo Topsius, un sabio alemán, doctor en teología, y de la deliciosa misa que allí saboreamos; describí las colinas de Judá cubiertas de Pesebres donde yo, con mi yegua de la rienda, iba a arrodillarme, transmitiendo a las imágenes y a las custodias los encargos de la tía Patrocínio. Describí a Jerusalén piedra por piedra... Y la tía, sin comer, cruzando las manos, suspiraba con devotísimo pasmo:

– ¡Ay, qué santo! ¡Ay, qué santo oír estas cosas! ¡Jesús, hasta da un gusto por dentro!

Yo sonreía, humilde. Y cada vez que la miraba de soslayo, aquella doña Patrocínio de las Nieves me parecía otra. Sus anteojos negros, que en otro tiempo relucían tan ásperamente, ahora tenía un continuo empañamiento de ternura. En la voz, que había perdido la rispidez silbante vagaba, suavizándola, un suspiro acariciador y gangoso. Había adelgazado, pero por sus secos huesos parecía correr aún un calor de médula humana. Yo pensaba: «Aun la he de poner como un terciopelo.»

Y sin moderación prodigaba las pruebas de mi intimidad con el cielo.

Decía: «Una tarde, en el monte de los Olivos, estaba rezando cuando de repente pasó un ángel»...

Y también: «Prescindí de todos los cuidados y me fui al sepulcro de Nuestro Señor, levanté la losa y grité hacia adentro....»

Ella inclinaba la cabeza, anonadada ante estos privilegios prodigiosos, sólo comparables a los de San Antonio o San Blas.

Después enumeraba mis tremendos rezos, mis terribles ayunos. En Nazareth, al pie de la fuente donde Nuestra Señora llenaba el cántaro, había rezado mil avemarias, de rodillas, bajo la lluvia... En el desierto donde viviera San Juan me había alimentado como él, de saltamontes.

Y la tía, babeando, murmuró:

– ¡Ay, qué ternura! ¡Ay, qué ternura! ¡Saltamontes!... ¡Qué comida para nuestro rico San Juan! ¡Como no había de morirse! Y escucha, hijo: ¿No te hicieron daño?

– ¡Si hasta engordé, tía! Nada; era lo que yo decía a mi amigo el alemán: «Ya que la gente tiene una ocasión de éstas, hay que aprovecharse y salvar el alma.»

Ella se volvía hacia Vicencia, que sonreía, pasmada, en su lugar tradicional, entre las dos ventanas, bajo el retrato de Pío IX y el viejo antejo del comendador G. Godinho:

– ¡Ay, Vicencia, que viene lleno de virtud! ¡Llenito de ella!

– Me parece que nuestro Señor Jesucristo no quedó descontento de mí – murmuraba yo, extendiendo la cuchara hacia el dulce de membrillo.

Y todos mis movimientos (hasta al chupar el azúcar) los contemplaba la odiosa señora con veneración, como preciosos actos de santidad.

Después, suspirando, ella dijo:

– Y otra cosa, hijo: ¿traes de allá algunas oraciones, de las buenas, de las que te habrán enseñado los patriarcas y los frailes?

– ¡Las traigo de rechupete, tía!

Traía muchas, en efecto, copiadas de los altares de los santos, eficaces para todos los achaques. Las tenía para toses, para cuando los cajones de las cómodas se atrancan, para vísperas de lotería...

– ¿Y tendrás alguna para calambres? Porque, hijo, a veces, de noche...

– Traigo una infalible para calambres. Me la dio un monje, amigo mío, a quien suele aparecerse el Niño Jesús... Dice...

Y encendí un cigarrillo. ¡Nunca había yo osado fumar delante de la tía! Ella detestaba el tabaco, más que ninguna otra emanación del pecado. Pero ahora arrastró golosamente su silla hacia mí como hacia un milagroso cofre repleto de esas oraciones que dominan la hostilidad de las cosas, vencen toda enfermedad, eternizan a las viejas sobre la tierra.

– Me la has de dar, hijo. ¡Será una caridad que me haces!

– ¡Oh tía, qué cosas dice! ¡Todas! ... Y dígame, dígame: ¿cómo va de sus padecimientos?

Lanzó un ¡ay! de infinito desaliento. Iba mal, mal... Cada día se sentía más débil, como si se fuese a deshacer... En fin, ya no moriría sin haber satisfecho aquel gusto de mandarme a Jerusalén a visitar al Señor; y esperaba que él se lo tuviese en cuenta, así como los gastos que había hecho y la pena de la separación... ¡Pero iba mal, mal!

Yo desvié la cara para esconder el vivo y escandaloso relámpago de júbilo que la iluminara. Después animé a la tía con generosidad. ¿Qué podía temer ella? ¿No tenía ahora, para apegarse a la tierra, para vencer las leyes de la descomposición natural, aquella reliquia de Nuestro Señor?

–Y otra cosa, tía; ¿cómo están nuestros buenos amigos?

Ella me dio la desconsoladora nueva. El mejor y más agradable, el bondadoso Casimiro, había regresado el domingo a su casa con las piernas hinchadas... Los médicos afirmaban que era un anasarca. Ella desconfiaba de una plaga que le deseara un gallego...

–Sea lo que fuere, el pobrecito está encamado. ¡Y me ha hecho tanta falta!... Ni te lo imaginas, hijo. Menos mal que cuento con su sobrino, el padre Negrón.

– ¿El padre Negrón? – murmuré, extrañando aquel nombre.

Ella me explicó. El padre Negrón vivía cerca de Torres. Nunca venía a Lisboa, que le daba asco por su relajación. Sólo por ella, y para ayudarla en sus asuntos, condescendía aquel santo en dejar su aldea. ¡Era tan delicado, tan servicial! ¡Era una perfección!

–No puedes imaginarte el bien que me ha hecho, hijo. ¡Sólo lo que él ha rezado por ti, para que Dios te protegiese en esas tierras de turcos!... ¡Y la compañía que me hace! Todos los días almuerza aquí. Hoy no ha querido venir. Me dijo una cosa muy razonable: «No quiero cortar expansiones, señora mía.» Siempre dice cosas así, enternecedoras. ¡No hay otro como él! Ya lo conocerás: ¡encanta!

Sacudí la ceniza del cigarrillo, malhumorado. ¿Por qué, contra las costumbres de la casa, venía todos los días aquel cura de Torres a comer el cocido de la tía? Murmuré con autoridad:

–Allá en Jerusalén, los padres y los patriarcas sólo los domingos van a almorzar a las casas de sus amistades... Es más virtuoso.

Había oscurecido. La Vicencia encendió el gas en el pasillo; y como pronto llegarían los dilectos amigos, avisados por la tía para que viniesen a dar la bienvenida al peregrino, fui a mi habitación para ponerme la levita negra.

Allí, contemplando en el espejo mi rostro tostado por el sol, sonreí satisfecho, murmurando: «¡Ah, Teodorico, venciste! »

Sí, había vencido. ¡Cómo me había recibido la tía! ¡Con qué veneración, con qué devoción! Y estaba mal, mal. Poco tardaría yo en sentir los martillazos cerrando su féretro. Y ya nada podría desalojarme del testamento de la señora doña Patrocinio. Yo era para ella San Teodorico. La hedionda vieja estaba, al fin, convencida de que dejarme su oro era como donarlo a Jesús y a los Apóstoles y a toda la Santa Madre Iglesia.

Pero la puerta rechinó, y entró la tía con su chal de Toriquín por los hombros. Caso extraño: me pareció que era la doña Patrocinio de las Nieves de otros tiempos, seca, adusta, verdosa, odiando el amor como cosa inmunda, y echando de su lado para siempre a los hombres que se mezclan con faldas. Sus ojos, en efecto, otra vez duros, relucían y se clavaban desconfiadamente en mi valija... ¡Santos cielos! ¡Era la antigua doña Patrocinio! Allí estaban sus manos huesudas, esqueléticas, cruzadas sobre el chal, estrujándolo, ansiosas de escudriñar en mi ropa blanca... Allí estaban sus labios sumidos, con un hondo surco de aspereza... Temblé; pero en seguida me invadió una inspiración del Señor. Delante de la valija abrí los brazos con un ademán de candidez:

–Pues es cierto... Aquí tiene usted la maleta que anduvo por Jerusalén. Aquí está, bien abierta, para que todo el mundo pueda ver que es la maleta de un hombre religioso. Pues es lo que decía mi amigo el alemán, persona que todo lo sabía: «Observe usted, Raposo, santito, que cuando en un viaje se ha pecado y se come-

tieron relajaciones y se anduvo detrás de faldas, siempre se traen pruebas en la maleta. Por más que se escondan, qué se dejen afuera, siempre se olvida alguna cosa que huela a pecado»... Así me dijo muchas veces, hasta en una ocasión delante de un patriarca. Y el patriarca asintió. Por eso yo puedo abrir aquí la valija, sin recelo. Puede escudriñarse, puede olerse... A lo que huele es a religión... Mire, tía, mire; traer al tán los calzoneillos y los calcetines. Y eso, porque es pecado andar desnudo... Pero lo demás, todo santo. Mi rosario, mi librito de misa, mis escapularios, todo de lo mejor, todo del Santo Sepulcro...

– Ahí veo unos envoltorios que... – murmuró la asquerosa vieja, extendiendo uno de sus descarnados dedos.

Los abrí a toda prisa. Eran dos frascos lacrados de agua del Jordán. Y muy serio, muy digno, quedé delante de la señora doña Patrocínio con una botellita del divino líquido en la palma de cada mano. Entonces ella, con los anteojos de nuevo empañados, besó devotamente los frascos, y un poco de su saliva corrió por mis uñas. Después, en la puerta, ya rendida, suspiró:

– Mira, hijo, estoy temblando, ¡Y es de todas estas satisfacciones!...

Salió. Yo quedé rascándome la barba. Sí, aun había una circunstancia que podía privarme del testamento de la tía: y sería que apareciese ante ella, material y tangible, una evidencia de mis relajaciones. Pero, ¿cómo podría surgir jamás esa prueba en este lógico universo? Todas las pasadas fragilidades de mi carne eran como los humos dispersos de una hoguera apagada, que ningún esfuerzo puede nuevamente condensar. Y mi último pecado, saboreado tan lejos, en el viejo Egipto, ¿cómo llegaría jamás a conocimiento de la tía? Ninguna combinación humana lograría traer al Campo de Santa Ana los dos únicos testigos de ese extravío: una guantera ocupada ahora en lucir las amapolas de su sombrero ante los granitos de Ramsés, en Tebas; un doctor hundido en una calle escolástica, a la sombra de alguna vetusta universidad de Alemania, escudriñando en la ceniza histórica de los Herodes... Y, aparte de esa flor de libertinaje y de esa columna de ciencia, nadie en la tierra conocía mis culpables delirios en la ciudad amorosa de los Lápidas.

Además, la terrible prueba de mi trato con la infame Mary, la camisa de dormir perfumada de violeta, estaba cubriendo ahora, en Sión, la lánguida cintura de una circasiana o los senos color de bronce de una nubia de Koskoro; la comprometedor dedicatoria *A mi portuguesito valiente*, habría sido borrada o recortada; y las puntillas se irían rasgando en el servicio fuerte del amor; y rota, sucia, gastada, tal prenda no tardaría en ser echada a la basura secular de Jerusalén... Sí, nada se podría interponer entre mi justa impaciencia y la bolsa verde de la tía. Nada, a no ser la carne misma de la vieja, su carroña crujiente, animada por una temerosa llama vital que parecía no querer extinguirse... ¡Oh hado horrible! ¡Si la tía, obstinada, renitente, viviese aún cuando se abriesen los claveles del otro año!... No pude contenerme. Elevé el alma a las alturas y grité desesperadamente, con toda el ansia de mi deseo:

– ¡Oh Santa Virgen María, haz que la tía reviente sin tardanza!

En ese momento sonó la campanilla del patio. Y me resultó grato reconocer, después de la larga separación, los dos campanillazos cortos y tímidos de nuestro modesto Justino; y más grato, todavía sentir poco después el repique majestuoso del doctor Margaride. Inmediatamente la tía abrió de par en par la puerta de mi cuarto y exclamó con un penoso atragantamiento:

– Teodorico, hijo, escucha: me estuve acordando... Me parece que para destapar la reliquia es mejor esperar a que se vayan Justino y Margaride. ¡Ay, yo soy muy amiga de ellos, son personas muy virtuosas!... Pero creo que para una ceremonia de éstas es mejor que estén sólo personas de iglesia...

Ella, por su devoción, se consideraba persona de iglesia. Yo, por mi viaje, era casi persona del cielo.

– No, tía; el patriarca de Jerusalén me recomendó que fuese delante de todos los amigos de la casa, en la capilla, con velas... Es más eficaz... Bueno, y dígame a Vicencia que venga a buscar mis botas para limpiarlas...

– ¡Oh, yo se las doy! ¿Son éstas? Están muy sucias, por cierto. Ahora te las mando, hijo...

¡Y la señora doña Patrocinio agarró las botas y las llevó! ¡Ah, estaba muy cambiada, mucho! Y al espejo, clavando en el satén de la corbata una cruz de Malta, de coral, yo pensaba que desde ese día iba a reinar allí, en el Campó de Santa Ana, desde la cumbre de mi santidad, y que para apurar la obra lenta de la muerte tal vez conviniese apalea a la vieja.

Me fue grato encontrar en la sala a los dilectos amigos, de pie, con graves levitas, alargándome cariñosamente los brazos. La tía estaba en el sofá, rígida, emocionada, con vestido de fiesta y con joyas. A su lado, un sacerdote muy delgado doblaba el espinazo, clavando los dedos en el pecho y mostrando en su faz chupada los dientes afilados y hambrientos. Era el Negrón. Le alargué dos dedos secamente:

– Celebro verlo por aquí...

– ¡Grandísima honra para este siervo suyo! – murmuró él, llevando mis dedos hacia el corazón.

Y, doblando aún más el dorso servil, corrió a levantar el *abatjour* del candelera, para que la luz me bañase y permitiese ver en la madurez de mi semblante la eficacia de mi peregrinación.

El padre Pinheiro decidió, con su sonrisa de enfermo:

– ¡Más delgado!

Justino dudó haciendo sonar los huesos de los dedos:

– ¡Más quemado!

Y Margaride, cariñosamente:

– ¡Más hombre!

El onduloso padre Negrón se volvió, inclinándose hacia la tía como ante un Sacramento entre sus haces de luces:

– ¡Y con el aire que inspira respeto! ¡Enteramente digno de ser sobrino de la virtuosísima doña Patrocinio!

En tanto, alrededor brotaban las preguntas amigas: «¿Y la salud?» «¿Qué tal Jerusalén?» «¿Qué tal las comidas?»

Pero la tía golpeó con el abanico en sus rodillas, recelando que tan familiar alborozo importunase a San Teodórico. Y el Negrón acudió con un celo melifluido:

– ¡Método, señores míos, método! Así, todos a una, no se goza. Es mejor que dejemos hablar a nuestro interesante Teodórico.

Detesté aquel nuestro, odié a aquel padre. ¿Por qué corría tanta miel en sus palabras? ¿Por qué tenía el privilegio de sentarse en el sofá, rozando la sórdida rodillera de su hábito con los castos satenes de la tía?

Mas el doctor Margaride, abriendo la caja de rapé, convino en que el método era lo más prudente.

—Sentémonos todos en rueda, y que nuestro Teodórico cuente por orden todas las cosas que vio.

El galguesco Negrón, con una escandalosa oficiosidad, fue corriendo a buscar una copa de agua con azúcar para lubricarme la garganta. Extendí mi pañuelo sobre las rodillas. Tosí, y comencé a esbozar la soberbia jornada. Expliqué el lujo del Málaga; Gibraltar y su peñón cubierto de nubes; la abundancia de las «mesas redondas» con *puddings y soda*...

—¡Todo a lo grande, a la francesa! —suspiró el padre Pinheiro, con un brillo de gula en los ojos mortecinos—. Pero, naturalmente, todo muy indigesto...

—Puedo asegurarle, padre Pinheiro... Sí, todo a lo grande, a la francesa, pero cosas saludables, que no irritaban los intestinos. Hermoso *rosbeef*, hermoso cordeiro...

— ¡Que seguramente no valían lo que su pollo en pepitoria, excelentísima señora! — atajó untuosamente el padre Negrón, cerca del hombro huesudo de la tía.

Execré a aquel hombre. Y, revolviendo el agua con azúcar, decidí en mi interior que, apenas yo comenzase a gobernar férreamente la casa del Campo de Santa Ana, nunca más la pepitoria de mi familia atravesaría la garganta adulatora de aquel siervo de Dios.

Mientras tanto, el buen Justino, aflojándose el cuello, me sonreía embobado. ¿Y cómo pasaba yo las noches en Alejandría? ¿Había alguna reunión donde distraerse? ¿Conocía a alguna familia de consideración con la cual pudiese tomar una taza de té?

—Sí, Justino, conocía. Pero, a decir verdad, sentía repugnancia en visitar casas de turcos... Es gente que no cree más que en Mahoma. Escuche: ¿sabe lo que hacía de noche? Después de cenar, iba, a una iglesia de nuestra hermosa religión, sin extranjerismos, donde había siempre un delicioso Santísimo... Allí hacía mis devociones, y luego iba a reunirme con mi amigo el alemán, el catedrático, a una gran plaza que los de Alejandría dicen que es mucho mejor que la del Rocío... Mayor y más grosera tal vez sí. Pero no tiene esta hermosura de nuestro Bocio, con sus ladrillitos, sus árboles, su estatua, su teatro... En fin, para mi gusto, y para recrearse en el verano, prefiero el Rocío... Y así se lo tengo dicho a los turcos.

—Y yo aplaudo que así haya defendido las cosas portuguesas —manifestó el doctor Margaride, contento y tamborileando en la tabaquera—; diré más: es acto de patriotismo. ¡No de otra manera procedían los Gamas y los Albuquerque!

—Pues así procedía yo. Iba a reunirme con el alemán, y para distraerme un momento, porque una distracción siempre es necesaria cuando se viaja, íbamos a tomar café, que allá, hay que reconocerlo, lo hacen los turcos que es una delicia.

—¿Buen cafecito, eh? —intervino el padre Pinheiro, arrimando la silla con avidez ¿Muy cargado? ¿Buen aroma?

—Sí, padre Pinheiro; excelente... Pues tomábamos nuestro café, después regresábamos al hotel, y en la habitación, con los Santos Evangelios delante, nos poníamos a estudiar todos aquellos divinos lugares de Judea a donde habíamos de ir a rezar... Y como el alemán era catedrático y sabía de todo, yo a su lado me instruía sin cesar. A veces él me decía: «Usted, Raposo, con estas veladas, va a ir hecho un modelo»... Y, por lo que se refiere a cosas santas y de Cristo, lo sé todo.

Pues bien; así pasábamos las horas, a la luz del candelero, hasta las diez o las once... Después, el té, el rosario, y a la cama.

– Noches muy bien aprovechadas, sí, señor; bien provechosas – declaró, sonriendo hacia la tía, el estimable doctor Margaride.

– ¡Ay, eso le dio mucha virtud! – suspiraba la horrenda señora –. Fue como si subiese un instante al cielo. Hasta huele bien lo que él dice... ¡Huele a santo!

Modestísimamente bajé los párpados lentos.

Pero Negrón, con sinuosa perfidia, advirtió que sería más provechoso y de mayor unción para las almas escuchar cosas de fiestas, de milagros, de penitencias...

– Estoy siguiendo mi itinerario, señor padre Negrón – repliqué ásperamente.

– Como hizo Chateaubriand, como hacen todos los autores famosos – añadió Margaride, aprobando.

Y puestos los ojos en él, como en el más docto, conté la partida de Alejandría en una tarde de tormenta, el impresionante momento en que una santa hermana de la Caridad (que había estado en Lisboa y había oído hablar de la virtud de la tía) salvara de las aguas saladas un envoltorio en que yo traía tierra de Egipto, de la que pisara la Sagrada Familia; nuestra llegada a Jafa, que, por un prodigio, apenas yo había subido a cubierta, de sombrero de copa y pensando en la tía, se coronara de rayos de sol...

– ¡Magnífico! – exclamó el doctor Margaride –. Y dígame, Teodorico: ¿no llevaban con ustedes un guía que les fuese indicando las ruinas, que se las fuese comentando?

– ¡Oh, por Dios, doctor Margaride! Llevábamos un gran latinista, el padre Potte...

Remojé los labios. Y referí las emociones de la gloriosa noche en que acampáramos junto a Ramleh, con la luna en el cielo iluminando cosas de religión, beduinos velando lanza al hombro, y en rededor, leones rugiendo...

– ¡Qué escena! – gritó el doctor Margaride levantándose arrebatadamente –. ¡Qué enorme escena! ¡Y no estar yo allá! Parece una de esas cosas grandiosas de la Biblia, del *Eurico*... ¡Eso inspira a uno! Por mi parte, si las hubiese visto, no me contenía; ¡haría una oda sublime!

El Negrón tiró de los faldones de la levita al facundo magistrado:

– Es mejor dejar hablar a nuestro Teodorico, para que todos podamos enterarnos...

Margaride, excitado, frunció las cejas temerosas y más negras que el ébano:

– Nadie en esta sala saborea mejor que yo lo grandioso, señor padre Negrón. Y la tía, insaciable, golpeando con el abanico:

– Está bien, está bien... Cuenta y no te canses, hijo. Mira: cuenta alguna cosa que te sucediese con Nuestro Señor y que nos enterezca...

Todos enmudecieron, reverentes. Entonces conté la marcha hacia Jerusalén, guiados por las estrellas, como les acontece siempre a los peregrinos finos y de buena familia; las lágrimas que había derramado al avistar, una mañana de lluvia, las murallas de Jerusalén; y las palabras que, en mi visita al Santo Sepulcro, de levita, con el padre Potte, había balbuceado delante del túmulo, entre sollozos y en

medio de acólitos: «¡Oh mi Jesús, mi Señor; aquí estoy, aquí vengo de parte de la tía...»

La repulsiva señora, sofocada, murmuró:

– ¡Qué ternura!!.. ¡Delante del sepulcro!

Entonces me pasé el pañuelo por la frente excitada, y dije:

– Esa noche me retiré al hotel para rezar... Y ahora, señores, aquí hay un punto desagradable...

Y contritamente confesé, que, obligado por la religión, por el nombre honrado de Raposo y por la dignidad de Portugal, había tenido un disgusto en el hotel con un inglés grande y barbudo.

– ¡Una riña! – intervino con perversidad el vil Negrón, ansiosa de empañar el brillo de la santidad con que yo deslumbraba a la tía –. ¡Una riña en la ciudad de Jesucristo! ¡Vaya un desacato!

Apretando los dientes me encaré con el torpísimo padre:

– Sí, señor, un escándalo... Pero sepa usted que el patriarca de Jerusalén, al enterarse, me dio toda la razón y hasta me golpeó en el hombro y me dijo: «Lo felicito, Teodorico; se ha portado usted como un valiente.» ¿Qué tiene usted que chistar ahora?

Negrón inclinó la cabeza, donde la corona ponía una palidez azulada de luna en tiempo de peste:

– ¡Si su excelencia aprobó!...

– ¡Sí, señor! Y ahora escuche la tía por qué fue la riña... En la habitación contigua a la mía paraba una inglesa, una hereje, que apenas yo me ponía a rezar comenzaba a tocar el piano y a cantar fados, tonterías y cosas inmorales del Barba Azul, de los teatros... Imagínese la tía estar una persona diciendo de rodillas y con todo fervor: «¡Oh Santa María del Patrocinio, haz que mi buena tía tenga muchos años de vida!», y que de pronto sale de detrás del tabique una voz de excomulgada berreando: «*Soy Barba Azul; ser viudo es mi empeño...*» ¡Es para incomodarse! De modo que una noche, desesperado, no me contengo, salgo al pasillo, doy un golpe en la puerta y grite «¡Haga el favor de callarse, que aquí hay un cristiano rezando!»

– Y procedió usted con todo derecho – afirmó el doctor Margaride –. La ley estaba de su parte. – Así me lo dijo el patriarca. Pues, señores, como iba contando, le grito eso a la mujer, y me disponía, a regresar a mi habitación cuando se me aparece el padre, un gigante barbudo, con el bastón en la mano... Yo fui muy prudente: crucé los brazos y, con buenos modos, le dije que no quería escándalos allí, al pie del sepulcro de Nuestro Señor, y que lo que deseaba era rezar en calma. ¿Y qué creen que me contestó? Que él... En fin, algo que no puedo repetir; una cosa indecente contra el Santo Sepulcro. Entonces, tía, se me barrió la vista, lo agarré por el pescuezo...

– ¿Y le pegaste, hijo?

– ¡Lo despedacé, tía!

Todos aclamaron mi ferocidad. El padre Pinheiro citó leyes canónicas autorizando a la Fe para deslomar a la Impiedad. Justino, saltando, se reía de aquel hijo de John Bull aplastado por un sólido puño lusitano. Y yo, excitado por los elogios como por clarines de ataque, bramaba de pie, imponente:

– ¡Impiedades delante de mí, no! ¡Lo derribo todo, lo machaco todo! En cosas de religión soy una fiera...

Y aproveché esta santa cólera para blandir, como un aviso, delante de la nariz de Negrón, mi puño velludo. El macilento y flaco siervo de Dios se encogió. Pero en ese instante la Vicencia entraba con el té en la rica vajilla de G. Godinho.

Entonces los dilectos amigos, con la tostada en la mano, rompieron en ardientes encomios:

– ¡Qué viaje más instructivo! ¡Es como haber asistido a un curso!

– ¡Y qué deliciosa velada hemos pasado aquí! ¡Cómo en el San Carlos! ¡Esto sí que es gozar!

Lentamente el buen Justino, con su tacilla rodeada de pasteles, se había acercado a la ventana como para observar el cielo estrellado; y de entre el vuelo de las cortinas sus ojos brillantes y golosos me llamaban confidencialmente. Fui, tarareando el Bendito; nos sumergimos en la sombra de los damascos, y el virtuoso escribano, rozando la boca por mis barbas, me preguntó:

– ¿Y de mujeres, qué tal, amiguito?

Yo confiaba en Justino, Le secreteé muy cerca del oído:

– ¡Para dejar allá los sesos, Justinito!

Sus pupilas brillaban como las de un gato en enero; la taza le bailaba en la mano. Y yo, pensativo, volviendo a la luz, exclamé:

– Sí, hermosa noche... Pero no son, las mismas estrellas santas que nosotros veíamos allá en el Jordán...

El padre Pinheiro, tomando a sorbos cautelosos su té, vino tímidamente a tocarme en el hombro. Me preguntó si me había acordado en aquellas santas tierras de su frasquito de agua del Jordán.

– ¡Oh padre Pinheiro, claro que sí! Lo traigo todo. El ramito del monte de los Olivos para nuestro Justino; la fotografía para el doctor Margaride... ¡Todo!

Corrí a mi habitación en busca de los dulces recuerdos de Palestina. Y al regresar sosteniendo por las puntas un pañuelo repleto de devotas preciosidades, me detuve detrás del repostero al sentir pronunciar mi nombre. ¡Suave gozo! Era el inestimable doctor Margaride, que afirmaba a la tía, con su tremenda autoridad:

– Doña Patrocinio, yo no he querido decírselo delante de él... Pero ahora, esto es más que tener un sobrino y un caballero. Esto es tener en casa un amigo íntimo de Nuestro Señor Jesucristo...

Tosí y entré. La señora doña Patrocinio rumiaba un escrúpulo celoso. No le parecía delicado para Nuestro Señor (ni para ella) que se repartiesen aquellas reliquias menores antes de serle entregada a ella, como señora y como tía, en la capilla, la gran reliquia...

– Porque quiero que sepan mis amigos – anunció con su liso pecho hinchado de satisfacción –, que Teodorico me ha traído una santa reliquia que me va a librar de mis afecciones y a curar mis males...

– ¡Bravísimo! – gritó el impetuoso doctor Margaride –. De modo, Teodorico, que se han seguido mis consejos, ¿eh? ¿Se ha escudriñado por aquellos sepulcros?... ¡Bravísimo! ¡Es de generoso romero!

– Es de un sobrino como ya no los hay en Portugal – dijo el padre Pinheiro ante el espejo donde estudiaba la lengua saburrosa.

— ¡Es de hijo, es de hijo! — proclamaba Justino, alzándose en la punta de los botines.

Entonces el Negrón, mostrando los dientes hambrientos, balbuceó esta vileza:

— Falta saber, caballeros, de qué reliquia se trata.

Tuve sed, ardiente sed de la sangre de aquel padre. Lo traspasé con dos miradas más agudas y brillantes que un asador sobre las brasas:

— Tal vez, si es usted un verdadero sacerdote, se eche de narices en el suelo, rezando, cuando aparezca esa maravilla...

Y me volví hacia la señora doña Patrocinio con la impaciencia de una noble alma ofendida que busca una reparación:

— Bien, tía; vamos al oratorio. Quiero asombrar a todos. Es lo que decía mi amigo el alemán: «Esa reliquia, al ser descubierta, es para dejar pasmada a una familia entera...»

Deslumbrada, la tía se levanta con las manos cruzadas. Yo corrí a proveerme de un martillo. Cuando volví, el doctor Margaride, grave, se ponía los guantes negros. Detrás de la señora doña Patrocinio, cuyos satenes hacían en el piso un rumor de vestiduras de prelado, salimos al pasillo, donde el pico del gas silbaba dentro de su vidrio redondo. Al fondo, la Vicencia y la cocinera observaban con sus rosarios en la mano.

El oratorio resplandecía. Las antiguas bandejas de plata, batidas por las llamas de las velas de cera, ponían en el fondo del altar un brillo de gloria. Sobre la candidez de las puntillas lavadas, entre la nieve fresca de las camelias, las túnicas de los santos, azules y rojas, con su brillo de seda, parecían nuevas, especialmente buscadas en los roperos del cielo para aquella rara noche de fiesta... A veces el rayo de una aureola temblaba y despedía un fulgor como si por la madera de las imágenes corriesen estremecimientos de júbilo. Y en su cruz de palo negro, el Cristo, riquísimo, macizo, todo de oro, sudando oro, sangrando oro, relucía preciosamente.

— ¡Todo con mucho gusto! ¡Qué divina escena! — murmuró el doctor Margaride, halagado en su pasión por lo grandioso.

Con piadosos cuidados coloqué el cajón en la almohada de terciopelo; inclinado murmuré sobre él un *Ave*, después levanté el mantel que lo cubría y con él en el brazo, después de expectorar solemnemente, dije:

— ¡Tía, señores!... Yo no he querido revelar antes la reliquia que viene en esta caja, porque así me lo recomendó el señor patriarca de Jerusalén.., Ahora lo voy a decir. Pero antes de nada, creo conveniente explicar que todo en esta reliquia, papel, cinta, caja, clavos, todo es santo. Por ejemplo, los clavos... son del arca de Noé. Puede ver, señor padre Negrón, puede palpar; son los del arca, aun herrumbrosos... ¡Y todo de lo mejor, todo destilando virtud! Además, quiero declarar delante de todos que esta reliquia pertenece por completo a la tía y que se la traigo para probarle que en Jerusalén no pensé sino en ella, en lo que Nuestro Señor padeció y en prepararle esta pichincha...

— ¡Siempre estarás a mi lado, hijo! — tartamudeó la horrenda señora, emocionada.

Le besé la mano, sellando así este acto de que eran verídicos testigos la Magistratura y la Iglesia. Después, tomando el martillo:

—Y ahora, para que cada uno esté prevenido y pueda hacer las oraciones que mejor le cumplan, debo decir lo que es la reliquia...

Tosí, cerré los ojos...

— ¡Es la corona de espinas!

Maravillada, lanzando un ronco gemido, la tía se echó sobre la caja, enlazándola con los brazos trémulos... Pero el doctor Margaride se rascaba pensativamente la barba austera; Justino sumiérase en la profundidad de su cuello planchado, y el ladino Negrón abría frente a mí su boca negra, de donde salían asombro e indignación. ¡Justos cielos! ¡Magistrados y sacerdotes evidenciaban una incredulidad terrible para mi fortuna!

Yo temblaba, sentía escalofríos, cuando el padre Pinheiro, muy serio, convencido, se agachó para apretar la mano de la tía y felicitarla por la posesión de aquella reliquia. Entonces, cediendo a la fuerte autoridad litúrgica del padre Pinheiro, todos en fila, en una muda congratulación, estrecharon los dedos de la babosa señora.

¡Estaba salvado! Rápidamente me arrodillé ante el cajón, clavé el formón en la junta de la tapa, levanté en triunfo el martillo...

— ¡Teodorico, hijo! — gritó la tía, horripilada como si fuese a martillear la carne viva del Señor.

— ¡No hay cuidado, tía! Aprendí en Jerusalén a manejar estas cositas de Dios.

Desclavada la tabla, albeó la carnada de algodón. La levanté con tierna reverencia, y ante los ojos extáticos surgió el sacratísimo envoltorio de papel pardo con su cintita encarnada.

— ¡Ay, qué perfume! ¡Ay, yo muero! — suspiró la tía, desvaneciéndose de gusto, con el blanco de los ojos apareciendo por sobre el negro de los anteojos.

Me levanté encendido de orgullo:

— Es a mi querida tía, sólo a ella, a quien corresponde, por su mucha virtud, desenvolver el paquetito...

Volviendo de su emoción, trémula y pálida, pero con la gravedad de un pontífice, la tía tomó el envoltorio, hizo una reverencia a los santos, lo colocó sobre el altar, devotamente desató el nudo de la cinta encarnada; después, con el cuidado de quien teme lastimar un cuerpo divino, fue deshaciendo uno a uno los dobleces del papel pardo... Una blancura de lino apareció... La tía lo sujetó en la punta de los dedos y tiró bruscamente... ¡Sobre el ara, por entre los santos, encima de las camelias, a los pies de la cruz, extendióse con lazos y puntillas la camisa de dormir de Mary! ¡La camisa de dormir de Mary! ¡En todo su lujo y todo su impudor, arrugada por mis brazos, con cada pliegue oliendo a pecado! — ¡La camisa de dormir de Mary! Y sujeto a ella por un alfiler, bien evidente a la claridad de las velas, la tarjeta con la dedicatoria en letra gruesa: «A Teodorico, mi portuguesito valiente, en recuerdo de lo mucho que gozamos.» Firmado: M. M... ¡La camisa de Mary!

¡Apenas sé lo que pasó después en el florido oratorio! Me encontré en la puerta, envuelto en la cortina verde, con las piernas temblando, casi desmayado. Chasqueando como leños tirados en una hoguera, yo sentía las acusaciones del padre Negrón lanzadas contra mí, junto a la toca de la tía: «¡Libertinaje! ¡Escarnio! ¡Una camisa de prostituta ridiculizando a la señora doña Patrocínio! ¡Profanación del oratorio!» Distinguí su bota arrojando furiosamente hacia el corredor el trapo blanco. Uno a uno, vi a los amigos pasar como largas sombras llevadas por un

viento de terror. Las luces de las velas oscilaban afligidas. Y bañado de sudor, entre los pliegues de la cortina, adiviné a la tía caminando hacia mí, lenta, pálida, rígida, espantosa... Se detuvo. Sus fríos y feroces anteojos me traspasaron. Y a través de los dientes cerrados, escupió esta palabra:

– «¡Puerco!»

Y salió.

Me retiré a mi habitación, caí sobre el lecho, desmoronado. Un rumor de escándalo resonaba en el caserón severo. Y la Vicencia apareció delante de mí, seria, estrujando su delantal blanco con la mano:

– ¡Muchacho, muchacho! La señora me manda a decirle que salga inmediatamente a la calle, que no lo quiere ni un momento más en la casa... ¡Y dice que puede llevarse su ropa blanca y todas sus porquerías!

¡Despedido!

Levanté de la almohada la cara bañada en lágrimas. La Vicencia, atontada, retorciendo el delantal:

– ¡Ay, muchacho, muchacho! Si no sale en seguida para la calle, la señora dice que mandará llamar a un policía...

¡Expulsado!

Puse los pies inciertos en el suelo. Metí en el bolsillo un cepillo de dientes; tropezando en los muebles, busqué las chinelas y las envolví en un ejemplar de la *Naçao*. Sin darme cuenta, agarré de entre las valijas una caja con refuerzos de hierro, y en la punta de los pies bajé la escalera de la tía, encogido y rastrero como un perro tiñoso avergonzado de su tina.

Apenas traspuse el patio, la Vicencia, cumpliendo las órdenes sañudas de la tía, cerró detrás de mí el portón chapeado de hierro, ¡despreciativamente, para siempre!

¡Estaba solo en la calle y en la vida! A la luz de los fríos astros conté en la palma de la mano mi dinero. Tenía dos libras, dieciocho tostones, un duro español y algunos cobres... Descubrí entonces que la caja agarrada inconscientemente entre las valijas era la de las reliquias menores. ¡Complicado sarcasmo del destino! ¡Para cubrir mi cuerpo desabrigado, no tenía más que tablillas cepilladas por San José y trozos del cántaro de la Virgen! Metí en el bolsillo el envoltorio de las chinelas, y sin volver los ojos turbios a la casa de la tía, marché a pie, con la caja a cuestas, en la noche llena de silencio y de estrellas, hacia la Baja, al hotel de la Paloma de Oro.

*

Al día siguiente, descolorido y misérrimo, ante la mesa de la Paloma, revolvió una pobre sopa de garbanzos y de nabo, cuando un caballero, con chaleco de terciopelo negro, vino a ocupar la silla de enfrente, junto a una botella de agua de Vidago, una caja de pildoras y un número de la *Naçao*. En su frente, inmensa y arqueada como un frontón de capilla, se retorcían dos gruesas venas, y bajo las grandes fosas nasales, ennegrecidas de rapé, el bigote era un mechón de pelos grisáceos, duros como cerdas de cepillo. El mozo, al servirle la sopa, le dijo con agrado:

– ¡Sea muy bien venido el señor Lino!

Al llegar al cocido, aquel caballero abandonando la *Nação*; donde había recorrido menudamente los anuncios, posó en mí sus ojos amarillentos de bilis, y me hizo observar que desde Reyes estábamos disfrutando de un tiempo espléndido.

– ¡Excelente! – murmuré con cierta reserva.

El señor Lino metió un poco más la servilleta dentro de su cuello:

– Y si no le molesta la pregunta, ¿usted viene de las provincias del norte?

Pasé lentamente la mano por los cabellos:

– No, señor: ¡vengo de Jerusalén!

Con el asombro, el señor Lino dejó caer la cucharada de sopa que se llevaba a la boca. Y, después de haber rumiado mudamente su emoción, confesó que le interesaban mucho todos aquellos lugares santos, porque era religioso, gracias a Dios. Y, además, tenía un empleo, también gracias a Dios, en la Cámara Patriarcal...

– ¡Ah, en la Cámara Patriarcal! – dije yo –. Muy respetable. Yo traté mucho a un patriarca de Jerusalén... Un caballero muy santo, muy gentil... ¡Hasta concluimos por tratarnos de *tú!*

El señor Lino me ofreció de su agua de Vidago, y empezamos a hablar de las tierras de la Escritura.

– ¿Qué tal Jerusalén en cuánto a tiendas?

– ¿A tiendas? ¿A tiendas de modas?

– ¡No, no! – atajó el señor Lino –. Quiero decir tiendas de santidad, de reliquias, de cosas divinas...

– ¡Ah! Bastante bien. Hay la de Damiani, en la Vía Dolorosa, que tiene de todo, hasta huesos de mártires... Pero lo mejor es buscar cada uno por su cuenta, escudriñar... ¡Yo, en esas cosas, traje maravillas!

Una llama de singular codicia avivó las pupilas amarillas del señor Lino, de la Cámara Patriarcal. Y de repente, con una decisión de inspirado, llamó al mozo:

– ¡Andresito, tráenos un poco de Oporto! ¡Hoy haremos un festín! Cuando el mozo puso en la mesa la botella, con su fecha trazada a mano en un viejo rótulo de papel manchado, el señor Lino me ofreció una copa llena.

– ¡A su salud!

– ¡Con la ayuda del Señor, a la suya!

Por cortesía, después de comer el queso, invité a aquel hombre que, gracias a Dios, tenía religión, a entrar en mi cuarto y admirar las fotografías de Jerusalén. El aceptó alborozado; y, apenas traspuso la puerta, corrió sin etiqueta, golosamente, a mi lecho, donde se veían extendidas algunas de las reliquias que yo desembalara aquella mañana.

– ¿Se da cuenta el caballero? – le pregunté, desenvolviendo una vista del monte de los Olivos y pensando regalarle un rosario.

El, en silencio, daba vueltas entre sus dedos, de uñas roídas, a un frasco de agua del Jordán. Lo olfateó, lo sopesó, lo agitó. Después, muy serio, con las venas hinchadas en la vastísima frente:

– ¿Tiene certificado?

Le entregué el certificado del fraile franciscano, que garantizaba como auténtica y sin mezcla aquella agua del río bautismal. El saboreó el venerable papel. Y entusiasmado exclamó:

– Doy quince tostones por el frasquito.

Aquello fue para mi intelecto de doctor, como si una ventana se abriese y por ella entrase el sol. Inesperadamente, bajo aquella claridad fuerte, vi la naturaleza real de aquellas medallas, escapularios, agua, piedras, pajas, que yo consideraba hasta entonces un ripio eclesiástico olvidado por la escoba de la filosofía. ¡Las reliquias eran *valores*! ¡Tenían la cualidad omnipotente de *valores*! Se daba un trozo de barro y se recibía una rodaja de oro... Iluminado, comencé insensiblemente a sonreír, con las manos apoyadas en la mesa como en un mostrador de almacén:

– ¡Quince tostones por agua pura del Jordán! En poca estima tiene usted a nuestro San Juan Bautista... ¡Quince tostones! Casi es una impiedad... ¿Usted cree que el agua del Jordán es como el agua del Arsenal? Tres mil reis rechacé a un fraile de Santa Justa, esta mañana, al pie de esa cama...

El hizo saltar el frasco en la palma gorda, lo miró, calculó:

– ¡Doy cuatro mil reis!

– Bien está, ya que somos compañeros en la Paloma.

Y cuando el señor Lino salió de mi habitación, con el frasco de agua del Jordán envuelto en la *Naçao*, yo, Teodorico Raposo, me hallaba fatalmente, providencialmente, convertido en vendedor de reliquias.

De ellas comí, de ellas fumé, de ellas amé durante dos meses, quieto, tranquilo en la Paloma de Oro. Lirio aparecía cada mañana en mi habitación, de chinelas; escogía un pedazo del cántaro de la Virgen o una pajita del pesebre divino, lo envolvía en la *Naçao*, largaba la plata y se iba silbando el *De profundis*. Y era evidente que el digno sujeto revendía preciosidades con harto provecho porque en seguida brilló sobre su chaleco de terciopelo una cadena de oro.

Entretanto, muy hábil y muy fino, yo no había intentado (ni con súplicas, ni con explicaciones, ni con influencias) amansar las devotas iras de la tía y reconquistar su estimación. Me contentaba con ir a la iglesia de Santa Ana, todo vestido de negro y con un libro de oraciones. No encontraba a la tía, que ahora tenía en su oratorio, todas las mañanas, una misa oficiada por el torpísimo padre Negrón. Pero me postraba golpeando contritamente el pecho y suspirando hacia el Sagrario, seguro de que por Melchor, el sacristán, las nuevas de mi devoción inalterable llegarían a conocimiento de la hedionda señora.

Muy precavido, procuraba también, evitar encuentros con los amigos de la tía, que debían, seguramente, influir en su alma para lograr los favores del testamento; y de ese modo ahorraba embarazos angustiosos a aquellos beneméritos representantes de la Magistratura y de la Iglesia. Siempre que encontraba al padre Pinheiro o al doctor Margaride, cruzaba las manos dentro de las mangas, bajaba los ojos, demostrando humildad y compunción. Y este proceder debía agradar a los amigos, porque una noche encontré a Justino cerca de la casa de Benita la *Veji-gosa*, y el digno escribano me secreteó cerca del oído, después de haberse asegurado de que la calle estaba desierta:

– Continúe así, amiguito... Todo se ha de arreglar, aunque por ahora está hecha una fiera... ¡Diantre, ahí viene gente!...

Y se fue.

Mientras tanto, yo continuaba vendiendo reliquias por intermedio de Lino. Sin embargo, bien pronto comprendí, recordando lo que decían los compendios de Economía política, que mis ganancias aumentarían si, eliminando a Lino, yo mismo me dirigiese osadamente al consumidor pío...

Escribí entonces a damas siervas del Señor de los Pasos de la Gracia, cartas con listas y precios de reliquias. Mandé ofertas de huesos de mártires a las iglesias de provincias. Pagué copas de aguardiente a sacristanes, para que ellos dijese a las viejas con achaques: «Para cosas de santidad, no hay como el señor Raposo, que acaba de llegar de Jerusalén»... Y me sonrió la suerte. Mi especialidad fue el agua del Jordán, en frascos de cinc lacrados y sellados con un corazón en llamas; vendí de esta agua para bautizos, para comidas, para baños, y durante algún tiempo hubo un nuevo Jordán, más caudaloso y límpido que el de Palestina, corriendo por Lisboa, con su fuente en una habitación de la Paloma de Oro. Imaginativo, introduje novedades productivas y poéticas: lancé al mercado, con éxito, «el pedacito del cántaro con que Nuestra Señora iba a la fuente»; yo fui quien acreditó ante la piedad nacional «una de las herraduras del burrito en que había huido la Santa Familia». Ahora, cuando Lino, en chinelas, llamaba a mi habitación, donde los montones de pajitas del divino pesebre alternaban con las pilas de tablitas de San José, yo entreabría la puerta y decía:

—Se acabó... No hay nada. Acaso la semana que viene... Estoy esperando un cajoncito de Tierra Santa.

Las venas frontales del inteligente sujeto se hinchaban con una indignación de intermediario expoliado.

Todas mis reliquias eran acogidas con el más profundo fervor, porque provenían «de Raposo acabado de llegar de Jerusalén». Los otros vendedores de reliquias no tenían esa espléndida garantía de una jornada a Tierra Santa. Sólo yo, Raposo, había recorrido aquel vestísimo depósito de santidad. Sólo yo, además, sabía dibujar en la hoja sebácea que autentificaba la reliquia, la firma historiada del señor patriarca de Jerusalén.

Pero bien pronto reconocí que esa profusión de reliquias saturaba la devoción de mi país. Llenó, hartó de reliquias, este católico Portugal ya no tenía capacidad ni para recibir uno de esos ramitos de flores secas de Nazareth, que yo cedía a cinco tostones.

Inquieto, bajé melancólicamente los precios. Prodigué en el Diario de Noticias anuncios tentadores: *Preciosidades de Tierra Santa, en depósito en la tabaquería Regó, precios muy convenientes...*

Muchas mañanas, con casacón eclesiástico y un *cache-néz* de seda disimulando mi barba, asalté en la puerta de las iglesias a viejas beatas: les ofrecía pedazos de la túnica de la Virgen María, cordones de las sandalias de San Pedro; y murmuraba con ansia, rozándoles las mantillas y las tocas:

— ¡Baratitos, señora, baratitos; excelentes para los catarros!...

Ya debía una suma abultada en la Paloma de Oro; bajaba las escaleras furtivamente para no encontrarme, con el patrón; al mozo le llamaba con servilismo: «Andresito, querido amigo»...

Y ponía toda mi esperanza en una renovación de la fe. La menor noticia de fiestas de Iglesia me regocijaba como un acrecentamiento de devoción en el pueblo. Odiaba ferozmente a los republicanos y a los filósofos que combaten el Catecismo, disminuyendo, por tanto, el valor de las reliquias que él instituyó. Escribí artículos para la *Nação* en los que bramaba: «Si no buscáis consuelo en los huesos de los mártires, ¿cómo queréis que prospere este país?»

En el café de Montaña daba puñetazos sobre las mesas:

– ¡Es, necesaria mucha religión, caramba! Sin religión, ni la carne sabe bien...

En casa de Benita *la Vejigosa* amenazaba a las muchachas con no volver más allí, con irme a la casa de doña Adelaida, si no usaban medallas y escapularios... Mi inquietud por el pan de cada día llegó a ser tan aguda que de nuevo solicité la intervención de Lino, hombre de vastas relaciones eclesiásticas, pariente de capellanes de convento. Otra vez le mostré mi lecho cubierto de reliquias. Otra vez le dije, restregando las manos: «Vamos a hacer negocio, amiguito. Aquí tengo surtido fresco, acabado de llegar de Sión»...

Pero sólo recibí acerbas recriminaciones del digno funcionario de la Cámara Patriarcal.

– No me engaña con su palabrerío, señor – gritó él, con las venas estallando de cólera en la frente roja de indignación –. ¡Usted fue quien estropeó el comercio! El mercado está abarrotadísimo; ¡ya no hay manera de vender una bombachita del Niño Jesús, una reliquia que se vendía tan bien! Su negocio con las herraduras es perfectamente indecente. ¡Perfectamente indecente! Bien me lo decía el otro día un capellán, primo mío: «¡Son demasiadas herraduras para un país tan pequeño!» Catorce herraduras, señor... ¡Es mucho abusar! ¿Sabe usted cuántos clavos, de los que sirvieron para clavar a Cristo en la cruz, ha colocado, todos con sus correspondientes documentos? ¡Setenta y cinco, señor! No le digo más... ¡Setenta y cinco!

Y salió cerrando la puerta de golpe y dejándome aniquilado.

Venturosamente, aquella misma noche encontré al *Relinchón* en casa de Benita *la Vejigosa*, y me hizo un considerable pedido de reliquias. El *Relinchón* iba a casarse con la señorita Nogueira, hija de la señora Nogueira, dama beata de Beja, rica criadora de cerdos. El quería hacerle a la vieja un presente distinguido, todo de cosas del Catecismo y del Santo Sepulcro. Le preparé un lindo cofre de reliquias (en él iba el septuagésimo sexto clavo) adornado con mis graciosas flores secas de Galilea. Con el generoso pago que me hizo el *Relinchón*, aboné mi cuenta en la Paloma de Oro; y tomé prudentemente una habitación en la casa de huéspedes de Pita, en la travesía de la Palha.

Así fue disminuyendo mi prosperidad. Mi habitación estaba en los altos, en el quinto piso; tenía un catre de hierro y una poltrona vetusta cuyo relleno de estopa fétida aparecía por entre la indiana rota. Como único ornato pendía sobre la cómoda, en un marco cubierto de borlas una litografía de Cristo crucificado, en colores: negras nubes de tormenta rodaban a sus pies, y sus ojos claros, muy abiertos, seguían todos mis actos, hasta los más íntimos, incluso el tan delicado de cortar los callos. Hacía una semana que, así instalado, husmeaba por Lisboa a la busca del pan incierto, con unas botas cuya suela empezaba a romperse, cuando una mañana Andrés, el mozo de la Paloma de Oro, me trajo una carta que habían dejado allí la víspera y que tenía en el sobre la indicación de «urgente». Él papel era de luto, el lacre que la cerraba era negro. La abrí temblando. Y vi la firma de Justino.

«Mi querido amigo: Con lágrimas en los ojos cumplo con el penoso deber de participarle que su respetable tía sucumbió inesperadamente» ...

¡Caramba! ¡Había reventado la vieja! Ansiosamente salté a través de los detalles – congestión pulmonar..., los Santos Sacramentos..., todos afligidos..., el padre Negrón... –, y palideciendo, con un sudor que me bañaba la frente, encontré al final del escrito la terrible noticia: «Del testamento de la virtuosa señora consta

que deja a su señor sobrino Teodorico el antejo que se halla colgado en el comedor»...

¡Desheredado!

Agarré el sombrero y salí corriendo por las calles hacia el escritorio de Justino, en San Paulo. Encontré al escribano frente a su mesa, con una corbata de luto, la pluma detrás de la oreja y comiendo lonchas de ternera sobre un viejo *Diario de Noticias*.

— De modo que el antejo ¿eh?... — balbucí, extenuado, apoyándome en la esquina de un estante.

— Es verdad: el antejo... — murmuró él, con la boca llena.

Fui a caer casi desmayado sobre el canapé de cuero. El me ofreció una copa de vino de Bucellas. La bebí. Y pasando la mano trémula por el rostro, Supliqué:

— ¡Cuéntemelo todo, por favor, Justino!

Justino suspiró. La santa señora, ¡pobrecita!, le había dejado dos cédulas de conto... Por lo demás, en su testamento distribuía las riquezas de G. Godinho del modo más incoherente y más perverso. La finca del Campo de Santa Ana y cuarenta contos en cédulas, para el Señor de los Pasos de la Gracia. Las acciones de la compañía del Gas, las mejores platas y la casa de Linda Pastora, para Casimiro, que ya no podía moverse. El padre Pinheiro recibía una finca de la calle del Arsenal. La deliciosa quinta del Mosteiro, con su pintoresco portón donde se veían aún las armas de los condes de Lindoso; las cédulas de Crédito Público, el mobiliario del Campo de Santa Ana y el Cristo de oro, para el padre Negrón. Tres contos de reis y el reloj, para el doctor Margaride. A Vicencia, las ropas de cama. Y a mí, el antejo.

— ¡Para ver cómo se va lo demás! — comentaba filosóficamente Justino, haciendo estallar los dedos.

Regresé a la travesía de la Palha. Y durante horas, en chinelas, con los ojos llameantes, acaricié el deseo desesperado de ultrajar el cadáver de la tía, escupiéndole sobre la cara, revolviéndole con un bastón la podredumbre de su vientre. Invoqué contra ella todas las cóleras de la naturaleza. Pedí a los árboles que negasen sombra a su sepultura. Pedí a los vientos que sobre ella soplasen todas las basuras de la tierra. Invoqué al demonio: «¡Te doy mi alma si torturas incansablemente a la vieja!» Grité con las manos extendidas hacia las alturas: «¡Dios, si llega al cielo, échala de ahí!» Planeé romper a pedradas el mausoleo que le levantasen... Y decidí publicar comunicados en los diarios contando que la tía se entregaba a un mozo de café, todas las tardes, en el salón, con antejos negros y en sayas...

Extenuado de odiar, me dormí profundamente.

Fue Pita quien me despertó, al anochecer, entrando con un largo envoltorio. Era el antejo. Me lo mandaba Justino con estas palabras amigas: «Ahí va la modesta herencia.»

Encendí una vela. Con áspera amargura tomé el antejo, abrí la ventaría y miré por él, como desde la borda de una nave que va perdida en las aguas. Como muy sagazmente lo afirmara Justino, la asquerosa tía Patrocínio me dejaba el antejo con rencoroso sarcasmo, para que yo pudiese ver con él cómo se iba el resto de la herencia.

Y yo veía nítidamente, a pesar de la oscura noche, al Señor de los Pasos guardando los mazos de cédulas dentro de su túnica roja; a Casimiro tocando con las

manos moribundas las labores de la vajilla de plata, esparcida sobre su cama; al vilísimo Negrón, de levita y con zuecos paseando satisfecho a orillas del agua, bajo los olmos del Mosteiro... ¡Y yo allí con el antejo!

Yo allí para siempre, en la travesía de la Palha, teniendo por todo caudal unas monedas de cobre para manejarme a través de la ciudad y de la vida. Con un rugido tiré al suelo el antejo, que fue rodando hasta una sombrerera donde guardaba el casco de corcho de mi jornada a Tierra Santa. Allí estaban, juntos, el casco y el antejo, emblemas de mis dos existencias, la del esplendor y la de la penuria. Hacía pocos meses que yo, con aquel casco en la cabeza, era el triunfante Raposo, heredero de la señora doña Patrocínio de las Nieves, manejando oro y sintiendo a mi lado, perfumadas y en espera de que yo las disfrutase, todas las flores de la civilización. Y ahora, con el antejo era el mezquino Raposo de botas rotas, sintiendo en torno, ásperos y prontos a herirme, todos los cardos de la vida... Y todo esto, ¿por qué? Porque un día, en el hotel de una ciudad de Asia, se habían cambiado dos envoltorios de papel pardo.

Nunca se había dado broma más cruel de la suerte. A una tía beata que odiaba el amor como cosa sucia y que sólo esperaba, para dejarme sus fincas y sus platas, que yo, desdeñando las faldas, le buscase en Jerusalén una reliquia, ¡le traía la camisa de dormir de una guantero! Y en un impulso de caridad, destinado a cautivar el cielo, le tiraba como pingüe limosna, a una mendiga con el hijo hambriento llorando en sus brazos, una rama cubierta de espinas... ¡Oh Dios, dime tú; dime tú, oh demonio, cómo se hizo este cambio de los dos envoltorios que es la tragedia de mi vida!

Es verdad que eran semejantes en el papel, en la forma, en la cinta que los ataba... Pero el de la camisa yacía en el fondo oscuro del armario, y el de la reliquia campeaba sobre la cómoda, glorioso, entre dos candeleros. Nadie les había tocado, ni el jocundo Potte, ni el erudito Topsius, ni yo. Nadie con manos humanas, con manos mortales, osara mover los dos envoltorios. ¿Quién los había cambiado, entonces? ¡Sólo alguien con manos *invisibles*.

Sí; había alguien, incorpóreo, todo poderoso, que por odio había cambiado milagrosamente las espinas en puntillas, para que la tía me desheredase y yo fuese precipitado para siempre en las profundidades sociales.

Y cuándo así cavilaba, desmelenado, encontré fríamente clavados en mí y más abiertos que antes, como gozando en la derrota de mi vida, los ojos claros del Cristo crucificado, dentro de su marco con borlas...

—¡Fuiste tú! — grité, repentinamente iluminado y comprendiendo todo el prodigio —. ¡Fuiste tú, fuiste tú!

Y con los puños cerrados, desahogué largamente las quejas, los agravios de mi corazón.

—Sí, tú fuiste quien transformó ante los ojos devotos de mi tía la corona de dolor de tu leyenda en la sobada camisa de Mary... ¿Y por qué? ¿Qué te hice yo, Dios ingrato y variable? ¿Dónde, cuándo gozaste tú devoción más perfecta? ¿No acudía yo todos los domingos, vestido de negro, a oír las mejores misas que te ofrece Lisboa? ¿No me atiborraba todos los viernes, para agradarte, de bacalao y de aceite? ¿No pasaba muchos días, en el oratorio de la tía, con las rodillas doloridas, rezando los trisagios de tu predilección? ¿En qué cartillas hubo rezos que yo

no aprendiese para ti? ¿En qué jardines había flores con las que yo no adornase tus altares?...

Y arrebatado, mesándome los cabellos, tirándome de las barbas, yo clamaba aún, tan cerca de la imagen que las vaharadas de mi cólera le empañaban el vidrio:

– ¡Mírame bien! ¿No te acuerdas de haber visto este rostro, estos pelos, hace siglos, en un pórtico de mármol, bajo un toldo dónde juzgaba un pretor de Roma? ¿Acaso no te acuerdas! ¿Dista tanto de un Dios victorioso sobre su altar, un Rabí aldeano amarrado con cuerdas!... Pues bien: aquel día del mes de Nizam en que no tenías aún tan agradables lugares en el cielo y en la bienaventuranza, para repartirlos entre tus fieles; aquel día, cuando aun no te habías convertido para nadie en fuente de riqueza y apoyo de poder; aquel día en que la tía y todos los que hoy se postran a tus pies te habrían insultado como los vendedores del Templo, los fariseos y el populacho de Acre; aquel día, en que los soldados que hoy te escoltan con charangas, los magistrados que hoy encarcelan a quien te desacate o te niegue, los propietarios que hoy te prodigan el oro y las fiestas de iglesia, se habrían juntado con sus armas y sus códigos y sus arcas, para conseguir tu muerte como revolucionario, enemigo del orden, terror de la propiedad; ese día, en que tú eras apenas una inteligencia creadora y una bondad activa y, por lo tanto, considerado por los hombres serios como un peligro social, hubo en Jerusalén un corazón que espontáneamente, sin aspirar al cielo ni temer al infierno, se estremeció por ti. ¡Fue el mío!... Y ahora me persigues, ¿por qué?

Súbitamente, ¡oh maravilla!, del tosco marco con borla irradiaron trémulos rayos color de nieve y color de oro. El vidrio se rompió al medio con el fragor relampagueante de una puerta del cielo. Y, desde dentro, el Cristo en su madero, sin desclavar los brazos, pareció deslizarse hacia mí, serenamente, y crecer hasta el techo, más bello en majestad y brillo que el sol al aparecer por detrás de los montes.

Caí de rodillas dando un grito; golpeé la frente atemorizada en el suelo. Y entonces sentí vagamente, como si fuera el rumor manso de la brisa entre jazmines, una voz reposada y suave:

– Cuando tú ibas al alto de la Gracia a besar los pies de una imagen, era para contar servilmente a tu tía la piedad con que habías dado el beso; porque jamás hubo oración en tus labios ni humildad en tu mirada, que no fuese para que la tía quedase satisfecha en su fervor de beata.

»El dios ante quien te postrabas era el dinero de G. Godinho, y el cielo hacia el que tus brazos temblorosos se alzaban, era el testamento de la tía... Para conseguir en él el mejor lugar, te fingiste devoto siendo incrédulo, casto siendo libertino, caritativo siendo mezquino, y simulaste la ternura del hijo, teniendo sólo la rapacidad del heredero... ¡Tú fuiste siempre el *hipócrita*! Tenías dos existencias: una ostentada ante los ojos de la tía, toda de rosarios, de ayunos, de novenas; y lejos de la tía, matreramente, otra, llena de gula, llena de Adela y de Benita... Mentiste siempre, y sólo eras verdadero para el cielo, verdadero para el mundo, cuando rogabas a Jesús y a la Virgen que hiciesen reventar aprisa a la tía. Después resumiste ese laborioso fraude de una vida entera en un envoltorio donde habías colocado una rama tan falsa como tu corazón; y con él contabas acaparar definitivamente la plata y las fincas de doña Patrocínio. Pero en otro envoltorio parecido paseaste por Palestina, con puntillas y lazos, la irrecusable evidencia de tu fingimiento... Justiciaramente ocurrió que el envoltorio que ofreciste a la tía y que la tía abrió, fue

aquel que le revelaba tu perversión. Y esto te prueba, Teodorico, la *inutilidad de la hipocresía*...

Yo gemía caído en el suelo. La Voz susurró, más fuerte, como el viento de la tarde entre las ramas:

–Yo no sé quién hizo el cambio, picaresco y terrible, de tus envoltorios; tal vez nadie; ¡tal vez tú mismo! Tu fastidio de desheredado no proviene de ese cambio de espinas en puntillas, sino de vivir dos vidas, una verdadera y de iniquidad, otra fingida y de santidad. Desde que contradictoriamente eras del lado derecho el devoto Raposo y del lado izquierdo el obscuro Raposo, no podrías seguir mucho tiempo, junto a la tía, mostrando sólo el lado, vestido de casimires dominicales, donde resplandecía la virtud; fatalmente había de llegar un día en que ella, espantada, viese el lado desnudo y natural en que negreaban las manchas del vicio... Y ahí tienes por qué te hablo, Teodorico, de la inutilidad de la hipocresía.

Postrado como estaba, yo extendía abyectamente los labios hacia los pies de Cristo, transparentes, suspendidos en el aire, con clavos que despedían trémulos resplandores de joya. Y la Voz pasó sobre mí, llena y rumorosa, como la ráfaga que inclina los cipreses:

–Tú dices que yo te persigo. No. El anteojo y eso que llamas profundidades sociales son obra de tus manos, no obra mía. Yo no construyo los episodios de tu vida; asisto a ellos y los juzgo plácidamente... Sin que yo me mueva, sin que intervenga una influencia sobrenatural, tú puedes descender aún a miserias más torvas o elevarte a los productivos paraísos de la tierra y llegar a ser, director de un Banco. Eso depende meramente de ti y de tu esfuerzo de hombre... ¡Escucha aún! Me preguntabas hace poco si me acordaba de tu rostro. Yo te pregunto ahora si no te acuerdas de mi voz... Yo no soy Jesús de Nazareth, ni otro Dios creado por los hombres. Soy anterior a los dioses transitorios; ellos se transforman dentro de mí, dentro de mí se disuelven, y eternamente permanezco en torno de ellos y superior a ellos, concibiéndolos y deshaciéndolos, en el perpetuo esfuerzo de realizar, fuera de mí, el Dios absoluto que en mí siento. Me llamo la Conciencia; soy en este instante tu propia conciencia reflejada fuera de ti, en el aire y en la luz, y tomando ante tus ojos la forma familiar bajo la cual, tú, mal educado y poco filósofo, estás habituado a comprenderme... Pero basta que te levantes y me mires, para que esta imagen resplandeciente sé desvanezca.

Y apenas había levantado los ojos, ya, todo había desaparecido.

Entonces, transportado como ante una evidencia de lo sobrenatural, levanté las manos al cielo y clamé:

–¡Oh mi Señor Jesús, Dios e Hijo de Dios, que te encarnaste y padeciste por nosotros!...

Pero enmudecí. Aquella inefable voz resonaba aún en mi alma, mostrándome la inutilidad de la hipocresía. Consulté mi conciencia, que reentraba en mí, y bien seguro de no creer que Jesús fuese hijo de Dios y de una mujer casada de Galilea (como Hércules era hijo de Júpiter y de una mujer casada de Argólida), escupí de mis labios, hechos para siempre verdaderos, el resto inútil de la oración.

*

Al día siguiente, casualmente, entré en el jardín de San Pedro de Alcántara, sitio que no había pisado desde mis años de latín. Y apenas diera unos pasos entre los canteros encontré a mi antiguo amigo Crispín, hijo de Telles, Crispín y Cía., con fábrica de hilados en Pampulla, y camarada a quien no había visto desde que me graduara de doctor. Era éste el rubio Crispín que otrora, en el colegio de los Isidoros, me daba besos voraces en el pasillo y me escribía por las noches billetes ofreciéndome cajas con plumas de acero. Crispín el viejo había muerto; Telles, rico y obeso, pasara a ser vizconde de S. Telles, y este mi amigo Crispín, ahora era la Firma.

Cambiando un alborozado abrazo, Crispín y Cía. notó pensativo que yo tenía un aspecto lamentable. Después envidió mi jornada a Tierra Santa (que él había sabido por el *Jornal das Navidades*) y aludió con amigable regocijo al «buen pelizco que me habría correspondido en la herencia de la señora doña Patrocínio de las Nieves...»

Amargamente le mostré mis botas torcidas. Nos sentamos en un banco, junto a una trepadera de rosas, y allí, entre el silencio y el perfume, conté a mi amigo lo de, la camisa funesta de Mary, lo de la reliquia en el envoltorio de papel, el desastre en el oratorio, el antejo, mi habitación miserable en la travesía de la Palha...

— De modo, Crispincito de mi alma, que aquí estoy sin tener pan que comer...

Crispín y Cía, impresionado, retorciéndose los bigotes rubios, murmuró que en Portugal, gracias a la Constitución y a la Religión, todo el mundo tenía un pedazo de pan; lo que a algunos les faltaba era el queso.

— Pero a tí, amigo Raposo, el queso te lo doy yo — añadió alegremente la Firma, dándome una palmada en las rodillas —. Uno de los empleados del escritorio de la Pampulla empezó a hacer versos y a meterse con actrices... Es muy republicano y ridiculiza las cosas santas... En fin, un horror; tuve que despedirlo. Recuerdo que tú tenías buena letra; una cuenta de sumar siempre sabrás hacerla... Allá está el pupitre para ti; son veinticinco mil reis... ¡Es el queso!

Con dos lágrimas temblándome en las pestañas abracé a la Firma. Crispín y Cía. murmuró otra vez, con el gesto de quien siente un gusto amargo:

— ¡Qué aspecto lamentable tienes!

Empecé entonces a servir con desvelo a la fábrica de hilados de la Pampulla; todos los días, en el pupitre, con manguitos de lustrina, copiaba cartas con mi letra de hermosos rasgos y alineaba guarismos en un abultado libro de caja. La Firma me había enseñado la «regla de tres» y otras habilidades. Y, así como de simientes traídas por un viento casual a una tierra abandonada nacen inesperadamente plantas útiles que prosperan, de las lecciones de la Firma brotaron, en mi inculta naturaleza de doctor en leyes, aptitudes considerables para el negocio de hilados. Ya la Firma decía, satisfecha, en la asamblea del Carmen:

— Ese Raposo, a pesar de la Universidad de Coimbra y de las cosas que le metieron en la cabeza, tiene maña para las cosas serias...

Un sábado de agosto, por la tarde, cuando yo iba a cerrar el libro de caja, Crispín y Cía. se detuvo ante mi mesa, risueño y encendiendo un cigarro:

— Oye, Raposo; ¿a qué misa tienes costumbre de ir tú?

Silenciosamente me quité mis manguitos de lustrina.

— Te lo pregunto — añadió la Firma — porque mañana voy con mi hermana a la otra Banda, a una quinta nuestra de la *Ribeira*. Si no estás acostumbrado a otra

misa, vienes a la de Santos, a las nueve; vamos luego a almorzar al hotel Central y en seguida nos embarcamos para Cacilhas. Tengo deseos de que conozcas a mi hermana...

Crispín y Cía. era un caballero religioso, que consideraba la religión indispensable para su salud, para su prosperidad comercial y para el buen orden del país. Visitaba con sinceridad el Señor de los Pasos de la Gracia y pertenecía a la cofradía de San José. El empleado cuyo pupitre ocupaba yo se le había hecho intolerable, sobre todo, por escribir en el *Futuro*, gaceta republicana, artículos elogiando a Renán y ultrajando a la Eucaristía.

Yo iba a decirle a Crispín y Cía. que estaba tan acostumbrado a la misa de la Concepción Nueva, que ninguna otra podría gustarme... Pero recordé la voz austera y saludable de la travesía de la Palha. Reprimí la mentira estúpida que ya me manchaba los labios, y dije pálido y muy seguro:

– Mira, Crispín; yo nunca voy a misa. Todo eso son patrañas... Yo no puedo creer que el cuerpo de Dios esté todos los domingos en un pedazo de hostia hecha con harina. Dios no tiene cuerpo, nunca lo tuvo... Todo eso son idolatrías, son santurronerías. Te lo digo francamente. Y ahora puedes hacer conmigo lo que quieras. ¡Paciencia!

La Firma me contempló un momento mordiéndose el labio:

– Pues, oye, Raposo; esa franqueza me agrada. Me gusta la gente franca. El bellaco que antes estaba en ese pupitre, delante de mí decía: «¡Qué gran hombre el Papa!» Y después se iba a los cafés y ponía al Santo Padre por los suelos... Pues se acabó: ¡no tienes religión, pero tienes caballerosidad!... Lo dicho: a las diez en el Central, para almorzar, y luego en una lancha a la *Ribeira*.

Así conocí a la hermana de la Firma. Se llamaba doña Jesuína, tenía treinta y dos años y era bizca. Pero, desde ese domingo de río y de campo, la abundancia de sus cabellos, rubios como de Eva; su pecho sólido y suculento, su piel color de manzana madura, la risa sana de sus dientes blancos, me ponían pensativo, cuando al atardecer, con mi cigarrillo en la boca, yo regresaba a la Baja por el Aterro, mirando los mástiles de las lanchas...

Había sido educada en las Salesas; sabía geografía y todos los ríos de la China; sabía historia y todos los reyes de Francia; y me llamaba Teodorico Corazón de León por haber ido yo a Palestina. Los domingos, ahora, yo almorzaba en la Pampulla; doña Jesuína hacía un plato de huevos quemados, y su ojo tuerto se posaba con incesante agrado en mi rostro potente y barbudo de Raposón. Una tarde, a la hora del café, Crispín y Cía. elogió a la familia real, su moderación constitucional, la gracia caritativa de la reina. Después bajamos al jardín, y cuando doña Jesuína se puso a regar las flores, yo, a su lado, encendiendo un cigarro, suspiré y le dije muy cerca de su hombro:

– ¡Ay, doña Jesuína! ¡Usted sí que sería reina si el Raposito fuese rey!

Ella, ruborizándose, me dio la última rosa del verano.

En vísperas de Navidad, Crispín y Cía. se acercó a mi pupitre, puso campechanamente el sombrero sobre la página del libro de caja que yo ennegrecía de cifras, y cruzando los brazos con una sonrisa de lealtad y de estimación, me dijo:

– ¿De modo que reina si el Raposito fuese rey...? Pues dígame una cosa el señor Raposo: ¿Hay en ese pecho un amor verdadero hacia mi hermana Jesuína?

Crispín y Cía. admiraba la pasión y el ideal. Yo iba a decir que adoraba a la señora doña Jesuína como a una estrella remota... Pero recordé la voz altiva y pura de la travesía de la Palha, Reprimí la mentira sentimental que ya me palpitaba en los labios, y dije con coraje:

– Amor, lo que se dice amor, no... Pero me parece una gran hembra; me agrada mucho su dote; y creo que yo había de ser un buen marido.

– Venga esa mano honrada! – gritó la Firma.

*

Me casé. Soy padre. Tengo coche, la consideración de mi barrio, la encomienda de Cristo. Y el doctor Margaride, que almuerza conmigo todos los domingos, de levita, afirma que el Estado, por mi ilustración, mis considerables viajes y mi patriotismo, me debe el título de barón del Mosteiro. Porque yo compré el Mosteiro. El digno magistrado, una tarde, en la mesa, anunció que el horrendo Negrón, deseando redondear sus propiedades en Torres, había decidido vender el viejo solar de los condes de Lindoso.

– ¡Aquellos árboles, Teodorico – recordó el benemérito amigo –, dieron sombra a su señora madre! Diré más: ¡las mismas sombras cobijaron a su respetabilísimo padre, Teodorico! Puedo asegurarle que si tuviese la honra de ser un Raposo, no me contenía, compraba el Mosteiro y levantaba allí un torreón con almenas.

Crispín y Cía. dijo, posando la copa en la mesa:

– Cómprala; es cosa de familia; queda bien.

Y, una víspera de Pascua, firmé en el escritorio de Justino, con un procurador de Negrón, la escritura que me hacía al fin, después de tantas esperanzas y de tantos desalientos, señor del Mosteiro.

– ¿Qué hace ahora ese tunante de Negrón? – indagué del buen Justino, apenas salió el representante del sórdido sacerdote.

El dilecto y fiel amigo hizo crujir sus dedos. El Negrón tenía una suerte atroz. Había heredado todo lo del padre Casimiro, cuyo cuerpo descansaba en lo alto de San Juan y el alma en el seno de Dios. Y ahora era íntimo del padre Pinheiro, que no tenía herederos y que él había llevado a Torres, «para curarlo». Por allá andaba cada día más chupadito, hartándose con los tremendos almuerzos de Negrón y mirándose la lengua delante de cada espejo. ¡No duraría mucho, pobrecito! De suerte que el Negrón vendría a reunir (exceptuando lo que le correspondiera al Señor de los Pasos, que no podía volver a morir, decía él) lo mejor de la fortuna del comendador G. Godinho. Yo murmuré pálido:

– ¡Qué bestia!

– Llámele, llámele bestia... Tiene coche, tiene casa en Lisboa, tomó a la Adela por su cuenta...

– ¿Qué Adela?

– Una de buenas carnes, que estuvo con Eleuterio y después, en secreto, con un badaluque, un bachiller, no sé quién...

– Era yo.

– Pues ésa. La tiene por su cuenta el Negrón, con gran lujo: alfombra en la escalera, cortinas de damasco... ¡Todo! El está más grueso. Lo vi ayer; venía de predi-

car; por lo menos me dijo que salía de San Roque extenuado de decirle amabilidades a un diablo de un santo... El Negrón, a veces, es gracioso. Y tiene buenos amigos, labia, influencia en Torres... ¡Aun lo hemos de ver obispo!

Regresé pensativo a mi casa. Todo lo que yo esperara y amara (¡hasta la Adela!), lo poseía ahora legítimamente el horrendo Negrón. ¡Pérdida pavorosa! Y que no provenía del cambio de mis envoltorios, ni de los yerros de mi hipocresía.

Ahora, padre, comendador, propietario, yo tenía una comprensión más positiva de la vida; y sabía bien que había sido desposeído del capital de G. Godinho sencillamente por haberme faltado en el oratorio de la tía el valor para afirmar.

¡Sí! Cuando, en vez de la corona de martirio, apareció sobre el altar de la tía una camisa de pecado, yo debía haber gritado con firmeza: «He aquí la reliquia. Quise darles a ustedes una sorpresa. No es la corona de espinas. ¡Es mejor! Es la camisa de Santa María Magdalena. ¡Me la dio ella en el desierto!...»

Y podría testimoniario con aquel papel escrito con letra perfecta: *A mi portuguesito valiente, por lo mucho que gozamos*. Era ésa la carta en que la Santa me ofrecía su camisa. Allí estaban sus iniciales: M. M. Allí destacaba esa clara, evidente confesión: lo mucho que gozamos... Lo mucho que yo gozara mandando a la Santa mis oraciones, lo mucho que la Santa gozara en el cielo al recibir mis oraciones.

¿Y quién lo dudaría? ¿No enseñan los santos misioneros de Braga, en sus sermones, billetes remitidos desde el cielo, sin franqueo, por la Virgen María? ¿Y no garantiza la Nação la divina autenticidad de esas misivas, que tienen en sus dobleces la fragancia del Paraíso? Los dos sacerdotes, Negrón y Pinheiro, conscientes de su deber, y en su natural ansiedad por buscar puntales para la fe oscilante, aclamarían luego en la camisa, en la dedicatoria y en las iniciales, un milagroso triunfo de la Iglesia. La tía Patrocinio caería sobre mi pecho, llamándome «su hijo y su heredero». ¡Y sería rico! ¡Y beatificado! Mi retrato sería colgado en la sacristía de la Catedral. El Papa me enviaría una bendición apostólica por los alambres del telégrafo.

Así quedarían satisfechas mis ambiciones sociales. Y, ¡quién sabe!, acaso quedasen también colmadas las ambiciones intelectuales que me contagiara el doctor Topsisus. Porque tal vez la ciencia, envidiosa del triunfo de la fe, reclamase para sí la camisa de María de Magdala, como documento arqueológico... Ella podría iluminar, oscuros puntos en la historia de las costumbres de la época del Nuevo Testamento: la forma de las camisas en Judea en el siglo primero, el estado industrial de los encajes de Siria bajo la administración romana, la manera de dobladillar entre las razas semíticas... Yo aparecería, en la consideración de Europa, igual a los Champolliones, a los Topsisus, a los Lepsius y otros sagaces resucitadores del pasado. La Academia clamaría: «Para mí el Raposo». Sin tardanza se escribirían acerca de la camisa de Mary sabios, ponderados libros en alemán, con mapas de mi peregrinación por Galilea... ¡Y heme aquí bienquisto por la Iglesia, celebrado por las Universidades, con mi rincocito seguro en la Bienaventuranza, mi página en la Historia, empezando a engordar pacíficamente entre las riquezas de G. Godinho!

¡Y había perdido todo esto! ¿Por qué? Porque hubo un momento en que me faltó ese descarado heroísmo de afirmar que, pisando la tierra con pie firme, o elevando amorosamente los ojos al cielo, crea, a través de la universal ilusión, ciencias y religiones.